«Te rompe y te reconstruye, esconde mucho más que un romance. ¡Me ha encantado!»,
TAMARA MOLINA, AUTORA DE *DONDE NO PUEDAS ENCONTRARME*



EVA LÓPEZ

Y ENTONCES, TÚ

matchstories

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

Advertencias

Playlist

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 22

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Capítulo 42

Capítulo 43

Capítulo 44

Capítulo 45

Capítulo 46

Capítulo 47

Capítulo 48

Capítulo 49

Capítulo 50

Capítulo 51

Capítulo 52

Capítulo 53

Capítulo 54

Capítulo 55

Capítulo 56

Capítulo 57

Capítulo 58

Capítulo 59

Capítulo 60

Capítulo 61

Capítulo 62

Capítulo 63

Capítulo 64

Capítulo 65

Capítulo 66

Capítulo 67

Capítulo 68

Capítulo 69

Capítulo 70

Capítulo 71

Capítulo 72

Capítulo 73

Epílogo

Agradecimientos

Banda sonora

Biografía

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una
nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos
Fragmentos de próximas publicaciones
Clubs de lectura con los autores
Concursos, sorteos y promociones
Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora **Descubre** **Comparte**

Sinopsis

Olivia Lara está dispuesta a darle una última oportunidad a la vida después de perderlo todo. Para ello decide abandonar su hogar y no regresar hasta que su presente sea tan valioso como sus recuerdos. Sin embargo, no esperaba encontrarse con alguien que le iba a poner las cosas todavía más difíciles.

Carson Dallas es taciturno y solitario. Por eso, cuando Olivia se presenta en la puerta de su rancho, contratada por su madre sin previo aviso, su único objetivo es conseguir que desaparezca de su vida para volver a su oscura normalidad.

Lo que él no sabe es que la soledad es el mayor enemigo de Olivia.

Lo que ella no se espera es que Carson esté luchando contra sus propios demonios, que amenazan con ganarle la partida.

Dos personas con duelos incompatibles, pero cuya superación está entrelazada.

Dos mitades de un corazón roto.

Y ENTONCES, TÚ

Eva López

matchstories

Para Sergi.
Porque había perdido la esperanza
y entonces, tú.

Advertencias

Esta novela contiene pérdida de familiares, escenas de autolesión y algunas con contenido sexual explícito.

Playlist

You Found Me – The Fray
Pink Skies – Zach Bryan
The Night We Met – Lord Huron
Scared to Start – Michael Marcagi
Home – Good Neighbours
The View Between Villages – Noah Kahan
The Roads – Jonah Kagen
I Love You, I'm Sorry – Gracie Abrams
Missing Piece – Vance Joy
Rather Have a Nightmare – Max McNown
I Am Not Who I Was – Chance Peña
Far Away (2020 remaster) – Nickelback
Iris – Goo Goo Dolls
Something in the Orange – Zach Bryan
I Remember Everything – Zach Bryan y Kacey Musgraves
This Is Me Trying – Taylor Swift

Capítulo 1



Olivia

Hoy hace seis meses que lo perdí todo. Hoy hace seis meses que no oigo las burlas de mi hermano pequeño, que no discuto con mi madre por cualquier tontería y que no me río de las bromas malas de mi padre. Hoy hace seis meses desde que nada vale la pena, desde que me supone un suplicio abrir los ojos por la mañana y desde que se apagó mi luz.

Y Emma lo sabe. Por eso está reventando mi timbre para que la deje subir; lleva así diez minutos y me temo que no va a parar.

Salgo a cámara lenta de la cama y me pongo una camiseta que me llega hasta las rodillas. Es gris con el logo de los Rolling Stones; no sé muy bien de dónde ha salido, pero sí que llevo usándola como mínimo tres semanas todos los días. Huele a muerto, pero me da igual. Me recojo el pelo grasiento en un moño rápido y me dirijo a la puerta arrastrando los pies con la esperanza de que, en el tiempo que tarde en llegar, mi amiga se habrá cansado de llamar y se habrá marchado. Pero, por supuesto, eso no sucede. Le doy al botón para que pueda acceder al portal y me preparo para el chute de energía que está a punto de atravesar mi puerta.

Apenas empiezo a abrirla y ella ya está entrando como un torbellino con una caja de *brownies* y una sonrisa en el rostro.

—¡Hola, hola! ¿Me has echado de menos? —prácticamente canta al tiempo que me envuelve en un abrazo algo incómodo por culpa de la caja de dulces. Oigo como inspira haciendo mucho ruido por la nariz y añade—: Joder, tía, apestas. Pégate una ducha mientras te preparo el café, que tengo algo muy importante que contarte y traigo *brownies* de celebración.

Debe de captar mi cara de «¿Celebración? ¿Me estás vacilando?», porque enseguida abre los ojos como platos y aclara:

—Celebración por lo que vengo a contarte, burra, no me mires así. Y ahora, en serio, dúchate porque me voy a desmayar.

—De acue... —comienzo a decir, pero mi voz sale extremadamente ronca porque llevo días sin hablar con nadie, así que carraspeo y continúo—: De acuerdo, ya voy, ya voy.

Me dirijo al baño, pero antes de entrar en él me giro y le grito a Emma, que ya está en la cocina:

—¡No sé si queda café!

—¡Tranquila, te he traído del que te gusta!

Sonrío un poco y me meto en la ducha.

Me quedo debajo del chorro de agua caliente un buen rato, consiguiendo que mis músculos, que apenas he usado en los últimos meses, se relajen. Moverme me ha resultado cada vez más difícil, ya que no consigo encontrar la motivación para salir de la cama y he perdido toda mi forma física.

Aunque soy vagamente consciente de que hay sequía y las duchas deben ser cortas, me concedo un poco de tiempo extra, pues mis cálculos mentales me indican que me lo puedo permitir porque llevaba días sin tocar el agua y estoy equilibrando la balanza. Sonrío y me entristezco de nuevo; a mi padre le hacía muchísima gracia cómo funcionaban mis cálculos particulares. Por ejemplo, decía que se notaba que yo era de letras porque, según él, comprar un producto solo porque estaba rebajado no era ahorrarse dinero, a lo que yo siempre replicaba que sí que lo era porque te ahorrabas el descuento.

Me enjabono la cabeza masajeándomela ligeramente con los dedos mientras capto los ruidos que proceden de la cocina. Emma es la única amiga que me queda. Después de la tragedia, todos me

mostraron su apoyo, pero, con el transcurso de los días, al ver que el duelo duraba más de lo que esperaban, dejaron de llamar e interesarse. Supongo que, acostumbrados a una Oli feliz y risueña, la Oli deprimida les amargaba la existencia. Dicen que descubres quiénes son tus verdaderos amigos en las peores circunstancias. Pues, al parecer, mi única buena amiga es Emma.

Hubo un tiempo en el que creí que si me quedaba sin amigos se acabaría mi mundo. Resulta que primero se acabó mi mundo y luego me quedé sin esos amigos que consideraba que eran tan esenciales para mí. Ahora ni siquiera me importa que ya no estén.

Emma y yo nos conocimos cuando éramos niñas. Cada día aprecio la suerte que tuve de conocerla. Cuando eres pequeña piensas que tener amigos es lo más normal. Sin embargo, cuando creces te das cuenta de que muchísima gente no ha encontrado todavía a su «amiga alma gemela» (es como nos llamamos la una a la otra desde siempre) y que tener una es un privilegio. Además, Emma pasaba tanto tiempo en mi casa que era como una más de la familia, así que mi pérdida en parte también es la suya.

Me envuelvo en mi albornoz y estoy a punto de encaminarme hacia mi armario cuando recuerdo que no me queda ropa limpia, así que voy directamente al salón. Emma ha descorrido las cortinas, levantado las persianas y abierto las ventanas, dejando entrar los sonidos de Barcelona en el interior del piso. Hace seis meses que lo mantengo cerrado a cal y canto, porque no me gusta oír el ruido del tráfico ni a la gente charlando, riendo o hablando por teléfono, ni tampoco ver cómo la luz cambia a medida que avanzan las horas, porque todo eso me recuerda que la vida sigue ahí fuera, como si no hubiera ocurrido nada, como si yo no lo hubiera perdido todo.

Entro en la cocina y veo a Emma metiendo ropa en la lavadora. Se gira y me mira de arriba abajo.

—He supuesto que necesitarías ropa limpia.

—Has supuesto bien —respondo un poco avergonzada.

Me sonríe, cierra la puerta de la máquina e inicia el programa de lavado. A continuación se acerca a la encimera y me ofrece mi café. Lo ha servido en mi taza favorita, la de *Spirit*, el caballo de la

película de dibujos. Me la regaló por mi noveno cumpleaños, unos años antes de mi caída.

Me ha preparado el café con leche con espuma y le ha puesto canela, como a mí me gusta.

Se apoya en la encimera y le pega un trago a su taza mirándome fijamente.

—¿Por qué me miras como si tuvieras muchas ganas de decirme algo pero a la vez te diera miedo hacerlo? —le planteo con suspicacia.

Yo también le doy un trago a mi café con leche; está a una temperatura ideal. Emma hace los cafés perfectos desde que trabajó un verano en una cafetería pija..., de donde la despidieron cuando le soltó cuatro frescas a su jefe, merecidas, por cierto.

—Pues porque tengo que decirte algo brutal, pero sé que te vas a enfadar.

Se aparta un mechón de su flequillo negro un poco demasiado largo que se le ha metido en el ojo. Me fijo en ella durante un momento. Su nuevo corte de pelo, que le llega justo por debajo de las orejas, le queda fenomenal; es ese tipo de peinado que solo sienta bien a la gente guapa, como Emma. Lleva un vestido veraniego rojo largo hasta los tobillos que se le ajusta perfectamente a la figura, marcando su cuerpo fibrado por el gimnasio —tal y como era el mío antes de dejar de ir—, unos pendientes dorados pequeños que es muy posible que cuesten un dineral, un bolso de Gucci y unos zapatos negros abiertos de tacón. A Emma le encanta cuidarse y vestir bien; tiene esa energía de *girlboss*, pues es elegante, resuelta, fuerte y decidida. Y, por lo que parece, ahora está decidida a hacerme enfadar por alguna razón.

—Vaya, qué buena forma de empezar, ahora seguro que no me espero nada malo.

—No es malo; de hecho, es muy bueno para ti.

—¿Cómo que para mí? ¿Qué has hecho, Emma?

Tendría que haber sospechado que algo había tramado en cuanto he visto la caja de *brownies*, pero últimamente no estoy muy perspicaz que digamos.

—Vale, a ver... —Comienza a hablar algo nerviosa mientras agarra la taza con fuerza—. ¿Te acuerdas de que Toni te dejó a la hora del recreo cuando teníamos doce años y te pasaste varios días llorando?

¿Que Toni me dejó...? Pero ¿a qué viene eso ahora?

—Sí, me acuerdo. ¿A dónde quieres llegar con eso?

—Bueno, pues a que no había nada que consiguiera hacerte sentir mejor. Tu madre y yo lo intentamos todo: maratón de pelis de *Harry Potter* con palomitas y helado, ir de compras al centro comercial, salir a patinar por la Barceloneta...

—Que sí, lo recuerdo... ¿De qué va todo esto? ¿Quieres que hagamos un maratón de *Harry Potter* para ver si supero la pérdida de mi familia? ¿Es eso?

Mis palabras salen con un tono más duro del que pretendía, así que enseguida intento arreglarlo.

—Perdona, Ems, no quería decir eso. Continúa, por favor.

Ella sonríe y prosigue.

—Me alegro de que tus cuchillos sigan afilados... Volviendo al tema: ¿te acuerdas de que, al final, lo único que te hizo empezar a levantar cabeza fue ir a montar de vez en cuando?

—Sí.

—Porque decías que, cuando estabas encima de un caballo, te sentías libre, sin preocupaciones, capaz de hacer cualquier cosa.

—Sí, Ems, pero eso fue antes de la caída. No he vuelto a montar desde que ocurrió hace ya quince años.

Montar a caballo había sido una de mis aficiones preferidas durante muchísimos años. Lo fue hasta que *Gaby*, el ejemplar con el que tomaba clases, se asustó por culpa de una moto de correos, intentó saltar el vallado sin éxito y ambos acabamos en el suelo. *Gaby* me rompió la pierna cuando me cayó encima. Tras recuperarme de mis lesiones, quise retomarlo, pero no logré volver a sentirme cómoda y segura sobre un caballo. Lo intenté alguna que otra vez y fracasé, y eso supuso una enorme frustración para mí, me dolió demasiado, así que opté por dejarlo definitivamente y procurar buscar alguna otra pasión. No lo conseguí.

—Ya, pero eso es porque no te has atrevido.

—Vale, estoy perdiendo la paciencia. ¿Qué quieres, tía? Porque estoy segura de que no has venido aquí solo para recordarme lo cobarde que soy.

Enseguida me doy cuenta de lo duras que han sonado mis palabras, pero la verdad es que no tengo la energía necesaria como para que me importe.

—No, he venido a decirte que ha llegado el momento de que lo hagas.

Antes de que pueda preguntarle a qué se refiere, se lleva una mano al bolsillo trasero de sus tejanos, saca unos papeles doblados en cuatro y me los da.

Cuando los despliego, me encuentro primero con una imagen de lo que parece ser un idílico rancho situado en medio de impresionantes montañas. La vivienda, con un gran porche, es de madera y tiene un enorme cercado que la rodea. Se ve también un camino que lleva hasta la entrada del recinto y caballos pastando a ambos lados de esa pista de tierra. En la parte superior de la primera hoja se puede leer *«Welcome to Grisley Ranch»*, es decir, «Bienvenidos al rancho Grisley» en inglés. Debajo de la fotografía de la casa y en la página siguiente se distinguen diferentes apartados: «Qué vas a necesitar durante tu estancia», «Cuáles van a ser tus deberes como voluntaria», «Actividades que puedes realizar en tu tiempo libre», etcétera.

Miro a Emma con toda la confusión escrita en mi cara.

—¿Te marchas a un rancho?

Mi amiga traga el café que se acaba de meter en la boca y luego responde despacio.

—No, tú te vas a un rancho.

—No, yo no me voy a un rancho.

Juro que no entiendo nada de lo que está pasando.

—Sí que vas a ir.

—Que no.

—Que sí.

—¡Que no! —exclamo ya un poco más fuerte mientras dejo los papeles bruscamente en la encimera.

—Que sí, Oli. Sales la semana que viene, el lunes.

—Pero ¿cómo me voy a ir a un rancho? ¿Estás loca? ¡Tengo cosas que hacer aquí!

—¿Ah, sí? ¿Como qué? Porque el curso escolar ya ha terminado, te han dado una excedencia desde ahora hasta mediados de septiembre, cuando empiezas las clases, para no tener que darte la baja laboral, has dejado de ir al gimnasio y siento decirte que, ahora mismo, tu vida social se limita a mí. Encima, ni siquiera tienes plantas que mantener vivas, ¡son todas de plástico!

De repente todo se vuelve demasiado abrumador y empiezo a notar los sollozos que se forman en mi pecho. Me tapo los ojos con ambas manos y me dejo caer al suelo arrastrando la espalda por el armario blanco de la cocina hasta que me quedo sentada y apoyada en este.

Noto cómo Emma se desliza a mi lado y me pasa un brazo por los hombros.

—Oli, no puedes seguir así. Tienes que vivir.

Los sollozos son cada vez más grandes y no me dejan contestar.

—Es un voluntariado de tres meses, así que estarás de vuelta para empezar el año escolar. Piénsalo: tres meses en la naturaleza, rodeada de animales y paz, lejos de todo esto, lejos de tus recuerdos. ¿Qué puedes perder? Si vas y no te gusta, siempre puedes volver. Además, he organizado un viaje para ir a verte en tu última semana allí y así regresar juntas a Barcelona.

Todavía pasan un par de minutos hasta que mis sollozos se calman lo bastante como para poder hablar.

—Pero ellos están aquí. Tengo que ir a verlos y llevarles flores, no puedo dejarlos tres meses.

Noto cómo Emma se tensa a mi lado.

—Oli, ellos querrían verte vivir. Ellos querrían verte reír de nuevo, salir a la calle, disfrutar, intentar ser feliz. Yo les llevaré flores; tú recupérate, vive y trae historias que contarles.

Cuando retiro las manos de los ojos y alzo la cabeza para mirar a Emma, sus ojos azules me miran suplicantes, desesperados, y tomo una decisión.

—De acuerdo —logro susurrar.

—¿De acuerdo? —responde sin dar crédito y emocionada.

—De acuerdo, iré.

Capítulo 2



Olivia

Sigo sin creerme que Emma me convenciera para hacer esto. Me contó que envió la solicitud con mi currículum dos meses atrás y que no esperaba recibir respuesta. Bueno, pues la recibió, y yo ahora estoy subida en mi tercer avión de camino a mi destino, y tengo ganas de matarla.

Esto parece un chiste. Chica con miedo a los caballos se va a trabajar a un rancho de caballos en mitad de la nada y al otro lado del charco todo el maldito verano. Según mi amiga, el rancho es propiedad de un matrimonio que se va haciendo mayor y que por eso ha decidido, por primera vez en su vida, ofrecer cama y comida a cambio de que se les eche una mano en sus tareas diarias, porque ya no se ven con las mismas fuerzas que antes. Me agobia pensar que, más que una ayuda, voy a ser un lastre. Ems dice que los informó de mi situación con los caballos y que la mujer se mostró más que entusiasmada de recibirme. Por lo visto, aman tanto a esos animales que quieren ayudarme a reconectar con ellos mientras les saco trabajo de encima. Tengo que reconocer que parece una situación demasiado perfecta para mí, como anillo al dedo.

Me he pasado la última semana preparando el viaje como una loca e informándome sobre el lugar a donde voy. He descubierto que Grisley Ranch está cerca de un pueblo muy tradicional llamado

Jackson, en el condado de Teton, Wyoming, y que tiene apenas diez mil habitantes. Y, aunque no he querido darle la razón a Emma, en las fotografías parece un sitio precioso. Jackson Hole es un valle rodeado de las más impresionantes montañas y está muy próximo a parques nacionales como el de Yellowstone. A pesar de vivir en una gran ciudad, especialmente por temas laborales, siempre me han gustado los sitios tranquilos y la naturaleza.

Aunque una parte de mí odia a Emma por empujarme a hacer esto, hay otra que se alegra y quiere tomárselo como una oportunidad. Ya me han pasado suficientes cosas malas como para saber que la mejor idea es escuchar a esa segunda parte.

Pasamos por un tramo de turbulencias y el avión, que es tan minúsculo que parece de juguete, desciende y asciende sin parar. Los aviones no son santo de mi devoción, y pocas veces he pasado tanto miedo en uno de ellos como ahora mismo. Supongo que eso es una buena señal. Teniendo en cuenta que no he sentido absolutamente nada durante medio año, saber que sigo siendo capaz de, al menos, sentir miedo, es un pequeño alivio e incluso una diminuta victoria.

Lo que alcanzo a contemplar a través de la ventanilla, enormes montañas y una gran extensión de terreno verde, es espectacular. No puedo esperar a verlo desde el suelo porque sé que me va a encantar.

Cuando por fin aterrizamos media hora después, por suerte sana y salva, recojo mi maleta y me dirijo a la salida, donde, en teoría, tiene que haber alguien del rancho esperándome..., aunque no veo a nadie.

Comienzo a preocuparme. Emma es una persona muy decidida y estoy segura de que ha hecho esto por mi bien; sin embargo, ¿ha verificado que esta gente sea real? ¿Y si se trata de un timo? ¿Y si me secuestran? La quiero mucho, pero es muy capaz de haberme mandado directa a mi muerte sin querer..., o a algo peor.

Llevo aquí quince minutos cuando una mujer de unos sesenta años, con el pelo canoso corto, unos tejanos azules, camiseta blanca de manga larga y un chaleco rojo se aproxima corriendo. Bueno, más que correr viene andando rápido. A medida que se acerca me

fijo en que tiene las mejillas sonrojadas y mira frenéticamente en todas direcciones.

En cuanto posa los ojos en mí, su cara se ilumina con una sonrisa de oreja a oreja. Supongo que destaco bastante con mis pitillos negros rotos, mis Dr. Martens, también negras y que tienen casi más años que yo, y mi camiseta de Alice Cooper. Algo me dice que todo eso grita «¡turista!», sobre todo cuando miro a mi alrededor y me encuentro con muchas botas vaqueras, tejanos anchos azules y camisas de leñador. Sí, desde luego soy una apuesta segura.

La mujer acorta la distancia conmigo, todavía con esa sonrisa cálida que hace que le corresponda con la mía sin tener que pensarlo, y me dice, en un inglés con acento de aquí muy marcado:

—Tú debes de ser Olivia. Me alegro muchísimo de conocerte.

—Igualmente, señora Dallas, pero llámeme Oli, por favor —le respondo en el mismo idioma.

—En ese caso, tú tienes que llamarme Eleanor.

Entonces me acuerdo de mis padres y les doy las gracias para mis adentros por haberme obligado a aprender inglés cuando era más joven..., pero no puedo evitar pensar que, cuando me hicieron estudiarlo, ninguno de nosotros imaginaba que lo tendría que usar en una situación como esta, y la tristeza empieza a inundarme. La señora Dallas, Eleanor, debe de notarlo porque, para mi sorpresa, da un paso adelante y me envuelve en un abrazo.

—Estamos muy contentos de que estés aquí, Oli.

Se separa de mí casi tan rápido como se ha acercado y le dedico una sonrisa.

—Yo también estoy contenta de haber venido. Tengo muchas ganas de ver Grisley Ranch.

También me alegro de que esto no sea un secuestro, pero eso no se lo digo a la pobre mujer de sonrisa dulce y mirada tierna.

Sus ojos se iluminan ante mi respuesta y hace ademán de coger mi maleta a la vez que exclama:

—¡No perdamos más tiempo entonces!

Antes de que pueda hacerse con mi equipaje de veinte kilos le entrego mi bolsa de viaje de mano, porque algo me dice que esta mujer no aceptará que no le dé ninguna.

Salimos del aeropuerto, que es realmente pequeño, y nos dirigimos al parking, que resulta ser de tierra y hace que arrastrar la maleta de ruedas resulte un incordio. Por fin llegamos a una camioneta azul marino bastante antigua. A pesar de ser enorme, solo tiene dos plazas y la caja de atrás descubierta. Entre Eleanor y yo subimos el equipaje a la parte trasera y ella lo ata con unas cuerdas para que no se mueva ni se caiga.

Es en el instante en que me siento por fin en la camioneta cuando me doy cuenta de que todo esto está pasando de verdad; que estoy en Wyoming, en el vehículo de una mujer que parece amable, de camino a un rancho, y que mi familia y amigos están en la otra punta del planeta. También es la primera vez en meses que siento que todo está lejos, como si de algún modo todo esto fuera un sueño. Y en este preciso momento me propongo que sea un sueño lo suficientemente bueno como para que, cuando vuelva a mi realidad, el recuerdo de este verano me dé esperanzas para afrontar el futuro.

Sonrío mientras miro por la ventanilla, con la esperanza floreciendo en mi pecho. Eleanor enciende el equipo de sonido y una canción *country* que me parece muy bonita empieza a sonar. No suelo poner este tipo de música, así que le pregunto quién es el cantante.

—No estoy segura, cielo —me contesta sin apartar los ojos de la carretera—. Esta música es de mi hijo, se pasa horas escuchándola.

¿Un hijo? Emma no mencionó que tuvieran un hijo, y mucho menos que viviera con ellos, o cerca, porque... si su madre sabe que él se pasa mucho tiempo escuchando esa música es que se ven a menudo, ¿no?

—No sabía que tuvierais un hijo —comento con sinceridad, esperando que me aclare este tema.

La carretera, que hasta el momento nos había llevado a través de pastos verdes, nos adentra en el pueblo. Una gran señal nos da la bienvenida a Jackson. Es justo como en las fotografías que aparecen en Google: las casas bajas de madera, la calle principal llena de pintorescos comercios locales e incluso un bar con un cartel de neón rojo con un *cowboy* gigante. Pero lo más impresionante es ver el

pequeño pueblo en contraste con las altas montañas que lo rodean. Me asombra ver más cantidad de gente de la que me esperaba en un paraje así, pero la mayoría parece que sean turistas. Cuando vives en una ciudad como Barcelona no puedes evitar distinguirlos de inmediato de entre los lugareños. En todo caso, a pesar del gentío, esta localidad es todo un estereotipo de un poblado *western*. Sonrío para mí, es como estar en uno de mis libros románticos de vaqueros.

—Sí, mi hijo Carson —me informa con una sonrisa—. Es quien está al mando del rancho ahora que Kevin y yo ya no podemos. Mi marido tuvo un ataque al corazón hace dos años y se quedó en silla de ruedas, así que nos retiramos.

Eso me pilla completamente por sorpresa.

—Oh. Pensaba que erais vosotros quienes llevabais adelante el rancho, pero que necesitabais algo de ayuda... Eso me contó Emma.

—Vaya, debió de haber algún malentendido, entonces —repone con aire inocente y una sonrisa dulce—. Kevin y yo ya ni siquiera vivimos en el rancho. Nos construimos una casita más cerca del pueblo, aunque sigue estando dentro de nuestra propiedad. Está a unos quince minutos de la casa principal.

«¡¿Quince minutos?! Pero ¿cómo de grande es el terreno de esta familia?»

Ya hemos salido de Jackson y empezamos a subir montaña arriba por una carretera de curvas. Las vistas son impresionantes, nunca había presenciado una naturaleza igual. Las fotos no le hacen justicia. Las montañas son inmensas e imponentes y están teñidas de un verde muy intenso. Mire a donde mire es precioso, y me entran ganas de bajar la ventanilla solo para poder oler el aire puro de este lugar.

Veinte minutos después, dejamos la carretera y nos metemos en una pista de tierra. Al poco rato aparece el rancho. Avanzamos por el mismo camino de entrada que aparecía en las fotos del documento que Emma me dio, que está flanqueado por campos verdes en los que pastan tranquilamente varios caballos. La casa también es preciosa, tal como la recordaba de las imágenes: de madera oscura,

con tejas negras, chimenea de piedra y un porche inmenso en el que no puedo evitar imaginarme leyendo un libro al atardecer.

Eleanor aparca la camioneta frente a la puerta, donde hay un coche rojo más pequeño estacionado. Salgo de un salto e inspiro profundamente. Huele tan bien..., esto tiene que ser el paraíso.

«Emma, eres la mejor.»

No puedo evitar que la ilusión y la esperanza se apoderen de mí.

Me dirijo a la parte trasera y ayudo a Eleanor a descargar el equipaje. Estoy tan ocupada bajando la pesada maleta y pensando en cómo serán los próximos meses aquí que no capto las pisadas enfadadas que se acercan por detrás.

Capítulo 3



Olivia

—¿Qué significa esto?

Una voz masculina, profunda, ligeramente ronca y que transpira furia me hace dar un respingo del susto y me giro a toda prisa. No estoy preparada para lo que me encuentro. Un hombre joven; pelo castaño oscuro asomando bajo una gorra negra y blanca; una pequeña cicatriz que le parte la ceja derecha y que, más que un defecto, parece puesta ahí para que su expresión gane rudeza y atractivo; barba de un par de días; mandíbula fuerte, y unos ojos azules que me miran con enfado. Lleva una camiseta negra de manga corta que resalta los músculos bronceados de sus brazos, unos tejanos azules y unas botas vaqueras que asoman por debajo del pantalón.

Creo que lo observo con la boca abierta durante un segundo de más hasta que recupero la compostura. Es en ese momento cuando asimilo de verdad su expresión de cabreo.

Doy un paso adelante y le ofrezco la mano con mi sonrisa más encantadora.

—Soy Olivia, pero puedes llamarme Oli. Encantada de conocerte...

Termino la frase con tono de interrogación esperando a que me diga su nombre, a que se presente, pero eso no ocurre porque el tío

pasa olímpicamente de mí y avanza hacia Eleanor. Bajo la mano, un poco avergonzada y muy enfadada. ¿Quién se cree que es este tío?

Vuelvo a girarme hacia él y Eleanor, con el ceño fruncido y los brazos cruzados sobre el pecho porque, si los dejo libres, no sé qué harán. Y yo preocupada porque pensaba que había perdido la capacidad de sentir nada estos últimos meses...

El tipo está muy cerca de Eleanor susurrando furiosamente mientras ella lo mira con cara de no haber roto un plato en su vida y una sonrisa. ¿Por qué tengo la sensación de que esta mujer me ha contratado sin contárselo a quien supongo que es su hijo y quien, a su vez, ha resultado ser el responsable del rancho? Voy a matar a Emma.

La ilusión que sentía hace apenas treinta segundos se está esfumando a la velocidad de la luz.

Intento entender lo que le dice, pero su acento es muy cerrado y, aunque tengo buen nivel de inglés, hace mucho que no lo practico. Procuro ignorar el escalofrío que recorre mi nuca ante el sonido de su voz. El hombre es apuesto, eso resulta evidente, pero también es un maleducado.

Puedo ver que, a cada palabra que dice Eleanor, él aprieta más la mandíbula. Apostaría a que va a explotar. De repente, se gira para mirarme y tengo que resistirme con todas mis fuerzas para no dar un paso atrás cuando el odio que albergan sus ojos choca contra mí como un camión sin frenos. Se aparta de la que imagino que es su madre y se larga a grandes zancadas hasta desaparecer detrás de la casa.

Ella se acerca a mí con una sonrisa.

—Es mi hijo, Carson. Parece que no se acordaba de que llegabas hoy, cielo —dice mientras me pone una mano en el brazo.

Arqueo una ceja para indicarle que no me creo ni una palabra y ella sonríe todavía más inocentemente. Esta mujer... ¿Lo sabía Emma? ¿Qué voy a hacer ahora?

He venido hasta aquí para desconectar, para empezar de cero, para sanar, para no fallarles, para construir las bases de un futuro puede que incluso feliz.

No voy a permitir que alguien como Carson, que no sabe nada de mí, me lo arruine antes incluso de que haya podido intentarlo. Este tío no me conoce en absoluto y me ha desechado sin siquiera decirme «hola». Muy bien, pues que se atenga a las consecuencias. Me limitaré a hacer lo que me mande y punto, pero aquí me quedaré. No tengo por qué interactuar con él más allá de eso y, evidentemente, muchas ganas de ser amable y entablar amistad con él no me han entrado.

Asiento convencida y decidida mientras Eleanor me observa con ojos interrogantes porque parece haberse dado cuenta de mi monólogo interior. Emma está acostumbrada a eso, pero siempre se me olvida disimular ante la gente que no conozco.

Sigo a Eleanor hasta el interior de la vivienda con mi equipaje. Ya dentro, dejo la maleta y la bolsa de viaje en la entrada y procede a enseñarme la casa. A medida que hacemos el *tour*, pienso que es justo como creí que sería, una mezcla perfecta entre estilo rústico y moderno. La sala de estar está presidida por dos sofás de piel marrón, una mesa de centro oscura, unas estanterías llenas de libros y una televisión bastante nueva colgada en la pared —que no creo que utilice porque tengo todo lo que necesito en mi ordenador y no pienso quedarme en la zona común con Carson—. De todos modos, lo mejor de esta estancia son los grandes ventanales que dan al extenso campo verde de la finca. Al lado del salón se encuentra la cocina, semiabierta y muy acogedora, con encimeras de madera clara, armarios blancos con tiradores dorados y una isla con varios taburetes.

«Es una casa de ensueño.»

Tras mostrarme también el comedor y el baño, accedemos a la planta superior, donde están las habitaciones.

—Este será tu cuarto. Era de mi hija —dice mientras abre la puerta—. Se marchó a estudiar a Vermont hace dos años.

Hay una cama enorme en el centro, flanqueada por dos mesillas de noche. Desde la puerta de entrada en la que estamos diviso dos puertas más.

Al notar en qué me estoy fijando, Eleanor señala la que hay al lado de la de la entrada.

—Tras esa puerta está el baño —me indica.

El alivio que me inunda al saber que tendré uno solo para mí y que no me veré obligada a compartirlo con Carson es casi indescriptible.

—Y aquí puedes dejar tu ropa —continúa Eleanor mientras entra en la habitación y abre la segunda puerta.

¡No me lo puedo creer! Es un vestidor enorme que, además, está bastante lleno.

—Todo eso es de Violet. Creo que más o menos tenéis la misma talla, así que, si quieres, puedes usarla —añade con una sonrisa.

Le agradezco el gesto, pero no tengo intención de ponerme la ropa de su hija; no me sentiría cómoda cogiendo las cosas de una desconocida. Pese a ello, presto atención a las prendas coloridas que tengo delante y me imagino a Violet como a alguien alegre y risueño, no como su hermano. Además, no puedo evitar admirar la colección de sombreros vaqueros. Hay diez por lo menos, a cuál más bonito.

—Se está haciendo tarde y debes de estar agotada del viaje —comenta Eleanor sacándome de mis pensamientos—. ¿Por qué no descansas y mañana por la mañana te enseño el resto de la finca?

En cuanto Eleanor menciona mi cansancio soy realmente consciente de lo destrozada que estoy. Han sido muchas horas de vuelo y varias escalas, y la adrenalina que me mantenía en pie ha ido desvaneciéndose con el paso de las horas.

—Es una buena idea, gracias —contesto.

Eleanor me desea buenas noches y, antes de marcharse, me explica que me ha dejado varias cosas en la nevera, así que podré cenar algo e incluso almorzar mañana. Añade que, a partir de entonces, seré yo quien se encargue de mi comida, lo que me parece estupendo porque me encanta cocinar.

—No te preocupes por tu equipaje, Carson te lo subirá. Ah, por si necesitas algo, su habitación es justo la de al lado.

Genial. Simplemente, genial. Me pregunto si lo oiré despotricar a través de la pared.

—Perfecto. Muchísimas gracias, Eleanor. Hasta mañana.

Cuando por fin se va, echo un vistazo a mi alrededor. Ya estoy aquí, ya estoy en Wyoming. Esto es real. Y es precioso.

Las paredes de la estancia están cubiertas de pósteres de grupos de música que no conozco y fotografías de grupos de chicas sonrientes.

Me acerco a una de las mesillas de noche y cojo una foto enmarcada. En ella reconozco a Eleanor, aunque unos quince años más joven. Un hombre extremadamente parecido a Carson la rodea con un brazo y entre ellos hay una niña de unos diez años con trenzas rubias, la cara llena de pecas y sonriendo junto a un chico adolescente con una media sonrisa dibujada en el rostro. Ese debe de ser Carson. Una versión de Carson que, desde luego, no es la misma que he conocido hace un rato. El de la foto tiene los ojos brillantes, las mejillas sonrojadas y rodea cariñosamente con un brazo a su hermana pequeña. Por lo que ha pasado hace un rato, cualquiera diría que el Carson de ahora, ese que por desgracia será mi compañero en esta casa, lo único que quiere hacer con ese brazo es partir algo; y también he visto brillar sus ojos, pero de ira.

Estoy rota; después de tantas horas de viaje siento que mi cuerpo pesa unas mil toneladas por el agotamiento. Me siento en el borde de la cama y me cubro la cara con las manos. El agobio, el cansancio, la tristeza, los nervios, absolutamente todo se me viene encima y empiezo a notar la ansiedad creciendo en mi interior. Porque a mi hermano le hubiese encantado esto; porque a mi madre le habría hecho mucha gracia el acento de Wyoming y habría hecho alguna broma al respecto, y porque mi padre ya estaría intentando organizar los próximos tres meses, horario detallado incluido. Y porque estoy aquí sola.

Los sollozos vienen a mí descontrolados y la ansiedad ya se ha asentado en mi pecho como una bola inamovible que me dificulta la respiración. Soy consciente de que estoy a punto de tener uno de los ataques que llevo sufriendo desde el accidente, así que hago lo único que he conseguido que los frene. Me quito la camiseta en un movimiento apresurado y torpe y me clavo las uñas en la espalda, arañándome sin piedad. El dolor abre un camino de claridad en mi mente poco a poco y mi respiración comienza a regularse. Las

lágrimas siguen cayendo, pero el nudo en mi garganta empieza a diluirse. Nadie sabe que sufro estos ataques, ni siquiera Emma. Si lo supiera, seguramente me habría presionado todavía más para que buscara ayuda psicológica, y la verdad es que no me veo preparada para enfrentarme a mi realidad.

Espero varios minutos a que cesen las lágrimas y opto por ir al baño a lavarme la cara. Intento no pensar más, centrarme en cosas pequeñas e inmediatas. Ir hasta el baño, abrir el grifo, mojarme el rostro..., paso a paso.

El cuarto de baño es sencillo pero perfecto. En otro momento apreciaría los muebles de madera antigua, el espejo dorado desgastado y el mosaico de la pared, pero en este instante lo único que hago es dejar correr el agua y lavarme la cara con agua fría. Me froto los ojos y luego me miro al espejo. Los tengo hinchados por el llanto, y el poco maquillaje que llevaba se expande ahora por mis mejillas. Lo froto con un poco de agua y papel, ya que todas mis cosas están todavía abajo, en la maleta. Gracias a que es el maquillaje prácticamente más barato que hay, sale con facilidad. Vuelvo a ponerme la camiseta de Alice Cooper y me pongo también el jersey que llevaba en el avión y que me había atado a la cintura. Luego, para intentar animarme, saco mis cascos del bolso, me los coloco y le doy al «Play». La canción *Every Rose Has Its Thorn*, de Poison, empieza a sonar.

Necesito aire fresco para despejar la mente, así que decido salir a dar una vuelta.

Tras abandonar mi cuarto, antes de dirigirme a las escaleras, echo un vistazo a la puerta de al lado. «La habitación de Carson.» Suspiro con resignación. Tengo la sensación de que estas paredes son casi de papel y que podría oírme los ataques como el que acabo de sufrir, así que me hago una nota mental para recordar que ya no estoy sola en casa y que necesito bajar el volumen para que ni siquiera note que estoy aquí, porque así no me hará estos meses más difíciles de lo que van a ser.

Ahora sí, voy hasta la puerta de entrada y, cuando la abro, paro en seco debido a las vistas, porque no parecen reales. El sol se está poniendo en el horizonte entre las montañas, una luz cálida baña los

campos que rodean el rancho, donde los caballos pastan, y una brisa fresca acaricia mi rostro. Simplemente mágico. Es tan idílico que me parece increíble que haya lugares así por mucho que esté aquí ahora mismo.

Bajo los pocos escalones del porche a paso rápido y me dispongo a dar la vuelta a la casa principal para investigar un poco..., pero cuando doblo la primera esquina me doy de bruces con alguien; alguien que no se mueve ni un centímetro mientras que yo, como a cámara lenta, empiezo a caerme de espaldas por el impacto. Es probable que hubiera acabado con el culo en el suelo y mi vergüenza por las nubes si no llega a ser por las grandes manos que me sujetan de los codos y evitan el desastre.

Durante unos segundos que se me hacen eternos, esas manos me agarran al tiempo que alzo la vista para encontrarme con los ojos azules de Carson. En cuanto nuestras miradas coinciden, me suelta de forma brusca y se queda ahí plantado con expresión seria. Lleva una cuerda enrollada colgada al hombro y ahora tiene la gorra puesta hacia atrás. Soy consciente de lo alto que es, ya que para mirarlo a la cara desde tan cerca tengo que levantar la cabeza considerablemente.

Siento que esta es mi oportunidad para intentar suavizar un poco la frialdad que ha reinado cuando nos hemos conocido y que todavía flota en el ambiente, así que sonrío y me quito los cascos para dejarlos reposar sobre mis hombros.

—¡Vaya! Debería mirar por dónde voy, lo siento —me disculpo.

Él sigue observándome con intensidad sin soltar una palabra, así que añado:

—Iba a dar una vuelta y, luego, a comer algo. Eleanor me ha comentado que ha dejado algo preparado en la nevera... ¿Te apetece que cenemos juntos?

Me siento muy impresionada conmigo misma por estar tragándome el orgullo de esta forma cuando me está gritando que pase de él. Pero eso dura aproximadamente un par de segundos, hasta que me doy cuenta de que el muy imbécil no me va ni a contestar porque sigue ahí observándome como una estatua cabreada.

Pongo los ojos en blanco y doy un paso al lado para seguir mi camino. Pero, antes de que pueda avanzar, Carson me sujeta del brazo, baja la mirada hacia mí y dice con su voz profunda:

—Márchate a casa. Mi madre ha cometido un error haciéndote venir sin mi permiso, no necesito ayuda en el rancho.

Ignoro el escalofrío que de nuevo recorre mi espalda ante el sonido de su voz y, antes de que pueda controlarme, le respondo sin mirarlo:

—Puede que tú no me necesites, pero yo sí necesito estar aquí, así que lo que tú pienses al respecto me importa una mierda. Eleanor y yo tenemos un acuerdo y, hasta que ella no me eche, no tengo ninguna intención de largarme.

Y aquí se acaba mi intento de ser simpática. Me ha durado poco.

Antes de que Carson pueda replicar nada, sacudo el brazo para liberarme de su agarre y sigo mi camino.

Capítulo 4



Carson

Tengo que reunir toda mi fuerza de voluntad para no girarme para verla marchar. Sigo atónito ante la facilidad que tiene de pasar de mujer encantadora a mujer que parece que quiera pegarte un puñetazo. Aunque, para ser justos, se lo he puesto muy fácil.

Maldigo a mi madre en silencio. ¿En qué estaba pensando? Sabe perfectamente que no necesito a nadie aquí; que no quiero a nadie aquí.

De todos modos, ¿qué ha querido decir Olivia con eso de que ella sí necesita quedarse? No puedo evitar sentir algo de curiosidad por la chica que se ha instalado en mi casa sin previo aviso ni mi permiso.

Me recuerdo que no me importa y que no es mi problema. En lo que se refiere a esta mujer, lo único que me interesa es saber cuándo cogerá un avión de regreso a su casa, dondequiera que sea.

Pienso en cuando la he visto por primera vez esta tarde y noto el sudor frío en la frente a causa del miedo que me provocan los sentimientos que ese encuentro ha despertado en mí.

Cuando se ha girado sobresaltada y me ha mirado confusa con esos ojos marrones y brillantes, dedicándome una sonrisa con esos labios perfectos enmarcados por unos hoyuelos en ambas mejillas... Tenía el pelo negro recogido en un moño alto despeinado y llevaba unos pitillos negros rotos y una camiseta destrozada. Lo primero que

he pensado ha sido que es preciosa; lo segundo, que parece una persona bastante caótica, y lo tercero, que qué cojones hacía en mi casa. El mero hecho de tenerla en mi puerta, con una maleta y una bolsa de viaje e intención de instalarse aquí, ha provocado que prácticamente al instante la culpa, el dolor, la tristeza y la furia me inundaran. Y, cuando se ha dirigido a mí con ese acento tan peculiar que no he sabido identificar, no he sido capaz ni de mirarla porque mi cabeza tan solo se ha puesto a gritar que debía largarse.

No quiero a nadie en mi rancho, y mucho menos a una desconocida que, en los treinta segundos que hemos compartido, ha hecho que sienta tantas cosas y tan confusas. No cuando llevo tres años manteniéndome a flote, con todas mis emociones debidamente encerradas bajo llave en un cajón bien profundo de mi mente.

Mi madre me ha contado que tanto ella como mi padre habían pensado que me hacía falta alguien que me ayudara en el rancho y que habían optado por una solución que no suponía gasto económico alguno: un voluntariado a cambio de techo y comida. Ha añadido que no me lo habían consultado porque sabían que me negaría en redondo.

Por supuesto que me habría negado. Solamente hay una persona a la que necesito aquí y no volverá jamás.

Abro la puerta de la casa y lo primero que me encuentro es el equipaje de Olivia al pie de las escaleras.

Parece que desde que ha llegado la veo por todas partes. Me muero de ganas de recuperar la calma y la soledad en mi hogar.

Desde luego, lo último que me hace falta es una desconocida pululando por la finca. Una mujer que, además, teme a los caballos. Mi madre se ha lucido proporcionándome esta «ayuda».

Suspiro y me dispongo a subir las escaleras para meterme en mi habitación; necesito una ducha.

Sin embargo, a medida que avanzo noto la presencia de ese equipaje tras de mí. Intento ignorarla y seguir mi camino. Logro llegar a la puerta de mi cuarto, pero, antes de abrirla, doy media vuelta, bajo las escaleras, cojo la maleta y la bolsa y las cargo hasta la puerta de la habitación de Violet, donde las dejo.

Esto es lo único que haré por ella... y solo porque necesitará sus cosas para pasar la única noche que permanecerá aquí antes de marcharse.

Capítulo 5



Olivia

Cuando me despierto el sol todavía no ha salido.

Después de pasar un rato al aire libre la tarde anterior, estaba tan agotada que me di una ducha rápida y me fui a la cama sin cenar; sobre las nueve de la noche ya me había quedado dormida. Cuando llegué a la habitación me encontré el equipaje en la puerta. Hoy se lo agradeceré a Carson. Por mucho que el hombre fuera un borde conmigo, tuvo un buen gesto. Además, después de haber dado ese corto paseo ayer, me sentí un poco mal por haberle respondido de aquella forma. Él no sabe nada de mí y yo no sé nada de él.

Tengo la esperanza de que, cuando acepte que no me voy a ir a ninguna parte, encontraremos la manera de convivir en paz durante los próximos tres meses. No pretendo que lleguemos a ser amigos, pero es evidente que todo será más agradable si no me llevo fatal con la persona que comparte techo conmigo y que duerme en la habitación de al lado.

Me tomo el nuevo día como una maravillosa oportunidad de aprender a vivir otra vez. Mi madre siempre decía que no debemos vivir porque sí para, al final, sencillamente morir, sino que debemos vivir haciendo que, cuando llegue nuestra muerte, ese recorrido haya merecido la pena. Porque la vida no es un trámite, es un viaje,

y nosotros decidimos cómo será. Y yo he decidido que quiero que la mía valga la pena de nuevo.

Así que empiezo con algo simple que hace meses que no hago: mi rutina de *skincare*. Puede parecer una tontería, pero para mí es un primer paso para empezar a cuidarme otra vez.

Saco todos los botecitos del neceser y los coloco en orden en el armario del baño. Después de haberme lavado la cara, usado el tónico, el sérum y mi crema, me miro en el espejo, satisfecha. Mi cara brilla y también lo hacen mis ganas de enfrentarme al día. Más o menos.

Me pongo un poco de corrector en las ojeras y me delineo los ojos ligeramente con *eyeliner*. Me echo colorete, el justo y necesario para que mi rostro recupere algo de vida, y me dispongo a vestirme.

Coloco toda mi ropa en el hueco libre del vestidor de Violet, que no es mucho, y escojo la que me pondré hoy. Opto por unos tejanos grises y la camiseta de Los Ramones de mi padre. Me ato las botas de montaña negras y miro el reloj del móvil. Marca las cinco y cuarto de la mañana y el sol está empezando a salir. Le mando un mensaje breve a Emma para decirle que estoy bien y que, en cuanto pueda, tenemos que hacer una videollamada porque debemos hablar. No le comento que es sobre Carson; quiero verle la cara cuando se lo suelte para comprobar si lo sabía o no.

Mi estómago ruge de hambre, por lo que decido ir a la cocina. Me sudan un poco las manos por los nervios ante la posibilidad de encontrarme con Carson abajo. He iniciado el día con ganas y no quiero que su expresión de enfado y sus comentarios bordes me lo estropeen. Por ello, decido que voy a descender en silencio, entrar en la cocina a toda prisa, coger lo que pueda y subir de nuevo a mi habitación, para encerrarme aquí hasta que llegue Eleanor.

No soy una cobarde, en absoluto.

Salgo de mi cuarto haciendo el menor ruido posible. Su puerta está cerrada. Bajo las escaleras de puntillas, sigilosamente. Entro en la cocina con una sonrisa de satisfacción y alivio, pero me detengo en seco cuando veo la cafetera llena de café. Escucho con atención, pero no oigo nada. ¿Se ha marchado ya? Abro la nevera para ver si hay algo que pueda desayunar y me encuentro con una bandeja con

zanahorias asadas, puré de patatas y salchichas que parecen de tofu; debe de ser la cena que me dejó ayer Eleanor. Eso me hace sonreír porque Emma se acordó de comunicarles que no como carne. Al lado, hay un plato con huevos revueltos y un par de tortitas. Frunzo el ceño, pensativa... «¿Eso es para mí o es el desayuno de Carson?» Echo un vistazo en el frigorífico y no parece haber más huevos para que pueda hacerme otros; tampoco encuentro pan para tostadas, leche ni cereales.

Mi estómago ruge de nuevo, esta vez más fuerte.

Subo las escaleras y pego mi oreja a la puerta de Carson... y, sí, soy consciente de que estoy siendo ridícula. No oigo nada, así que parece que sí que se ha levantado ya.

Regreso a la cocina, caliento los huevos y las tortitas y lo devoro todo. Cuando estoy terminando, mi teléfono vibra en mi bolsillo y al sacarlo veo que es un mensaje de Emma.

> Tía, me alegro de que hayas llegado bien, pero hoy estoy liadísima en el trabajo, ya te contaré. ¿Te va bien que hablemos mañana a mis 23:00 horas, que serán tus 15:00 horas? ❤️

Sonrío para mis adentros cuando la imagen clara de Emma contando las horas con los dedos de la mano aparece en mi cabeza sin previo aviso. Le contesto que no sé cuál va a ser mi horario ni mis funciones en el rancho, pero que le diré algo en cuanto lo averigüe.

Cuando vuelvo a guardar mi teléfono me doy cuenta del silencio que me rodea. Solamente se oye relinchar a algún caballo de vez en cuando, eso es todo. Durante los últimos meses apenas me he permitido estar en silencio porque entonces mis pensamientos hacían demasiado ruido. Estoy a punto de subir a la habitación a ponerme música con los cascos, pero decido no hacerlo. En vez de eso, abro los armarios de la cocina hasta encontrar las tazas, me lleno una con café y salgo fuera.

Experimento la misma sensación abrumadora del día anterior ante las vistas. No creo que llegue a acostumbrarme. No recuerdo la

última vez que respiré un aire tan limpio y puro. El olor fresco a campo mojado me envuelve y no puedo evitar sonreír.

Ayer descubrí los establos, así que me dirijo hacia allí. Estoy a punto de entrar cuando oigo correr a un caballo. Miro a mi alrededor, pero no veo nada. Doy la vuelta al recinto y en la parte trasera encuentro una cerca en la que Carson está dando cuerda a un ejemplar marrón precioso. Lleva una ropa muy parecida a la del día anterior: tejanos, camiseta de manga corta, hoy blanca, botas de trabajo y una gorra puesta del revés. Me paro un momento a observarlo. A pesar de estar dando cuerda a un ejemplar enorme, se lo ve relajado. Mira al animal con aprobación e incluso me parece captar la sombra de una sonrisa en su rostro. Me pregunto cómo será verlo sonreír: ¿tendrá hoyuelos?; o reír: ¿será su risa contagiosa y le brillarán tanto los ojos como en esa fotografía de mi habitación? Me acerco a la valla y me apoyo mientras le pego un trago al café.

Carson me ve, pero no dice nada. Sin embargo, percibo cómo su cuerpo, que tres segundos atrás estaba relajado, se tensa. Desde luego, que una persona reaccione así ante tu presencia no es agradable. No vuelve a mirar en mi dirección hasta que termina diez minutos después, obligado a hacerlo porque estoy apoyada en la puerta de la cerca.

—Buenos días —le digo con una sonrisa reconciliadora.

Y para sorpresa de nadie, no me contesta. Abre la puerta de tal forma que me veo forzada a apartarme y pasa por mi lado con el caballo.

No estoy dispuesta a rendirme, así que voy detrás de ellos a una distancia prudencial porque no me apetece empezar la experiencia con una coz.

Los sigo hasta una zona abierta de campo donde suelta al animal, que se une a un grupo de caballos que pastan tranquilamente. Carson se echa la cuerda al hombro y comienza a andar hacia los establos. Ahora que el animal ya no está me siento más valiente y doy unos cuantos pasos rápidos para alcanzarlo y ponerme a su lado.

—Gracias por el café y el desayuno... Ah, y por subirme las maletas anoche. —Mi sonrisa no abandona mi rostro en ningún

momento.

Carson se detiene en seco y se gira hacia mí, por fin. Tiene el ceño fruncido y me mira con desaprobación.

—El desayuno no era para ti.

Juro que puedo oír el momento exacto en el que mi alma choca contra el suelo.

—¡Dios mío, lo siento mucho! Es que no he visto más comida y, como no estabas por ninguna parte, me he imaginado que ya habías desayunado y que eso era para mí...

De pronto me doy cuenta de que, mientras yo estaba demasiado ocupada disculpándome y con las mejillas más rojas que un tomate, Carson ha seguido andando y me ha dejado aquí sola, poniéndome en evidencia.

Noto cómo el enfado se va extendiendo por cada milímetro de mi cuerpo y me da la gasolina que necesito para echar a correr y alcanzarlo de nuevo.

—¡Eh, tú! —le grito al tiempo que lo agarro del brazo para que frene, ignorando el escalofrío que me recorre de arriba abajo cuando mi piel entra en contacto con la suya—. Siento haberme comido tu desayuno, pero no ha sido a propósito y, además, estaba intentando agradecerte el gesto de las maletas. ¿Hay alguna razón por la que eres así de borde conmigo o, simplemente, eso forma parte de tu encantadora personalidad?

Carson alza las cejas con sorpresa y yo me llevo las manos a la boca.

—Joder, lo siento, no pretendía decir eso. Lo que ocurre es que no me lo estás poniendo nada fácil, ¿sabes? —Suspiro con frustración y le ofrezco la mano igual que hice ayer cuando lo conocí—. ¿Por qué no empezamos de cero? Ya te dije que no voy a marcharme y me gustaría que, al menos, pudiéramos trabajar juntos.

Carson ignora mi mano tendida por segunda vez.

—Hay una razón por la que soy así de «borde» contigo y es que quiero que te largues de mi casa. —Se gira para seguir andando, pero, antes de continuar, añade mirándome por encima del hombro —: Ah, y alguien debería lavarte esa boca tan bonita que tienes, no está bien desaprovecharla con tantos insultos.

Eso me deja clavada en mi sitio entre asombrada, enfadada, indignada y, aunque no quiera admitirlo, un poco avergonzada. Pero antes de que pueda salir del shock en el que he entrado, me llega la voz de Eleanor a lo lejos.

—¡Oli, cielo, buenos días!

Capítulo 6



Olivia

Al girarme para ver llegar a Eleanor, a pesar de que lo único que quiero es ir tras Carson y soltarle cuatro frescas, descubro que no está sola. Una chica joven, más o menos de mi edad, la acompaña. Va vestida con la misma indumentaria que todo el mundo por aquí: tejanos, botas de trabajo y camiseta ajustada con mangas hasta el codo y tres botones en el cuello. Es pelirroja, con una melena que le llega a la altura de los hombros recogida en dos coletas bajas. También lleva una gorra verde oscuro. Al acercarme veo que tiene el rostro cubierto de pecas, los ojos color esmeralda y una sonrisa cálida que muestra sus dientes perfectamente alineados.

—Oli, esta es Savannah, mi sobrina —me la presenta Eleanor, sonriente.

—Hola, Savannah. Encantada de conocerte. —No lo puedo decir más en serio, ya que empezaba a ponerme nerviosa la idea de estar solo con Eleanor y Carson durante tres meses.

Le tiendo la mano, pero ella la ignora. Me digo que debe de ser costumbre de la familia hasta que, a diferencia de Carson, la chica avanza y me envuelve en un abrazo.

—¡Yo sí que estoy encantada de conocerte! —exclama contra mi oído con voz aguda y cantarina—. Hace demasiado tiempo que no tenemos a alguien nuevo por aquí.

Cuando sus brazos me abandonan y se separa para mirarme, mi sonrisa es genuina.

—Savannah viene a cuidar del huerto y las gallinas de vez en cuando.

Ante mi cara de sorpresa, es Savannah quien interviene.

—¡Sí! Ven, que te lo enseño. —Luego se gira hacia Eleanor y añade—: ¿Te importa que empecemos el *tour* por el huerto, tía Eleanor?

—Por supuesto que no, vamos para allá —le responde ella con una sonrisa.

Savannah pasa un brazo por el mío y comenzamos a andar cogidas así.

—Me encanta tu acento, Oli. ¿De dónde eres?

—Soy de Barcelona, España.

—¡Oh, Europa! Siempre he querido viajar por Europa —comenta con ojos brillantes.

—Bueno, en ese caso tendrás que venir a visitarme cuando me vaya, ¿no?

La cara de Savannah se ilumina de tal forma que creo que no sería capaz de negarle nada.

—¿De verdad? ¡Eso sería geniaaaaal! —chilla mientras me aprieta el brazo que tiene bien cogido.

No puedo evitar la risa que escapa de mis labios y veo que no soy la única que está contenta, porque con el rabillo del ojo percibo a Eleanor con una sonrisa de oreja a oreja. Después de haber sido recibida con rechazo por Carson tanto ayer como esta mañana, me alegra que Savannah parezca feliz de tenerme aquí.

Nos acercamos a un cobertizo que queda algo alejado de la casa principal y que no me dio tiempo a ver anoche. Lo rodeamos y de pronto aparece ante nosotras un huerto enorme. Debe de tener de todo. Además, justo al lado hay también un invernadero increíble.

—Los inviernos aquí son muy duros —explica Savannah cuando sigue mi mirada, clavada en este último—, así que tenemos que apañarnos con el invernadero durante algunos meses.

Eleanor sale del cobertizo con tres cestas de mimbre.

—Ya que hemos empezado por aquí, podríamos aprovechar para ayudar a Savannah a recoger algunas verduras y hortalizas.

Por lo visto la chica no viene todos los días al rancho y hay veces que se acumulan los frutos si Carson no tiene tiempo de recogerlos. Lo mismo sucede con el gallinero.

Eso explica por qué la nevera estaba tan vacía esta mañana. Pero ¿cómo iba a saber yo que tenía que ir a por huevos frescos al gallinero para desayunar?

Acabamos llenando las tres cestas hasta arriba con patatas, cebollas, calabacines, zanahorias y varias hortalizas más. Llevamos uno de los cestos a la casa, para mí y para Carson, y los otros dos los acercamos a la camioneta, ya que son para Eleanor y Savannah.

Pasamos el resto de la mañana recorriendo el rancho, visitando la propiedad. Me llevan a una cabaña que hay bastante más arriba, en las montañas, a la que solo se accede a pie tras aparcar el coche y andar veinte minutos por un sendero muy estrecho pero precioso; lástima que no podemos entrar, porque me cuentan que es de Carson y solo él tiene las llaves. También nos acercamos a la casa de Eleanor y Kevin, quien hace unos días tuvo «un pequeño susto» y ahora está en el hospital, en observación, pero me dicen que está deseando conocerme en cuanto salga. Acabamos el *tour* viendo algunos caminos que recorre Carson en las excursiones a caballo que realiza con los turistas.

Durante toda la mañana Savannah no deja de parlotear. Me cuenta que es fotógrafa; que su sueño es exponer sus fotos en una galería; que le encanta salir a pasear y quedar con sus amigas (que promete presentarme) para ir al bar a bailar un rato. Lo paso realmente bien con ella y, en parte, su entusiasmo me recuerda mucho al de Emma.

A la hora de comer, Eleanor y Savannah me dejan en la casa principal y esta última insiste en que vaya a verla a la cafetería en la que trabaja en el pueblo. Cuando le digo que no tengo cómo llegar allí, Eleanor me indica que puedo usar la camioneta siempre que quiera, cosa que me alegra y me agobia al mismo tiempo, ya que nunca he conducido un vehículo tan grande.

Me doy cuenta de que es la primera vez en seis meses que no he pensado en el accidente durante varias horas seguidas y eso hace que sienta algo de esperanza. Es un comienzo.

Cuando Eleanor y Savannah se marchan, me dirijo a la cocina, limpio todas las verduras que hemos recogido esta mañana y caliento la comida que Eleanor me dejó preparada para hoy. Al ir a coger un plato para servirme el almuerzo, dudo un segundo antes de sacar un par más. Sirvo dos platos, tapo uno de ellos con el tercero, cojo un trozo de papel y escribo rápidamente una nota. Luego dejo el plato tapado dentro de la nevera junto con la nota y me voy con mi comida a mi habitación.

Capítulo 7



Carson

Me quito la gorra y me paso una mano por el pelo. He pasado toda la mañana haciendo una ruta con una familia de cinco miembros y tengo poco tiempo hasta que llegue el siguiente grupo. Cuando entro en la cocina veo la cesta de mimbre y me alegro de que Savannah haya pasado hoy por el huerto porque, de lo contrario, me habría tocado ir ahora a mí.

Me dirijo a la nevera para ver qué pillo para hacerme un buen sándwich, porque ya me terminé la última bandeja de comida precocinada... que, para qué mentir, te salva cuando no tienes tiempo de prepararte algo casero, pero está asquerosa. Al abrirla veo un plato tapado con otro y, encima, una nota. Cojo la nota y la leo rápidamente.

Este plato SÍ es para ti, Carson. Que aproveche.

Oli

Me quedo como un idiota con la nota en la mano hasta que la nevera empieza a pitar. Luego saco el plato y cierro la puerta.

En realidad, el desayuno de hoy sí era para Olivia. El caso es que me he hecho demasiado para mí y me ha parecido buena idea dejárselo a ella. Sin embargo, cuando he visto lo contenta y

agradecida que estaba esta mañana, no he podido evitar soltarle que esa comida no era para ella porque no me gustaría que pensara que quiero que se quede aquí.

Sé que debo de parecerle un capullo, pero me da igual. No necesito gustarle; de hecho, necesito que encuentre mi compañía tan insoportable que decida volver a su casa cuanto antes.

Dudo en si comerme el almuerzo aquí, en la cocina, o en mi habitación, y acabo decantándome por la segunda opción porque lo último que quiero es encontrarme con Oli. Cuando he subido la mitad de las escaleras, oigo música procedente del cuarto de Violet, bueno, de Olivia. La canción *The River*, de Bruce Springsteen, inunda el piso de arriba de la casa.

Me quedo escuchando delante de su puerta unos segundos. Solamente se oye la música. Es una ocasión perfecta para una pelea de convivencia: solo tengo que entrar y pedirle de malas maneras que baje el volumen. Sin embargo, suspiro y me meto en mi cuarto sin decirle nada. A ella le pareceré un capullo, pero está claro que lo que soy es un idiota porque, a pesar de todo, me sabe mal ser tan borde.

Engullo la comida; no me había dado cuenta del hambre que tenía hasta que me he metido la primera cucharada de puré de patatas en la boca.

Sigo oyendo la música de Olivia a través de la pared cuando me agacho y saco la caja de madera gastada de debajo de la cama.

Vuelvo al escritorio, la abro y cojo un papel. Tomo también el bolígrafo y comienzo a escribir.

> *Querida Julie:*
>
> *Hoy vuelve a brillar el sol y es un perfecto día veraniego, de esos que a ti te gustan. ¿Recuerdas a* Jax*? Es el caballo marrón que llegó de un rescate hace varios meses. Hoy, por fin, he conseguido darle cuerda durante quince minutos sin ningún altercado. Creo que estamos cerca de conseguir su completa recuperación.*

Mi mente viaja sin mi permiso a la imagen de Olivia apoyada contra la puerta del cercado, con la taza de café humeante y una sonrisa cálida dibujada en el rostro. Aparto la imagen y frunzo el ceño. Un pinchazo de culpabilidad y dolor atraviesa mi pecho.

Hay algo que quiero contarte. Mi madre me ha traído ayuda para el rancho este verano sin mi consentimiento. ¿Puedes creerlo? Claro que puedes... Es una maniobra típica de Eleanor. En fin, ha hecho un trato con una chica extranjera que tiene miedo a los caballos. Parece de chiste, lo sé. Le he dejado claro a esta que no la quiero aquí, pero parece que eso no le importa en absoluto, porque está empeñada en quedarse. No sé qué hacer, Julie. Desde que apareció ayer por la tarde estoy viviendo un tormento. Cuando oigo pasos en el piso de arriba, por una milésima de segundo pienso que eres tú. Se me olvida la mierda de realidad en la que vivo, una en la que las pisadas que resuenan en esta casa pertenecen a otra; una en la que nunca volverán a ser tuyas. Tiene que irse. Ojalá estuvieras aquí.

Te echo de menos.

Siempre tuyo,

Carson

La felicidad de escribirle se esfuma tan rápido como ha venido cuando noto su ausencia de nuevo.

Doblo el papel, lo meto en un sobre, lo guardo en la caja junto al bolígrafo y la vuelvo a meter debajo de la cama. En ese momento me doy cuenta de que estaba tan concentrado en la carta que no me he percatado de que la música de Oli ha dejado de sonar.

Y, entonces, oigo un gran estruendo que proviene del exterior de la casa.

Salgo a toda leche de mi habitación y bajo las escaleras a la carrera. Cuando pongo un pie fuera veo la camioneta estampada contra el buzón. Corro al lado del conductor y me encuentro a Olivia agarrando el volante con tanta fuerza que tiene los nudillos blancos.

—Pero ¿qué ha pasado? —prácticamente grito mientras abro la puerta a toda prisa.

Recorro a Olivia con la mirada para asegurarme de que no se ha hecho daño. Ella sigue sin mirarme. Veo que tiene los ojos llenos de lágrimas. Su pecho asciende y desciende a gran velocidad porque está hiperventilando descontrolada. Vuelvo a centrarme en su rostro, sus ojos fijos en un punto en el horizonte, como si estuviera viendo algo que yo no puedo ver.

—Olivia, ¿qué ha pasado? —le pregunto ahora con más calma, posando una mano sobre la suya en el volante.

Eso parece sacarla por fin del estado en el que se hallaba, porque aparta las manos del volante y de debajo de la mía de inmediato y se gira hacia mí con la disculpa escrita en los ojos.

—¡Lo siento muchísimo, Carson! Nunca había conducido un vehículo tan grande, y encima sin marchas, y he perdido el control. Lo siento muchísimo —repite—. Pagaré la reparación y todo lo que haga falta. —Su voz se rompe ligeramente al final y no puedo evitar sentirme mal por ella.

No le respondo enseguida, sorprendido por su cambio de actitud y sus disculpas aceleradas. Solo se ha dado contra el buzón, no hay para tanto... ¿Tan nerviosa le pone mi reacción?

—No pasa nada. La camioneta está bien y el buzón, solo un poco abollado —la tranquilizo—. Sal a verlo por ti misma.

Pero Olivia no hace ademán de moverse. En vez de eso se queda mirándome mientras se frota las manos muy alterada.

Frunzo el ceño extrañado y Oli agacha la mirada, avergonzada.

—No sé si me aguantarán las piernas si intento salir —dice en un susurro.

Es entonces cuando me percato de que está temblando. Le ofrezco la mano para ayudarla a salir y ella, después de dudar durante un par de segundos, la acepta. Desliza las piernas por el asiento para salir del vehículo e instintivamente pongo mi otra mano en su cadera para darle apoyo cuando sus pies tocan el suelo. Sus piernas parecen ceder en un principio, pero la sujeto y logra quedarse en pie.

Noto su mirada clavada en mi rostro, pero yo no la miro, incómodo. Cuando veo que puede sostenerse por sí sola, carraspeo y me aparto de ella.

—¿Ves? —digo sin emoción en la voz mientras señalo el buzón—. Solo está un poco abollado, eso es todo.

—Sí, pero... de todas formas... Lo siento mucho.

—¿A dónde ibas? —pregunto cambiando de tema tras ignorar sus disculpas.

—Oh, Savannah quería que fuera a verla a la cafetería esta tarde y Eleanor me ha dicho que podía coger la camioneta para llegar allí, así que...

Me doy cuenta de que sus lágrimas han cesado, pero que sigue temblando. Me sorprende esta reacción tan exagerada, apenas ha sido nada.

Miro el reloj, todavía dispongo de media hora antes de tener que preparar los caballos para la ruta.

—Ya te llevo yo, he de ir al pueblo a buscar un par de cosas de todas maneras —miento.

Me digo que lo hago porque así no la tendré paseándose por el rancho toda la tarde, recordándome su presencia constantemente. Sin embargo, soy muy consciente de que, si sigo así, no pensará que nuestra convivencia es insufrible y no se va a volver a su casa. Está claro que parecer un capullo se me da fatal.

Ella empieza a rechistar, pero yo ya he dejado de escucharla y estoy subiendo al asiento del conductor; quiero acabar con esto cuanto antes.

Capítulo 8



Olivia

Ha vuelto a dejarme hablando sola. Suspiro y rodeo la camioneta por detrás para sentarme en la plaza del copiloto.

Sigo bastante nerviosa, pero el contacto de la piel de Carson con la mía me ha hecho volver a la realidad. Nunca debería haber intentado conducir justo después de un ataque de ansiedad. Aunque ahora Carson asociará los nervios y las lágrimas a este pequeño accidente. En cuanto he notado que me crecía la sensación de angustia y ahogo cuando estaba en la habitación, he puesto música para evitar que él pudiera oírme si estaba en casa, y diría que ha funcionado.

Este ataque me ha pillado desprevenida. Estaba comiendo tranquilamente cuando mi mente ha empezado a divagar sin mi permiso. Tendría que haber puesto música o una película nada más entrar en mi cuarto, tendría que haberme mantenido distraída.

Miro por la ventanilla mientras Carson conduce en silencio. Bajo el cristal y cierro los ojos, dejando que la brisa acaricie mi rostro. Me quedo así durante un rato, hasta que todo rastro de ansiedad desaparece. Cuando los abro me encuentro con unos ojos azules mirándome fijamente.

—¡Pero mira por dónde vas! —le chillo alarmada—. ¿Se puede saber qué estás haciendo?

—No soy yo quien lleva cinco minutos con la cabeza fuera de la ventana como si fuera un golden retriever —contesta muy serio.

—¿Y a ti qué te importa? Como si hubiese querido pasarme el doble de tiempo e incluso sacando la lengua —suelto molesta—. Si conduces es tu responsabilidad estar al cien por cien pendiente de la carretera, me gustaría llegar sana y salva a Jackson.

—Me conozco el trayecto como la palma de mi mano, podría hacer todo el camino con los ojos cerrados y llegaríamos bien al pueblo —replica, y pone los ojos en blanco—. Y, por favor, la próxima vez siéntete libre de sacar la lengua, me encantará ver la imagen completa.

Parece ser que Carson Dallas tiene un don para sacarme de mis casillas.

—¿Ah, sí? No me digas... Por personas como tú luego muere tanta gente inocente en la carretera. Chulos que creen que son mejores de lo que realmente son. Despierta, Carson, no eres invencible ni un superhéroe, solo un *cowboy* malhumorado con la autoestima demasiado alta.

Estoy esperando alguna respuesta tajante por su parte que no llega. Lo miro con el rabillo del ojo. Está con la vista al frente, con su expresión seria favorita. Bueno, al menos he conseguido que se centre en la conducción.

Y, justo cuando pensaba que no iba a decir nada más, añade sin mirarme:

—Nunca pondría tu vida en peligro —y debe de ver el rubor que tiñe mis mejillas porque apostilla—: ni la de nadie. Puedes sentirte segura conmigo al volante.

Relajo los hombros, que no había notado que estaban en tensión hasta este momento.

—Vale.

Lo ha afirmado de un modo que no tengo más remedio que creerlo. Es más, hay algo especial en la forma en la que Carson dice las cosas, una sinceridad difícil de fingir.

Alarga el brazo y enciende el aparato de música. La misma canción de ayer comienza a sonar.

—¿Quién es? —Se lo pregunté a Eleanor, pero no supo decírmelo —. Me gusta mucho.

—¿En serio? —me plantea con una ceja arqueada—. No se parece en absoluto a la que pones a todo volumen.

—Me gustan muchos estilos de música.

—Es mi amigo Luke, Luke Lawson. Se alegrará de saber que te gusta su música.

Carson tiene un amigo. Estoy intentando asimilarlo. Este vaquero cabreado tiene un amigo. ¿Cómo será ese tal Luke? ¿Quedarán para estar callados, o para quejarse de todo? No me imagino a Carson haciendo otra cosa. La imagen de él y otro hombre en silencio tomando café con cara malhumorada toma forma sin permiso en mi cabeza y no puedo evitar reírme.

—¿Qué te hace tanta gracia?

—Nada, nada. No sabía que tuvieras un amigo músico, eso es todo.

—No me conoces.

—Tú a mí tampoco —respondo de inmediato.

—Ni quiero hacerlo.

El dolor me coge desprevenida, así que, cuando le contesto, lo hago mirando por la ventanilla.

—No hace falta que me conozcas, sino simplemente que aceptes que estoy aquí y que voy a quedarme hasta el final de verano.

Noto mi voz fría y distante, y Carson carraspea y se recoloca en el asiento, incómodo.

El resto del trayecto lo hacemos callados, escuchando las letras y las melodías de Luke Lawson. Son realmente preciosas.

Carson Dallas no entraba en mis planes, pero tendré que aprender a aprovechar esta oportunidad a pesar de él. Me centraré en Savannah, en el trabajo en el rancho y en la naturaleza. Él no cambiará nada.

Unos diez minutos más tarde, para la camioneta frente a un pequeño establecimiento con un cartel en el que se lee SARAH'S CAFÉ. Me desabrocho el cinturón dispuesta a bajar, pero antes de que me marche Carson me sorprende diciendo:

—Savannah tiene mi número de teléfono. Dile que te lo dé y mándame un mensaje cuando quieras volver al rancho, pasaré a buscarte.

Estoy a punto de rechazar su oferta, pero no tengo ni idea de si Savannah tiene coche o de cómo podría regresar sola hasta allí. Por eso asiento, le doy las gracias y cierro la puerta tras de mí. No entro en el local hasta que veo la camioneta desaparecer.

Capítulo 9



Olivia

Dudo antes de abrir la puerta de la cafetería. Soy bastante tímida. Conocer a las personas de una en una no me supone un problema, pero entrar en un sitio lleno de gente que verá a la legua que no soy de aquí me echa un poco para atrás. Inspiro y espiro un par de veces y, cuando me he autoconvencido de que estoy lista, entro en Sarah's Café. Es un establecimiento relativamente pequeño pero muy acogedor y con un ambiente cálido. Las mesas con sofás rojos ocupan casi todo el espacio y al fondo se ubica la barra. Nada más abrir la puerta oigo el sonido de unas campanitas e inmediatamente varias personas de la cafetería se giran para mirarme, pero yo mantengo la vista fija en la barra para ver si encuentro a Savannah.

Por suerte, la chica se está dirigiendo a una de las mesas cercanas a la entrada y me ve enseguida. Deja los platos a los clientes y viene apresuradamente a abrazarme. Lleva un delantal blanco con el logo de la cafetería en rojo. Sus coletas se han convertido en dos moños bajos y dos mechones más largos le caen a ambos lados de la frente.

—¡Estás aquí!

—Estoy aquí —repito con una sonrisa devolviéndole el abrazo.

En ocasiones las personas simplemente conectan y tengo la sensación de que eso es lo que me ha pasado con Savannah. Es

algo extraño para mí, ya que la última vez que me ocurrió tenía apenas cinco años y fue con Emma. Debo admitir que no esperaba pisar Wyoming y conocer a alguien que me cae tan bien en mi segundo día.

—Ven, siéntate ahí —me indica señalando un taburete en la barra.

Ella pasa al otro lado y me sirve una taza de café. Entonces, una mujer muy parecida a Eleanor sale de la cocina. Lleva el pelo muy corto y va bastante más maquillada que la madre de Carson, con sombra azul eléctrico en los párpados y los labios rosas. Se está secando las manos con un trapo cuando me ve y sonríe.

—¡Tú debes de ser Olivia!

—Oli —digo con una sonrisa.

—Esta es mi madre, Sarah —me explica Savannah.

Puedo ver que tienen los mismos ojos verdes y esa mirada honesta. Pero aquí se acaban las similitudes. Savannah es energía y felicidad; Sarah, electricidad y extravagancia.

La mujer avanza y me da un abrazo. Está claro que a todos los miembros de esta familia les gustan los abrazos, a todos menos a Carson. Voy a tener que acostumbrarme rápido, ya que yo siempre he preferido dar la mano que abrazar a extraños.

—¿Qué te parece todo esto? ¿Crees que vas a estar bien aquí? —me pregunta Sarah.

—Es un sitio precioso, y Eleanor y Savannah han sido muy amables conmigo. Estoy muy contenta de haber venido, gracias.

Ambas intercambian una mirada cómplice.

—Carson te está dando trabajo, ¿eh?

Savannah se pone a limpiar la barra como si no estuviera prestando atención o no quisiera formar parte de esta conversación. Considero un momento mi respuesta. Es cierto que no ha sido el más amable del mundo y ha dejado claro que le sobro, pero, por otro lado, me ha ayudado cuando lo he necesitado, así que finalmente digo:

—Parece un hueso duro de roer. No está muy contento de tenerme aquí que digamos, pero hay momentos en los que es amable aunque no quiera serlo. —Esto último me arranca una sonrisa.

—Bueno, está siendo muy duro para el muchacho, dale tiempo.

Antes de que pueda preguntarle qué quiere decir con eso, Savannah interviene.

—¿Puedo salir más temprano hoy? Me gustaría enseñarle a Oli lo que pueda de Jackson antes de que se haga de noche.

—Sí, sí, por supuesto. Marchaos. Espero verte a menudo por aquí, Oli. —Se despide con una sonrisa y se mete de nuevo en la cocina.

Savannah se saca el delantal, lo guarda debajo de la barra y entrelaza mi brazo con el suyo como ha hecho esta mañana en el rancho.

—Venga, vamos. Ya va siendo hora de que veas que aquí tenemos más cosas aparte de campo.

Savannah me enseña la calle principal, llena de locales, y me sorprendo por la cantidad de visitantes que hay por todas partes. Sabía que la zona era turística por los parques nacionales cercanos, pero el pueblo resulta ser una concentración de forasteros considerable. Por ello, hay tiendas de *souvenirs* con toda clase de *merchandising*, varios restaurantes y bares de todo tipo. Sin duda vine con una idea equivocada de que sería un pueblo donde no habría nada que hacer. De todos modos, a pesar de eso, Jackson ha mantenido el encanto de los pueblos antiguos, con sus casas bajas de madera, sus escaparates tradicionales y su ambiente hogareño.

Cuando veo un pequeño supermercado le comento a Savannah que voy a aprovechar para adquirir algunos productos. Compro pan y leche para el desayuno y varias cosas más, pues la verdura del huerto y los huevos del gallinero no me parecen suficiente. Savannah me sigue mientras va parloteando y contándome cosas interesantes del pueblo, como que en los meses de verano los sábados hay el mercado de los granjeros. Me convence para ir al de esta semana, aunque debo admitir que no le cuesta demasiado hacerlo porque me encantan los mercadillos al aire libre.

Estamos saliendo del súper cuando alguien me quita la bolsa de la mano. Me giro rápidamente dispuesta a perseguir a quien haga falta, pero, en vez de encontrarme con un ladrón que huye a la carrera, hay un chico mirándome con una sonrisa de oreja a oreja. Lleva el pelo rubio oscuro cortado en un *mullet*, un pequeño aro en la oreja

izquierda, tejanos ajustados, botines por debajo del pantalón y una sudadera gris con capucha. Tiene los ojos marrones, la nariz recta y una sonrisa pícara. Es realmente guapo.

—¡Nick! Qué susto me has dado —exclama Savannah mientras le da un golpe en el brazo.

El tal Nick hace una mueca exagerada de dolor al tiempo que empieza a hablar.

—Os he visto tan cargadas que he pensado que podríais necesitar ayuda. Solo estaba intentando ser un caballero, Savannah.

Vuelve a girarse hacia mí y me tiende la mano. Por fin alguien que simplemente me da la mano al conocerme, había llegado a pensar que aquí la gente le tenía algún tipo de alergia a eso. Le dedico una sonrisa educada y se la estrecho.

—Soy Oli, encantada.

—Lo sé, Savannah lleva semanas diciéndome que ibas a venir.

Me giro hacia esta sorprendida, pues ni siquiera yo misma sabía que iba a hacerlo hasta la semana pasada.

—¡Cállate, Nick! —Se da la vuelta en mi dirección y añade—: Es mi mejor amigo, Nick Wallace. También es un idiota, no le hagas caso.

—¡Eh! Que estoy aquí delante —se queja Nick falsamente ofendido—. ¿Os puedo acompañar a algún sitio?

—Yo tengo que irme enseguida para ayudar a mi madre a cerrar la cafetería —dice haciendo un puchero mientras saca su teléfono para luego teclear algo en él—. Te acabo de enviar el número de Carson para que lo guardes. Ahora lo llamo para que venga a recogerte y esperaré contigo hasta que llegue. Puedes quedarte con nosotras si te apetece, Nick.

Este mira a Savannah y luego a mí.

—No tengo nada que hacer ahora mismo, así que puedo llevarte yo si quieres —se ofrece con una sonrisa cálida que correspondo con otra sin pensarlo.

No lo conozco, pero es el mejor amigo de Savannah y, al fin y al cabo, tampoco conozco a nadie aquí. Además, así Carson no se molestará por tener que venir a recogerme y quizá de ese modo se mostrará más amable mañana.

—Si no te importa, me harás un favor.

—¡Claro que no me importa! —exclama, quizá con demasiado entusiasmo.

Savannah pone los ojos en blanco, me da un abrazo de despedida y un codazo a Nick antes de marcharse.

Nick alarga el brazo para quitarme la otra bolsa de la mano a pesar de mis protestas.

—No me cuesta nada. Además, mi camioneta está justo allí —dice señalando al otro lado de la calle.

Noto cómo coloca un brazo detrás de mi espalda pero sin llegar a tocarme mientras andamos y cómo camina por el lado de fuera de la acera, protegiéndome de los coches. Igualito que Carson, vaya.

Me siento en la camioneta y Nick deja las bolsas a mis pies.

—Así que vas a pasar aquí todo el verano, ¿no? —pregunta mientras arranca y mira por el retrovisor para salir a la calzada.

—Vuelvo a Barcelona a principios de septiembre.

«Si Carson no consigue salirse con la suya, claro.»

—Debe de ser emocionante estar tan lejos de casa. Yo nunca he salido de aquí.

—¿Y a dónde te gustaría ir?

—A cualquier sitio —contesta con una sonrisa—. No me malinterpretes, adoro Jackson, es un sitio increíble, pero me encantaría ver mundo.

Lo entiendo. En otras circunstancias, este voluntariado me habría parecido una aventura increíble, algo que disfrutar; sin embargo, en mi caso, en vez de deberse a una decisión tomada sin presión, es fruto de una necesidad de sobrevivir. Porque daría lo que fuera por estar en casa con mi familia, aunque eso no va a ocurrir ni ahora ni nunca.

—¿Y por qué no lo haces?

Veo flaquear ligeramente su sonrisa, pero es algo que rectifica tan rápido que por un instante creo que me lo he imaginado.

—Mi madre está enferma, no puedo marcharme de momento. —Antes de que pueda decirle que lamento su situación, añade con entusiasmo—: Pero lo haré algún día y será una pasada.

Decido que me gusta Nick.

—Estoy segura de que sí —le respondo con una pizca de ese entusiasmo, porque es contagioso.

Veo que duda unos segundos antes de volver a hablar.

—No conoceré mucho mundo, pero sí conozco Jackson. Así que, si algún día te apetece, podría enseñarte los alrededores y... llevarte al mejor restaurante del pueblo a cenar.

Me halaga su interés y seguramente, si la situación fuera otra, me habría emocionado que un chico como Nick me invitara a salir, pero, por desgracia, ya no tengo el ánimo para algo así.

—Me encantará que me enseñes los alrededores, pero en cuanto a la cena..., tendré que pensármelo.

—Muy bien, más pronto que tarde te llevaré a pasar el mejor día de tu vida. —Por sus palabras deduzco que Nick se ha tomado mi respuesta como una victoria.

Quiero creerlo, pensar que las mejores noches, momentos, días de mi vida, están todavía por venir, pero tengo claro que no es así. Sé que, después de haberlo perdido todo, solo me queda intentar hacerlo lo mejor posible y esperar que sea suficiente.

Capítulo 10



Carson

Miro el reloj. Son las siete de la tarde. Hace ya una hora que he terminado la ruta con los turistas y metido a los caballos en el establo. Me he dado una ducha y estoy sentado en el porche viendo el atardecer... y, para qué mentirme, esperando el mensaje de Olivia pidiéndome que vaya a recogerla. Ya no debería tardar en llegar.

Sé perfectamente que a esta hora la tía Sarah y Savannah están cerrando la cafetería para luego marcharse a casa a cenar. Quizá Olivia se ha quedado a ayudarlas y por eso todavía no me ha escrito.

Mientras hacía la ruta a caballo no he podido parar de pensar en cuando la he encontrado en la camioneta esta tarde, con lágrimas en los ojos y el cuerpo tembloroso. Puedo entender que se haya asustado, pero me extraña que lo haya hecho tanto..., pues yo mismo estampé una camioneta contra un poste cuando era pequeño tras decidir que quería conducirla sin el permiso de mis padres. Lo peor fue que me pasé castigado un mes y una ceja partida que me dejó cicatriz.

Olivia, sin embargo, parecía aterrada. El nudo que se ha instalado en mi estómago debido a eso ha permanecido ahí toda la tarde. Me remuevo en mi silla, incómodo. No forma parte de mi trabajo entender a Olivia, solo quiero conseguir que se marche.

Eso también llevo repitiéndomelo toda la tarde con poco éxito.

Miro el reloj de nuevo. Las siete y cuarto. ¿Qué estarán haciendo?

Me recrimino por estar pensando en ello. No me importa, no puede importarme. Por mí, como si quiere quedarse a dormir en el pueblo, me da igual.

Esta tarde he estado tan distraído por el ruido que Olivia ha traído a mis pensamientos que me ha costado centrarme en el silencio que antes llenaba con el recuerdo de la risa musical de Julie en los establos. Su vacío al lado de mi caballo ha ocupado menos espacio, o puede que mis ojos hayan tratado de evitarlo. Hoy, camino al rancho, la falta de su mano en la mía tan solo ha sido una sutil caricia casi imperceptible en vez del enorme peso que suele lastrarme todos los días.

Noto que las lágrimas se acumulan en mis ojos, pero me niego a dejarlas caer. Miro la silla que tengo al lado y, por un segundo, puedo ver a Julie contemplando el atardecer. Su pelo rubio corto se mueve con la brisa, sus ojos azules brillan con el reflejo del sol y sus delicadas manos reposan en su regazo.

Mi Julie.

El sonido de un vehículo acercándose me saca de mis cavilaciones y me aleja de Julie una vez más desde que Olivia llegó aquí. Aprieto la mandíbula con frustración; tengo que conseguir que se largue cuanto antes.

¿Esa es la camioneta de Nick? No soporto a ese tío, ¿qué está haciendo aquí?

Miro mi móvil de nuevo y compruebo que sigo sin recibir ningún mensaje de Olivia. Frunzo el ceño, empieza a hacerse tarde.

La preocupación se transforma en algo distinto cuando veo a Nick Wallace abriendo la puerta de su camioneta y a Oli salir de esta de un salto. Está sonriendo, sonriendo de verdad.

Nick le da unas bolsas y se agacha para susurrarle algo al oído, ante lo que Olivia le sonríe y luego se gira hacia mí ligeramente sonrojada.

Reprimo las ganas de echar a Wallace de mi propiedad de malas maneras, como cada vez que lo veo por aquí. Además, ya está de nuevo dentro del vehículo, arrancando el motor para volver por donde ha venido.

Oli se acerca, todavía con una sonrisa en los labios, y dice mientras alza las bolsas para que las vea:

—He comprado algunas provisiones para poder cocinar algo que no sean verduras y huevos.

Ante mi semblante serio, su sonrisa desaparece y sus hombros se tensan.

Odio ser la razón por la que su alegría se apaga, pero no consigo cambiar mi expresión. Demasiadas emociones pasan por mi cabeza: enfado, dolor, culpabilidad, pérdida...

Oli suspira y pasa por mi lado para entrar en casa. Me tomo unos segundos para relajarme y la sigo dentro.

Está sacando todo lo de las bolsas para guardarlo.

—Mañana quiero empezar a trabajar. ¿Qué quieres que haga? —me pregunta cuando se percata de mi presencia.

—Sabes perfectamente lo que quiero que hagas —respondo fríamente.

—¿Otra vez con eso? —masculla exasperada mientras se gira un poco para enfrentarme al tiempo que se apoya en la encimera de la cocina con ambas manos—. Ya te he dicho que no me voy a ir a ningún sitio a no ser que Eleanor me lo pida. Así que vuelvo a preguntártelo: ¿qué quieres que haga mañana?

—No necesito tu ayuda —sentencio al tiempo que paso por su lado y cojo dos rebanadas del pan que ha comprado; luego abro la nevera y saco el bote de mayonesa y el pavo.

—Me parece estupendo que no la necesites, pero yo voy a dártela —replica como si estuviera hablando pacientemente con un niño pequeño.

Cuando termino de hacerme el sándwich, me encamino hacia las escaleras.

—A ver si te queda claro de una vez, Oli: no eres bienvenida aquí. No te daré trabajo, no comeremos ni cenaremos juntos y, desde luego, no seremos amigos. Márchate —le digo sin mirarla, cada palabra acompañada de una invisible puñalada de arrepentimiento.

Antes de que pueda responderme o ver el dolor en su rostro que me recuerde lo imbécil que soy, subo a mi habitación.

Capítulo 11



Olivia

Ian no despega los ojos del teléfono y una sonrisa tonta ilumina su rostro. Alargo el brazo y le quito el móvil de las manos a mi hermano pequeño.

—¡Oli, devuélvemelo! —exclama, sobresaltado y molesto, mientras da un respingo.

Lo miro con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Con quién charlas tan embobado?

—No sé de qué me hablas.

Sus mejillas empiezan a sonrojarse.

—¿Ah, no? No será con María, ¿verdad?

Ian lleva enamorado de su amiga María desde que tiene uso de razón y parece que por fin, a sus diecisiete años, ella también se ha fijado en él. Mi hermano ha crecido muchísimo este verano. Su espalda es ahora más ancha, ya ha superado a mi padre en altura y su complexión de niño ha quedado atrás.

Mi madre gira la cabeza para mirarnos desde el asiento delantero del coche.

—¿Estáis cotilleando? ¡Yo también quiero enterarme!

—¡Y yo! —exclama mi padre desde detrás del volante.

Suelto una carcajada al ver que Ian me dirige una mirada asesina. Echo de menos estos momentos con todos ellos. Me independicé

cuando Ian tenía trece años y sé que esa etapa fue difícil para él. Nos llamamos todas las semanas y salimos a veces a comer, pero soy consciente de que hubo ocasiones en las que mi ausencia le costó un poco.

Le tiro el móvil y él lo coge al vuelo.

—No, solo está con uno de sus juegos y quería fastidiarle la partida —comento para salvarlo de la situación incómoda en la que yo misma lo he metido.

Mamá suelta una risa ligera sabiendo que miento, pero Ian cambia su mirada asesina por otra agradecida y me dedica una media sonrisa.

Sigo mirándolo hasta que de pronto, a través de su ventanilla, veo como un coche se acerca a nosotros a toda velocidad... y choca contra la puerta de Ian, quien aún mantiene esa media sonrisa en mi dirección. Mi grito de advertencia se pierde en el estruendo del desastre.

Y de inmediato estamos dando vueltas. No noto el dolor ni los golpes. Solo soy capaz de mirar a Ian tras el brutal impacto, la sangre chorreando de su nariz, su cuerpo como si fuera un muñeco de trapo chocando contra todas partes... y los huesos rotos y dislocados después, con los ojos abiertos mirándome sin verme cuando el coche por fin se detiene.



Me despierto con la respiración entrecortada y un grito ahogado. Lo primero que noto es la ansiedad en mi pecho y mi rostro empapado en lágrimas. Sin ser apenas consciente de lo que estoy haciendo, alargo el brazo a la mesilla de noche y pongo música sin prestar atención a qué canción sonará.

Empiezo a hiperventilar y el exceso de oxígeno me provoca mareo. Abro mucho los ojos porque, si los cierro, la imagen de la mirada perdida de Ian se agarrará a todos los rincones de mi mente.

Me quito la camiseta del pijama y me araño la espalda..., pero esta vez no es suficiente con clavarme ligeramente las uñas, no. Esta vez dejo largas marcas de arañazos desde la parte baja de mi espalda hasta donde alcanzan mis dedos en su ascenso. Me clavo las uñas con tanta fuerza que puedo notar la sangre empezando a brotar de las heridas.

Los sollozos descontrolados no parecen disminuir, así que insisto todavía con más ímpetu y rapidez. Intento controlar los gritos de dolor que amenazan con salir, recordando dónde estoy y quién puede oírme.

El dolor producido por las heridas se va intensificando a medida que mi ansiedad parece comenzar a menguar.

Pasan largos minutos hasta que mi respiración adquiere un ritmo normal. Vuelvo a tumbarme y me pongo en posición fetal, abrazándome las rodillas, y dejo que las lágrimas caigan libres.

Y entonces la tristeza y la desesperación le abren camino a la rabia. Rabia porque un conductor borracho me arrebató a mi familia. Rabia porque Ian tenía toda la vida por delante; porque no volveré a ver la luz en sus ojos, su sonrisa bobalicona; porque no podrá cumplir sus sueños y yo no podré ver cómo lo hace. Rabia porque todo le fue arrebatado. Rabia porque mi madre y mi padre no estarán nunca más en mis momentos importantes. Rabia porque parte de mí murió con ellos y no sé cómo seguir adelante.

El sonido de una puerta cerrándose me distrae. Carson ha salido de su habitación. Me froto los ojos con las manos y suspiro. Decido levantarme y empezar el día para distraerme, aunque me supone un enorme esfuerzo salir de la cama.

Me doy una ducha caliente y limpio mis nuevas heridas con cuidado, tomándome mi tiempo. Al salir me miro al espejo; tengo los ojos hinchados por el llanto, pero al menos ya no están rojos. Vuelvo a sacar los botecitos de mi rutina de *skincare* del armario uno por uno y me hago la rutina metódicamente.

Me maquillo levemente para tapar las evidencias del ataque, pero, por más corrector que me aplique, nada parece ser capaz de disimular la oscuridad de mis pensamientos.

Me visto rápidamente con unos tejanos y una camiseta básica de manga corta y me miro de nuevo en el espejo: las ojeras ahora algo disimuladas, el pelo mojado pero bien peinado y mis ojos tristes son los protagonistas de mi reflejo. Echo los hombros hacia atrás, saco pecho y observo cómo dibujo una sonrisa. No me sale demasiado bien, así que vuelvo a intentarlo una vez, y otra y otra hasta que considero que mi reflejo es el de una chica feliz y entonces salgo al pasillo para bajar a desayunar.

Capítulo 12



Carson

—¡Buenos días!

La voz de Olivia me sorprende con la taza de café en la mano y casi lo tiro. Sabía que estaba despierta porque he oído, de nuevo, música que provenía de su habitación. Tiene el pelo mojado suelto, lleva unos tejanos ajustados que se adaptan a la perfección a sus curvas y me muestra una sonrisa de oreja a oreja que ilumina su rostro..., aunque, al fijarme, compruebo que no le llega a los ojos.

—Buenos días —respondo sin emoción.

Olivia rodea la isla de la cocina y abre la nevera. Coge la leche, abre varios armarios hasta sacar un bol y los cereales que trajo ayer y se sienta en uno de los taburetes.

Se sirve y empieza a desayunar, distraída. Parece completamente sumida en sus pensamientos y su ceño está ligeramente fruncido. De pronto, siento la necesidad de distraerla de cualquier pensamiento que la esté preocupando.

—No deberías comer eso —suelto con ese fin.

Parece funcionar porque su ceño fruncido es reemplazado por una expresión de asombro. Sus cejas están tan altas que parece que vayan a fundirse con su pelo.

—¿Perdón?

—Digo que no deberías comer eso; es asqueroso y todo azúcar.

—¡Ajá! Así que era eso... —contesta con una sonrisa.

—¿El qué? —Ahora soy yo quien frunce el ceño.

—Tu mal humor.

Parece muy orgullosa de sí misma, como si hubiese encontrado la explicación a un misterio.

Yo, sin embargo, no entiendo nada.

—¿Mi mal humor?

Cruzo los brazos sobre el pecho y me percato de que Oli les dedica una mirada, pero es tan corta que podría habérmelo imaginado.

Se encoge de hombros, todavía con esa sonrisa.

—Siempre estás de malhumorado porque no tomas azúcar. Ven —me pide dando unos golpecitos en el taburete que tiene al lado—, te daré unos pocos para que te sientas mejor, jefe.

En lugar de pensar en que ojalá esa fuera la causa de mi estado emocional, lo único en lo que puedo centrarme es en su última palabra.

—¿Jefe? —pregunto alzando una ceja.

—Claro, sigo esperando órdenes para hoy.

Suspiro. Esta chica no va a darse por vencida.

Dudo unos segundos acerca de si encargarle o no algo que hacer, ya que comienzo a tener claro que se quedará. Sin embargo, cada vez que se me ocurre algo en lo que podría ayudarme, la imagen de Julie haciendo exactamente esa tarea cruza mi mente... y, con ella, el sonido de su risa, nuestras miradas mientras trabajábamos codo con codo, cómo la abrazaba por detrás, ella apartándose el pelo rubio de la cara...

Vuelve el dolor.

Oli debe de haber detectado algún cambio en mi rostro porque, cuando levanto de nuevo la mirada hacia ella, ya no sonríe.

—Solo tengo un trabajo para ti hoy, Oli. Haz la maleta.

Esta vez sí veo el dolor y el cansancio en sus ojos, pero no permito que me afecte. En lugar de eso, me pongo la gorra que había dejado sobre la encimera de mármol de la cocina y empiezo a andar hacia la puerta principal. Pero, antes de abrirla, me giro para mirarla y veo que ella está haciendo lo mismo conmigo.

—Por favor —añado.

Y entonces me marcho para preparar los caballos para una larga jornada.

Capítulo 13



Olivia

Cuando Carson me ha pedido «por favor» que me marchara del rancho me ha parecido un hombre derrotado. No había rastro del mal humor que me ha mostrado desde que llegué al rancho hace dos días, simplemente cansancio y dolor.

Los cereales se han quedado blandos en la leche, así que los tiro y me sirvo una taza de café. Me sorprendo a mí misma intentando averiguar por qué a Carson se le veía tan triste. Podría preguntárselo a Savannah o a Eleanor, incluso a Sarah, pero siento que las estaría poniendo en una situación incómoda.

Suspiro resignada. Durante un par de minutos me ha dado la impresión de que no nos llevábamos tan mal y, de repente, su expresión ha cambiado por completo y también su actitud. Sin embargo, decido aferrarme a ese par de minutos con la esperanza de que en un futuro se alarguen lo suficiente como para que podamos convivir e incluso me deje ayudar en el rancho.

Con ese pensamiento en mente, como Carson no me ha asignado ninguna tarea aparte de la de hacer el equipaje y regresar a Barcelona, algo que ni siquiera me planteo, decido ir a recoger los huevos, pero antes le escribo un mensaje a Emma para informarla de que finalmente sí podré hacer la videollamada con ella al mediodía.

Diez minutos después, cuando ya me he terminado el café, salgo de la casa para dirigirme al gallinero. Al poner un pie en el porche, veo a Carson a lo lejos atando a dos caballos que estaban pastando en los campos de la entrada. Cuando empieza a andar en dirección a la casa me dedica una mirada rápida antes de desviarla hacia el suelo.

Está claro que no quiere hablar conmigo y no voy a presionarlo de nuevo, así que paso de largo, entro en el cobertizo a por una cesta y luego me voy a ver a las gallinas.

Me quedo plantada delante de la puerta del gallinero. Nunca he recogido huevos frescos y no tengo ni idea de si las gallinas me atacarán por quitárselos. ¿Cómo no se me ha ocurrido esto antes? Comienzo a notar el miedo asomando y me empiezan a sudar las manos.

«No, Oli. Son solo gallinas, no te pasará nada.»

Inspiro profundamente y abro la puerta. Algunas salen correteando hacia el fondo y verlas huir hace que mi confianza crezca ligeramente. Seguro que ellas me tienen más miedo a mí que yo a ellas..., ¿no?

—Hola, guapa... —digo con una sonrisa tranquilizadora caminando despacio hacia una de las gallinas.

Tiene un huevo a su lado, por lo que no parece que lo esté incubando. Alargo el brazo para cogerlo y el ave no parece ni inmutarse. Meto el huevo en la cesta con una sonrisa triunfal. Oli, uno; gallinas, cero.

Recojo unos cuantos más sin ningún problema y, en el momento en que estoy a punto de cantar victoria, ocurre. Estoy guardando el último huevo cuando, de reojo, veo que algo se dirige hacia mí a gran velocidad. Antes de que pueda reaccionar, una gallina me está dando picotazos y persiguiendo.

Empiezo a correr por el gallinero histérica haciendo que el resto de las aves se pongan también a aletear y a corretear por todas partes. Abro la puerta a toda prisa y la intento cerrar de inmediato para que no salga ninguna gallina, pero no soy lo suficientemente rápida y la que me está atacando se cuela fuera antes de que pueda

cerrarla. Me pongo a correr como una desquiciada y a intentar apartarla con la cesta.

Y, entonces, el relincho de un caballo y el sonido de sus cascos al correr me distraen. Alzo la vista y veo a Carson con un grupo de cinco personas, todas a caballo. Bueno, seis, porque uno de los caballos acaba de salir disparado con una mujer a cuestas que ahora está chillando más que yo.

La gallina parece asustarse ante el escándalo y por fin se larga y me deja en paz. Me tapo la boca con ambas manos, Carson me va a matar.

Lo veo salir al galope tras la clienta, que sigue gritando, hasta alcanzarla y agarrar las riendas del caballo para frenarlo. Aunque están a una distancia considerable, puedo ver perfectamente los brazos musculosos de Carson haciendo el esfuerzo de controlar al inquieto animal, su mandíbula apretada y su mirada determinada. Es como si todo pasara a cámara lenta. De no sentirme tan aterrada por su reacción, ahora mismo estaría admirando lo increíblemente sexy que ha sido eso.

Oli, uno; gallinas, un millón.

Me quedo ahí petrificada mientras lo observo volver al grupo sin soltar las riendas del segundo caballo. Cuando está a punto de llegar a ellos, me acerco yo también. Cuando por fin están a una distancia suficiente como para que puedan oírme, me disculpo.

—Lo siento muchísimo. No sabía que había alguien aquí fuera y la gallina me estaba atacando, y yo...

La mujer que monta el caballo que se ha asustado y ha salido pitando me interrumpe vociferando.

—¡¿Eres idiota?! ¡Podría haberme matado!

—Sí, lo sé y lo siento muchísimo —respondo mirándola a los ojos.

Pero ella parece no tener bastante con eso porque comienza a amenazar con denunciarme.

Entonces Carson baja de su caballo de un salto, haciéndome perder el hilo de lo que está diciendo esa mujer, y se coloca entre ambas, con sus ojos azules llenos de ira.

—Disculpe, señora, pero ha sido un accidente. Mi ayudante, como muy bien ha dicho, no sabía que estábamos aquí porque yo he

olvidado comunicárselo esta mañana.

Creo que todo el mundo puede ver mi mandíbula chocando contra el suelo. Primero, me ha llamado su «ayudante» y, segundo, me está defendiendo. Empiezo a tener un poco de esperanza de que la ira que he visto en sus ojos no era para mí. Esperanza que desaparece al instante cuando se gira para mirarme y dirige esa ira hacia mí con todas sus fuerzas.

Pero, en vez de hacerme pequeña ante él, saco pecho y sostengo su mirada. Porque, como bien ha admitido, parte de la culpa es suya por tenerme a ciegas. Levanta una ceja con sorpresa ante mi desafío, pero se recompone en apenas un segundo.

Mientras tanto la señora ha seguido insultándome.

—Me da igual de quién sea la culpa, esta estúpida casi consigue que muera.

Al oír eso Carson se vuelve de nuevo en su dirección y, con la voz más fría que le he oído utilizar desde que estoy aquí, interviene otra vez, con el músculo de su mandíbula tenso por el enfado.

—Como ya le he dicho, ha sido un accidente. Además, antes de subirse al caballo ha firmado usted un contrato en el que asumía cualquier riesgo y se hacía responsable de cualquier accidente que pudiera producirse durante la excursión. Entiendo su disgusto, pero no voy a permitir que nadie le hable así ni a mi ayudante ni a ningún trabajador de este rancho. Así que, si insiste en esa actitud, voy a tener que pedirles a usted y a sus acompañantes que se marchen.

Al oír sus palabras no puedo evitar sentir una especie de calidez en el estómago ni tampoco la sonrisa que se dibuja en mi rostro.

Tras unos segundos de silencio, uno de los hombres del grupo, todavía montado en su caballo, decide intervenir.

—Venga, cariño, al fin y al cabo no ha pasado nada grave. Además, el señor Dallas ha salido al galope a rescatarte y estás sana y salva. Sigamos con la excursión, por favor.

El resto del grupo asiente y expresa su acuerdo. La mujer vuelve a dirigirme una mirada asesina, pero finalmente accede a continuar.

Carson vuelve a montar su caballo y, antes de empezar la marcha, me dice completamente serio:

—¿Crees que podrás coger a la gallina que se ha escapado y devolverla al gallinero?

—Claro que sí, jefe, cuenta con ello.

Al oír que vuelvo a llamarlo así, pone los ojos en blanco..., pero juraría que una de las comisuras de sus labios se inclina ligeramente hacia arriba.

Capítulo 14



Olivia

Después de más tiempo del que admitiré jamás, consigo devolver a esa endemoniada gallina al gallinero. Y luego vuelvo a no tener nada que hacer.

Me siento en el porche para admirar las vistas con los cascos puestos para escuchar música y pensar en lo ocurrido. Carson me ha defendido antes, sigo sin creérmelo. Hace apenas dos días que lo conozco, pero en más de una ocasión he tenido la sensación de que hay una especie de batalla en su interior. El comentario de Sarah me viene a la mente: «Bueno, está siendo muy duro para el muchacho, dale tiempo». Quizá no sea yo la única que esté luchando.

Prefiero creer eso antes que decantarme por que sea un tío inestable que cambia de opinión porque sí y cuyo propósito es volverme loca.

Con esa determinación en mente decido mi siguiente paso: haré la comida para los dos con la esperanza de que se siente a almorzar conmigo cuando regrese de la excursión del grupo que casi me denuncia. Además, de esta manera estaré en el interior de la casa cuando vuelvan y la mujer no podrá insultarme de nuevo.

Me dirijo a la cocina con resolución y abro la nevera. Tantas verduras frescas me dan la oportunidad perfecta para hacer un gazpacho y una tortilla de patata. Soy consciente de que es un

increíble cliché español, pero, seamos sinceras, no hay nada mejor que eso.

Antes de ponerme a la tarea subo un momento a mi habitación para coger el altavoz y así poder cocinar entretenida. Paso la siguiente hora preparando la comida, cantando con la seguridad de que nadie puede oírme y dando vueltas por la cocina al ritmo de la música. Y me siento bien. La sonrisa no abandona mi rostro en ningún momento y, cuando quiero darme cuenta, me encuentro riendo sin motivo aparente. Hacía más de medio año que no me sentía así y está empezando a ocurrir a pesar de llevar aquí tan solo un par de días, y encima conviviendo con un vaquero malhumorado. Emma tenía razón.

Todavía canturreando, subo a lavarme las manos y dejar mi jersey en el cuarto porque estoy muy acalorada.

Cuando bajo a la cocina otra vez, mi sonrisa se convierte en un grito de alarma al instante ante lo que me encuentro: Carson disponiéndose a calentar el gazpacho en el microondas.

—¡No, no! —Me acerco a él a toda prisa y le doy un manotazo en la mano que tiene a punto de pulsar un botón del electrodoméstico —. ¡Esto no se calienta!

No había visto un semblante de mayor confusión en toda mi vida. Carson, con su gorra hacia atrás, su piel tostada, su mandíbula fuerte y los ojos más azules con los que me he encontrado jamás, me está mirando con la boca algo abierta, su ceja partida alzada y expresión de alarma.

Esa sensación de calidez vuelve a aflorar en mi estómago, pero, tras el primer segundo en el que me pilla por sorpresa, rompo en una carcajada. Y no puedo parar.

Carson continúa mirándome como si estuviera chiflada, pero es que, de verdad, no puedo parar. La situación es demasiado ridícula. Este vaquero seco y perpetuamente cabreado estaba a punto de calentar mi gazpacho en el microondas.

Carson cruza los brazos sobre el pecho, irritado.

—¿Qué pasa? ¿De qué te ríes? —exige saber.

Su inseguridad me provoca un poco de ternura, pero me divierte todavía más, y su pregunta solo hace que mis ojos se llenen de

lágrimas por la risa. No recordaba la última vez que lloré de tanto reírme. Estas lágrimas, sin duda, son muy distintas de las que han frecuentado mis ojos durante los últimos meses.

Él sigue perplejo durante unos segundos más, pero luego la comisura de sus labios se alza ligeramente, mostrando al Carson más relajado que he visto desde que llegué. Sin embargo, cuando se da cuenta de que me está mostrando algo de amabilidad, su semblante vuelve a su expresión seria favorita.

—Eso no se calienta, es gazpacho. —Respondo a la pregunta que me ha hecho mientras estaba demasiado ocupada tronchándome de risa.

—¿No es sopa de tomate? —Está muy confundido.

—No, esto se toma frío. Es típico de España.

—¿España?

—Sí, mi país. —Me queda claro que se acaba de enterar de dónde soy en este mismo momento—. No lo sabías, ¿verdad?

—No. Ni siquiera sabía que venías hasta que te plantaste en mi puerta.

Río de nuevo, aunque ahora con suavidad.

—Vaya, parece que por fin tenemos algo en común. Yo no sabía que venía hasta hace apenas una semana.

Carson parece extrañado ante esa afirmación, pero no me pide aclaraciones, ya que creo que ha podido detectar que mis palabras están levemente teñidas de tristeza.

—Entonces ¿cómo se come esto? —inquiere mirando el plato de nuevo.

—Con cuchara —contesto muy seria.

Pone los ojos en blanco, molesto, y yo vuelvo a reír.

—Mira, puedes comértelo así, tal cual, o también con tropezones..., es decir, con trocitos de verdura o picatostes.

Carson saca el plato del microondas y lo coloca en la isla. Acto seguido coge otro plato y sirve una ración para mí.

Sonrío ante la naturalidad de su gesto y me siento a su lado.

Se mete una cucharada en la boca y la saborea atentamente. Me mira, asiente y sigue comiendo.

—Me gusta —dice sin mirarme—. Gracias por la comida, Olivia.

Caigo en la cuenta de que me gusta cómo suena mi nombre en su boca.

Me levanto y voy a por la tortilla, que está en la encimera de mármol, tapada para que no se enfríe. Cuando Carson la ve, sus ojos se iluminan..., pero lo disimula enseguida, no vaya a ser que yo lo vea.

—Esto lo conozco, es tortilla española.

—¡Muy bien, jefe!

Carson devora la tortilla. En serio, la devora. Nunca había visto a alguien disfrutar tanto de un plato, y eso hace que se me hinche el pecho de orgullo y felicidad.

—¿De dónde eres de España? —me pregunta entre bocado y bocado.

—De Barcelona.

—¿Y por qué has venido a Wyoming?

Sin duda es una pregunta lógica e inocente, pero me doy cuenta de que no estoy preparada para responderla.

Por suerte no tengo que hacerlo porque justo en este momento entra Savannah como un torbellino.

—¡Hola! ¿Hay alguien en casa?

—¡Aquí! —exclamo lo suficientemente alto para que me oiga.

Cuando aparece en la cocina, el asombro se dibuja en su rostro al instante. Carson carraspea y recoge los platos ya vacíos.

Savannah se acerca a darme un abrazo.

—Solo he pasado por aquí para ver qué tal te está yendo tu primer día de trabajo, Oli.

Le lanzo una mirada significativa a su primo y respondo.

—Hoy me he limitado a recoger huevos y a cocinar, pero Carson me ha comentado que mañana empieza el trabajo duro, ¿verdad? —Le dedico mi sonrisa más inocente.

Este me responde con un gruñido y se pone a lavar los platos.

—Ups, pues entonces tendremos que ser prudentes esta noche... —dice Savannah.

—¿Esta noche? —planteo confundida.

—Sí. He quedado con unos amigos para ir al bar a tomar algo y he venido a convencerte de que te apuntes...

Nunca me ha gustado demasiado salir de noche, ni siquiera antes del accidente. Sin embargo, después de considerarlo unos instantes, decido que este verano consiste en hacer cosas fuera de mi zona de confort, así que acepto.

—¡Genial! —chilla mientras me coge de las manos con alegría—. Nick se ha ofrecido a pasar a recogerte a las ocho.

El sonido de un plato cayendo en el fregadero nos pilla por sorpresa y damos un respingo. Carson lo recoge y sigue fregando.

—Ya la llevo yo, aprovecharé para ir a ver a Luke —se ofrece sin girarse.

—¿Luke está aquí? —Savannah parece nerviosa de repente.

—Sí, ha vuelto para pasar el verano. La gira empieza en septiembre.

—Podéis venir con nosotros al bar si queréis —le propone con una voz ligeramente más aguda de lo normal.

—No —responde Carson seco.

—Vale —replica Savannah imitando la voz de Carson y su ceño fruncido—. Volviendo al tema: asegúrate de estar a las ocho y media en el bar con Oli, ¿eh? Que todos se mueren de ganas de conocerla.

Me pongo algo nerviosa ante la idea de ir a un lugar con un grupo de gente que no conozco. Mi yo introvertido y tímido está sufriendo un poco.

Savannah me da otro abrazo y se marcha prácticamente dando saltos de felicidad.

—¡Hasta luego!

Carson y yo intercambiamos una mirada; él, con el ceño fruncido, y yo, con una sonrisa.

Capítulo 15



Olivia

Después de irse Savannah he podido llamar a Emma, por fin. Cuando le he contado lo de Carson, ha alucinado y me ha jurado que no tenía ni idea. Después me ha dicho que podría aprovechar para ligarme a un vaquero. Está claro que no ha entendido la parte en la que le he contado que él se pasa el día cabreado y pidiéndome que me vuelva por donde he venido. Pero es que Emma solo se queda con la información que le interesa.

Hablar con ella me ha provocado una sensación agridulce. Necesitaba desahogarme con mi mejor amiga, pero, a la vez, me ha transportado de nuevo a casa, a lo que es ahora mi vida. Desde que le he colgado el teléfono no consigo deshacerme de la presión en el pecho, de las lágrimas amenazando con caer en cualquier momento. Por eso decido dar un paseo para distraerme, como ya he hecho otras veces desde que llegué al rancho.

En esta ocasión me dirijo a los establos. Quiero intentar estar al lado de los caballos para dar un primer paso, pero no me siento lo suficientemente valiente como para acercarme a los que están pastando libres.

Cuando entro, veo a uno que asoma su cabeza color caramelo y voy hasta él.

—Hola, guapo... —Me doy cuenta de que le estoy hablando igual que a las gallinas.

Extiendo la mano y le acaricio el hocico. Al caballo parece gustarle porque apoya la cabeza contra mi mano. No puedo evitar la sonrisa que se dibuja en mi rostro.

Lo estoy rascando a conciencia cuando una voz profunda me sobresalta:

—Ese es *Whisky*.

Carson acaba de entrar en el establo arrastrando una carretilla cargada de paja.

—Encantada de conocerte, *Whisky* —le digo sin dejar de acariciarlo—. ¿Por qué está aquí encerrado en lugar de fuera pastando con los demás?

—Porque es un rescate relativamente reciente y todavía tenemos que trabajar un par de cosas con él antes de que pueda unirse al resto —me explica dejando la carretilla a un par de boxes de distancia del de *Whisky*.

Me acerco a él, que está empezando a depositar toda la paja en el box con una horca.

—¿Para qué es toda esta paja?

—Mañana traen un rescate nuevo, estoy preparándolo todo para su llegada.

—¿De dónde procede?

Carson para un segundo y me mira antes de contestar.

—Era de un imbécil que lo maltrataba y lo tenía encerrado día y noche en un pajar. Lo denunció su vecino y pudimos conseguir que nos lo cediera. Ese caballo va a ser un caso complicado.

Veo una horca apoyada contra la pared, así que la cojo y echo una mano a Carson para esparcir la paja.

—No necesito tu ayuda —dice para sorpresa de nadie en cuanto ve qué estoy haciendo.

—Lo sé, pero yo quiero dártela —respondo haciendo alusión a nuestra conversación de ayer por la noche.

Pone los ojos en blanco y seguimos trabajando en silencio. Me sorprendo a mí misma dirigiendo miradas fugaces al vaquero que tengo al lado. Será un borde, pero menudos brazos tiene.

—Así que tu amigo Luke está aquí... Debes de estar muy contento —comento para sacar algo de conversación y distraerme para no seguir mirándolo.

—Ajá.

Esto va a ser más difícil de lo que pensaba, no parece dispuesto a colaborar.

—¿Suele pasar mucho tiempo fuera?

Transcurren unos segundos antes de que me conteste.

—Sí. Su carrera musical está empezando a despegar y cada vez actúa en más sitios.

—¿Lo echas de menos cuando no está?

La pregunta ha salido de mis labios sin darme cuenta y me da miedo haberle preguntado algo demasiado personal a alguien que apenas quiere darme los buenos días. Pero Carson se encoge de hombros y responde sin mirarme.

—Aquí en el rancho estoy bien, no necesito a nadie más, ya no.

Tras pronunciar eso, para en seco, como si me hubiese dicho demasiado..., pero eso dura una milésima de segundo y luego continúa esparciendo paja como si nada. En ese momento estoy segura. Tengo delante a una persona dolida, no enfadada. Lo sé porque reconozco el tono que imprime a sus palabras y la convicción de que, si te quedas solo, nada ni nadie volverán a hacerte daño. Lo sé porque es lo mismo que he estado haciendo yo durante todos estos meses posteriores al accidente, hasta que Emma me obligó a venir aquí.

Me acerco a él con la intención de ponerle una mano en el hombro.

—Carson, yo...

Pero él se aleja de mí con un movimiento rápido, mira el reloj y cambia de tema.

—¿No deberías ir a arreglarte para esta noche? Nos vamos en veinte minutos.

Eso me pilla completamente fuera de órbita.

—¿Arreglarme? Pensaba ir así...

Carson me mira de arriba abajo y frunce un poco el ceño en ese gesto tan habitual en él.

—No puedes presentarte así en el bar.

—Guau. Muchas gracias. Recuérdame que nunca te pregunte si algo me queda bien a no ser que lo que busque sea deprimirme.

No sé si ofenderme o reírme. Carson pone los ojos en blanco, también un gesto muy suyo, antes de contestar.

—No lo he dicho porque no te quede bien la ropa que llevas... —empieza a explicarse, pero lo interrumpo, cada vez más divertida.

—O sea, ¿que crees que sí me queda bien? —le planteo alzando una ceja.

—¿Sabes qué? Haz lo que quieras —me gruñe molesto.

No puedo evitar carcajearme. Este hombre...

—Es broma. Va, dímelo. ¿Por qué no puedo ir así?

Carson me observa dubitativo, como si no supiera si voy a reírme de él de nuevo o si se lo estoy preguntando en serio. Debe de decidir que realmente quiero su ayuda, porque al final me responde.

—Vas a un bar *country*. Como mínimo podrías ponerte un sombrero.

Tiene razón, no se me había ocurrido. Cuando Savannah me ha invitado a sumarme a su grupo esta noche, la imagen que se me ha venido a la mente ha sido la de varios amigos sentados charlando y una mesa de billar.

—No tengo ninguno...

—Coge uno de Violet, seguro que ya habrás visto su colección.

Recuerdo la enorme cantidad de sombreros que hay en ese vestidor. Hay uno marrón oscuro con una pluma gris y beige y una cinta negra que me encanta...

—No sé, me parece un poco raro usar prendas de una persona a la que ni siquiera conozco —admito.

Carson está llevando la carretilla vacía al fondo del establo para dejarla contra la pared y, al oírme, me mira por encima del hombro para hablar.

—No te preocupes, a ella le da igual. Además, tengo la sensación de que le caerías bien.

—Vaya, en ese caso parece que me he equivocado de hermano. Qué lástima que no lleve ella el rancho —comento con una sonrisa.

—Parece que sí.

—Bueno, pues usaré uno de sus sombreros, entonces... —Suspiro.

Carson se pone a mi lado y nos dirigimos hacia la casa.

—Póntelo esta vez y ya te conseguiremos uno para que no tengas que volver a hacerlo si te hace sentir incómoda. De todas maneras, deberías tener el tuyo propio si vas a estar aquí unos meses.

Me detengo de pronto y me giro para mirarlo. Ha cerrado los ojos y apretado la mandíbula, plenamente consciente de lo que acaba de soltar por la boca. Sopeso decir algo para chincharlo, pero decido no hacerlo, aunque no puedo evitar la sonrisa que ilumina mi rostro ante esa aceptación implícita. Tiene digerido que voy a quedarme.

—¡Vale! —exclamo pegando un saltito de emoción y dando una ruidosa palmada.

Pone los ojos en blanco de nuevo y seguimos andando en dirección a la casa principal.

Veinte minutos después estamos subiendo a la camioneta para poner rumbo al pueblo. Mientras me cambiaba de ropa —un *top* liso de tirantes, unos tejanos oscuros ajustados y unas botas vaqueras negras de Violet—, Carson ha hecho un par de sándwiches para que nos los comamos de camino al pueblo. Y menos mal que ha pensado en todo porque a mí se me había olvidado por completo la cena.

Cuando me ha pasado el sándwich, sin mirarme, y le he dado las gracias, solo me ha respondido con un gruñido que he interpretado como un «No hay de qué. Sé que no es una tortilla de patatas ni un gazpacho, Oli, pero he pensado que te iría bien comer algo antes de irte por ahí». Cada vez se me da mejor traducir sus gruñidos, creo. En todo caso, le he regalado mi mejor sonrisa, que todavía luzco masticando dentro de la camioneta.

—¡Humm, qué rico! —le digo mientras lo engullo.

Gruñido de nuevo. Este quiere decir «Me alegro de que te guste, Oli».

Conduce en silencio durante unos minutos más hasta que decido romperlo.

—¿Seguro que no queréis venir Luke y tú?

—Seguro.

—Vale, pero... ¿por qué no?

—Porque no y punto.

—Uf, alguien está de mal humor —suelto metiéndome en la boca el último trozo de sándwich que me queda.

Carson sigue mirando la carretera con cara impasible.

—No estoy de mal humor, simplemente no me apetece ver a una panda de idiotas beber y bailar *country*.

—No te gusta mucho la gente, ¿eh?

Intento no sentirme ofendida porque me haya incluido en la «panda de idiotas».

—Ni me gusta ni me disgusta. Me da igual.

Carson para la furgoneta delante del bar cuyo cartel de neón está coronado por la silueta de un *cowboy* montando a caballo. Me desabrocho el cinturón para bajar y veo a Savannah acercarse alegremente a la camioneta. Me dispongo a abrir la puerta, pero, antes de que me dé tiempo a hacerlo, Carson vuelve a hablar.

—Llámame cuando quieras regresar al rancho.

No me cabe duda de que lo ha dicho en serio.

—¿Seguro? Puede que se nos haga tarde. Imagino que Nick podrá llevarme...

Carson aprieta la mandíbula.

—Llámame, estaré por el pueblo —añade de forma tajante.

Algo me dice que Nick no le cae muy bien.

Prometo que lo llamaré y salgo del vehículo para unirme a una entusiasmada y algo borracha Savannah.

Capítulo 16



Olivia

—¡Oli! Por fin has llegado —exclama Savannah mientras me envuelve en un abrazo de oso.

La sonrisa que le dedico es inmediata.

Me lleva hasta un grupo de gente que está en la puerta de un bar en el que puedo distinguir a Nick. Me pongo ligeramente nerviosa, pues odio que me presenten a varias personas de golpe; me siento evaluada y, además, nunca consigo retener ningún nombre.

—Chicos, esta es Oli —anuncia Savannah.

Todos se giran para mirarme. El grupito se compone, además de Nick, de dos chicas gemelas —con el mismo pelo negro, piel blanca y pecas— y un chico con el pelo muy corto castaño, ojos verdes y una sonrisa que no me gusta. Lucho contra el impulso de hacerme pequeña e invisible. En vez de eso, esbozo una sonrisa segura y me fuerzo a saludar.

—Hola, encantada de conoceros.

Las dos hermanas me sonríen y se presentan como Jess y Blair, y el chico me coge la mano y la besa antes de decirme que se llama Carl. No me da tiempo a apartar la mano con asco porque Nick es quien le da un golpe en el hombro para que me suelte.

—Tío, no seas baboso —lo riñe.

—Eso, Carl. Compórtate o dejaremos de ser amables contigo —añade Blair algo enojada.

Yo no digo nada, intentando entender la dinámica de este grupo. No parece que Carl sea muy buen amigo suyo.

Nick me mira contento.

—Hola, Oli. Hoy no te voy a enseñar el mejor restaurante del pueblo, pero sí el mejor bar. —Su sonrisa le ilumina el rostro y yo le devuelvo el gesto de inmediato.

—¿Sí? Venga, impresióname —le respondo, y de reojo puedo ver la expresión de Blair, que parece un poco molesta.

Entramos en el local y, sí, quedo impresionada. Es todo lo que hubiese imaginado de un bar de vaqueros. Hay una pista de baile con un pequeño escenario para las actuaciones en directo, una larga barra de madera cuyos taburetes son sillas de montar, varias mesas redondas de madera oscura diseminadas por el espacio para tomar algo, una amplia zona con un montón de mesas de billar con tapete rojo, cuadros costumbristas del Viejo Oeste, cabezas de animales disecados, astas de toro y búfalo en las paredes, vitrinas con espuelas y revólveres... La música es claramente *country* y el ambiente, increíble. La gente baila, ríe, juega a los dardos y al billar... Estoy deseando hacer todo eso.

Nick y Carl se dirigen a la barra a por bebidas, Jess y Blair se disculpan para ir al baño y Savannah y yo vamos a coger mesa. Cuando por fin encontramos una libre con sillas suficientes para todos, Savannah y yo nos instalamos en ella.

—Vale, te pongo al corriente de todo porque sé que tienes que estar un poco confundida por lo que ha pasado fuera. —Asiento con entusiasmo, percibiendo el cotilleo—. Blair es la exnovia de Nick; no estuvieron juntos mucho tiempo, pero ella todavía no lo ha superado.

Eso explica la mirada envenenada que me ha dirigido.

—Carl es el primo de Nick. Él y su madre se han mudado al pueblo para ayudar a Nick a cuidar de su madre, que ya sabes que está muy enferma.

Recuerdo que él me lo comentó cuando me llevó al rancho, pero no le pregunté al respecto porque no quise parecer entrometida. Por

lo que cuenta Savannah, la enfermedad de su madre es más grave de lo que había imaginado.

—Carl es un imbécil al que nadie soporta, incluido Nick, pero su madre ha insistido en que le enseñe el pueblo y lo haga sentirse bienvenido —continúa hablando Savannah a toda prisa para terminar con la explicación antes de que vuelvan—. Jess y Blair son unas chicas muy majas, nos conocemos desde siempre... Simplemente, como ya te he dicho, Blair lo está pasando un poco mal por Nick.

No me da tiempo a contestarle porque en ese momento Nick y Carl aparecen con bebidas para todos. El primero me da mi jarra de cerveza bien fría y se sienta a mi lado.

—Te queda bien el sombrero, cualquiera diría que has nacido en Wyoming —suelta Nick mientras le da un toquecito al sombrero de Violet que llevo puesto.

La verdad es que sí que me sienta bien, mucho, para qué negarlo. Cuando me lo he puesto en el rancho me he sentido la mar de cómoda con él y creo que a Carson también le ha gustado porque al verme me ha parecido que iba a decir algo al respecto... aunque luego sencillamente se ha limitado a asentir.

Nick me lo quita y se lo pone encima de la gorra.

—Pero a mí me queda mejor —bromea mientras cruza los brazos sobre el pecho y pone morritos, como si estuviera posando para una foto.

—Claro que sí, Nick, estás impresionante —se une a la broma Savannah, divertida—. Cuantas más capas te pongas en la cabeza, menos se verán tus entradas.

—¡Eh, yo no tengo entradas! —Se quita la gorra y el sombrero y se pasa una mano por el pelo—. ¿Lo ves? El pelo fuerte y sano de los Wallace.

Todos nos reímos menos Carl, que parece estar escaneando el bar en lo que supongo que es un intento de encontrar a alguna chica con la que ligar.

Durante la siguiente hora me cuentan muchísimas historias de su infancia y adolescencia en Jackson, en las que casi todas Nick sale mal parado. Está claro quién es el loco y sociable del grupo. Cuando ya llevan unas cuantas anécdotas, caigo en la cuenta de algo.

—¿Y Carson? ¿No iba con vosotros cuando erais más jóvenes?

—Carson solo se relacionaba con Luke y con Julie —contesta Jess antes de pegarle otro buen trago a la cerveza..., con la que casi se ahoga cuando su hermana le da un codazo.

—¿Quién es Julie?

Quizá sea por el alcohol, pero, antes de poder controlarme, la pregunta ha salido sin sutilezas de mis labios. Me arrepiento solo un poco, porque, por un lado, no quiero meterme donde no me llaman, pero, por otro, quiero conocer más a Carson.

De golpe, todos parecen muy incómodos y miran fijamente a Savannah, expectantes.

—Julie era la novia de Carson desde el instituto. Ella y Carson fueron inseparables desde niños —dice Savannah con cautela.

No debería presionar más, lo sé. Pero...

—¿Y ya no son pareja?

A la mierda sentirme mal, parece ser.

—No. Ella... falleció hace unos tres años.

Creo que mi cerebro deja de funcionar. Carson perdió a su pareja. Sabía que había algo en él que no iba bien; que no era una persona desagradable porque sí; que había algún motivo. De todos modos, jamás hubiera imaginado esto. Intento hacer memoria, pero no recuerdo haber visto ninguna fotografía en el rancho de él con alguna chica.

El ruido de la silla de Carl arrastrándose por el suelo me devuelve a la realidad. Este se levanta y va directo a la barra, donde hay una mujer pidiendo una bebida. Este tío es asqueroso... y parece que yo no soy la única a la que ha sacado de sus pensamientos porque Nick carraspea incómodo y dice:

—No hablemos de cosas tristes en un sitio tan alegre como este. ¿Quién se apunta a una partida de dardos?

—¡Buena idea! —grita Savannah aplaudiendo con entusiasmo—. Me da a mí que Oli no ha jugado nunca, debería probarlo.

—Estoy de acuerdo —asienten las gemelas al unísono.

Me bebo lo que me queda de cerveza de un solo trago.

—¿Probarlo? Voy a ganaros —suelto mientras dejo la jarra en la mesa con un golpe sordo.

Capítulo 17



Carson

Por el retrovisor veo a Savannah llevar a Oli con sus amigos y cómo Nick le dedica la sonrisa más grande de su repertorio. Aprieto la mandíbula, tengo perfectamente claro por dónde puede meterse esa sonrisa. Suspiro y arranco el motor. Conduzco hacia las afueras del pueblo, donde está la casa de la familia de Luke. Sé que sus padres se han ido de viaje aprovechando que mi amigo ha vuelto y puede cuidar de los pocos animales que tienen.

Aparco delante de esa vivienda amarilla con ventanas blancas que me trae tantos recuerdos de la infancia. No me da tiempo a llamar al timbre porque la puerta se abre de repente y en un segundo un cuerpo me derriba al suelo con entusiasmo.

—¡Hola, tío, te he echado de menos! —exclama Luke al tiempo que lo aparto de encima de mí con un gruñido.

Mi madre siempre ha dicho que Luke tiene las mismas buenas vibras que un golden retriever; un poco más y podrías verlo mover la cola con entusiasmo. Nunca le he dicho a mamá que Luke sería como un golden retriever, pero medio loco, impulsivo y fiestero. Es músico, al fin y al cabo.

Mi amigo me ofrece una mano y me ayuda a levantarme.

—¿Tienes que hacer eso cada vez que vuelves?

—Si hace mucho que no nos vemos, sí, Dallas. Tengo demasiado amor acumulado que darte.

—No lo digas así. —Vuelvo a gruñir mientras me quito el polvo de la camiseta a manotazos.

—¿Qué es eso que oigo, Carson? ¿Masculinidad frágil? —suelta negando con la cabeza y mostrando una sonrisa—. Pensaba que eso ya lo habíamos superado, campeón.

—Cállate —bufo quitándole la gorra con un golpe en la visera—. ¿Vas a ofrecerme una cerveza o qué?

—¿A un hombretón como tú? Por supuesto. —Su sonrisa va literalmente de oreja a oreja y yo lucho, sin mucho éxito, para no responderle con la mía—. Venga, vamos al jardín trasero, he encendido la hoguera.

Es cuando ya estamos sentados en las sillas de madera, cada uno con una cerveza en la mano e iluminados por el fuego, cuando me doy cuenta de que Luke está más delgado que la última vez que lo vi hace ya tantos meses. Lleva su pelo rubio algo más largo y una barba de más o menos una semana que le enmarca el rostro, ocultando en parte su delgadez. Pero yo lo conozco bien. Sus ojos verdes, por lo general rebosantes de vida, están enmarcados por círculos violetas que denotan falta de sueño. En general, no son cambios demasiado drásticos y cualquier otro podría pensar que Luke está muy bien, pero yo sé que no es así.

—¿Qué tal la gira? Pareces agotado —le pregunto para luego darle un trago al botellín.

—Tú siempre estás dispuesto a subirme la autoestima, ¿eh, Dallas? —contesta riendo—. La gira ha ido de maravilla, cada vez viene más gente a los conciertos. Pero estar en la carretera yendo de un sitio a otro constantemente y durante tanto tiempo es duro, tío. Me voy a pasar toda esta semana durmiendo.

Su respuesta no me convence, pero decido que lo mejor será sacar el tema en unos días, cuando haya dormido un poco y esté más descansado. Así que asiento y me acomodo más en la silla.

—Pero, oye, hablemos de ti. —Cambia de tema mientras me mira divertido—. ¿Qué tal todo últimamente? ¿Algo nuevo que contarme?

—Ya lo sabes, ¿verdad?

—Saber, ¿el qué? —replica haciéndose el inocente—. No sé a qué te refieres..., así que cuenta, cuenta...

—Cállate, eres insoportable.

Luke estalla en una sonora carcajada.

—¡Pues claro que lo sé! Mi madre me llamó en cuanto Eleanor se lo explicó a los tres segundos de haberse encontrado en el pueblo, el mismo día que la chica puso un pie en Jackson.

—Odio vivir en un sitio tan pequeño —mascullo.

—Mentiroso. Te encanta tener poca gente con la que lidiar.

—Eso también es cierto —reconozco con una sonrisa.

—Vale, pero entonces ¿qué tal te va con esa española?

—Se llama Olivia..., bueno, en realidad prefiere que la llamen Oli —suelto con un suspiro—. Nada más llegar le dejé muy claro que quería que volviera a su casa, pero parece que lo que yo quiera le da exactamente igual.

—Juraría que Oli me va a caer bien, a mí también me importa una mierda lo que tú quieras a veces —dice después de reírse un poco.

—Muy gracioso, Lawson. —Miro las llamas de la hoguera pensativo—. No sé qué pensaría Julie si la viera aquí. Es como si, desde que Oli llegó, me costara más conectar con ella. Olivia se hace notar; es muy escandalosa y no me deja vivir la vida tranquila que me he montado, solo con el recuerdo de Julie, y lo odio, Luke. Y ya sé que vas a decirme que a ti te parece genial y que es lo que necesito, pero no es lo que quiero.

Mi amigo se pone recto antes de apoyar los codos en sus rodillas e inclinarse un poco hacia delante con interés.

—Yo sí sé lo que pensaría Julie, el problema es que no quieres oírlo, Carson. Hasta que tú no estés listo para dejarla ir, nada de lo que te diga importará. Tiene que salir de ti.

Luke ya no se ríe y yo tampoco.

—No puedo hacerlo. Estamos hablando de Julie. Nuestra Julie, mi Julie.

Noto la presión en el pecho con la que ya llevo tres años viviendo.

—Lo sé, tío, pero ha pasado mucho tiempo. ¿Cuántos años más tienen que pasar?

—Ni idea. Lo único que sé es que en estos pocos días ha habido momentos en los que la ausencia de Julie me ha pasado más desapercibida, y en esos momentos he estado mejor, pero luego, en

cuanto me he dado cuenta de lo que estaba pasando, me he sentido como una mierda.

—Sé que no es lo mismo, pero yo también perdí a Julie. Era mi hermana, Carson, y nunca la olvidaré. Sin embargo, eso no significa que deba vivir pensando en ella cada segundo de cada día porque eso no es vida. Y tú tampoco. Además, sabes perfectamente que ella odiaría que viviéramos nuestras vidas dependiendo de su recuerdo, pero eso tampoco quieres oírlo.

No digo nada. En vez de eso doy otro trago a mi cerveza mientras dejo que las palabras de Luke calen en mí. Admito que tiene razón, pero no parezco ser físicamente capaz de seguir su consejo porque, cada vez que pienso en dejar marchar a Julie, noto como si el pecho se me abriera en canal y mi corazón se desgarrara.

—Quizá será bueno para ti que Oli haya venido —comenta mientras clava la vista en el fuego—, por el hecho de tener a alguien en tu vida que no conociera a Julie, una brisa fresca.

Eso me provoca una risa amarga.

—Yo no describiría a Olivia como una brisa, es más bien un huracán. Un huracán torpe, cabezota, seguro de sí mismo y muy escandaloso.

Pero no puedo evitar reírme cuando la imagen de Oli siendo perseguida y atacada por una de las gallinas me viene a la mente.

Antes de que Luke pueda decir nada me vibra el teléfono, lo saco del bolsillo y veo en la pantalla que es ella.

—Hablando del huracán... —Le enseño la pantalla a Luke. Descuelgo y contesto—. ¿Diga?

—¿Diga? —Oli me imita al otro lado de la línea—. ¡No seas tan serio, jefe!

—¿Serio? Solo he contestado la llamada —Pongo los ojos en blanco después de ver de reojo que Luke esboza una sonrisa divertida. Sin duda está oyendo a Olivia.

—¿Ves? Muy serio. Yo sé que en el fondo eres como un osito de peluche, jefe.

Está claramente borracha.

—¿Un osito de peluche? —planteo sin dar crédito.

Esta vez Luke estalla en una carcajada sin disimulo alguno.

—Creo que va siendo hora de que vaya a buscarte —le digo levantándome de la silla.

—Si insistes... —Termina la frase con un hipo.

—Quédate con Savannah hasta que llegue, ¿de acuerdo?

—Oye..., ¿estás preocupado por mí? —Su voz suena sorprendida y divertida a la vez.

—No. Lo que no quiero es tener que buscarte por todas partes cuando llegue —respondo demasiado rápido y cabreado.

A Luke parece que le vaya a dar un ataque de tanto reírse.

—Vale, vale. Te espero con Savannah, lo prometo.

—Bien, hasta ahora. —Cuelgo el teléfono—. Tengo que irme.

—Ya lo veo. Conduce con cuidado, osito —se despide Luke todavía con los ojos llenos de lágrimas.

—¡Cállate! —le grito dirigiéndome ya hacia la camioneta y mirándolo por encima de un hombro.

Capítulo 18



Olivia

Me siento en el bordillo de la acera delante de la puerta del bar. Carson debe de estar a punto de llegar. Sé que le he prometido que me quedaría con Savannah, pero ella lo está pasando genial dentro jugando a los dardos y yo ya no me he visto capaz de aguantar más allí.

En cuanto me he puesto a tirar los dardos, los recuerdos de otras dianas me han apuñalado a traición. He recordado las ferias que se celebraban en el pueblo donde veraneábamos con mi familia de pequeños, las atracciones en las que mi hermano y yo apuntábamos a la diana para ganar algún peluche, su risa y mis gritos mientras ambos intentábamos darle al centro para obtener mejores premios, con nuestros padres grabando y animándonos...

Los rostros de la gente que estaba a mi alrededor mirándome en el bar se han difuminado, la música ha comenzado a agobiarme y el olor a cuero, madera y alcohol ha empezado a asfixiarme. Solamente he conseguido parar el ataque de pánico gracias al fuerte achuchón que me ha pegado Savannah cuando he acertado con un dardo en el centro de la diana y que, a causa de lo que hemos bebido, ha acabado con ambas aterrizando en el suelo. Ha sido entonces cuando he salido del local y he llamado a Carson para que viniera a recogerme; no quiero que nadie me vea así y me está costando un

esfuerzo sobrehumano no romperme ahora mismo. El alcohol, desde luego, no me está ayudando en absoluto.

Noto como alguien se sienta a mi lado en la acera.

—¿Todo bien, Oli?

Nick se pone un cigarrillo en la boca y me ofrece otro.

—No, gracias, ya no fumo —respondo con una media sonrisa.

—Yo también debería dejarlo —dice guardándose la cajetilla en el bolsillo—. Quizá puedas contarme cómo lo lograste tú cuando vayamos a cenar.

—Quizá —contesto riendo.

—Pero, en serio, ¿estás bien?

—Sí, sí. Simplemente estoy cansada. Ahora viene Carson a recogerme.

—¿Ya te vas? —Suena decepcionado.

—Sí. Mañana llega un rescate nuevo y Carson necesita mi ayuda. Quiero estar en condiciones en mi primer día oficial de trabajo —miento. La verdad es que no creo que me deje hacer nada otra vez.

—Claro, claro, el deber es lo primero.

Ambos vemos la furgoneta de Carson acercarse. Nick se levanta y me tiende una mano para ayudarme a levantarme. Cuando Carson para la camioneta delante de nosotros, Nick me abre la puerta.

—Descansa, ya hablaremos de esa cena en otro momento —dice como despedida.

Le sonrío y le doy las buenas noches. Tras cerrar la puerta me giro para mirar a Carson.

—¡Hola, jefe! ¿Qué tal tu noche?

No me mira, tiene la vista fija al frente y una postura tensa.

—Bien —contesta secamente, como es propio de él.

—¿Solo bien? —insisto mientras me abrocho el cinturón—. ¿No te la has pasado cotilleando con tu mejor amigo?

Gruñido.

—¿Habéis hablado de mí? Va, admítelo, me has echado de menos.

—No eres tan importante, Oli. Solo lo he avisado de que estabas aquí para que no se sorprenda si pasa por el rancho.

—Mentiroso —suelto con una sonrisa de oreja a oreja solo para molestarlo.

—No.

—Sí. —Mi sonrisa no flaquea.

—Lo que tú digas.

Carson enciende la radio y yo miro por la ventanilla con un suspiro. Avanzamos en silencio durante unos minutos hasta que Carson lo rompe.

—Así que vas a salir a cenar con Nick Wallace. —No es una pregunta.

—Escuchar conversaciones ajenas es de mala educación.

—No si las tienes al lado de mi camioneta con la puerta abierta —se defiende.

—Detalles.

Pasan unos segundos, pero parece que Carson no quiere dar por zanjado el tema porque añade:

—No deberías salir con Wallace. Es un mujeriego, te romperá el corazón.

Ale, ya me ha cabreado. Si es que es un experto. Bueno, eso y que el alcohol multiplica mis emociones por un millón.

—Pero ¿de qué vas? Así que tú, un hombre, que además no me conoce de nada, vas a decirme cómo me voy a sentir y qué puedo esperar, ¿eh? ¿Qué pasa, que las mujeres tenemos que ser delicadas, enamoradizas y estúpidas y caer sin remedio en las garras de los mujeriegos? ¿Y qué te hace pensar exactamente que le entregaré mi corazón a alguien con tanta facilidad? —Noto que mi rabia aumenta, la frustración y la presión de esta noche tienen ganas de salir por algún lado—. O que quiero dárselo a alguien, ya que estamos.

Y entonces digo algo de lo que me arrepiento al instante.

—Y, sobre todo, no voy a aceptar lecciones amorosas de alguien que tiene el corazón encerrado bajo llave desde hace tanto tiempo.

Carson se queda completamente quieto, parece que ni respire.

—No sabes nada.

Me siento fatal por haberle echado eso en cara, pero mi orgullo no me deja disculparme. No si él no tiene intención de hacerlo

también, y sé que no la tiene.

—Tú tampoco.

—Está cla... —empieza a decir, pero mi grito de advertencia ahoga sus palabras.

Hay un ciervo en medio de la calzada y Carson frena de golpe, provocando que la camioneta derrape por el asfalto.

Y ya no puedo respirar. La mirada sin vida de Ian me atormenta y noto los gritos desgarrando mi garganta. Las lágrimas corren ahora libres por mis mejillas y mi respiración empieza a acelerarse. Pero esta vez no puedo controlarlo, no puedo pensar, no puedo reaccionar. Solo me dejo llevar por el pánico, por el dolor que me desgarra y se apodera de cada célula de mi cuerpo. Soy vagamente consciente de que estoy gritando una y otra vez el nombre de mi hermano. Mis uñas arañan mi cuerpo sin miramientos y sin ninguna referencia, allí donde pueden. Me pierdo.

«Respira», «Oli, mírame», «Respira conmigo, Oli», «Todo está bien, estamos bien».

Puedo oír a lo lejos esas palabras entre las horribles imágenes del accidente, pero no soy capaz de aferrarme a ellas, no cuando siento el terror que sentí en el momento que vi que los había perdido, que estaba sola. Pero entonces unas manos grandes y cálidas atrapan las mías, dejando que mis uñas le arañen las palmas, y consigo centrar la atención en lo que tengo delante.

La puerta de la camioneta está abierta y Carson está inclinado sobre mí, sus ojos llenos de preocupación. Sus manos sujetan las mías y sus labios se mueven porque lo más seguro es que esté diciéndome algo; intento escucharlo y por fin puedo oír lo que dice.

—Respira conmigo, Oli. Eso es, céntrate en mí.

Y eso hago. Me centro en sus ojos azules atormentados; en sus cejas pobladas y fruncidas con preocupación; en su pecho, que asciende y desciende con cada respiración y que procuro imitar; en sus manos sobre las mías, que por fin consigo dejar de arañar.

Y entonces lloro. Un llanto desesperado, roto, incontrolable. Y Carson me envuelve en sus brazos y deja que mis lágrimas mojen su camisa de cuadros, a la que me aferro con fuerza.

Cuando por fin me quedo sin lágrimas y la fatiga se apodera de mí, seguimos el camino hasta el rancho. Cierro los ojos el resto del trayecto, y el alcohol y el agotamiento hacen que incluso intentar mantenerlos abiertos me suponga un gran esfuerzo.

Estoy tan cansada que apenas soy consciente de que me saca del vehículo y me lleva en brazos hasta mi habitación, donde me quita las botas y me mete en la cama completamente vestida. Apaga la luz y oigo que murmura «Buenas noches, Olivia», pero no quiero estar sola.

—Quédate conmigo, por favor —le pido con las pocas fuerzas que me quedan.

Lo veo dudar un segundo, pero luego se da la vuelta, se acerca de nuevo a la cama y se sienta en el borde. Alarga el brazo y me acaricia el pelo.

—Duérmete, Oli. Aquí estás a salvo.

Cierro los ojos.

—Eso es, descansa. Mañana tenemos mucho trabajo que hacer, Huracán.

No acabo de comprender sus palabras, pero sé que una débil sonrisa se dibuja en mi rostro antes de que me trague la oscuridad.

Capítulo 19



Olivia

Unos golpes fuertes en la puerta me despiertan.

—¡Arriba, tenemos trabajo! —La voz de Carson hace que abra los ojos como platos al instante.

Me incorporo en la cama a la velocidad del rayo. ¿Qué pasó ayer? Los recuerdos de los sucesos de la noche anterior empiezan a venir a mí, primero lentamente y luego a gran velocidad. Noto cómo me pongo roja como un tomate y a la vez cómo se forma la presión en mi pecho ante las imágenes en mi mente de mi ataque de ansiedad tras el pequeño sobresalto con la camioneta. Espero que Carson no me haga preguntas hoy porque eso es lo último que necesito ahora mismo, no estoy preparada para hablar de ello.

Entonces proceso sus palabras: «Tenemos trabajo». ¡Tenemos trabajo! Aparto las sábanas de golpe y salgo de la cama de un salto. Me pego una ducha rápidamente y me maquillo un poco y mal por culpa de las prisas. Lo siento, pero yo, sin mi corrector de ojeras y mi *eyeliner*, no salgo a ningún sitio, ni siquiera al campo. Me pongo la primera camiseta y pantalón que pillo, y salgo de mi cuarto dando saltitos mientras me calzo las botas.

Cuando bajo las escaleras me encuentro a Carson en la cocina. Hay dos platos en la isla. El suyo está casi vacío, pero en el mío hay huevos revueltos y una tostada, y al lado humea una taza de café.

Cuando miro a Carson agradecida, él se encoge de hombros.

—Tenemos prisa y a ti no te iba a dar tiempo a hacerte el desayuno —me dice.

Queda claro que no quiere que le dé importancia, así que no lo hago..., al menos de un modo visible, porque por dentro estoy chillando de emoción, por supuesto.

—Venga, come rápido. El rescate estará aquí en cinco minutos.

—¡Vale, jefe!

Pone los ojos en blanco y eso me hace sonreír. Carson se termina el resto de los huevos revueltos que le quedaban en el plato en un par de bocados y se pone a recoger la cocina mientras yo engullo los míos. Está de espaldas a mí fregando. Lleva su gorra hacia atrás, dejando que las ondas cortas de su cabello castaño oscuro se escapen por los lados; lleva puesta una camiseta negra ajustada que deja poco espacio para la imaginación, los tejanos que le sientan como un guante y las botas de trabajo por debajo del pantalón. Realmente va vestido como siempre, pero hoy soy consciente de lo bien que le queda. Me sonrojo ante ese pensamiento y me centro de nuevo en mi desayuno.

—Está muy bueno —le digo con la boca llena.

—Venga, llegarán en cualquier momento.

—Si como más deprisa, vomitaré, pero como ordenes.

Se gira para mirarme y se apoya en la encimera con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Si vomitas, lo limpias tú.

Me lo dice tan serio y quieto que no puedo evitar la carcajada que suelto y que hace salir volando pedacitos de los huevos revueltos que estaba masticando. Me tapo la boca con ambas manos, abro mucho los ojos por la sorpresa y noto cómo empiezo a sonrojarme de la vergüenza. Acabo de escupir los huevos delante de Carson Dallas... Tierra, trágame. Estoy a punto de disculparme después de haber conseguido tragar lo que me quedaba cuando oigo algo..., un sonido que no había oído nunca y que de inmediato se convierte, automáticamente y sin explicación, en uno de mis favoritos. Carson está riendo. Riendo de verdad, despreocupado y honesto, con los

ojos un tanto rasgados por el gesto y brillantes por la diversión. Le sienta bien, muy bien.

El sonido de un claxon rompe la escena y nunca había odiado tanto una interrupción como ahora mismo, porque Carson se pone serio de golpe, carraspea y dice:

—Vamos, ya están aquí.

Recojo mi plato de inmediato y limpio el desastre que hay por toda la isla antes de salir corriendo detrás de él.

Una vez fuera veo a un hombre dirigiéndose al remolque de una furgoneta verde donde debe de ir el caballo. Está hablando con Carson y me acerco un poco para poder escuchar lo que dice.

—Ten cuidado con este, muchacho. Ha pasado por demasiado y tiene mucha fuerza. —Descorre la cerradura de la parte trasera—. ¿Listo?

Carson asiente con la cabeza y el tipo abre la portezuela.

Durante unos minutos tiran de la cuerda para poder bajar al caballo, pero este se revuelve en cada ocasión. No puedo ver al animal, pero sí el ceño de Carson, que está cada vez más fruncido, y cómo van cambiando de táctica.

Cuando por fin logran sacarlo del remolque y lo veo, me quedo helada. No puede ser... Emma diría que esto es una señal y, aunque suelo ser bastante escéptica con estas cosas, puede que a partir de ahora comience a creérmelas un poco. El ejemplar es una copia prácticamente exacta de *Spirit*, el caballo de mi película de dibujos preferida desde la infancia; ese caballo está impreso en la taza en la que bebo el café todas las mañanas en casa, con su pelaje bayo y la raya de mulo a conjunto con su crin y que atraviesa todo su lomo.

Cuando era pequeña, me pasé meses suplicándoles a mis padres un caballo como este y, cuando no conseguí que me lo regalaran, lo escribí repetidamente como único deseo en la carta a Papá Noel y luego en la de los Reyes ese año, pensando que, como eran mágicos, me lo traerían. Mi plan era perfecto, o eso creía yo, porque cuando llegó la mañana de Navidad me encontré con un caballo como *Spirit*, pero de plástico. Lloré durante días. Y ahora, sin embargo, aquí está: el caballo de mis sueños en un rancho de Wyoming después de..., bueno..., de todo. Sonrío cuando oigo

mentalmente la voz de mi padre diciéndome «Al final has conseguido a tu *Spirit*, ¿eh?». Y tan deprisa como ha venido la alegría, se va. Porque sé que a mi padre le habría encantado poder darme el caballo de mis sueños y no pudo ni podrá nunca.

Vuelvo a la realidad cuando un relincho y un quejido interrumpen mis pensamientos.

—¡Maldito caballo! —está gritando el hombre mientras se agarra un brazo, dolorido.

Carson lo tiene bien cogido y está intentando tranquilizarlo. No sé por qué, pero mis piernas tienen vida propia y empiezan a llevarme hacia ellos. Noto el miedo y los nervios en cada latido de mi corazón, que suena con fuerza y parece que se me va a salir del pecho. Carson me ve aproximarme con el rabillo del ojo.

—Olivia, no te acerques más —me indica con voz calmada, para no poner más nervioso al animal.

Pero yo no le hago caso. Recuerdo que cuando montaba a caballo de pequeña había uno, *Pometa*, que le tenía pánico al agua, sobre todo a los charcos. Sin embargo, aparte de eso, era un caballo dulce y manso, así que era uno de los que solíamos montar los niños que no teníamos caballo propio. Una vez, en verano, fui con una profesora y varios críos a dar una vuelta por el bosque y me tocó ir a lomos de *Pometa*, como tantas otras veces. Cuando ya llevábamos un buen rato, nos topamos con un charco tan grande que ocupaba todo el camino de tierra y no había forma de esquivarlo. Recuerdo acariciarle el cuello mientras le susurraba palabras dulces y cariñosas, asegurándole que todo iba a ir bien, que no le pasaría nada malo. Por aquel entonces yo solo tenía unos ocho años, pero a *Pometa* no pareció importarle. Estaba claramente nervioso y, a cada paso que daba dentro del charco, se removía un poco mientras yo seguía acariciándolo, inclinada sobre su cuello y hablándole con seguridad, diciéndole lo bueno y valiente que era, que solo era un poco de agua y que íbamos a pasarlo juntos. Y casi lo logramos. Cuando estábamos acabando de cruzarlo, otro de los caballos relinchó y *Pometa* se puso histérico y empezó a correr por el lateral del charco haciendo que yo me comiera todas las zarzas y saliera de

allí llena de pinchos. Intento no centrarme en esa última parte mientras me acerco a Carson y al animal.

—No pasa nada, jefe, es un buen caballo. ¿A que sí?

Me coloco al lado de Carson y comienzo a hablarle como hice con *Pometa* hace ya tantos años, esforzándome por mantener mi miedo bajo control para no transmitírselo. Extiendo la mano y cojo la cuerda. Carson la sujeta todavía con más fuerza, haciendo que sus nudillos se queden blancos. Lo miro a los ojos con una expresión que pretende decir «Suelta, yo me encargo, confía en mí» y él me corresponde con un gruñido que parece contestar: «Ni de coña». Frunzo el ceño y le pego un pequeño estirón a la cuerda. Carson aprieta la mandíbula y, sin apartar sus ojos de los míos, suelta la cuerda.

En ese mismo instante el caballo para de moverse. Vuelvo a mirarlo. Es precioso. Precioso y demasiado delgado. Sus ojos transmiten dolor, sufrimiento, miedo, pero también fortaleza y rebelión. Mi corazón llora ligeramente por él.

—Soy Oli, encantada de conocerte —le digo mientras doy un diminuto paso hacia él.

Noto que el animal se tensa, así que me detengo y vuelvo a hablarle.

—¿Sabes? Eres muy bonito. Siempre he querido ver a un caballo como tú en persona. Estoy muy feliz de que hayas venido a parar al rancho.

Doy un paso más.

—Aquí estarás genial. Podrás correr libre. Si miras a tu alrededor, verás a muchos rescates como tú pastando.

Otro paso.

—Yo también estoy asustada muchas veces. No estás solo, precioso.

Y uno más.

—Pero la vida es mucho más que sufrimiento, y tú ya has sufrido demasiado. Ahora viene lo bueno.

Extiendo la mano y paro justo antes de tocarle el cuello.

—Tú y yo juntos lo conseguiremos, ya verás.

El caballo parece que ni respire. Acerco mi mano y la dejo reposando en su cuello.

—Muy bien, eso es.

Sus músculos se relajan un poco y siento cómo apoya ligeramente su peso en mi mano. Lo acaricio con suavidad.

—Bienvenido a casa, bonito. —No dejo de acariciarlo y de mirarlo mientras me dirijo al hombre que lo ha traído—. ¿Qué le ha pasado?

El tipo carraspea, como si lo hubiera devuelto a la realidad, antes de contestarme.

—Este caballo fue robado a sus propietarios para luego poder venderlo a buen precio, pues se trata de un gran ejemplar. Los ladrones lo tenían encerrado al otro lado del valle, en un zulo con escasa comida, donde casi no podía moverse, y lo maltrataban. Ahora sus legítimos dueños ya no lo quieren porque el animal está en malas condiciones y le ha cambiado el carácter, está traumatizado, así que nos lo han cedido. Malditos criminales...

—¿Los Moore? —pregunta Carson con voz grave, a quien no puedo ver porque mi vista sigue fija en el animal.

—Sí, los Moore. Por suerte ya están detenidos, pero dudo que los encierren hasta el juicio, tal vez salgan pagando una fianza.

—De acuerdo, gracias, Jerry. Ya nos encargamos nosotros. Mantenme informado de cualquier novedad sobre el caso, por favor.

—Por supuesto. Buena suerte —dice como despedida antes de subirse a su furgoneta.

Por fin me atrevo a girar un poco la cabeza y mirar a Carson. Tiene los ojos clavados en mí y me pregunto si los ha apartado en algún momento. Su mirada está cargada de emoción, aunque no sé distinguir cuál.

—Creo que *Spirit* tiene miedo a los hombres —comento sin dejar de acariciarlo.

Carson frunce el ceño con sorpresa.

—*¿Spirit?*

—Sí —respondo sin darle importancia, como si ese hubiese sido siempre su nombre.

—Qué nombre tan original para un kiger mustang —suelta con sarcasmo.

—No repliques. Ya sé que no brilla por su originalidad, pero Disney no tiene la exclusiva, así que ese es el nombre del caballo.

Carson parece pensarlo unos segundos antes de esbozar la sombra de una sonrisa.

—Está bien, vamos a llevarlo a la cuadra.

—Esto, jefe...

—¿Sí? —Ya empieza a estar un poco molesto.

—No creo que llevarlo a la cuadra sea la mejor idea, ha estado demasiado tiempo encerrado.

Otros segundos de silencio.

—De acuerdo. Voy a traer a los que están en el campo de detrás del establo aquí delante con el otro grupo para liberar ese espacio para él, ya que al principio es mejor que esté solo. Quédate con él mientras tanto.

Cuando oigo los pasos de Carson alejándose, me inclino hacia *Spirit* y le susurro:

—Tranquilo, pequeño, ahora estás conmigo, todo irá bien.

Y no estoy segura de si esas tres últimas palabras van dirigidas a él o a mí misma.

Capítulo 20



Carson

Querida Julie:

Siento no haberte escrito antes, pero estos últimos días han sido complicados. Ha llegado un nuevo rescate, Spirit*. Sí, lo sé, no es un nombre muy original, pero Olivia lo eligió y acepté.*

En cuanto a esa chica... necesito contarte algo y espero que no te moleste. He decidido que voy a dejar que se quede hasta el final del verano. Sé que dije que no la quería aquí, y en parte eso sigue siendo cierto. No quiero que me aleje de ti, pero, Julie, sé que Olivia sufre. No me cabe duda de que hay algo terrible que la atormenta y, aunque tengo clarísimo que no es problema mío, no soy capaz de dejarla sola. El otro día me dio un susto horrible. Sufrió un ataque de pánico y durante unos minutos pensé que no iba a lograr traerla de vuelta; el pánico casi se apodera también de mí. Uno que no sentía desde que te marchaste, desde que no pude hacer nada por salvarte.

Luke dice que sabe perfectamente cuál sería tu reacción ante todo esto y lo peor es que, en el fondo, yo también, y eso me aterra. Porque saber que lo aceptarías hace que tenga la sensación de que te desvaneces de entre mis dedos. Por mucho que sepa que no vas a volver, no puedo dejarte marchar, Julie, no todavía. Pero tampoco puedo dejar marchar a Olivia, no cuando he visto mi sufrimiento en ella.

Además, Spirit *parece que solo quiere que se le acerque esa chica. No lo he admitido delante de Olivia ni lo voy a hacer, pero lo cierto es que la necesito y me irá bien que se quede para ayudarme estos meses, hasta que consigamos que ese caballo me acepte.*

Ah, casi se me olvida. Margaret *atacó a Olivia el otro día. Te dije que esa gallina estaba loca cuando te empeñaste en adoptarla. De todos modos, parece que a Olivia se le ha metido entre ceja y ceja caerle bien, porque cada mañana la veo mentalizarse durante unos minutos antes de contener la respiración y entrar en el gallinero a por huevos. Creo que Olivia te caería bien; Luke la adora, y eso que todavía no la conoce en persona.*

Por cierto, tu hermano parece muy cansado. Su carrera musical está despegando al fin, pero me preocupa su salud. No te preocupes, yo lo cuidaré, como siempre. Tú sigue descansando ahí arriba.

Tuyo,

Carson

Capítulo 21



Olivia

Han pasado tres semanas desde que *Spirit* llegó al rancho. Tres semanas en las que he trabajado codo con codo con Carson y debo decir que, a pesar de su talento innato para cabrearme, cada vez me gusta más y lo voy conociendo mejor.

Sé que a primera hora me hace el desayuno con la excusa de que me levanto demasiado tarde, pero la comisura de sus labios se alza ligeramente cada vez que le digo lo rico que está y, casi de inmediato, frunce el ceño y le resta importancia. También sé que durante la mañana trabaja duro sin apenas decir una palabra moviéndose de un lado a otro por el rancho, pero que cada cierto tiempo se asegura de tener alguna tarea cerca de mí y de *Spirit* para controlar que todo vaya bien, aunque él lo niegue. Y sé que está teniendo mucha paciencia conmigo y con mi miedo a los caballos. Está claro que intentar ayudar a uno que está muy traumatizado cuando le tengo miedo es complicado.

En todo caso, hay algo que tanto a *Spirit* como a mí nos tranquiliza. Él no quiere ser montado y yo no pretendo hacerlo porque es algo que me da pánico. Así que nos dedicamos a hacernos compañía mutuamente. Me encargo de darle de comer y, desde hace un par de días, me deja acercarme lo suficiente como para cepillarlo un poco. Vamos mejorando.

Estoy recogiendo los cepillos que acabo de utilizar con *Spirit* cuando veo el coche de Eleanor acercarse por el camino de entrada al rancho. Cuando pasa a la altura de donde estamos *Spirit* y yo, nos saluda desde el interior del vehículo con entusiasmo.

Estas últimas semanas no han sido fáciles ni para ella ni para Carson, debido al padre de este. Lo que Eleanor me describió cuando llegué al rancho como «un pequeño susto», resultó ser muy grave. Tanto que tuvieron que operar a su marido hace poco más de una semana a corazón abierto. Parece estar recuperándose con éxito y según el médico podrá irse a casa pronto para continuar la recuperación desde allí, pero el peso de la preocupación es visible en el rostro de su mujer.

—Nos vemos luego, bonito —me despido de *Spirit* antes de dirigirme a la entrada, donde Eleanor está ahora bajando del coche.

Cuando llego me envuelve en un abrazo.

—Hola, cariño —me saluda antes de soltarme—. Veo que por fin estás más integrada en el rancho.

Su sonrisa es contagiosa.

—Sí, Carson ya no me pide que me marche a casa cada cinco minutos, y *Spirit* y yo somos mejores amigos.

Eleanor dirige la mirada detrás de mí, donde el caballo está pastando tranquilamente.

—Veo que ha ganado peso. Está precioso, Oli, estás haciendo un excelente trabajo.

La satisfacción y el orgullo que siento ante sus felicitaciones y su aprobación me sorprenden, ya que no sabía que lo necesitaba hasta que han salido de sus labios.

—Muchas gracias, Eleanor.

—Si ya sabía yo que este sitio necesitaba a una mujer otra vez —dice más para sí misma que para mí.

—¿Perdón? —le pregunto, como si Carson y yo no sospecháramos que Eleanor nos ha manipulado a todos desde el principio.

—¡Nada, nada! —responde enseguida.

No puedo evitar alzar una ceja y dedicarle una sonrisa que significa «No tienes remedio». Pero antes de que ella pueda decir nada más, su hijo aparece montado a lomos de *Jax*.

No me acostumbro a verlo encima de un caballo. Verle los brazos ligeramente flexionados mientras agarra las riendas, su gorra hacia atrás y sus piernas envueltas en esos vaqueros ajustados, firmes a ambos lados del animal, me deja sin aliento cada vez. Hago un esfuerzo por apagar el calor que se genera en mi estómago.

—¡Carson, cariño, hola! —lo saluda Eleanor efusiva.

Pero Carson no la mira a ella, me mira a mí con las cejas alzadas, como diciéndome «¿Qué hace mi madre aquí?», ante lo que me encojo de hombros con una sonrisa. Nuestra comunicación no verbal es cada vez mejor.

Él desmonta y yo aparto la mirada apresuradamente, notando cómo el color empieza a extenderse por mi rostro.

—Hola, mamá. ¿Ha pasado algo con papá?

Ella esboza una sonrisa tranquilizadora.

—No, cielo. Tu padre está bien, cada vez más fuerte. En unos días le darán el alta y ya podrá volver a casa.

Carson llega hasta ella y le da un medio abrazo de lado.

—Eso es genial, mamá.

Solo permiten visitas de la familia, así que todavía no he podido conocerlo. Estoy deseando que se recupere para poder hacerlo, quiero saber en qué se parece a Carson.

Pienso en la última vez que estuvimos los tres juntos en la entrada del rancho el día que llegué. En lo enfadado que estaba Carson, lo decepcionada que estaba yo y lo falsamente sorprendida y muy feliz que estaba Eleanor. Muchas cosas han cambiado desde entonces y ese pensamiento me hace sonreír.

—De hecho, he venido a hablar del cumpleaños de papá. Ya sabes que este año cumple sesenta y queremos organizarle una fiesta sorpresa.

—¿Queremos? —plantea Carson arqueando las cejas.

—Sí, tu tía Sarah, Savannah y yo. Tú también vas a ayudar, por supuesto.

Río un poco ante la imagen que aparece en mi mente sin permiso de Carson hinchando globos coloridos con su cara de mala leche.

—No te rías tanto, preciosa —añade Eleanor girándose para mirarme—, porque a ti también te vamos a reclutar.

Mi sonrisa se ensancha ante la idea de que me hayan aceptado como una más.

—Desde luego, Eleanor; no se me ocurriría dejaros tirados.

—¿Ves, Carson? No es tan difícil.

—Eso, jefe. Además, me encantan las fiestas sorpresa.

Carson me mira intensamente y veo como su mirada se endulza antes de dirigirla a su madre.

—Vale, vale. ¿Cuándo queréis hacerla? —le pregunta.

Eleanor da una palmada, excitada.

—En dos semanas, para entonces tu padre ya estará mucho mejor. Invitaremos a medio pueblo, así que la haremos aquí. Montaremos unas carpas, haremos una barbacoa, actividades...

Veo como la cara de Carson va palideciendo a medida que su madre sigue con la lista de cosas que han planificado para la celebración del cumpleaños, pero no se está negando. Hace unas semanas, si alguien me hubiese preguntado si creería que Carson estaría de acuerdo con que medio pueblo viniera a este aislado rancho, me habría reído en su cara. Pero en este momento está aceptando; con un gruñido, evidentemente, pero aceptando al fin y al cabo. Después de todo por lo que han pasado, me parece más que lógico que Eleanor quiera celebrar por todo lo alto la vida de su marido.

Cuando ella se marcha y yo le digo adiós con la mano mientras su coche se aleja por el camino de tierra, veo de reojo que Carson suspira y se pasa una mano por la cara, agotado.

Capítulo 22



Carson

El desagradable olor a desinfectante me marea mientras recorro el pasillo blanco del hospital. Odio los hospitales, odio sus pasillos, odio sus recuerdos. En el rancho veo la vida de Julie; en el hospital, su enfermedad y su muerte. Mi padre lo comprende y por eso no hace ningún comentario respecto a que lo haya ido llamando por teléfono en lugar de venir a verlo.

Esta es la segunda vez que piso este sitio en dos semanas, y es peor que la primera. Cuando estuve aquí hace unos días fue para ver a mi padre antes de su operación, y estaba tan preocupado por él y por ayudar a mamá que apenas tuve tiempo de dar importancia a mis recuerdos. Hoy, sin embargo, él está bien, mi madre es feliz y yo solo puedo ver la muerte y la pérdida que sufrí aquí.

Mantengo la vista fija en la puerta de la habitación en la que está mi padre, que es la última del pasillo, mientras avanzo y cuento mis pasos.

Ciento uno.

Ciento dos.

Ciento tres.

Ciento cuatro.

Ciento cinco...

Por fin llego y mi mano se cierra alrededor del pomo, pero, cuando lo giro, parte de mí espera encontrar a Julie tumbada en esa

cama de hospital, pálida como las sábanas blancas, con su mirada derrotada y su sonrisa dulce. Ese recuerdo me paraliza en el umbral hasta que oigo la voz animada de mi padre.

—¡Carson, hijo! ¿Vienes por fin a sacarme de aquí?

Dos enfermeros lo están ayudando a sentarse en su silla mientras mi madre está metiendo las pocas cosas que había traído de casa en una bolsa.

—Alguien tiene que conducir, últimamente estás un poco vago, papá.

—Tienes razón. Mañana por la mañana saldré a correr, tengo que ponerme en forma de nuevo y hacer desaparecer esta tripa —bromea mientras se da dos palmadas en ella, y yo no puedo evitar reírme al verlo tan contento.

—¿Veis lo que tengo que aguantar? —dice mi madre a los enfermeros.

—Si necesita unos calmantes, no tiene más que decírnoslo, señora Dallas —contesta uno de ellos con humor.

—Gracias, Darren; lo tendré en cuenta, corazón.

—¿Me acompaña para firmar esos papeles?

Mi madre acaba de cerrar la bolsa y sale de la habitación con los enfermeros, dejándome a solas con mi padre. Parece cansado pero feliz.

—Te veo bien —comento mientras me acerco a él y me siento en el borde de la cama.

—¿Es que no te has enterado? El otro día me abrieron de arriba abajo y vieron con sus propios ojos que mi corazón seguía latiendo.

—Menos mal, a mamá no le habría hecho ninguna gracia que no fuera así.

—Estoy de acuerdo, creo que mi corazón tenía demasiado miedo de hacerla enfadar y por eso no se paró del todo.

—En ese caso, me alegro de que tu corazón sea un cobarde.

Mi padre ríe con ganas.

—Yo también, hijo, yo también. —Cubre mi mano con la suya—. Y hablando de corazones, ¿cómo está el tuyo? Tu madre me ha contado que tú y esa chica, Olivia, os lleváis mejor.

—Mamá es una cotilla.

—Mamá se preocupa, y yo también. —Ya no hay rastro de humor en su voz.

—Olivia me está ayudando mucho con el nuevo rescate.

—¿Eso es todo?

«No.»

—Sí.

Mi padre me mira intensamente unos segundos antes de esbozar una sonrisa.

—Está bien. Estoy deseando conocerla. Espero hacerlo en cuanto salga de esta cárcel blanca y desinfectada.

—La conocerás cuando estés recuperado del todo.

La voz de mi madre, que nos observa desde el marco de la puerta, nos sobresalta.

—Ya estoy casi recuperado —replica él cruzándose de brazos.

—«Casi» no es suficiente. El médico te ha dicho que tienes que hacer reposo absoluto un tiempo y eso es exactamente lo que vas a hacer, Kevin Dallas.

Mi padre refunfuña por lo bajo y mi madre se acerca a él para besarle la cabeza.

—Venga, cariño, vámonos a casa.

Capítulo 23



Olivia

Me sobresalto y me incorporo en la cama con un grito en la garganta, perseguida por la imagen de los ojos sin vida de Ian. Me clavo las uñas con fuerza en la espalda, como cada mañana, para apaciguar la ansiedad que empieza a apoderarse de mí. Desde que llegué al rancho me persigue la misma pesadilla; es como si mi subconsciente no me estuviera dejando superar mi pasado por mucho que lo intente. Durante el día pienso que estoy mejorando, pero luego llega la noche y... acabo despertando angustiada de un terrible sueño, y vuelta a empezar.

Me levanto, me visto rápidamente y salgo al aire libre para ir a ver a *Spirit*. Su presencia me calma, y creo que la mía lo calma a él. Cuando llego al recinto en el que ha pasado la noche, encuentro a Carson sentado en la valla.

Me acerco y me siento a su lado. El caballo alza la cabeza para mirarme y después continúa a lo suyo.

—¿Qué haces aquí tan temprano, jefe?

Carson no aparta la vista de *Spirit* cuando habla.

—Podría preguntarte lo mismo, Huracán.

Hace varias semanas que Carson me llama así, pero todavía no me ha explicado el significado de mi apodo. Debo admitir que me gusta; cada vez que lo utiliza siento que se acerca más a mí y,

aunque sé que no debería, eso me reconforta. En las últimas semanas me he visto en la situación de buscar su compañía más y más a menudo, bebiéndome sus sonrisas tan difíciles de conseguir y encontrando felicidad en nuestras cortas conversaciones.

—He tenido una pesadilla.

Ante mi respuesta, veo de reojo que Carson se gira para mirarme.

—¿Quieres contármela?

—No la recuerdo —miento—, y no has contestado a mi pregunta.

—Yo también he tenido una pesadilla —suelta mirando al frente de nuevo.

Esta vez soy yo quien se gira para enfrentarlo.

—¿Quieres contármela?

—No la recuerdo —dice esbozando media sonrisa.

Me quedo observándolo unos segundos más. Su pelo ondulado se mueve por la brisa matutina de Wyoming, sus mejillas están un tanto sonrojadas y, aunque sus labios dibujan una sonrisa débil, sus ojos parecen algo atormentados.

—Oye, Carson... —capto que tensa la mandíbula levemente cuando pronuncio su nombre—, todavía no me he disculpado por lo que te dije aquella noche que me fuiste a recoger al bar, lo de que tenías el corazón bajo llave y eso...

Mi nerviosismo es evidente y me frustro ante lo difícil que me está resultando encontrar las palabras adecuadas para pedir perdón sin que sea incómodo. Está claro que no lo estoy consiguiendo.

Carson permanece en silencio unos segundos y yo me pongo incluso más nerviosa, tanto que hasta comienzan a sudarme las manos.

—No hace falta que te disculpes, yo me pasé de la raya primero.

Sonrío ligeramente. Tengo claro que él es tan orgulloso como yo, y el hecho de que hayamos sido capaces de pedirnos perdón uno al otro me demuestra que a ambos nos importa el otro lo suficiente como para tragarnos nuestro orgullo.

Me inclino y le doy un golpecito en el hombro con el mío para quitarle hierro al asunto.

—Parece que *Spirit* ya no se altera tanto cuando estás cerca.

Eso le saca una de mis sonrisas favoritas.

—Sí, juraría que se está acostumbrando a mí. Ya va siendo hora, tenemos que conseguir que se sienta cómodo conmigo antes de que vuelvas a casa.

La realidad de esa afirmación me golpea y me corta la respiración. En unas pocas semanas regresaré a Barcelona y este verano será como un sueño. Un sueño del que cada vez tengo más claro que no quiero despertar.

Carson parece darse cuenta de mi cambio de humor, porque reconduce la conversación.

—Aunque solo está tranquilo mientras no te toque. Mira.

Baja de un salto y, antes de que pueda reaccionar, me ha cogido en brazos y me ha cargado al hombro.

Suelto un chillido de sorpresa. Pero me suelta tan rápido como me ha levantado y pasa al otro lado de la valla a toda prisa porque *Spirit* se dirige a nosotros al galope y resoplando. Doy un paso al lado, sobresaltada, y el caballo frena de golpe frente a la valla, justo donde Carson está de pie al otro lado, mirándome con una sonrisa de oreja a oreja y los ojos brillantes.

Mi corazón amenaza con explotar.

Carson alza las manos inocentemente.

—Era broma, era broma. Calma, chico... —dice, y vuelve a dirigir la mirada hacia mí.

Y yo no puedo evitar corresponder a su sonrisa mientras me acerco y le acaricio el cuello a *Spirit*.

—Buen chico, bonito. Ningún hombre me ha protegido nunca tanto como tú.

Esta vez es Carson quien resopla.

Capítulo 24



Carson

¿Estoy celoso de un caballo?

«No, claro que no», me digo a mí mismo.

¿Cómo iba a estar celoso de un caballo?

Lo que sí está claro es que esta mañana me he dado cuenta de dos cosas, a cuál más preocupante. La primera, no me gusta que Oli me oculte qué le preocupa porque me siento inútil sin poder ayudarla; y la segunda, posar las manos en su cuerpo para levantarla me ha gustado mucho más de lo que debería.

Ahora, mientras la veo volver a casa, estoy tirando de todo mi autocontrol para no bajar la mirada a su culo. Porque si hay alguna verdad en el mundo es que Oli tiene unas curvas de escándalo. Unas curvas prohibidas para mí.

—Es guapa, ¿eh?

La voz de Savannah me hace pegar un salto. Mi prima está mirándome con una sonrisa burlona.

—No sé de qué me hablas —le respondo rápidamente, pero noto cómo el rubor tiñe mis mejillas.

—Claro que no, Carson, claro que no. —Su tono es tan burlón como su sonrisa.

Le revuelvo el pelo con una mano.

—¿Cuándo has llegado?

—Hace unos cinco minutos, pero no he querido interrumpiros; parecía que lo estabais pasando genial.

Pongo los ojos en blanco.

—No empieces, Savannah.

Me da un leve puñetazo en el brazo.

—No, no empieces tú, Carson. No lo estropees —replica mientras le dirige una mirada a la casa, viendo a Oli a través de la ventana que da a la cocina—. Ella me gusta, Carson, creo que es buena para ti.

Sé que en parte tiene razón, pero también sé que Oli no se merece a alguien que todavía piensa en su mujer fallecida. Ni a alguien a quien le da tanto miedo abrirse de nuevo como a mí. Además, sería una tontería dejarse llevar, Oli regresa a España en unas pocas semanas y no quiero tener que sufrir de nuevo.

Por eso, en vez de responder a Savannah, empiezo a andar hacia la casa.

—Vamos, acabemos con esto cuanto antes —digo sin mirarla.

Savannah ha venido a desayunar esta mañana para explicarnos cómo se organizará la celebración del cumpleaños de mi padre. En otras palabras, viene a darnos órdenes.

Cuando entramos, va directa a darle un abrazo a Oli, quien está friendo unos huevos. Unos mechones negros se escapan del moño apresurado que se ha hecho y su rostro se ilumina al ver a mi prima.

Así es como me gusta verla. Despreocupada, feliz. No puedo evitar recordar su ataque de pánico cuando se nos cruzó ese ciervo en la carretera; sus lágrimas corriendo por sus mejillas, sus uñas clavándose en mis manos y sus gritos llamando a un tal Ian. No he tenido el valor de preguntarle al respecto por miedo a volver a verla así, pero siento la necesidad de saber, de entenderla, de protegerla.

Oli me entrega un plato con el desayuno y le doy las gracias, saliendo así de mis pensamientos. Cuando ya estamos los tres sentados y comiendo, Savannah nos informa de todo. Por lo visto Luke se encargará de la música, lo que significa que dará un concierto; ella y Nick comprarán toda la comida y la bebida; mi madre hará venir a mi padre con una excusa para que la fiesta sea una sorpresa, y a Oli y a mí nos toca la decoración.

No le digo que la fiesta no será una sorpresa para nadie. Ayer, al dejar a mis padres en su casa, papá me preguntó si ya habíamos comenzado a organizar su fiesta de cumpleaños. Intenté salir del apuro diciendo que con todo el tema del hospital ni siquiera habíamos pensado en eso, y él simplemente rio. Está claro que, después de casi cuarenta años de matrimonio, conoce a su esposa a la perfección.

Cuando Savannah se marcha a trabajar al café noto que Oli está más callada de lo normal.

—¿En qué estás pensando, Huracán?

Eso parece sacarla de sus cavilaciones porque me mira asombrada antes de sonreír sin alegría.

—En que hace mucho que no voy a una fiesta.

Cuando mi madre nos contó que haríamos la fiesta en el rancho, mi primer impulso fue oponerme y sugerir hacerla en otro lugar para no romper la tranquilidad que hay aquí y llenar esto de gente, pero entonces Oli comentó que le encantaban las fiestas sorpresa y lo único que pude hacer fue ceder. Pero ahora no estoy seguro de si la fiesta la hace feliz o todo lo contrario.

—No pareces muy contenta con esta —digo antes de darle un mordisco a mi manzana.

Oli abre mucho los ojos, como cada vez que cree que la he malinterpretado y está a punto de disculparse.

—¡No, no! —exclama con las mejillas sonrojadas—. No es eso en absoluto, me hace mucha ilusión. Simplemente...

La veo dudar y deseo con todas mis fuerzas que, sea lo que sea, lo comparta conmigo. Pero parece que desearlo no es suficiente, porque al final esboza esa sonrisa de falsa felicidad que cree que no he notado que utiliza desde que llegó al rancho. Es la única sonrisa de Oli que detesto, porque siento que es un muro entre nosotros; un muro que quiero derribar y que, a la vez, tengo claro que es algo hipócrita por mi parte, porque yo hago lo mismo con ella.

—Simplemente estoy pensando en todo el trabajo que tenemos por delante.

Me planteo insistir, pero sé que sería injusto, así que asiento.

—Esta mañana tengo una ruta con un grupo, tú puedes encargarte de *Spirit* y de limpiar las cuadras. Por la tarde bajaremos al pueblo a por algunas cosas para la fiesta.

Friego los platos y Oli me despide con la mano y una sonrisa.

—Hasta luego, jefe.

—Hasta luego —respondo mientras dudo un segundo si debería preguntarle de nuevo si algo le preocupa.

Decido no hacerlo y me dirijo a la puerta por mucho que todo mi ser me pida que me quede con Oli y la haga sentir mejor.

Capítulo 25



Olivia

Después de pasar la última hora cotilleando por teléfono con Emma, bajo las escaleras para encontrarme con Carson en la entrada. No me esperaba que me propusiera que fuéramos a comprar ya las primeras cosas para la fiesta. Siendo la procrastinadora que soy, yo sin duda lo habría dejado todo para última hora. Aunque, pensándolo bien, todos parecen muy entregados a la causa y, si no les seguimos el ritmo, Eleanor y Savannah se nos echarán al cuello. Y no queremos eso.

—¿Cómo lo vamos a decorar, jefe? —le pregunto a Carson mientras nos metemos en la camioneta. Se sienta y arranca antes de contestar.

—Se trata de una barbacoa con música, así que nada del otro mundo...

—¿Servilletas, vasos y platos de papel decorados con motivos de fiesta de cumpleaños, tipo serpentinas, velas y globos? También podríamos comprar centros con flores en las mesas. Tengo la teoría de que las flores lo hacen todo mejor, y más si es una fiesta al aire libre.

—No, para eso tengo algo pensado. Ya lo verás —contesta sin apartar la vista de la carretera.

—¿No me lo vas a contar?

—No.

Me llevo la mano al pecho, como si me doliera el corazón.

—Au, jefe. Creía que teníamos confianza.

Veo como el semblante de Carson se endurece durante un segundo antes de responder como si nada.

—Exacto. Confía en mí, te gustará.

Sus palabras, aparentemente inocentes, hacen que me dé cuenta de algo que me asusta. Confiar en Carson Dallas es lo que más deseo. Desde que se quedó conmigo la noche del ciervo, cada vez que tengo un ataque de ansiedad y él no está conmigo noto su ausencia y se me hace más difícil calmarlo. Pero sé que no es asunto suyo; él no es quien debe solucionar mis problemas, debo ser yo misma. Así que, en lugar de decir algo de lo que pueda arrepentirme, respondo:

—Deberíamos comprar algunos *snacks* y bebidas para mañana, ya que vamos al pueblo.

Carson levanta las cejas con asombro.

—¿Para mañana?

—Savannah y Luke vienen para hacer noche de peli. Se me olvidó comentártelo, jefe, ups.

Lo veo fruncir el ceño de nuevo, sinceramente creo que es su expresión favorita.

—¿Cuándo quedaste con ellos para eso?

—Se nos ocurrió la semana pasada, cuando Savannah vino a ver cómo estoy manteniendo el huerto y Luke apareció de improviso porque se aburría en su casa. Por lo visto tu prima tiene un proyector, así que decidimos hacer noche de cine al aire libre.

Carson suspira.

—Me encanta cómo hacéis planes en mi casa sin consultarme.

—Venga, jefe, deja de fingir que no te apetece. Será divertido.

—Yo no he dicho que no me apetezca.

Su tono de ofensa hace que estalle en una carcajada.

—¿Te estás riendo de mí?

—No, no. Es solo que me alegro mucho de que tengas tantas ganas de compartir la noche con nosotros pasándolo bien.

—Tampoco he dicho que tenga muchas ganas.

—Tienes razón, me he pasado. Lo siento —comento todavía riendo entre dientes.

—Te perdono, Huracán —suelta Carson tras un corto silencio en el que se centra en la carretera, pero esbozando una sonrisa.

Suprimo el escalofrío que recorre mi espalda ante mi apodo y miro por la ventanilla para evitar pensar qué significa el efecto que tienen sus palabras sobre mí.



Después de haber recorrido prácticamente toda la calle principal, comprado todo lo que necesitamos tanto para la fiesta como para la noche de cine al aire libre y cargado todo en la parte trasera de la camioneta, Carson se queda mirando algo a mi espalda. Cuando me giro, veo que se trata de una tienda de sombreros.

—No puedes seguir aquí sin uno —afirma con una media sonrisa pícara.

Pongo los ojos en blanco, pero correspondo a su sonrisa con otra.

—Está bien, conviérteme en una vaquera.

—Con mucho gusto. —Sus ojos brillan ante el reto.

Entramos en el establecimiento y la campanita de la puerta anuncia nuestra llegada. De inmediato me veo envuelta en olor a cuero. Me quedo boquiabierta ante la cantidad de sombreros que hay. ¿Cómo voy a escoger uno?

—Buenas tardes, Roy.

Un hombre de unos cincuenta años ha salido de la trastienda y, en cuanto ha visto a Carson y este lo ha saludado, su rostro se ha iluminado.

—¡Carson, hijo, qué alegría verte! ¡Cuánto tiempo sin dejarte caer por aquí!

—Sí, he estado muy ocupado en el rancho —dice con tono de disculpa y una sonrisa tímida.

—Ya veo, ya veo... ¿Cómo está mi mejor clienta?

—Violet está bien, parece que le gusta mucho Vermont.

Recuerdo la gran colección de sombreros del vestidor de mi habitación y entiendo perfectamente que Violet sea considerada así por este buen hombre.

En ese momento la mirada de Roy se dirige a mí y sale de detrás del mostrador.

—¿Y quién es esta jovencita?

—Roy, te presento a Olivia. Me está ayudando en el rancho este verano.

El tipo se acerca a mí y me tiende la mano, que estrecho con una sonrisa que denota algo de timidez.

—Encantado de conocerte, Olivia. Me alegro mucho de que estés aquí, aunque solo sea porque así Carson ha venido por fin a verme.

—Igualmente, Roy. Carson es un poco ermitaño, no es nada personal.

Roy ríe de forma enérgica ante mi respuesta y Carson gruñe, como siempre.

—¡Me gustas! —exclama todavía riendo—. ¿Qué puedo hacer por vosotros?

—Olivia necesita un sombrero, no tiene ninguno.

La cara de espanto de Roy es casi indescriptible.

—¿Ninguno? —Abre los ojos desmesuradamente y su expresión denota horror, así que de pronto siento un poco de vergüenza—. ¡No puede ser!

—Eso mismo he dicho yo —comenta Carson con fingida decepción por mi tardanza en adquirir uno, encogiéndose de hombros.

Le dedico una mirada asesina antes de dirigirme al hombre con las manos en alto para justificarme.

—Hace un mes que llegué a Wyoming y Carson ha tardado todo ese tiempo en traerme, y eso que sabe que yo no puedo conducir.

Ahora Roy dirige su indignación hacia Carson y yo le dedico una sonrisa que significa «Chúpate esa, jefe».

—Carson, muchacho..., eso es inaceptable.

Él me sostiene la mirada un segundo más, la intensidad del momento me deja clavada en mi sitio, y luego se disculpa.

—Tienes razón, Roy. Lo lamento.

—Bueno, mejor tarde que nunca, ¿verdad? —vuelve a hablar Roy cruzando los brazos sobre el pecho y negando con la cabeza.

—Verdad —respondemos Carson y yo al unísono.

Roy me enseña unos cuantos sombreros; son preciosos, pero no hay ninguno con el que me sienta cómoda. Todos los que me muestra son de diferentes marrones y en absoluto de mi estilo.

Aprovecho que Roy vuelve a la trastienda a buscar algunos más para dar una vuelta por la tienda. En una esquina hay algunos sombreros grises y negros y voy directa hacia ellos. De pronto uno me roba el aliento.

Es negro con una cinta de cuero marrón oscura entrelazada y con detalles de acero en cuyo centro hay unas pequeñas gemas de color escarlata. Me lo pongo y me miro al espejo. Me encanta.

—Quiero este —sentencio mirando a Carson, quien tiene la vista fija en mí.

—¿Tan oscuro? —me plantea Roy saliendo de la trastienda—. ¿Estás segura? Una chica tan joven y llena de vida debería llevar algo más claro.

—Yo creo que está perfecta con él. Nos lo llevamos —determina Carson apartando su mirada de la mía, con la voz ligeramente más grave y ronca de lo habitual.

Noto que el color tiñe mis mejillas de nuevo.

Me acerco al mostrador y saco mi cartera para pagar el sombrero, pero entonces la mano cálida de Carson se posa sobre la mía, enviando descargas eléctricas por mi brazo.

—Te lo regalo.

—No hace falta, puedo pagarlo yo.

—Ya sé que puedes, pero quiero hacerlo —insiste completamente serio.

—¿Por qué?

—Porque, cada vez que te vea con él puesto, quiero recordar que fui yo quien te regaló algo que hace que todo el mundo se gire para mirarte. Eso y que, cuando ocurra, quiero que tú también lo recuerdes.

Estoy segura de que he dejado de respirar. Al menos hasta que veo el arrepentimiento casi inmediato en los ojos azules de Carson.

Ignoro el dolor y sonrío mientras guardo la cartera.

—Gracias.

No hablamos en todo el camino hasta el rancho, pero yo no me quito el sombrero.

Capítulo 26



Olivia

Apenas he visto a Carson en todo el día porque ha tenido una ruta tras otra y, al parecer, no ha parado ni para comer. Eso, o me está evitando, de la misma forma en la que yo llevo intentando ignorar el recuerdo de sus palabras de ayer en la tienda de Roy y cómo me hacen sentir. Ignorar cuánto deseo que me las repita, aunque sé que no debería.

Saco la bolsa de palomitas y las pongo en un bol. Ya lo tengo casi todo preparado para la noche de cine. Luke y Savannah deben de estar a punto de llegar, igual que las pizzas que he pedido hace ya un buen rato.

Ni siquiera sé qué película vamos a ver, la encargada de escogerla es Savannah, pero estoy muy emocionada. No recuerdo la última vez que hice un plan parecido con alguien que no fuera Emma y en un lugar que no fuera el sofá de mi casa mientras yo lloraba desconsolada. Wyoming me está ayudando a hacer cosas de nuevo. Cosas que solía hacer antes del accidente pero que no he hecho desde entonces y que había olvidado lo bien que sientan.

Me muero de ganas de que por fin llegue Emma y pueda presentársela a todos. Sé que Savannah le encantará, aunque puede que Luke la ponga de los nervios. De todas maneras, pensar en la llegada de Emma me supone algo agridulce. La emoción de ver a mi

mejor amiga queda eclipsada por la realidad de que tendré que abandonar Wyoming con ella. Volveré a ver a mi familia, podré contarles todo lo que he vivido aquí, pero a cambio dejaré todo esto atrás. No, mentira, no volveré a verlos, solo podré contar todo lo que he vivido frente a sus tumbas.

Siento un pinchazo de dolor en el corazón.

Desde que llegué, hay momentos en los que olvido que no estarán allí para recibirme en el aeropuerto; que no tengo que comprarles *souvenirs* porque no podré dárselos; que las fotografías que saco y los vídeos que grabo del rancho solo los verá Emma... y, cada vez que la realidad me abofetea, el vacío que creo estar llenando aquí vuelve a hacerse inmenso. La imagen de los ojos azules de Carson me viene a la mente, siendo una de las pocas cosas que me calman estos días, pero la aparto enseguida, recordando cómo se llenaron ayer de remordimiento y el dolor que eso me provocó.

Sé que sentirme así es egoísta y ni siquiera acabo de comprenderlo. Carson tenía una mujer y falleció; por el amor de Dios, ¿qué pasa conmigo? No tengo ningún derecho a sentirme mal porque él siga pensando en ella. Es normal que lo haga. Tengo que dejarme de tonterías e historias imposibles.

El timbre me saca de mis pensamientos y en parte lo agradezco porque no iban a llevarme a ninguna parte. Me dirijo a la puerta y cuando la abro me encuentro con Nick y mis pizzas en sus brazos.

—¿Nick?

Él me sonríe de oreja a oreja.

—¡Oli! Aquí tienes tu encargo —exclama mientras alarga los brazos para pasármelas.

—No sabía que trabajaras en la pizzería.

—Sí. Bueno, es algo reciente, para tener un sobresueldo —contesta mientras se rasca la nuca avergonzado—. Mi madre necesita medicinas y son bastante caras, así que estoy haciendo unas pocas horas de repartidor además de mis dos otros trabajos.

Se me cae el alma a los pies. Todo el mundo sabe que en Estados Unidos la sanidad es carísima y que hay gente que no puede

pagarla, pero una cosa es saberlo y otra muy distinta ver cómo lo sufre alguien que te importa.

—Entiendo... ¿A qué hora terminas hoy? —pregunto sin pensar—. Savannah y Luke vienen a ver una película, ¿quieres apuntarte?

—No quiero acoplarme a vuestro plan —contesta sonrojado.

—No te estás acoplando. Te estoy invitando porque eres mi amigo y el mejor amigo de Savannah, tonto.

—Es que creo que no le gusto mucho a Carson —dice todavía dubitativo.

—A Carson hay mucha gente que no le gusta, que se aguante.

Ante eso, Nick ríe y la presión en mi pecho se apacigua ligeramente.

—Humm... Está bien. Tengo que hacer dos entregas más, pero supongo que en una hora más o menos habré terminado.

—¡Estupendo! Pásate luego, entonces.

Me dedica una última sonrisa que expone todos sus dientes y se despide de camino a su camioneta.

Voy a la cocina a dejar las pizzas y, cuando las estoy depositando en la encimera, oigo cerrarse la puerta de la entrada. Justo después, la voz furiosa de Carson rompe el silencio de la casa.

—¿Qué hacía aquí Nick Wallace?

Me giro para enfrentarlo. El sudor hace que su camiseta gris claro se pegue a su cuerpo marcando todos sus músculos. Se quita la gorra y se pasa una mano por el pelo mojado de sudor. Sus ojos azules están clavados en mí. Doy media vuelta para buscar unas tijeras con las que cortar las pizzas, necesito dejar de mirarlo.

—Ha venido a traer las pizzas. Lo he invitado a venir cuando termine su turno.

Carson chasquea la lengua molesto.

—¿Por qué has hecho eso? Me parece genial que quieras salir con él, pero hazlo fuera del rancho.

Odio cuando me habla así y noto el cabreo empezando a invadirme.

—Primero, esto no es una cita: por si no te has dado cuenta, seremos bastantes, incluido tú. Y segundo, lo he invitado porque me apetece.

No digo nada de que me he sentido fatal cuando me ha contado lo de su madre y las medicinas, supongo que a Nick no le haría gracia que fuera pregonándolo por ahí y le gustaría mucho menos saber que he sentido lástima por él.

—Y ve a ducharte, apestas.

Carson vuelve a ponerse la gorra y me dirige una mirada divertida.

—Qué cosas tan bonitas me dices, Huracán. ¿A Nick Wallace también le hablas así?

—Oh, cállate.

—Vale, vale, como quieras.

Cuando se marcha no puedo evitar admirar su cuerpo mientras sube las escaleras.

Luke y Savannah llegan unos pocos minutos después de que Carson me haya dejado sola en la cocina y nos ponemos a montarlo todo fuera.

Colgamos una sábana blanca como pantalla en la pared trasera de la casa, ponemos cinco sillas alrededor de la hoguera y el proyector en una mesita. Luke saca cervezas para todos en una neverita portátil, yo llevo fuera la comida y Savannah prepara la película.

Cuando ya lo tenemos todo listo, aparece Nick.

—¡Ya estás aquí! —dice Savannah todavía concentrada en el ordenador.

—Hola, Nick —lo saludo con una sonrisa mientras doy unos pasos hacia él y lo cojo de la mano—. Ven a sentarte a mi lado.

Todos ocupamos un asiento. Savannah, en una punta; Nick, a su lado; yo, en la silla contigua; a mi otro lado, Luke, y la silla de la otra punta queda vacía. Esa será la que ocupará Carson.

Cuando baja al cabo de poco suelta un saludo general al grupo y se sienta en su silla en silencio mientras Luke le pasa un botellín de cerveza.

—¿Qué vamos a ver, Savannah?

—*Karate Kid* —anuncia con la voz repleta de entusiasmo.

—Me encanta esa peli —digo antes de pegarle un trago a mi cerveza—, aunque siempre he creído que Daniel LaRusso es el

verdadero villano y Johnny Lawrence, un personaje incomprendido.

Luke se gira con todo su cuerpo para mirarme, horrorizado.

—¿Qué acabas de decir?

Me encojo de hombros.

—Daniel LaRusso es un chulo.

La voz de Carson me sorprende.

—Yo estoy de acuerdo con ella. Nunca me ha gustado LaRusso.

—¿Y me entero ahora? —le responde Luke claramente indignado.

—Pues no lo había pensado nunca —interviene Savannah—, pero ahora que lo dices, sí que creo que en realidad el pobre Johnny estaba en un mal ambiente.

—No tenéis ni idea. —Luke resopla antes de volver a sentarse mirando la pantalla—. Vamos a ponerla, a ver si al final de la película seguís opinando esa tontería.

Cuando *Karate Kid* termina, todos continuamos pensando que Johnny Lawrence es un incomprendido y esta vez incluso Nick se une a nosotros. Pasamos las siguientes horas discutiendo y luego jugando a las cartas. Alrededor de las once, Savannah, Luke y Nick deciden que ya es hora de marcharse. Al acabar la noche siento que soy más feliz de lo que he sido en mucho tiempo. Me duele la cara de tanto reír; se me ha corrido un poco el rímel por culpa de las lágrimas fruto de mis carcajadas cada vez que Luke y Nick se han peleado por las cartas y Carson les ha puesto los ojos en blanco mientras Savannah y yo echábamos leña al fuego para que su discusión durara más. Pero lo más importante es que no he pensado en mis desgracias ni un solo segundo en toda la velada.

Los acompaño a la entrada mientras Carson empieza a recoger todo lo de fuera. Savannah se ofrece a llevar a Luke a casa, ya que parece que ha bebido demasiado como para conducir, y se van.

Nick espera a que se hayan metido en el coche y les dice adiós con la mano. Luego se gira hacia mí y coge las mías entre las suyas.

—Muchas gracias por invitarme esta noche, Oli. Lo he pasado genial.

Su sonrisa es dulce y sus ojos, amables. No puedo evitar pensar que Nick debe de ser una persona muy fácil de querer. Saco mis manos de entre las suyas y le doy un abrazo.

—Gracias a ti por venir.

Cuando nos separamos, me quedo en el porche hasta que su camioneta desaparece de mi vista. Cuando me giro, veo que Carson está mirándome a través de la ventana de la cocina y que aprieta con fuerza el bol de las palomitas; seguro que tiene los nudillos blancos, aunque no puedo verlo desde aquí. No entiendo cuál es su problema con Nick, a mí me parece un chico increíble. En cuanto Carson nota mi mirada, aparta la suya y sigue con lo que estaba haciendo.

—Tranquila, yo me encargo. Vete a dormir, que mañana te necesito con energía para trabajar —me dice en cuanto pongo un pie en la cocina.

Me dispongo a rechistar, pero la verdad es que estoy realmente cansada, así que se lo agradezco y subo a mi habitación.

Además, creo que lo mejor será no quedarme a solas con Carson de momento; no hasta que entienda qué me está pasando con él y podamos volver a la normalidad.

Me meto en la cama y me sumo en un sueño profundo en el que, una vez más, me atormentan los ojos sin vida de mi hermano.

Capítulo 27



Carson

Sé que no puedo acercarme a Oli, no de esta manera, por muchísimas razones. Para empezar, siento que estoy traicionando a Julie cada vez que mi corazón late ligeramente más deprisa cuando ella está cerca, y aunque sé que ella sería feliz sabiendo que paso página, parece que mi subconsciente no me deja. Además, Olivia pronto volverá a España y yo me quedaré aquí solo una vez más.

La imagen de la casa vacía de nuevo hace que se me revuelva el estómago. Después de años de soledad, solo ha hecho falta que Oli haya pasado en el rancho unas pocas semanas para que me acostumbre a tenerla aquí, a su presencia; a mirar por la ventana mientras preparo café por las mañanas y ver cómo se arma de valor para ir a por huevos al gallinero; a que cada vez que los cocino me diga «Están deliciosos, jefe»; a verla cepillar a *Spirit* con delicadeza, cuidado y afecto; a oír sus pisadas por casa y sentir que no estoy solo.

Y, a pesar de todo eso, tengo claro que no puede ni podrá ser. No cuando siento que, al mismo tiempo que empiezo a reconstruirme, mi corazón se rompe en pedazos una y otra vez cuando la culpa y el remordimiento de estar alejándome de la memoria de Julie me persiguen. Sin embargo, cada vez que veo cómo Nick hace sonreír a Olivia, cada vez que la veo abrazarlo y mirarlo con cariño y preocupación, no puedo evitar experimentar algo que se parece

demasiado a los celos. Esta situación es una mierda y no sé cómo salir de ella. Sobre todo después de verla ayer con el sombrero; no quiero ni admitirme a mí mismo todas las ideas que se me vinieron a la mente. Todas las cosas que me gustaría hacer con Oli y ese sombrero.

Acabo de recoger lo poco que queda del jardín y me siento en el sofá. No se oye ningún ruido, por lo que supongo que Oli ya se habrá dormido. De todos modos, saber que está arriba hace que note su presencia; que cada vez que piense en ella recuerde lo bien que encajaban mis manos en su cuerpo el otro día cuando la levanté en brazos, y que me pregunte cómo debe de ser recorrer su piel con mis dedos. Cierro los ojos con fuerza, alejando esos pensamientos que no me hacen ningún bien.

Enciendo la televisión para distraerme. Centro toda mi atención en el programa absurdo que dan a estas horas de la noche, pero no pasa demasiado rato hasta que el sueño puede conmigo.



Abro los ojos, confundido, y lo primero de lo que me doy cuenta es de que la tele sigue encendida y fuera es noche cerrada. Lo segundo, que la música de Oli suena a todo volumen. Miro el reloj del móvil, marca las tres y media de la mañana. Subo las escaleras, extrañado de que la tenga puesta a tope de volumen en plena madrugada.

Me paro frente a su puerta y llamo un par de veces. No contesta. No me extraña, seguro que ni siquiera me ha oído con este ruido infernal. Estoy a punto de irme a mi habitación, pero entonces caigo en que me será imposible pegar ojo con tanta escandalera, así que voy allí para pedirle que se ponga los cascos si quiere seguir escuchando eso. Entreabro la puerta, seguro de que no está dormida.

No lo está.

Olivia está sentada en el suelo, sin camiseta, con la espalda llena de arañazos ensangrentados. Después del primer segundo de shock, el miedo me invade. Abro la puerta de par en par y entro corriendo. Mientras me acerco a ella echo un rápido vistazo a mi alrededor... La ventana está cerrada, no parece que haya entrado nadie.

Me arrodillo delante de ella. Las lágrimas corren a mares por sus mejillas y, aunque estoy frente a ella, parece que no me ve. Está hiperventilando mientras se clava las uñas sin piedad. Sus sollozos agónicos llegan a cada rincón de mi alma y ya no pienso.

Le enmarco la cara con las manos.

—Oli, Oli, por favor, mírame... ¡Oli!

Cuando por fin centra sus ojos en los míos, los veo llenos de dolor. Un dolor tan profundo que no sé cómo sacarla de ese pozo. Sus sollozos se intensifican, y yo me rompo cada vez más.

—Olivia, estás bien, estamos bien.

La aprieto contra mi pecho y le beso la cabeza, las mejillas, la nariz, las lágrimas, y la abrazo de nuevo, desesperado por transmitirle seguridad, desesperado por que Olivia vuelva a mí. Mi fuerte y atormentado huracán...

Veo que sigue clavándose las uñas en la espalda, así que dejo de rodearla con los brazos solo para atrapar sus manos con las mías y que pare de lastimarse.

No sé qué le ha provocado esto, pero lo único que me importa ahora es recuperarla. Vuelvo a rodearla, el olor floral de su cabello embriagándome, y ella agarra mi camiseta con fuerza, su pequeño cuerpo convulsionando por los potentes sollozos de angustia.

—Intenta coordinar tu respiración con la mía, Olivia —susurro mientras inspiro y espiro profundamente.

No la suelto en ningún momento. Nada podría hacer que la soltara ahora mismo. Ver su dolor hace que se me desgarre el pecho, que el pánico palpite en mí como no lo había hecho en años.

Cuando sus sollozos se vuelven más débiles, me separo despacio y le cojo el rostro con las manos, apartando los mechones que se han escapado de su moño.

—Hay que lavarte la espalda, te has llenado de sangre.

Oli se abraza las rodillas y asiente.

—¿Quieres hacerlo tú?

—No —dice de forma casi inaudible.

—De acuerdo. —Dudo un segundo, pensando en la mejor forma de hacer esto—. ¿Te parece bien si voy un momento a mi habitación? Allí tengo el botiquín.

Niega débilmente y me coge el antebrazo con sus finos dedos, dándome a entender que no quiere que la deje sola.

—Tranquila, podemos ir los dos.

Asiente, su mirada todavía perdida en ese lugar al que yo no tengo acceso.

La llevo en brazos a mi cuarto. No pesa prácticamente nada, pero su pena y su dolor hacen que cada paso me cueste un mundo. Daría cualquier cosa por poder compartir su pena y quitarle un poco de ese peso invisible que carga sobre los hombros. Olivia está rota, ya no tengo ninguna duda.

La deposito en mi cama y ella se abraza a sí misma con fuerza. Voy a toda prisa al baño a por el botiquín.

Verla tan frágil, tan vulnerable, hace que todo mi ser quiera protegerla, cuidarla, ayudarla.

Cuando vuelvo a su lado le limpio la sangre con gasas empapadas en agua tibia, sin frotar demasiado fuerte, para eliminarla toda mientras no paro de repetirle que todo va a salir bien, y, aunque parece que las palabras sean para ella, también me las estoy diciendo a mí mismo para que mi dolor y miedo no se liberen.

En cuanto he terminado de limpiar la sangre y me dispongo a ponerle un antiséptico con otra gasa, veo las innumerables marcas de su espalda; hay tantas que no puedo contarlas. Hay cicatrices antiguas, heridas con costra, heridas tiernas muy recientes, las heridas de hoy... Me resulta evidente que esto ha ocurrido antes, muchas veces. Noto un pinchazo en el pecho al pensar que, quizá, cada vez que oía música procedente de su dormitorio esto es lo que estaba pasando dentro; que cada vez que me dedicaba esa sonrisa vacía, detrás escondía todo este pesar. Y me odio a mí mismo por haber estado tan enterrado en mi dolor que Olivia se ha visto abandonada en el suyo durante semanas.

Cuando acabo de limpiar y desinfectar los arañazos, no puedo evitar darle un último abrazo, sentirla segura contra mi pecho. Pero ella no reacciona, como si estuviera a miles de kilómetros de aquí, al menos hasta que finalmente me dispongo a llevarla a su habitación. En ese momento se vuelve a aferrar a mí con fuerza y a negar con la cabeza. Me queda claro el mensaje: no quiere irse, no quiere quedarse sola.

—No te preocupes, solo voy a coger una camiseta para ti. Tranquila, te quedas aquí esta noche.

Su cuerpo se relaja al instante al oír eso.

Cuando se la doy, se la pone y luego la ayudo a meterse bajo mis sábanas. Me siento a su lado y le acaricio el rostro.

—Descansa, Olivia.

Cierra los párpados, que parecen pesarle toneladas. Sin duda está agotada. Me agacho y le doy un beso en la frente sin pensarlo.

Empiezo a levantarme con la idea de darle un poco de espacio, pero Olivia interpreta que me estoy marchando y me agarra del brazo con mano temblorosa.

—No —dice simplemente.

—De acuerdo, me quedo contigo, duérmete.

Doy la vuelta a la cama, me tumbo a su lado, encima de las sábanas, y me giro hacia ella. Oli alarga el brazo y me coge la mano.

Se queda dormida enseguida, pero yo no pego ojo en toda la noche, preguntándome qué la atormenta de tal manera y cómo me asusta la posibilidad de volver a verla así o, peor, perderla.

Y sé que ya no hay vuelta atrás.

Cuando saco la caja de debajo de la cama y me siento al escritorio para escribir a Julie, es la primera vez que no me salen las palabras.

Capítulo 28



Olivia

Lo primero que noto es la cantidad de luz en la estancia cuando solo entreabro los ojos, cosa que me extraña porque siempre me despierto antes de que salga el sol para prepararme para trabajar. Lo segundo, que me despierto sin el peso aplastante de la ansiedad por primera vez en mucho tiempo.

Me estiro en la cama, debatiéndome entre si quedarme remoloneando unos minutos más o no, y de repente me doy cuenta de que esta cama es muy grande. Abro los ojos como platos, miro a mi alrededor y descubro que esta no es mi habitación. Las paredes son de un color verde seco; la cama, de madera oscura y con sábanas blancas, y enfrente de esta hay un escritorio antiguo precioso en el que descansa una caja de madera.

Entonces lo recuerdo todo. Carson entrando en mi habitación mientras sufría uno de los peores ataques hasta la fecha; Carson calmándome; Carson besándome la cara, acariciándome el pelo y trayéndome aquí para limpiarme con cuidado las heridas..., y lo bien que me hizo sentir. Aprieto los párpados exageradamente. ¿Qué voy a hacer ahora? Fuera cual fuese nuestra dinámica hasta anoche, ha cambiado para siempre. Ya no podré sanar en silencio porque Carson lo sabe.

¿Me mandará de vuelta a casa? Deseo con todas mis fuerzas que no lo haga, no ahora. Me incorporo y me apoyo contra el cabezal de la cama. Llevo puesta una de sus camisetas. No puedo evitar olerla; huele a cuero y bosque. Me doy cuenta de que mi corazón, hasta hace un instante acelerado, recupera un ritmo sosegado. Porque eso es lo que es Carson para mí en los momentos en los que peor lo he pasado, él ha sido calma, paciencia y tranquilidad. Suspiro. No sé qué voy a decirle.

Me levanto y me dispongo a irme a mi habitación para vestirme cuando de reojo vuelvo a ver la caja encima del escritorio. Es muy bonita... Está llena de detalles tallados en la madera y un cierre de hierro gastado. No puedo evitar pensar qué se esconderá dentro. Paro un segundo mientras considero averiguarlo, pero finalmente decido no hacerlo.

Salgo y cierro la puerta con cuidado. Sin embargo, en vez de ir a mi cuarto para cambiarme de ropa y prepararme, me dirijo a la cocina. Mi estómago ruge con hambre y, tras haber mirado el reloj, sé que a estas horas no corro peligro de cruzarme con Carson, pues ya tiene que estar en alguna ruta con clientes, así que estaré sola.

Pero, en cuanto bajo las escaleras, me encuentro con él sentado en un taburete de la cocina mirando unos papeles.

Paro en seco a la vez que él levanta la vista. Entonces me observa de arriba abajo y soy consciente de las pintas que llevo. Mi pantalón de pijama, su camiseta, mi pelo completamente revuelto, mi falta de maquillaje...

—Buenos días —digo avergonzada.

—Buenos días —responde mientras vuelve a coger los papeles—. Te he traído desayuno de la cafetería de la tía Sarah.

—Oh, gracias.

Puedo notar la tensión entre nosotros, la incomodidad, y lo odio con todas mis fuerzas. Me acerco a la mesa y levanto la tapa que cubre el plato de tortitas gigantes con pepitas de chocolate.

—Savannah me ha dicho que es lo que siempre pides.

—Sí, gracias —digo de nuevo—. ¿No tenías una ruta esta mañana?

Carson vuelve a dejar los documentos que sujetaba y me mira con esos ojos azules que ahora mismo no delatan ninguna emoción.

—Han cancelado las rutas de hoy.

Frunzo el ceño, sorprendida.

—¿Todas?

—Todas.

Sonrío nerviosa. Creía que tendría todo el día para pensar en cómo hablar de lo que pasó anoche antes de que Carson llegara a casa, pero está claro que no va a poder ser.

—Bueno, podrás pasarte el día haciendo el vago, jefe.

Intento relajar un poco el ambiente bromeando, pero la frase sale tristona, sin alegría.

—He pensado que podemos aprovechar para encargarnos de las flores para la fiesta. Si las vamos a buscar hoy, nos dará tiempo a secarlas.

—¿Secarlas? Oh, claro. ¿Cuándo quieres ir?

No solo no tiene rutas que hacer, sino que además ha planeado pasar el día conmigo. Esto no es una casualidad, por mucho que él lo esté diciendo con indiferencia.

Se pasa una mano por su pelo castaño oscuro.

—Depende de ti.

—Tú eres el jefe, jefe.

Y esta vez sí que lo digo con una sonrisa que Carson me corresponde. Me pregunto si son imaginaciones mías o, tras ese gesto, parece algo aliviado.

—Sí, pero no podemos ir hasta que tú hagas algo muy importante.

—¿El qué?

—Montar.

Noto un escalofrío recorriendo mi espalda.

—Ni de coña. —Me sale del alma.

Se encoge de hombros.

—Ha llegado el momento. Llevas aquí casi un mes y medio y necesito tu ayuda.

Empiezan a temblarme las manos.

—No, no lo entiendes, no puedo hacerlo.

Carson se levanta y da la vuelta a la isla hasta llegar frente a mí para coger mis manos con las suyas. Noto cómo la tensión de mis hombros desaparece casi al instante con su contacto.

Levanto la vista a sus ojos; esta vez me dirigen una mirada dulce. Carson empieza a dibujar círculos con su pulgar en mi mano derecha, tranquilizándome.

—Sí que puedes, lo haremos juntos. —Sus ojos intensos me atrapan—. ¿Confías en mí?

Se trata de una pregunta aparentemente sencilla con una respuesta muy complicada. Y, sin embargo, después de lo que pasó anoche, no dudo antes de responder.

—Sí, confío en ti.

Carson me dedica la que es posible que sea la sonrisa más genuina que he visto en él desde que lo conozco, me aprieta ligeramente las manos antes de soltarlas y vuelve a hablar.

—Bien, pues cómete las tortitas, que tenemos trabajo.

Hago lo que me dice, aunque el hambre que tenía al despertar se me ha pasado de golpe y temo vomitarlas después.

Para mi sorpresa, cuando salimos por la puerta un rato más tarde, *Jax* está ensillado y listo en la pista de entrenamiento.

—Vaya, parece que no ibas a aceptar un no por respuesta.

Carson me mira algo avergonzado.

—Podrías haber dicho que no, pero quería estar preparado.

Sus palabras me tranquilizan. Todo él me tranquiliza. No sé cómo explicarlo, pero siento que quizá Carson es justo la persona que necesitaba para mejorar. Emma me conoce demasiado, conocía a mi familia; mis abuelos están igual de devastados que yo, y el resto de mis amigos ya apenas me hablaban y tampoco me sentía cómoda con ellos. Carson, sin embargo, no sabía nada de mí y me rechazó desde el primer momento hasta que, de repente, dejó de hacerlo. Es alguien que no finge, que no intenta tenerme entre algodones y que no tiene pelos en la lengua. Es alguien a quien puedo leer. Sé cuándo está enfadado, triste, cansado, preocupado. Y sé cuándo quiere ayudar y, aunque me he sorprendido a mí misma, quiero dejar que me ayude.

Así que me acerco lentamente a *Jax* y le acaricio el cuello. Carson se coloca a mi lado.

—He pensado en subirte a ti primero y luego monto yo detrás.

Saber que él estará en el caballo conmigo es un alivio gigantesco y parte de la tensión de mis hombros se desvanece.

—Puedo subir sola.

Me dedica una sonrisa divertida y responde mientras coge a *Jax* de las riendas para sujetarlo.

—Adelante, Huracán.

Me agarro a la silla con las dos manos y coloco el pie izquierdo en el estribo. Inspiro profundamente, intentando reunir el valor para dar el último empujón y montarme en el caballo. Carson espera paciente. Cierro los ojos con fuerza y me impulso, pasando la pierna derecha por encima de la grupa hasta sentarme en la silla. Una sensación extraña me invade, como si la familiaridad con la que mis piernas se ajustan a la montura del caballo me devolviera a casa después de mucho tiempo. Pero esa falsa sensación de hogar no elimina los nervios y el miedo que me esfuerzo en esconder para que *Jax* no lo perciba. Por suerte dura apenas unos segundos porque, antes de que abra los ojos, noto que Carson se instala detrás de mí y apoyo la espalda en su pecho.

Carson me envuelve con sus brazos y agarra las riendas.

—¿Cómo estás?

Está tan cerca que noto su aliento en mi pelo.

Me tomo un momento para procesar cómo me siento y luego respondo.

—Creo que bien. No sé cómo explicarlo. —Inspiro y añado—: Creo que ayuda que hayas subido conmigo.

—¿Estás preparada para que empecemos a avanzar al paso?

Me tenso un poco ante esa idea, pero asiento débilmente y Carson le indica a *Jax* que se ponga en marcha. Lo dirige hacia el camino de tierra que lleva fuera del rancho.

—¿A dónde vamos? —pregunto todavía muy tensa, pero buscando una distracción.

—Hay un sitio en las montañas donde crecen muchas flores silvestres. Me parece que te gustará.

—Vaya, vaya —comento animada—. ¿Quién iba a decir que eres un romántico?

Carson gruñe molesto y tarda unos segundos en hablar. Unos segundos en los que noto su cuerpo tensarse.

—Julie descubrió ese lugar, me hacía ir allí todos los veranos.

Reprimo las ganas casi dolorosas de girarme y darle un abrazo.

—Lo siento, no lo sabía. —Él se mantiene en silencio, así que continúo—: No tenemos por qué ir... Podemos comprarlas o directamente no poner flores; ¿quién necesita flores? Nosotros, no.

Resulta evidente que puede percibir el nerviosismo en mi voz, así que, cuando suelta una risa ronca, me relajo un poco.

—No, las flores lo hacen todo mejor, y más si es una fiesta al aire libre —responde repitiendo lo que le dije el día que bajamos al pueblo.

—Sabias palabras, jefe.

Vuelve a reír y su pecho se sacude en el acto. Notar su alegría hace que sonría yo también. De pronto soy consciente de lo mucho que me gusta hacerlo reír.

—Además, no es justo que seas la única que se enfrente a algo de su pasado hoy —dice un poco más serio.

—Supongo que no.

Sé que está haciendo esto para ayudarme y el hecho de que esté dispuesto a enfrentarse a algo que le duele tanto por mí hace que se me caliente el corazón. Saber que alguien a quien conoces desde hace poco tiempo es capaz de hacer por ti más que las personas a las que considerabas amigas desde hacía años es una sensación extraña.

—¿Cuánto tardaremos en llegar a este lugar secreto?

—Humm... A este paso, unos cuarenta y cinco minutos —noto su sonrisa en mi pelo—, a no ser que quieras probar a ir un poco más rápido.

Y, a pesar de que me da miedo, contar con Carson me llena de valor y acabo diciendo lo que no pensaba que diría jamás la primera vez que volviera a subir a un caballo.

—¡Dale caña, jefe!

Carson duda un instante.

—¿Caña, caña?

Me tenso enseguida.

—¡No, no! —exclamo apresuradamente—. Me refería a que podemos ir al trote.

Vuelve a reír y le da unos golpes ligeros a *Jax* para que apresure el paso.

Capítulo 29



Olivia

Una media hora después llegamos al sitio que me ha comentado y el lugar me roba el aliento. Emergemos de entre los árboles a un prado muy extenso con flores de todos los colores, formas y tamaños. Las montañas se imponen a lo lejos y la brisa hace que la temperatura sea perfecta. Y el olor..., nunca había olido una fragancia así y creo que no voy a poder olvidarla jamás.

Carson hace detenerse a *Jax*, pero no desmonta. Noto cómo se tensan sus brazos a mi alrededor.

—Julie descubrió toda una joya. Gracias por enseñarme este paraje.

—No había venido aquí desde que murió.

Extiendo la mano y la poso sobre la suya, que todavía está agarrando las riendas.

—¿Estás bien?

Hace un sonido afirmativo y luego me devuelve la pregunta.

—¿Tú estás bien?

Imito el sonido que él ha hecho y suelta una risa por lo bajo.

—Venga, jefe. Vamos a coger flores.

Carson desmonta y hace ademán de ayudarme a descender hasta que le dedico una mirada que significa claramente «Puedo yo sola, gracias». Entonces levanta ambas manos como una clara señal de

«De acuerdo, tú sabrás» y se aparta un poco de *Jax*. Es cierto que me veo capaz de descender sola del caballo, pero el verdadero motivo para no dejarme ayudar es que quiero evitar a toda costa sus manos sobre mí, porque solo con contemplar esa posibilidad ya noto mariposas en el estómago. No creo que pueda permitirme ese tipo de contacto con Carson; el recuerdo de sus labios sobre mis mejillas, de sus dedos en mi pelo, hace que me estremezca y no de forma negativa precisamente.

Bajo de la montura de un salto y aparto todos esos pensamientos a un lado. Montar a caballo de nuevo ha sido duro pero perfecto, como si empezara a recuperar una parte de mí que creía perdida para siempre. Aún hay mucho camino que recorrer, pero por el momento me permito estar orgullosa de mí misma y muy contenta.

Me alejo unos metros, paseando entre las flores. La sensación de libertad es tan abrumadora que estiro los brazos e inspiro hondo, embriagándome de la naturaleza que me rodea. Doy vueltas sobre mí misma, no puedo contener la felicidad y una sonrisa se dibuja en mi rostro.

Sin duda doy demasiadas vueltas porque, al detenerme, me desequilibro ligeramente y Carson, a quien no había oído acercarse, me sostiene por el codo. Cuando me giro para mirarlo, con la sonrisa todavía en mi rostro, me encuentro con sus ojos brillantes. En ese momento me da una cesta que no había visto hasta ahora.

—Venga, vamos allá —me dice.

Asiento con energía.

—Estaba pensando en hacer ramilletes combinando azul, lila y blanco. ¿Qué te parece, jefe?

Carson se encoge de hombros.

—Lo que tú digas.

—Estupendo, ponte a trabajar —respondo muy seria con tono autoritario.

Alza una ceja, pero me dedica una media sonrisa que hace que vuelva a sentir un escalofrío por toda la columna.

Pasamos la siguiente hora entre flores y al final recogemos algunas amarillas también. Trabajamos en silencio, cada uno sumido en sus reflexiones. Las mías, por desgracia, no paran de dirigirse a

Carson. Verlo recoger flores con tanta delicadeza con sus manos grandes y sus brazos musculosos, ver la suavidad de sus movimientos, me recuerda demasiado a la ternura con la que me ha cuidado esta noche. No puedo evitar el calor que se genera en mi vientre.

Pillo a Carson mirándome de reojo, consciente de mi cambio de respiración, y le dirijo una sonrisa tranquilizadora, aunque puedo sentir el rubor en mis mejillas.

Cuando nuestra cesta está a rebosar, se dirige a *Jax* y coge una bolsa de tela que colgaba de su silla. Me doy cuenta de que esta mañana estaba tan nerviosa por montar que no me he percatado de que Carson ha traído todo lo necesario. Se acerca a mí, abre la bolsa y saca una manta de cuadros, un termo con agua y dos sándwiches.

—He imaginado que tendríamos apetito al terminar —comenta restándole importancia, como cada vez que tiene un buen gesto.

Doy unas palmadas, emocionada.

—¡Me muero de hambre!

Carson intenta disimularlo, pero puedo ver un poco de orgullo y satisfacción en su cara.

Comemos en silencio hasta que él lo rompe al tiempo que contempla las montañas.

—La primera vez que vine aquí teníamos dieciséis años. Julie insistió en traerme. —Veo cómo aprieta la mandíbula mirando al horizonte—. En ese momento lo único que quería era estar en casa jugando a videojuegos con Luke, así que ella tuvo que obligarme a venir. Pero, cuando llegamos y vi el sitio y la felicidad en sus ojos, se convirtió en uno de mis lugares favoritos.

El dolor en su semblante hace que mi corazón se encoja y trago saliva, resistiéndome al hormigueo que trepa por mis manos y que me impulsa a abrazarlo.

—Sé que ha sido duro para ti venir aquí, así que muchas gracias, Carson. —Hago una pausa antes de añadir en un susurro—: Significa mucho para mí.

Entonces posa sus ojos azules en mí y su expresión se vuelve dulce.

—Me alegro de haberte traído, Olivia.

Tengo claro que no debería indagar, pero quiero que me lo cuente él, no Savannah, Luke o Nick, así que me armo de valor y pregunto lo que llevo queriendo saber desde la noche que vino a buscarme al bar.

—Carson..., ¿cómo murió Julie?

Él parece sorprendido por mi pregunta y me mira intensamente durante unos segundos, como si estuviera debatiéndose entre contármelo o no y cómo.

—Cáncer. Fue muy rápido, cuando lo detectaron ya estaba en fase cuatro. —Se pasa una mano por la cara—. No conseguíamos tener hijos, así que fue a hacerse una revisión. Empeoró muy deprisa.

El horror me invade y todo cobra sentido. Su actitud cuando llegué al rancho, el muro tras el que parece esconderse, su aislamiento. Sabía que la muerte de Julie lo había dejado en su estado actual, pero no me había imaginado que había ocurrido de esta manera. Ilusionados por crear una familia y, en poco tiempo, solo.

Quiero decirle muchas cosas, quiero decirle que lo siento, que comprendo su dolor, que nadie se merece ese destino, pero lo único que sale de mí es:

—Mi familia murió en un accidente de coche a mediados de diciembre del año pasado. Mis padres y mi hermano fallecieron, yo sobreviví.

Ya está hecho, no hay vuelta atrás. No puedo creerme que se lo haya contado, pero sé que es lo correcto. Y, en el fondo, tengo la sensación de haberme sacado un peso enorme de encima, como si la presión que lleva tanto clavada en mi pecho, de repente, me oprimiera un poquito menos. Al principio, cuando llegué al rancho, pensé que, si nadie sabía qué me había pasado, todo sería más fácil porque me tratarían como a una más. Pero estaba equivocada, quiero que él lo sepa, que me entienda.

Carson se queda muy quieto, parece que no respire.

—¿Ian? —El nombre de mi hermano saliendo de su boca me pilla completamente desprevenida y, al ver mi confusión, añade—: El día del ciervo y ayer por la noche no parabas de repetir ese nombre.

Espera con paciencia mi respuesta y yo noto mis ojos llenarse de lágrimas.

—Ian es... —me doy cuenta de mi error— era mi hermano pequeño. Íbamos juntos en el asiento trasero. Un coche nos embistió por su lado, murió al instante.

—Lo siento muchísimo, Huracán.

Percibo la intensidad de su mirada y veo que cierra con fuerza los puños, como si quisiera consolarme, tocarme, pero no se permitiera hacerlo. Nos quedamos en silencio unos segundos, acompañados del sonido de mi respiración acelerada. Carson aprieta la mandíbula antes de hablar.

—Olivia, lo que pasó ayer... ¿te pasa mucho?

Noto el rubor en mis mejillas y aparto la vista.

—Yo...

—No tienes nada de lo que avergonzarte, quiero que quede muy claro —dice con seguridad—. Y no tenemos que hablar de ello si no quieres, pero necesito que sepas que podemos hacerlo.

Carson se acerca a mí y me coge la barbilla, alzando mi rostro para que lo mire.

—Quiero que sientas que no tienes por qué ocultarme nada, ¿me oyes?

Las lágrimas vuelven a correr libres por mis mejillas por el dolor y la pena, pero también por el alivio de poder compartir esto con Carson, de recibir su preocupación y cuidado.

—Entendería que me pidieras que volviera a casa, esto no es problema tuyo.

Carson aprieta la mandíbula aún más fuerte que antes; sigue sin soltarme.

—Tú no eres mi problema, Oli; tú eres mi solución y no te vas a marchar a ninguna parte, no hasta que tú quieras.

Las lágrimas silenciosas se convierten en sollozos y Carson suelta mi barbilla para rodearme con los brazos. Apoyo la cabeza en su pecho, dejando que me envuelva su olor a cuero y bosque.

—Olivia, cada vez que notes que vas a tener un ataque como el de ayer, quiero que me avises, ¿de acuerdo?

—Desde que llegué tengo pesadillas todas las noches.

—Entonces estaré allí todas las noches hasta que desaparezcan.

Lo que dice, y la forma en que lo hace, como si fuera lo más lógico del mundo, provoca que me deshaga por completo.

Capítulo 30



Olivia

Cuando esa noche me despierto con el grito de pánico en la garganta, no me da tiempo a encender la música porque Carson abre la puerta de mi habitación de un golpe y se aproxima a mí a toda prisa.

Se sienta en mi cama y me envuelve en sus brazos mientras hundo la cara en su pecho y lo lleno de lágrimas de nuevo.

Nuestras respiraciones se acompasan, sus dedos secan mis lágrimas y sus labios rozan mi pelo.

—Lo siento mucho —digo con voz ahogada.

—Chist, está todo bien, Huracán.

—Lo siento, lo siento, lo siento... —No paro de repetirlo entre sollozos e hipidos mientras agarro su camiseta con ansia para evitar arañarme la espalda de nuevo.

Su abrazo es firme, un ancla para mi consciencia. Me centro en la seguridad de sus brazos; en su olor, que cada vez se parece más a casa; en el modo en el que pronuncia mi apodo, con preocupación y cariño.

No sé cuánto rato pasamos así, pero sí que Carson no se marcha después. Me ayuda a tumbarme y se echa a mi lado. Los sollozos renacen cada vez que cierro los ojos y aparece la mirada vacía de

Ian grabada a fuego tras mis párpados. Entonces, sin una palabra, Carson se gira hacia mí y me pasa un brazo por la cintura.

—Hasta que desaparezcan —me susurra al oído.

Y, entre el dolor, la impotencia y la ansiedad, sus palabras son mi salvavidas.

Capítulo 31



Carson

Querida Julie:

Estoy hecho un lío. Es como si mis sentimientos y emociones estuvieran hechos una bola en mi pecho y, a veces, me cuesta hasta respirar. Te echo tanto de menos, a ti, nuestra vida, nuestro futuro juntos, nuestro amor. Añoro cuando todo era sencillo, cuando lo único que teníamos que hacer era querernos y la vida pasaba de manera natural y sencilla.

Ya nada es sencillo, no desde que tú no estás. ¿Es posible reconstruir un corazón roto al que siempre le faltará un pedazo? Porque eso eres tú, Julie, la parte que jamás recuperaré. ¿Es justo entregarle a alguien tu corazón si no está completo?

No puedo creerme que te acabe de hacer esa pregunta, lo siento mucho, cariño. La mera idea de poder entregarle mi corazón a otra persona hace que me odie a mí mismo. Me duele abrir los ojos por la mañana; me duele cada vez que busco tu mirada cómplice y no la encuentro, cada vez que necesito tus caricias y solamente noto su ausencia.

Los que dicen que el tiempo lo cura todo no saben nada. El tiempo no cura una mierda. Nos curamos a nosotros mismos cuando por fin tenemos el valor de intentarlo, y yo no he tenido ese valor desde que te marchaste. No lo he tenido... hasta ahora, y eso me asusta. Olivia ha hecho que deje de centrarme en mi

dolor para centrarme en el suyo, para ayudarla y verla feliz..., porque nada me había hecho sentir tan desesperado desde tu muerte como cuando la veo con esa expresión de puro terror en el rostro acompañada de lágrimas de dolor, un dolor que yo mismo conozco muy bien. Porque sé que Olivia también tiene un corazón roto al que siempre le faltará un trozo.

¿Crees que por eso siento que encajamos? ¿Porque somos dos mitades de un corazón roto? Lo único que sé es que, por primera vez en tres años, percibo ese valor necesario para recuperar las ganas de vivir; quiero tenerlas por ella, quiero ayudarla. Y no puedo soportar la idea de que se vaya con su dolor lejos de mí, allí donde no pueda alcanzarla, igual que hiciste tú. No quiero que se marche a donde no pueda compartir tiempo con ella para verla superarse día a día recuperando la esperanza, como cuando monta a Jax*.*

El caso es que me he dado cuenta de que, si lo primero que me atrajo de Olivia fue su dolor, ahora es su felicidad lo que hace que me esfuerce por mantenerla a mi lado.

¿Puede salir de dos mitades de un corazón roto uno por el que merezca la pena luchar?

Cada día me encuentro con un deseo más fuerte de intentarlo; cada día me resulta más difícil resistir la tentación de quererla, Julie. Y cada día la culpa me impide hacerlo.

Quizá Olivia se merezca un corazón lleno, un corazón rebosante de felicidad, de valor; un corazón completamente para ella. Y, por desgracia, creo que ese no soy yo. Por ese motivo me obligo a mantener las distancias. A dormir encima de sus sábanas para no notar el calor que desprende su cuerpo; a no alargar el brazo y acariciarle la mejilla mientras duerme; a no abrazarla por detrás y besarle el cuello cuando la encuentro en la cocina preparándome recetas de su tierra porque sabe que me gustan.

Me resisto porque no sé si podré ser del todo suyo algún día y Olivia no se merece menos. Así que me centro en ser lo que ella necesita y no en lo que a mí me gustaría.

Gracias por escucharme siempre,

Carson

Capítulo 32



Olivia

—¡¿Cómo que el vaquero sexy ha dormido en tu cama?! —grita Emma con los ojos muy abiertos—. Tía, esto es justo lo que necesitaba oír hoy, he tenido un día de mierda. Cuéntamelo todo.

Por fin hemos conseguido cuadrar horarios para una videollamada y ponernos al día. Había dudado acerca de si contarle o no lo de Carson y yo porque, de algún modo, sentía que es algo muy nuestro y que todavía no tengo muy claro qué es exactamente ni cómo definirlo. Pero al final he optado por compartir con ella ciertas partes para poder pedirle consejo.

—Pues eso, que ha dormido en mi cama —respondo encogiéndome de hombros para restarle importancia—, pero encima de las sábanas, no te emociones.

—¿Encima de las sábanas hoy y debajo mañana? —Sube y baja las cejas insinuante.

—Encima de las sábanas desde hace una semana y por encima de las sábanas la semana que viene y la otra y la otra. No es nada de eso —le aclaro al instante.

—¡¿El vaquero sexy lleva una semana durmiendo en tu cama y me lo dices ahora?! Retiro lo del día de mierda, esta ha sido la peor parte con diferencia. Me siento traicionada.

No puedo evitar reír ante su dramatismo.

—¿No es nada de eso porque no quieres que lo sea o porque no habéis llegado a ese punto? —pregunta, esta vez en serio.

—Yo... no lo sé. —Reflexiono unos segundos antes de continuar —: ¿Alguna vez has sentido que algo simplemente está bien, que es lo correcto, lo que debe ser?

—¿Aparte de nuestra amistad?

—Sí.

—Por desgracia, de momento, no.

—Pues a mí está comenzando a pasarme y me siento fatal por ello. ¿Cómo puedo estar aquí sintiendo lo que siento mientras mi familia nunca...?

—Para. No vayas por ahí, Oli. Eso sí que no te lo consiento. —Está muy seria—. Cuando te apunté al voluntariado en el rancho lo hice precisamente para que pudieras empezar a sentir algo que no fuera dolor, para que vieras que hacerlo estaba bien, y arriesgué mi vida por ello, porque estaba un noventa y nueve por ciento segura de que ibas a matarme. Por cierto, gracias por haber resultado ser el uno por ciento, me gusta la vida, a pesar de que a veces puede ser muy perra.

—De nada —respondo en un susurro.

—Así que, nena, si ese vaquero ha conseguido hacerte sonreír y ser un poquito más feliz, yo digo: «¡Yija!».

—Qué cutre eres —suelto entre risas.

—Seré una cutre, pero también tengo razón —replica con una sonrisa cálida.

—Puede ser.

—¿Puede ser? Es, amiga, es. Estoy muy orgullosa de que hayas vuelto a montar a caballo, ahora es momento de montar al vaquero.

—¡Emma! —Bajo el volumen del ordenador al momento, como si Carson fuera a oír a Emma o a entenderla.

Ella echa la cabeza hacia atrás y suelta una carcajada a la que no puedo evitar unirme.

—Vale, vale. ¿Prometes contármelo todo?

—No.

—Olivia Lara, cambia tu respuesta u oficialmente dejaremos de ser amigas ahora mismo. —Parece pensárselo un momento antes de

añadir—: Bueno, cuando volvamos a Barcelona, que yo el viaje a Wyoming no me lo pierdo.

Y tal y como ha llegado la felicidad por hablar con Emma, se va. Una vez más, tengo que enfrentarme a la realidad. Pronto tendré que regresar a casa y la desazón que eso me provoca es algo que procuro evitar.

Capítulo 33



Olivia

Han pasado diez días desde que Carson descubrió mis ataques de ansiedad frecuentes y desde que duerme conmigo todas las noches. No hablamos de ello en ningún momento y, a pesar de que siempre se tumba encima de las sábanas y con su propia manta, no sé qué pensar. Cada noche noto su cuerpo junto al mío y, aunque me proporciona tranquilidad y seguridad, también me provoca un cosquilleo y una calidez por todo mi ser. Más de una vez he tenido que resistir las ganas de alargar el brazo y tocarlo.

Cada mañana Carson me ayuda durante una hora a coger práctica montando antes de irse de ruta con los clientes. Por fin he logrado montar sola en el caballo, sin que él tenga que ponerse detrás de mí, y, aunque todavía estoy tensa y nerviosa ante cualquier movimiento abrupto de *Jax*, estar recuperando algo que pensé que jamás recuperaría prácticamente me hace flotar de felicidad.

Emma llegará dentro de una semana, lo que significa que en dos volveré a Barcelona, aunque intento no pensar en ello y mucho menos en el vacío que se me forma en el estómago ante la idea.

Miro por la ventana de mi habitación. El rancho, por lo general tranquilo, hoy está a rebosar de gente. En un par de horas empezará la fiesta de cumpleaños del padre de Carson y varios voluntarios del pueblo han venido a echar una mano con el montaje. Mis ojos

buscan a Carson sin mi permiso. Está ayudando a levantar la carpa principal. Lleva la gorra puesta hacia atrás y las mangas arremangadas, y los músculos expuestos de sus antebrazos brillan por el sudor. Puedo captar su cara de concentración y pocos amigos desde aquí y eso me hace sonreír.

Mi madre siempre me dijo que a las personas más calladas merece la pena escucharlas cuando hablan, y que son las que parecen más ruidosas, extrovertidas y extremadamente amigables desde el principio con las que hay que tener cuidado. Es posible que por eso, a pesar de que cuando lo conocí quise matarlo, Carson siempre me haya inspirado confianza, incluso cuando no sabía que me quedaba confianza que dar.

El ruido de la puerta al cerrarse tras de mí hace que aparte la vista de la ventana. Savannah acaba de entrar con la libreta en la que tiene la lista de cosas por hacer en la mano y una mirada resolutiva.

—¿Has terminado ya con los arreglos florales?

—Sí, tranquila, los terminé ayer por la noche. —Me acerco a ella y le quito la lista de las manos—. Savannah, está todo listo, relájate. Solamente faltaba la carpa principal y ya están montándola.

—Es que la fiesta tiene que ser perfecta, tiene que gustarle.

—Estoy convencida de que así será. No conozco al señor Dallas todavía, pero ¿cómo no va a gustarle después de todo el esfuerzo que está haciendo por él todo el mundo?

Savannah se sienta en el borde de la cama y yo hago lo mismo.

—Oh, ya sé que al tío Kevin le va a encantar.

—Entonces ¿por qué estás tan agobiada?

—Porque es a Carson a quien quiero que le guste.

No puedo ocultar mi sorpresa.

—¿A Carson?

—Sí... Tú no lo entiendes, Oli, porque no llevas aquí demasiado tiempo —comenta agachando la mirada—, pero mi primo lleva años sin celebrar nada. Me dejó alucinada que accediera a que la fiesta tuviera lugar en el rancho. Quiero que vea que puede pasarlo bien de nuevo, reír, disfrutar, vivir.

Ella no sabe que sí lo entiendo, lo entiendo a la perfección, porque eso es lo que necesitaba yo cuando Emma me obligó a venir aquí. Cuando partes del conocimiento y la comprensión, los comportamientos de los demás ya no te enfadan tanto, y eso es lo que me ha pasado con Carson. Desde que sé qué le ocurrió, desde que entiendo su comportamiento, mis sentimientos hacia él han cambiado drásticamente; ha dado un cambio tan radical que incluso me asusta. Pero todo esto no se lo digo a Savannah, a ella solo le respondo:

—Creo que sí me hago una idea de lo importante que es.

—Me alegra que esté mejor desde que llegaste. —Ante mi mirada de sorpresa, ríe ligeramente y añade—: No estoy ciega, Oli, veo a la perfección lo que has hecho por él.

—Yo no he hecho nada, ha sido él —replico, aunque la verdad es que no sé a qué se refiere.

Sí es cierto que nuestra relación ha mejorado, pero hoy por hoy diría que él es el que ha hecho más por mí que no a la inversa.

—Créeme, si eso fuera así, hoy no habría este jaleo en el rancho y, desde luego, no habríamos visto películas alrededor de la hoguera ni una sola vez. Puede que a ti no te parezcan grandes cosas, pero mi primo llevaba tres años aquí encerrado, Oli, y solo. No salía ni para ir a comprar víveres, por eso se abastecía del huerto y el gallinero y lo que le faltaba se lo traíamos mis tíos o yo, y por supuesto no invitaba a nadie a su casa, ni siquiera a Luke.

Noto un pinchazo en el corazón. La imagen de Carson tan solo durante tanto tiempo hace que me inunde una tristeza infinita y la necesidad de correr abajo y abrazarlo se me hace casi insoportable. Era consciente de que llevaba tres años muy duros, pero creo que no me había dado cuenta de lo realmente solo que estaba. Y ahora que estoy descubriendo cómo es; lo mucho que se preocupa por mí; la sensación de sus dedos en mi cabello mientras lo acaricia para calmarme; sus brazos firmes a mi alrededor protegiéndome de mis pesadillas; sus escasas sonrisas, que consiguen que pierda el aliento..., la idea de abandonarlo en este rancho hace que se me retuerzan las entrañas.

—Simplemente quiero que se dé cuenta de que la vida es preciosa. No me gustaría que, cuando te marches, volviera a encerrarse —añade Savannah.

—No lo hará, te lo prometo.

La idea de irme y dejarlo atrás me rompe, pero el pensamiento de él aislándose de nuevo aquí arriba, sin nadie con quien hablar, reír, querer, se me hace insoportable.

—Bien, deberíamos ir preparándonos para la fiesta, no tardará en empezar.

Le sonrío, pero no consigo deshacerme de la preocupación que me ha producido nuestra corta conversación.

Capítulo 34



Olivia

Cuando poco tiempo después me dirijo a la carpa principal, donde se están reuniendo todos los invitados, estoy algo nerviosa, como cada vez que me encuentro en un lugar con mucha gente.

Al ser una barbacoa informal, me he decantado por ir casual. He optado por un vestido negro midi de manga corta, con un escote recto poco pronunciado, que se ajusta hasta la cintura para caer luego de forma holgada y cuya tela termina en encaje. Me he calzado unas botas vaqueras negras con un poco de tacón que me compré con Savannah en el pueblo y el sombrero que me regaló Carson. Después de pasarme semanas en tejanos y llena de barro, ha sido agradable arreglarme de nuevo.

En cuanto entro en la carpa blanca, alguien me abraza por detrás y me levanta en el aire para darme una vuelta.

—Estás preciosa, Oli —me susurra Nick al oído mientras me deposita de nuevo en el suelo.

Nick me está mirando con los ojos brillantes y una sonrisa algo pícara. Su pelo rubio está desaliñado pero de manera intencionada, lleva una camisa blanca por dentro de los tejanos azules y las mangas arremangadas hasta los codos. Le doy un pequeño codazo en las costillas devolviéndole la sonrisa.

—Tú tampoco estás nada mal, Wallace —le respondo.

Pero entonces algo llama mi atención detrás de Nick. No, no algo, alguien. Carson está de cara a nosotros junto a una mujer que está diciéndole algo. Lleva unos vaqueros azules que se le ajustan en los sitios perfectos, un cinturón con la hebilla plateada y una camisa negra con detalles bordados arremangada, como siempre. Su pelo oscuro está oculto bajo un sombrero del mismo color que el mío, y sus ojos azules están clavados en mí. Puedo percibir el calor en su mirada desde donde estoy. Sus palabras de aquel día en la tienda me vienen a la mente: «Cada vez que te vea con él puesto, quiero recordar que fui yo quien te regaló algo que hace que todo el mundo se gire para mirarte. Eso y que, cuando ocurra, quiero que tú también lo recuerdes». Me llevo una mano al sombrero ante ese recuerdo mientras le sostengo la mirada. Y sé que él también está pensando en ese momento porque veo cómo traga saliva y aprieta fuerte la mandíbula.

—¿Oli?

Dirijo la vista rápidamente de nuevo a Nick, que ve mi cara de confusión al instante.

—Te preguntaba si ibas a guardarme un baile hoy.

—¿Un baile? —No puedo evitar el horror que impregna mis palabras, y veo la desilusión aparecer fugazmente en el rostro de Nick.

—No te preocupes si no quieres...

—No lo digo por bailar contigo —lo interrumpo avergonzada—, es que bailo de pena.

—¿En serio? —Su sonrisa ha vuelto y está cargada de alivio y diversión.

—En serio, no tengo ningún sentido del ritmo.

—Por lo que sé, te pasas el día escuchando música —replica con las cejas alzadas.

—Escuchar música y poder seguirla con los pies son cosas muy distintas.

Puedo notar el rubor de mis mejillas. Una vez, cuando era pequeña, Emma se empeñó en que nos apuntáramos a clases de hip hop. A ella se le daba de maravilla y a mí..., no tanto. Después de la actuación de fin de curso, Ian se pasó todo el camino a casa

imitándome mientras mis padres me decían que había mejorado mucho e intentaban que mi hermano parara de reírse de mí. En ese momento aprendí que, a pesar de tener muchos talentos, el baile no era uno de ellos. Desde entonces, lo más cerca que he estado de bailar ha sido pegando saltos y moviendo la cabeza al ritmo de las canciones en los conciertos.

Nick me dedica una risa cálida.

—Te prometo que no será tan terrible.

—Yo no bailo nunca.

—Eso es porque nunca lo has hecho conmigo —responde con su picardía de nuevo guiñándome un ojo.

Hay algo en Nick que hace que me resulte casi imposible decirle que no, así que ni lo intento.

—Está bien, pero luego no quiero quejas, Edward Cullen.

—¿Edward Cullen? —Su cara de confusión no tiene precio.

—Sí, ya sabes, cuando Bella no quiere bailar pero Edward le dice que... Bueno, no importa. —Me rindo con un suspiro.

—No he visto *Crepúsculo*... —comenta rascándose la mandíbula, pensativo—, así que ya sé qué podemos ver en la próxima sesión de cine, espero que solos esta vez.

Una sonrisa traviesa le ilumina las facciones antes de marcharse trotando hacia donde está Savannah llamándolo histérica, todavía con la lista en la mano.

Dirijo la mirada hacia donde hace un minuto estaba Carson, pero ha desaparecido. Veo a lo lejos a Jess y Blair, las gemelas que me presentó Savannah aquella noche en el bar, y empiezo a caminar hacia ellas. Sin embargo, antes de que pueda llegar a ellas, alguien grita:

—¡Ya están aquí!

—¡Todo el mundo preparado! —ordena Savannah.

Estoy un poco expectante. Aunque he oído hablar mucho de él, por desgracia todavía no conozco al padre de Carson, pues cuando llegué aquí él ya estaba ingresado y luego se presentaron las complicaciones, la delicada operación, la recuperación... Hace nada que le han dado el alta y no he querido molestarlo en su casa, así que hasta hoy no he tenido ocasión de presentarme.

En el momento en el que Eleanor entra en la carpa junto a un hombre en silla de ruedas que sin duda es el señor Dallas, todos chillamos al unísono.

—¡¡¡Sorpresa!!!

El hombre se lleva la mano al pecho en un movimiento rápido y su rostro se llena de un dolor repentino.

Al segundo, su mujer ya está inclinada sobre él y con el rabillo del ojo veo cómo Carson se dirige hacia ellos a toda prisa.

—¡Kevin! —chilla Eleanor presa del pánico.

Pero, entonces, el señor Dallas suelta una carcajada.

—Es broma, es broma, lo siento. ¿Demasiado pronto para bromear?

Eleanor le da un manotazo en el brazo con enfado, pero no puede disimular la sonrisa de alivio que se asoma ligeramente a sus labios.

—Siempre será demasiado pronto para eso. Como vuelvas a hacerlo, la que te va a matar seré yo, Kevin Dallas.

Este le coge la mano a su esposa y le besa los nudillos.

—Lo siento, cariño, es que es verte y mi corazón deja de latir.

—¡Kevin!

—Perdón, perdón... —se disculpa, pero sin el más mínimo remordimiento y con una sonrisa traviesa.

Carson llega hasta ellos y se agacha para abrazar a su padre y decirle algo al oído tan bajito como para que nadie lo oiga.

Después se aparta y el señor Dallas se dirige a todos los presentes con alegría.

—Muchas gracias por venir y por esta sorpresa. Ahora, ya que habéis organizado este pedazo de fiesta, ¡vamos a disfrutarla!

Todos demuestran su acuerdo con vítores y alguien pone la música. Eleanor abraza a su hijo y, mientras los observo, Carson clava la mirada en mí. Aparto la mía, avergonzada, notando cómo el rubor inunda mis mejillas.

—Interesante...

La voz de Savannah me sobresalta. Me giro para mirarla. Ya no tiene la lista en la mano y luce una sonrisa curiosa y desenfadada.

—¿Qué te parece tan interesante?

—Nada, nada —responde ya con una sonrisa de oreja a oreja mientras entrelaza mi brazo con el suyo.

Decido no insistir porque tengo la sensación de que prefiero no saber qué pasa por la cabeza de esta mujer.

—¿De qué ha ido todo eso?

—Oh, el tío Kevin tiene un humor especial, ya lo verás. Te va a encantar. Venga, vamos a hacer los honores —me propone Savannah más que contenta.

Me arrastra del brazo hasta donde se encuentra la familia Dallas.

—Tío Kevin, esta es Oli.

Savannah me empuja ligeramente hacia delante y alargo el brazo para ofrecerle la mano al señor Dallas, quien me la aprieta con una sonrisa. Tiene los mismos ojos azules que Carson, pero, en vez de irradiar frialdad y tristeza, los suyos transmiten calidez y amabilidad. Tiene el pelo gris recogido en una coleta baja que le llega un poco por debajo de los hombros y la nariz aguileña, con la piel repleta de manchas que evidencian toda una vida al sol.

—Encantado de conocerte al fin, siento que no hayamos podido vernos antes.

—Oh, no se preocupe. Es un placer conocerlo.

—Vaya, Carson, tenías razón, es muy guapa.

Los ojos de su hijo se abren excesivamente por la sorpresa.

—Yo nunca te he dicho eso. —Se pasa una mano por el pelo—. No quiero decir que no lo seas, Olivia, es solo que yo nunca...

La carcajada del señor Dallas interrumpe a su nervioso hijo.

—Tranquilo, muchacho. —Se dirige a mí con una sonrisa—. Su madre me dijo que él piensa que eres preciosa.

—Vaya, muchas gracias, Kevin —le reprocha Eleanor con un suspiro resignado.

—No te enfades, cariño, estoy enfermo... —Mira a su mujer con cara de cachorrito abandonado—. Podría morir en cualquier momento y te arrepentirías de haber estado de morros conmigo.

Eleanor pone los ojos en blanco, pero con una mueca divertida.

—Kevin Dallas, eres mi dolor de cabeza desde hace cuarenta años.

—Y no lo cambiaría por nada —responde él antes de besar la palma de la mano de su mujer.

No puedo evitar el pinchazo de dolor en el corazón cuando veo así a los padres de Carson, no cuando hace que la imagen de los míos acuda a mi mente y eso provoque que las lágrimas se me agolpen en los ojos.

Entonces Carson posa una mano en la parte baja de mi espalda. Durante los últimos días parece haberse vuelto un experto en saber cuándo lo necesito, lo que empieza a ser demasiado a menudo.

—¿Te apetece bailar?

Abro los ojos con asombro, olvidadas ya mis lágrimas, y veo que Eleanor esboza una sonrisa de oreja a oreja correspondida por la del señor Dallas.

—¿Bailar?

—Sí, eso he dicho.

—¿Bailar contigo? —Mi sorpresa sigue sin dejarme procesar la información.

—A no ser que no quieras.

Detecto la duda y el arrepentimiento en los ojos de Carson y el leve rubor en sus mejillas y eso es suficiente para sacarme del estupor.

—Sí, sí, claro que quiero.

Las palmadas emocionadas de Savannah nos interrumpen.

—¡Qué bien! Yo os grabo para tener un recuerdo, no os preocupéis.

—Ni se te ocurra —decimos ambos al unísono.

Ya voy a ponerme lo bastante en ridículo delante de toda esta gente con mi sentido del ritmo de mierda como para que encima quede inmortalizado.

Savannah levanta las manos en señal de inocencia.

—Vale, vale, nada de cámaras, lo pillo.

Pero el guiño que nos dedica me deja claro que no lo ha pillado en absoluto.

Carson me coge la mano y me lleva a la pista de baile. Maldigo el nerviosismo y el sudor que comienza a empapar mis manos.

Cuando llegamos a la pista y se coloca frente a mí, me dedica una media sonrisa que hace que se me corte la respiración.

—¿Lista?

—La verdad es que no —suelto con una risa nerviosa.

—Yo te llevo, tranquila.

Pero justo cuando íbamos a unirnos al resto de la gente que baila animadamente, la música para y Luke aparece en el escenario con su guitarra, mirándonos con una sonrisa diabólica.

—Hola a todos —saluda a los presentes—. Como ya sabéis, hace poco volví de mi última gira, que he disfrutado muchísimo, pero nada me llena más que poder tocar en casa. Así que buscaos una pareja porque se viene una de mis canciones más lentas e íntimas.

Su sonrisa se ensancha cuando veo que conecta con la de Savannah, Eleanor y el señor Dallas.

—Esto es increíble, ya ni disimulan —farfulla Carson con las mejillas al rojo vivo—. Lo siento mucho, podemos ir a otro lado si quieres, comer algo...

Levanto la mano para interrumpirlo.

—Primero de todo, no han disimulado nunca, especialmente tu madre. —Le dedico una sonrisa tranquilizadora—. Y, segundo, ya que me has traído hasta aquí, tendré que enfrentarme a uno de mis lugares más temidos.

—¿La pista de baile es uno de tus lugares más temidos?

—Cuando llevemos unos segundos bailando, lo entenderás.

Suelta una risa ronca.

—Perfecto, un dato más que puedo añadir a la lista de cosas que sé de ti.

—¿Tienes una lista?

Coloca una mano en mi cintura y me atrae hacia él, dejando unos milímetros de distancia entre nuestros pechos. Esa distancia es tan mínima que puedo notar cómo el calor de su torso llega al mío y se expande por todo mi cuerpo.

—Claro que tengo una lista, y espero que poco a poco se vaya haciendo más larga —me susurra al oído.

No soy capaz de describir el escalofrío que recorre todo mi ser al oír esas palabras.

Las notas de la guitarra de Luke inundan la carpa y Carson atrapa mi mano con la suya mientras yo poso la otra en su hombro.

—No te preocupes, solo nos moveremos un poco, nada profesional.

—De acuerdo —logro decir con un hilo de voz.

Su olor me envuelve, los latidos de su corazón resuenan por toda mi piel y su respiración entrecortada choca contra mi pelo. No consigo pensar con claridad, nublada por el anhelo repentino de tenerlo más cerca, tanto que deseo que no haya ni un centímetro de mi cuerpo que no esté en contacto con el suyo. La efímera distancia que mantiene entre nosotros me quema con fuerza.

Carson cumple su palabra y nos mueve ligeramente de un lado a otro al principio, pero luego se separa de mí y su ausencia me deja fría. Por suerte, son solo un par de segundos, hasta que entiendo que pretende darme una vuelta sobre mí misma. Su mirada conecta con la mía y no la suelta. Cuando vuelvo a sus brazos, los milímetros que nos separaban desaparecen, cumpliendo mi deseo de notarlo en todas partes.

Si levanto la mirada en su dirección, nuestras bocas estarán cerca, demasiado. Me digo que esa es razón suficiente como para no hacerlo, recordando que él no me corresponderá, que sigue pensando en Julie, que no está listo, que yo me voy a Barcelona en apenas dos semanas, que me partirá mi corazón ya lo bastante destrozado. Y, sin embargo, me separo de él ligeramente y lo hago de todas maneras, encontrándome con sus ojos.

No consigo leer su mirada, solo sé que no la aparta.

—¿Te he dicho ya que estás preciosa? —Su aliento me hace cosquillas en los labios, un recuerdo de lo fácil que sería ponerme de puntillas y rozar los suyos.

—Me parece que se te había olvidado, jefe —le respondo con una sonrisa fruto de los nervios.

—Bueno, pues te lo digo ahora: estás preciosa, Huracán. Además, te queda muy bien ese sombrero, y me recuerda lo que te dije cuando lo compramos. —Su risa ronca me hace temblar—. Espero que tú también lo hagas; yo, desde luego, no lo he olvidado.

Creo que no estoy respirando.

—Yo tampoco.

Mis ojos se desplazan a su boca. Nada existe más allá de nosotros. No veo bailar a la gente de nuestro alrededor; no oigo la música, solo los latidos acelerados de su corazón, su garganta tragando saliva; solo veo sus ojos azules y sus labios, que parece que siempre tengan el susurro de mi nombre en ellos, reclamándome.

Estoy tan absorbida por él que no me doy cuenta de que la música ha cambiado a otra más rápida y rítmica y que Nick se acerca a nosotros para reclamar su baile.

—¿Me toca ya? —dice pinchando la burbuja en la que Carson y yo estábamos metidos y de la que no quería salir por nada del mundo.

Capítulo 35



Carson

La voz irritante de Nick Wallace hace que vuelva a la realidad de golpe y me aparto de Olivia bruscamente.

No me puedo creer que haya estado a punto de besarla. Por un momento, todas las razones por las que besarla era una mala idea parecían haber desaparecido. Ver su mirada hambrienta clavada en mis labios, ser consciente de dónde se tocaban nuestros cuerpos, el olor floral de su pelo, ella, me habían hecho olvidar. Y no puedo olvidar. Nunca.

Así que, ignorando el dolor de la ausencia de su cuerpo pegado al mío, doy otro paso más atrás.

—Toda tuya, Wallace.

Evito la mirada de Olivia, sabiendo que solo encontraré dolor y enfado, me doy la vuelta y salgo de la pista y de la carpa; necesito un poco de aire.

Estoy sentado en la valla, observando pastar a *Jax* y *Spirit*, cuando un botellín de cerveza aparece delante de mis narices y dos personas se sientan a ambos lados de mí.

—¿Qué haces aquí tan solo, primo? —pregunta Savannah mientras abre su botellín.

—Y con esa cara tan tristona... —añade Luke.

—Intentar desconectar un poco, aunque con vosotros pululando por el rancho debería haber tenido claro que sería misión imposible.

—Muy cierto —secunda él.

—Ajá —respalda ella.

Suspiro y guardamos silencio durante un par de segundos, no más, antes de que Luke explote.

—¡No me puedo creer que hayas dejado a Oli con Nick!

—¡Estabais a punto de besaros! —exclama Savannah frustrada.

Yo no les respondo, no es asunto suyo.

—Estabais adorables, tío —insiste Luke.

—Monísimos —añade Savannah.

—Por Dios, ¿os podéis callar ya? Parecéis dos adolescentes cotillas.

—Yo sigo considerándome un adolescente cotilla —dice mi amigo encogiéndose de hombros.

—Eres un hombre de treinta y dos años, Luke.

—Soy un adolescente cotilla de veintiocho años, Carson. Soy un alma joven.

—Yo también —coincide Savannah asintiendo con energía.

—Bueno, pues, por desgracia para vosotros, yo sí me considero un adulto, así que no voy a cotillear con vosotros.

—Eres un soso —protesta Luke.

—Lo peor —corrobora mi prima.

No les contesto, rogando que vuelva la calma.

Por supuesto, eso no ocurre.

—Ahora en serio, ¿por qué te has ido? —insiste Savannah sin darme un respiro.

Gruño con frustración.

—Sabes perfectamente por qué me he ido.

—Lo sabemos. También sabemos que, a estas alturas, lo único real que se interpone entre la felicidad y tú eres tú mismo, tío. —Dicho esto, Luke le da un trago a su cerveza.

—Eso no es cierto —discuto.

—Sí lo es —replican al unísono.

—No, no lo es, y el hecho de que lo creáis de verdad demuestra que no tenéis ni idea. Así que, ¿por qué no me hacéis un favor y dejáis el tema?

Doy un salto y me alejo de ellos para volver a la carpa. No lo entienden. Ellos imaginan que es por Julie, y no puedo negar que es una gran parte del problema, pero no la única. Olivia tiene una vida en la otra punta del planeta y se va a marchar pronto. Además, ¿acaso no comprenden que Oli merece a alguien que pueda entregarle todo su corazón? Yo no soy lo que necesita, y Luke y Savannah no lo ven porque están demasiado centrados en lo que necesito yo. Pero esta es la putada de que alguien te importe realmente: que, aun sabiendo que esa persona es lo que tú necesitas, seas capaz de alejarte porque eres consciente de que tú no eres lo que necesita ella, y yo soy lo último que necesita el corazón destrozado de Olivia.

Cuando accedo a la carpa paro en seco, hipnotizado por lo que veo. Olivia y Nick siguen en la pista de baile haciendo de todo menos bailar. Nick la coge en brazos y le da vueltas sin parar. Están saltando sin seguir apenas el ritmo de la música y riendo a pleno pulmón. El dolor y la alegría que me invaden a partes iguales al ver a Olivia reír de forma tan despreocupada llegan por sorpresa. Alegría por verla feliz y dolor por que sea Nick Wallace y no yo quien le está provocando esa felicidad. En todo caso, no puedo apartar la mirada de ella. Las mejillas de Olivia están teñidas de rubor; sus ojos, brillantes de dicha; el sonido de su risa eclipsa la música, pero no importa porque es lo único que vale la pena oír. Está preciosa. Así es como debería estar siempre.

Capítulo 36



Olivia

—Ya te he dicho antes que el problema era que no habías bailado conmigo todavía —suelta Nick con una sonrisa traviesa mientras me ofrece un vaso de cerveza helada.

Después de hacer el payaso juntos en la pista de baile, nos hemos dirigido a la barra a por bebida para descansar. No recuerdo la última vez que lo pasé tan bien.

—Eso es cierto, pero no esperaba que fuera porque eres tan mal bailarín como yo —respondo divertida, aceptando el vaso que me ofrece y pegándole un buen trago después.

—No me ha parecido importante aclararlo —dice encogiéndose de hombros y esbozando una sonrisa.

—La próxima vez ya lo sabré —contesto devolviéndole el gesto.

—La próxima vez, ¿eh? —Se acerca a mí ligeramente ensanchando su sonrisa—. ¿Qué te parecería si la próxima vez fuera mañana por la noche, nosotros solos, con una cena primero?

—Yo...

No sé qué decir. Carson aparece en mi mente sin mi permiso. Eso me deja claro que con quien me gustaría bailar y cenar sería con él, pero sé que no es posible. Nick, sin embargo, es tan bueno, simpático, agradable, tan... sencillo. Sé que con él no tendré tiempo

de pensar en mis problemas, que me lo hará pasar en grande y reír con facilidad. Pero Carson...

—Mañana tienes la tarde libre, Olivia. —La voz ronca y grave de Carson me toma por sorpresa. No me he dado cuenta de que se acercaba a nosotros.

Cuando me giro hacia él, no puedo distinguir ninguna emoción en su rostro, solo hastío. Se está arremangando de nuevo una manga que se le había caído, de forma distraída.

—¿Qué? —le pregunto para asegurarme de que he oído lo que me parece haber oído.

Levanta la vista para mirarme a la cara, sus ojos azules fríos como el hielo.

—Que mañana tienes la tarde libre. Deberías salir con él. No está bien que te pases el día en el rancho encerrada conmigo.

—¡Exacto! —exclama Nick con alegría y asombro por estar recibiendo la inesperada ayuda de Carson.

Noto mi corazón magullado estremecerse. Le sostengo la mirada a Carson un segundo más, pero él sigue sin mostrarme nada.

Así que me giro otra vez hacia Nick con una sonrisa.

—Tenemos una cita, entonces.

Nick me coge la mano, se inclina y me da un beso en la mejilla.

—Te recogeré a las seis.

—Perfecto.

Le da un pequeño apretón a mi mano antes de soltarla, me dedica una sonrisa dulce y se va.

Lo sigo con la mirada hasta que sale de la carpa. Muchos de los invitados están empezando a marcharse ya y pronto volveremos a ser solo Carson y yo. La idea me encantaba hasta hace aproximadamente treinta segundos.

—No me esperes despierta, estaré recogiendo hasta tarde —dice a mi espalda.

—No seas absurdo, voy a ayudarte.

—No —replica tajante—. Luke se queda conmigo.

No insisto y tampoco le contesto, me limito a despedirme de Savannah y entro en casa. Estoy demasiado enfadada y dolida y no quiero decirle nada de lo que pueda arrepentirme después.

Tan solo un rato antes hemos estado bailando juntos, muy juntos. Además, me resulta evidente que hay algo entre nosotros, y no me cabe duda de que él también lo siente. Pero estoy harta de sus cambios de actitud tan bruscos, nunca sé si me va a sonreír, me va a pedir que me largue o simplemente no va a dirigirme la palabra. Así que me propongo intentarlo de verdad mañana con Nick. Porque quizá él no sea lo que quiero, pero sí lo que necesito.

De noche, cuando mis pesadillas me despiertan empapada en sudor frío, solo la música que pongo y mis lágrimas me acompañan. Por primera vez, la realidad de que Carson no estará siempre conmigo me abofetea y me ayuda a controlar mi dolor sin apenas lastimarme. Tengo que enfrentarme sola a mis demonios.

Capítulo 37



Carson

No puedo, Julie, no puedo. Son las tres de la mañana y oigo la música de Olivia a todo volumen. Sé lo que está pasando tras esa puerta. Sé que está llorando desesperada, autolesionándose para que el dolor físico la traiga de vuelta y la saque de su dolor. A diferencia de otras veces no está agarrando con fuerza mi camiseta, no le estoy acariciando el pelo ni la estoy abrazando... Le prometí que lo haría hasta que sus pesadillas desaparecieran y me siento como una puta basura por estar rompiendo esa promesa.

Pero esta noche, mientras la veía bailar con Nick, me he hecho una promesa: voy a hacer todo lo posible por que Olivia sea feliz. El primer paso es alejarme de ella porque, si permito que siga acercándose, que siga confiando en mí, apoyándose en mí, acabaré de destrozar su maltrecho corazón por no poder darle lo que necesita.

Todo esto es culpa mía, y muchos pensarían que es absurdo. Pero no puedo. Porque sé perfectamente lo que siente Olivia, sé lo que es llorar hasta quedarme dormido, gritar de dolor ante la falta de mi ser más querido, no poder avanzar. Estoy roto, Julie, tú me has roto con tu partida. Estoy enfadado, tan enfadado que no sé cómo expresarlo. Porque, en un mundo ideal, tú seguirías aquí, Olivia seguiría con su familia en Barcelona viendo a su

hermano convertirse en un hombre, tú y yo nos levantaríamos cada mañana juntos, con nuestros hijos esperando en la habitación de al lado... En un mundo ideal nada de esto estaría pasando.

Pero no vivimos en un mundo ideal, sino en un mundo de mierda, con la vida que nos ha tocado vivir..., y, en mi caso y el de Olivia, está llena de pérdida. Una pérdida que no consigo superar, no puedo dejarte atrás. Te veo en todas partes, Julie. Han pasado tres años y sigo viéndote. Solo por eso, le debo a Olivia intentar alejarme para que pueda sanar con alguien que tenga toda su energía centrada en ella.

No puedo estar con nadie hasta que yo esté bien; no es justo cargar a otra persona con mis problemas porque, entonces, lo único que haré será estropearlo.

Voy a ir a su cuarto, no puedo quedarme más aquí de brazos cruzados...

NO. No debo.

Julie, ¿qué hago?

Espera...

La música ha parado de golpe. ¿Crees que es posible que tenga razón? ¿Que no haber ido con ella ha sido realmente por su bien? ¿Que quizá no me necesite más? Aunque ¿qué dice de mí el hecho de que esa idea me moleste?

Sí, tengo que mantenerme fuerte y poner distancia entre nosotros, es lo mejor.

Hoy te escribo porque necesito distraerme de lo que ocurre en la habitación de al lado, de la tentación de ir a por ella, de decirle que todo va a salir bien.

Siempre fuiste mi mejor amiga, Julie. No solo perdí a mi mujer, perdí a mi mejor amiga, mi confidente, mi equipo, mi todo.

Te echo de menos,

Carson

Capítulo 38



Olivia

No veo a Carson en todo el día. Cuando me levanto por la mañana, ya ha salido; al mediodía no viene a comer, y todavía no ha llegado en el momento en que empiezo a prepararme para la cita con Nick.

Intento convencerme a mí misma de que me da igual; que el hecho de que Carson me evite o me ignore no me afecta, que ayer no lloré hasta quedarme dormida después del ataque de ansiedad porque eché de menos su abrazo y me di cuenta de que empezaba a hacerse tan necesario para mí como respirar.

Estoy tan concentrada en no pensar en ello que cuando suena el timbre me sobresalto. Me miro una vez más al espejo, me coloco bien el pelo detrás de la oreja y bajo a abrir la puerta. Llevo un vestido granate ajustado de tirantes largo hasta la rodilla, con un escote en punta que deja ver lo suficiente pero no demasiado y unos zapatos de tacón de aguja negros que he tomado prestados del armario de Violet (debo decir que Savannah me ha insistido como un millón de veces para que lo haga desde que llegué). Me he ondulado mi negra melena ligeramente y me he maquillado como siempre, con una excepción: me he pintado los labios de rojo.

Cuando abro la puerta, Nick me recibe con su mayor sonrisa y un ramo de flores muy bonito que debe de haberle costado una fortuna.

—¡No tenías por qué molestarte!

Soy muy consciente de lo que le está costando recaudar el dinero para el tratamiento de su madre, así que este ramo hace que me sienta fatal, pero me recuerdo que me he propuesto intentarlo de verdad con Nick.

—Unas flores preciosas para una chica preciosa —responde alargando el brazo para que las coja.

—Pasa, vamos a ponerlas en agua antes de irnos. —Lo veo dudar, así que añado—: Carson no está.

—Oh, vaya, pensaba saludarlo —dice cuadrando los hombros.

Sonrío para mis adentros.

—Otro día será —contesto.

Cojo un jarrón de cristal que está abandonado en una estantería del salón y lo lleno de agua para las flores.

—Ese vestido te queda genial, Oli.

Cuando me giro para mirarlo veo que Nick está sonrojado y rascándose la nuca con timidez. Sin duda es una de las personas más tiernas que he conocido, por mucho que Carson lo pinte como un mujeriego sin corazón; creo que no puede estar más equivocado.

—Tú también estás muy guapo, Nick. —Lo digo porque es cierto. Lleva el pelo rubio peinado hacia atrás, tejanos, una camisa blanca y una americana negra—. Esto ya está, ya podemos irnos.

Me ofrece el brazo y yo lo acepto. Salimos y, cuando llegamos a su camioneta, me abre la puerta para que entre. Justo cuando estoy a punto de hacerlo, veo aparecer a Carson a lomos de *Jax*. Carson se da un toque en el sombrero como saludo, que Nick corresponde con un asentimiento. A mí ni me mira.

Pues muy bien, ¿es así como quiere que sean las cosas a partir de ahora? Pues así serán. Voy a ir con Nick a cenar y a pasar la mejor noche de mi vida. Bueno, seguramente no será la mejor, pero será muy buena.

Me instalo en el asiento y me cruzo de brazos, fulminando la nuca de Carson, que se aleja hacia los establos.

—Como sigas mirándolo con esa intensidad, le vas a prender fuego —señala Nick sorprendiéndome mientras se sienta frente al volante y cierra la puerta.

—¿Y eso sería una lástima?

—Oh, a mí no me importaría en absoluto, pero a Savannah no le haría gracia.

—Bueno, si es por Savannah, me aguantaré.

Nick suelta una risa suave.

—Me alegra saber que mi mejor amiga te importa tanto como a mí.

—Claro, ha sido mi mejor descubrimiento de Wyoming.

—Fingiré que eso no me ha dolido —responde dramático.

—Tienes una cena para hacerme cambiar de opinión. —Nick ha conseguido hacerme sonreír otra vez, es realmente bueno.

—En ese caso, ya no estoy preocupado. Voy a llevarte al mejor sitio de Jackson, te lo dije el día que te conocí.

No puedo evitar el fugaz pensamiento de que el mejor lugar de Jackson es el rancho, aunque me deshago de él al momento.

Cuando aparcamos en el pueblo, Nick me lleva hasta la entrada de un restaurante llamado The White Buffalo Club. Nada más entrar, un empleado nos acompaña a un nivel inferior por unas escaleras que conducen a un salón rústico elegante y romántico. Las paredes son de color vino; las mesas, de madera oscura y están decoradas con velas, y las paredes, cubiertas con espejo además de algunos cuadros. La iluminación tenue y la música clásica de fondo acaban de crear el ambiente privado y romántico que necesita nuestra cita.

Ya en nuestra mesa, Nick me aparta la silla caballerosamente para que me siente. Tengo que decir que sigue sorprendiéndome que me abran la puerta, me ofrezcan la silla y me aparten del lado de los coches en la calle. Es agradable pero, al mismo tiempo, me hace sentir un poco incómoda; puedo abrir mi propia puerta, separar mi silla y andar por el lado de los coches en la acera sin problema.

Una vez sentados, el camarero nos entrega las cartas después de que Nick le pida que nos sirva una copa de vino tinto mientras decidimos. No suelo tomar alcohol, así que hago una nota mental de no beber demasiado porque no quiero emborracharme.

—El sitio es increíble, a ver si la comida lo iguala y le robas el sitio de honor a Savannah en mi *ranking* de personas favoritas de Wyoming —digo antes de darle el primer sorbo a mi copa. El vino está buenísimo.

—Como te he comentado antes, confío plenamente en mis posibilidades —responde con su sonrisa característica.

Cuando le echo un vistazo a la carta, se me cae el alma a los pies. Este restaurante es carísimo. Sé que Nick tiene tres trabajos y que apenas puede cubrir los gastos de su madre. ¿Cómo voy a dejar que pague esta cena?

Mi cara debe de reflejar mis pensamientos, porque veo de reojo como Nick baja su carta y me dirige una mirada seria pero con un atisbo de dulzura.

—Por favor, pide lo que te apetezca. Llevo esperando esta cena desde el día que te vi con Savannah en la salida del supermercado.

¿Quién no se derretiría con algo así? Nadie, ¿verdad? Entonces ¿por qué su comentario me hace sentir todavía más culpable?

Fuerzo una sonrisa.

—¿Quieres compartir la ensalada César?

—Contigo comparto lo que quieras —dice con un guiño pícaro que me hace reír de nuevo y me ayuda a relajarme.

Nick es una de esas personas con las que tienes la sensación de que las conoces de toda la vida; una persona con la que es fácil estar, reír, pasarlo bien. El tipo de persona a la que llamas después de un mal día. Y yo llevo ocho meses y medio de malos días.

Capítulo 39



Olivia

La cena acaba siendo divertida e interesante. Nick me cuenta muchas cosas sobre su familia y su infancia. Por ejemplo, que su padre era militar y falleció cuando él tenía tres años, y que a los cinco conoció a Savannah en el colegio y se hicieron inseparables.

—Es curioso lo mucho que te adora Savannah y la manía que te tiene Carson, un caso digno de estudio.

—Y que lo digas —comenta terminándose su copa de vino; entre los dos nos hemos acabado una botella entera sin darnos cuenta y yo ya me noto bastante contenta—, pero no fue siempre así... Cuando éramos críos nos llevábamos todos bastante bien, la verdad. Fue a partir de la adolescencia cuando a Carson, poco a poco, pareció que le molestaba mi amistad con Savannah cada vez más. Y hace unos años, cuando falleció Julie, bueno... Carson se volvió todavía más..., cómo lo diría, más Carson. He tirado la toalla con él.

—Bueno, puede que a Carson no le gustes, pero, en lo que a mí respecta, estás a punto de subir un escalón en la lista de mis personas favoritas de Jackson.

—¿Todavía no soy el primero? —plantea juguetón.

—Todavía no.

—Pues... ¿qué te parece si te llevo al mejor mirador de Jackson a ver las estrellas con otra botella de vino?

—Me parecería genial, pero... ¿sabes qué sería aún mejor?

—¿Qué?

—Que me llevaras al bar a tomar un par de cervezas y a que jugáramos una partida de billar. Si me ganaras, pasarías directamente a ser mi número uno del *ranking*.

Su rostro se transforma al mostrar una sonrisa diabólica.

—Si antes no tenía dudas de mis posibilidades, ahora ya tengo mi puesto ganado. Acabas de retar al campeón de Jackson.

—Eso ya lo veremos... —contesto igual de juguetona, el vino habiéndome vuelto valiente.

Cuando salimos del restaurante y nos dirigimos al Million Dollar Cowboy Bar, Nick me coge de la mano como si fuera lo más natural del mundo y yo, para mi sorpresa, no me aparto.

Andamos los cinco minutos de camino en silencio, disfrutando de la brisa de una noche de verano, y aprovecho para mirarlo con disimulo. Es realmente guapo: tiene la nariz recta, los labios carnosos y la mandíbula marcada. El pendiente de aro que lleva en la oreja izquierda le queda de maravilla, y me doy cuenta de que, si Nick me hubiese pedido salir antes del accidente de mi familia, lo más probable es que me hubiera vuelto loca por él. Ahora, sin embargo, aunque me gusta mucho su personalidad y su físico, hay algo que no acaba de cuajar, pero sé que es por culpa mía, porque estoy rota. Por eso mismo quiero seguir con esta cita; quiero seguir conociéndolo para que la parte de mí que está dañada no sea suficientemente grande como para perderme a Nick.

Cuando llegamos al bar, pasamos de largo la zona de mesas en la que estuvimos la última vez que vine, con Savannah, Nick y sus amigos, y nos dirigimos a la zona de billares.

—¿Lista para ponerme en el puesto número uno de tu lista? —suelta mientras le pasa la tiza azul a la punta del taco de billar.

—Estoy preparada para ver cómo lo intentas —replico provocadora.

—¿Vamos a tener uno de esos momentos en el que te enseño a jugar mientras te abrazo por detrás y te susurro al oído? —Sus ojos brillan con esperanza.

—Aunque no me molestaría en absoluto —y me doy cuenta de que es cierto mientras lo digo—, ya sé jugar. Pero, si quieres, puedo enseñarte yo.

—Si lo que quieres es abrazarme y susurrarme al oído, solo tienes que pedírmelo, Oli.

Tiene los brazos cruzados sobre el taco y la barbilla apoyada en ellos mientras me mira con picardía.

—¿Ah, sí? —replico dando la vuelta a la mesa y colocándome delante de él—. ¿Y qué más solo tendría que pedir?

No me reconozco, pero me gusto. Porque ahora mismo estoy muy lejos de la Olivia de estos últimos meses. Tampoco me siento como la Olivia de antes, pero quizá es la primera vez que pienso que puede haber sitio para una Olivia del ahora; una que empieza a vivir la vida con todo lo que le ha tocado pasar, y que tiene ganas de hacerlo.

Nick se pone recto y coge el taco con una mano mientras que, con la otra, me coloca un mechón de pelo detrás de la oreja acariciándome la mejilla.

—Puedes pedirme lo que quieras, Olivia.

Sonrío con dulzura antes de quitarle el taco de billar por sorpresa.

—Pues me pido comenzar la partida.

Nick ríe con energía.

—Vaya, diría que alguien tiene miedo de perder. Está bien, tú sales —acepta mirándome a los ojos con intensidad—. Esta noche yo ya he ganado.

Realmente, este chico siempre sabe qué decir para hacerme sentir especial. Por un momento odio a Carson porque, en vez de disfrutar del trato que estoy recibiendo de Nick, su voz retumba en mi mente: «Es un mujeriego, te romperá el corazón». Lo que Carson no tuvo en cuenta es que no hace falta ser un mujeriego para romperle el corazón a alguien. Así que decido ignorar su comentario y seguir disfrutando de la noche en su compañía.

—¿Tan seguro estás?

—Claro. Estás aquí conmigo, ¿no?

La jarra de cerveza de la que ya me he bebido la mitad y la botella de vino que nos hemos terminado en el restaurante han

acabado con toda mi prudencia. Me acerco de nuevo a él, tanto que tengo que levantar la cabeza para mirarlo. Nick coloca las manos en mis caderas y me atrae todavía más hacia él.

—Pues, si quieres tu premio, vas a tener que volver a ganar.

Nick se inclina hacia mí y me susurra al oído:

—Juguemos, entonces.

Y, tan deprisa como me ha atraído hacia él, me suelta y se dispone a colocar las bolas sobre el tapete de la mesa de billar. No puedo evitar pensar en el frío y el vacío que sentí cuando Carson me soltó de golpe en la pista de baile y cómo, con Nick, no ha sido así. Pero me recrimino haber tenido ese pensamiento y todos los de esta noche que tienen que ver con Carson. Él no está aquí, no está disponible y parece que ya ni siquiera me habla. Nick, Nick, Nick. Eso es lo único en lo que debo centrarme.

En cuanto iniciamos la partida no me cabe duda de que voy a perder y de que Nick no mentía cuando me ha dicho que es el campeón de Jackson. El tío incluso eleva una bola por encima de otra para que le dé a una tercera y meterla en el agujero.

—Parece que voy a recoger mi premio al fin y al cabo —comenta socarrón.

—Quizá me estoy dejando ganar para que lo recojas.

Pero no me estoy dejando ganar, estoy perdiendo por goleada y me está dando mucha rabia porque si algo soy es competitiva. Sin embargo, intento que Nick no lo note.

—Si eso es cierto, será la primera vez que no me importe que alguien me deje ganar.

Le da a la bola negra, metiéndola en el hueco que le corresponde y ganándome cuando a mí todavía me quedaban cuatro más.

Levanta la vista en mi dirección, triunfante.

—Está bien, Wallace. Puede que seas tan mal bailarín como yo, pero, desde luego, al billar eres un genio.

Se acerca a mí sonriente.

—Te lo he advertido. Cuando quieras darme mi premio, estaré preparado para recibirlo.

—Ven a por él.

Nick vuelve a posar las manos en mis caderas y me atrae hacia él.

—He querido hacer esto desde la primera vez que te vi.

Siento un pinchazo de culpabilidad porque yo no he decidido que quería que pasara hasta hace apenas una hora, y ni siquiera estoy del todo segura. Deseo hacerlo por mí, para demostrarme que todavía puedo empezar cosas nuevas; que mi vida no terminó hace casi nueve meses..., que Carson no me importa; que el hecho de que deje de hablarme me da igual; que el que deje de abrazarme y consolarme no es importante porque, cuando lo hacía, era solo por compromiso. Y que yo solo lo aceptaba porque me iba bien para mis ataques de ansiedad y punto. Porque con él no habrá nunca nada más y con Nick puede que sí, si le doy una oportunidad.

Nick coloca la mano en mi barbilla con delicadeza y levanta mi rostro. Puedo notar mis nervios a flor de piel, todo volviéndose real. Estoy a punto de ser besada por primera vez desde antes del accidente..., y es en este momento cuando me doy cuenta de que cualquier cosa que me haya dicho a mí misma es mentira; que los labios que estoy a punto de besar no son los que quiero que me besen.

Cuando me dispongo a apoyar una mano en su pecho para apartarme, suena su teléfono. Nick frunce el ceño, lo saca del bolsillo y mira la pantalla.

—Es mi tía. Está a cargo de mi madre esta noche, tengo que cogerlo —dice con tono de disculpa.

—Adelante, tranquilo. Aprovecharé para ir al baño —respondo con una sonrisa, intentando que no se note mi alivio.

—Ahora vuelvo —dice guiñándome un ojo antes de dirigirse a la puerta del bar.

Voy al baño de verdad y, por suerte, está vacío. Me miro al espejo sin verme y apoyo las manos en la pica. El alcohol sigue haciendo que todo me dé vueltas ligeramente y, después de haberme dado cuenta de que no quiero besar a Nick, empiezo a estar algo agobiada. Decido que le voy a pedir que me lleve al rancho, ahora mismo lo único que quiero es meterme en la cama.

Cuando salgo de nuevo noto que me vibra el móvil en el bolsillo, así que paro un momento en el pasillo y miro la pantalla. Es un recordatorio del calendario:

¡¡¡CUMPLEAÑOS DE IAN: 18!!!

«Cumpleaños de Ian. Cumpleaños de Ian. Cumpleaños de Ian. Ian está muerto.»

El teléfono se me cae al suelo porque he empezado a temblar. Los ojos se me llenan de lágrimas y me agacho para recogerlo.

Es el cumpleaños de Ian y yo me había olvidado. ¿A quién quiero engañar? ¿Cómo he podido pretender venir aquí y recuperar mi vida como si nada? Me he permitido dejarme llevar por mi presente hasta tal punto que he llegado a olvidar mi pasado, lo que realmente es importante. ¿Cómo he podido estar tan desconectada de mi realidad como para no saber ni qué día es? He sido una estúpida. Ian está muerto. Él nunca cumplirá los dieciocho, nunca celebraremos un cumpleaños más, y yo estoy aquí en un bar centrándome en si quiero o no que me besen. La culpa me atraviesa como una puñalada en el estómago y me dirijo a toda prisa a la salida del local. Veo a Nick hablando por teléfono de reojo, pero no sé si se percata de mi presencia. No paro en la puerta, me pongo a andar por las calles tranquilas de Jackson mientras mis mejillas se inundan de lágrimas.

Si mi familia estuviera viva, despertaríamos a Ian con una magdalena de chocolate con una vela encendida a la vez que le cantaríamos el *Cumpleaños feliz*. Si mi familia estuviera viva, mis padres se habrían cogido fiesta en el trabajo y habríamos ido al parque de atracciones a celebrarlo como hacíamos siempre sin importar que fuéramos haciéndonos mayores. Si mi familia estuviera viva, la cocina olería al bizcocho recién hecho de mi madre. Si mi familia estuviera viva, podría ver la sonrisa de mi hermano mientras abría los regalos.

Pero mi familia está muerta y yo había olvidado el cumpleaños de mi hermano.

Capítulo 40



Olivia

Estoy corriendo sin rumbo por las calles de Jackson iluminadas por las farolas y las estrellas. Y lloro, y lloro y lloro. Me cruzo con turistas que recorren el pueblo disfrutando de una noche estival, pero me dan igual; me da igual que me miren, que me pregunten si necesito algo cuando paso por su lado, que me vean con todo el maquillaje corrido a causa de mis lágrimas.

Porque no quiero su ayuda.

Quiero a mi madre. Que me abrace, que me diga que todo va a salir bien, que me asegure que no estoy sola, que me acaricie el pelo y me bese la frente.

Quiero a mi padre. Que me dé una palmada en la espalda y me pregunte cómo estoy, que me diga que me ha echado de menos tanto como lo hago yo.

Quiero ver a Ian. Llevármelo lejos, donde nadie pueda hacerle daño, donde pueda protegerlo como no pude hacerlo la última vez.

—¡¡Mamá!! —chillo, suplico y lloro, todo a la vez.

Quiero irme a casa..., pero ya no la tengo; ya no tengo hogar, no tengo familia. No tengo nada.

Grito con todas mis fuerzas, ahogándome en mi propio llanto.

El dolor es tan intenso que no sé ni dónde estoy. Me lastimo los brazos, el pecho, las piernas, deseando salir de mi propia piel,

escapar de este sufrimiento tan profundo que no me abandona. Pero, por más que me araño, no logro escapar, soy incapaz de librarme de esta tortura. No quiero estar aquí, no quiero, no quiero, no quiero, no quiero. Quiero irme con mi familia.

Me doy cuenta de que he llegado a Sarah's Café. Me meto en el callejón lateral y dejo que mi espalda se deslice por la pared hasta quedar sentada en el suelo. Me abrazo a mí misma y lloro, grito; siento tanto dolor que solo quiero que pare.

«Haz que pare. Haz que pare. Haz que pare.

»Haz que desaparezca.

»Por favor, te necesito.»

Con las manos temblorosas, saco el teléfono y lo llamo.

Capítulo 41



Carson

Me siento en el banco del porche y abro mi cerveza. Es tarde y mañana me espera un día repleto de rutas desde primera hora, pero no consigo dormir. Después de dar vueltas en la cama durante una hora, he decidido rendirme. He tenido que aceptar que, hasta que no vea a Olivia volver sana y salva al rancho, no podré relajarme.

Hoy la he evitado durante todo el día, esforzándome por mantenerme firme en mi decisión de alejarme de ella. Por eso y porque no podía verla después de no acudir en su ayuda anoche cuando sufrió uno de sus ataques. Pero es por su bien; eso es lo que me repito una y otra vez.

Sé que he hecho bien manteniendo las distancias hoy porque, cuando la he visto subirse a la camioneta de Wallace, he tenido que tirar de todo mi autocontrol para no sacarla de allí. Al menos durante unos instantes. Luego me he visto a mí mismo, quince años más joven, abriéndole la puerta a Julie, con nuestras miradas igual de brillantes e ilusionadas. Entonces los celos se han convertido en tristeza, melancolía y rabia.

Daría cualquier cosa por volver a ser el Carson de dieciséis años que tenía todo ese tiempo por delante con Julie, tanto amor que darle y que ella estaría allí para recibir. Dios, era preciosa, buena, amable, dulce y fuerte, muy fuerte. Y la echo tanto de menos como el primer día que se fue. Se suponía que iba a ser mi compañera de

vida, que íbamos a formar una familia, envejecer juntos, viajar por el mundo. Vivo de sus recuerdos y me torturo con el futuro que no tendremos, que se nos ha arrebatado. Es una existencia que he aceptado, sé que es lo que me ha tocado vivir, pero jamás condenaría a Olivia a una vida conmigo. Porque eso es lo que soy ahora mismo, una condena.

Cierro los ojos con fuerza. Olivia. Desde que llegó inesperadamente lo ha puesto todo patas arriba. Ha hecho que en algunos momentos me plantee que, quizá, hay algo más para mí en esta vida. Ha llegado con su melena negra, su maquillaje de ojos oscuros, su sonrisa deslumbrante y sus ojos tristes. Ha hecho que quiera borrar la tristeza de su mirada, convertir su sonrisa en genuina y sus pesadillas en sueños maravillosos. Ha hecho que la única forma en la que quiera dormir por las noches sea abrazado a ella. Y ha provocado que, cada momento en el que siento cualquiera de estas cosas, me invadan la culpa y el remordimiento. Es como una manzana envenenada; una manzana muy dulce y tentadora cuyas consecuencias son siempre lúgubres en mi mente por el veneno del arrepentimiento y el dolor.

No sé cómo controlarme, cómo entender lo que me ocurre. Cómo puedo estar deseando a una persona de la manera en la que deseo a Olivia a la vez que echo de menos a otra con todo mi ser. ¿Cómo puede eso estar bien?

Antes de que llegara Olivia había aceptado mi destino, normalizado mi duelo. Ahora, no paro de cuestionarme, culparme, odiarme. Y estoy agotado.

En medio de esas cavilaciones suena mi móvil y, cuando miro la pantalla, leo el nombre de Olivia. Por un momento pienso en no cogérselo, en mantenerme fuerte en mi decisión de no hablar con ella. Pero de pronto me doy cuenta de la hora que es, de que está en plena cita y que me está llamando. El miedo me hace descolgar de inmediato.

—¿Huracán?

Oigo su llanto al otro lado y me pongo de pie a toda prisa. El pánico se cuela por todos los rincones de mi ser, frío, implacable, tan familiar para mí.

—¿Olivia?

Más llanto desesperado.

Y ya me estoy moviendo. Entro en casa corriendo a por las llaves de la camioneta y me dirijo a ella a la carrera.

—Olivia, ¿dónde estás? Voy a buscarte ahora mismo. —El miedo se está apoderando de mí; el miedo a perderla a ella también haciéndose cada vez más real—. Por favor, dime dónde estás, necesito ir a por ti.

—Por favor... —balbucea con voz débil ahogada en hipidos.

—Voy para allá, no me cuelgues, ¿me oyes? —Arranco a toda leche—. Huracán, voy a por ti, no me cuelgues. ¿Estás sola?

La oigo hiperventilar al otro lado de la línea.

—Olivia, intenta hablarme, ¿vale? —El pánico y la preocupación empiezan a mezclarse con la ira. ¿Qué le ha hecho ese cretino?—. ¿Estás sola?

—S-sí.

Su voz es tan débil, tan frágil, que me rompe en pedazos.

—¿Dónde está Wallace?

—No lo sé.

—¿Y tú?

—Ca-callejón, Sarah's Café.

—Muy bien, lo estás haciendo muy bien. Quédate al teléfono conmigo.

—Mi madre, mi madre no está —su llanto llega a lo más hondo de mi alma— y no tengo una magdalena de chocolate y tampoco velas.

—Lo sé, Olivia, sé que ya no está. Pero yo sí estoy aquí y voy a por ti.

—¿Lo prometes?

—Lo prometo.

—Va-vale.

Capítulo 42



Olivia

Mi móvil se apaga de golpe dejándome sola de nuevo en el callejón mientras intento controlar mi ataque de ansiedad, pero no lo consigo.

Tengo la cara enterrada entre mis rodillas cuando oigo pasos acelerados entre mis sollozos.

—¡Olivia! —La voz de Nick teñida de preocupación retumba en el callejón, pero yo no levanto la cabeza—. Olivia, menos mal que te encuentro. ¿Qué ha pasado?

Sigo sin mirarlo, pero lo oigo acercarse. No lo quiero aquí, quiero que se vaya; solo hay una persona con la que deseo estar ahora mismo y no es él.

—Vete, por favor. —Mi voz suena ahogada, lejana.

—No voy a dejarte aquí sola. Deja que te lleve al rancho, por favor.

Me sabe mal por él; es tan dulce y tan bueno y lo estábamos pasando tan bien... pero no quiero que me vea así, no quiero contarle nada, no puedo hacerlo. Solo quiero que llegue Carson. Me cuesta hablar en este estado, pero logro seguir contestándole con respuestas simples.

—No.

—¿He hecho algo mal, Olivia? Si he hecho algo que te haya puesto así, lo siento muchísimo...

Posa la mano en mi hombro para intentar consolarme, pero yo me aparto con cuidado. Estoy a punto de decirle que Carson está en camino cuando un grito rasga el aire.

—¡Olivia!

«Carson, Carson, Carson...»

Carson está aquí y no sé si estoy llorando su nombre una y otra vez en voz alta o solo en mi mente.

Está aquí.

Alzo la cabeza para verlo y sus ojos encuentran los míos al instante, preocupados, asustados y furiosos.

—No es lo que parece, yo no... —intenta explicar Nick mientras se aparta de mí para dejarle sitio a él.

Pero Carson se arrodilla a mi lado, me coge la cara entre las manos y me mira de arriba abajo, buscando alguna herida.

—¿Estás bien?

Niego con la cabeza, derrumbándome todavía más ante el alivio que me produce verlo. Me aprieta contra su pecho y yo me hago pequeña contra él, aceptando su protección, su cariño.

—No sé qué ha ocurrido. Estábamos pasándolo muy bien. En un momento dado he recibido una llamada de mi tía, he salido fuera a contestar y... de repente, Olivia ha salido corriendo del bar y acabo de encontrarla.

—Márchate, Wallace. Yo me encargo —dice Carson contra mi pelo.

—Olivia, lo siento mucho, de verdad.

—Márchate, Wallace —repite Carson, autoritario—. Ahora.

Quiero decirle que esto no es culpa de Nick, que él no ha hecho nada malo, que no tiene nada que ver, pero estoy llorando con tanta fuerza y me está costando tanto no hiperventilar que me resulta imposible.

—Está bien —acaba aceptando Nick—. Olivia, llámame cuando puedas, por favor. Lo siento muchísimo.

No veo cómo lo hace, pero sé que se ha ido porque Carson empieza a acariciarme la espalda y el pelo mientras se mece

ligeramente hacia delante y hacia atrás.

—Chist, ya estoy aquí, ya estoy aquí.

Me aprieto lo máximo que puedo contra él, con la intención de sentirlo a mi alrededor por completo, cuidando de mí, protegiéndome.

Me besa la cabeza con dulzura y yo me dejo arropar por ella.

—Quiero irme a casa —sollozo.

—Vámonos a casa, entonces —dice con seguridad, y antes de que pueda reaccionar me levanta del suelo para llevarme a cuestas hasta la camioneta.

Paso los brazos por su cuello y me aprieto contra su pecho; su olor tan familiar me embriaga y me ayuda a calmarme.

Conduce en silencio todo el trayecto, pero puedo notar su tensión desde mi asiento. Yo, sin embargo, me relajo por fin. Aquí sentada con Carson me doy cuenta de la seguridad que me transmite, de la confianza. Estar con Carson comienza a parecerme igual que estar en casa. Me siento arropada, protegida. Así que apoyo la cabeza en la ventanilla y cierro los ojos, con la respiración tranquila, al fin. Estoy agotada, me duele la cabeza y siento que mi cuerpo pesa unas mil toneladas, pero estoy feliz de que me haya encontrado, de que haya venido a por mí. Y, al mismo tiempo, no acabo de comprender por qué lo ha hecho. No sé por qué decide ayudarme todas las veces que lo necesito.

Cuando llegamos al rancho y Carson apaga el motor, ninguno de los dos hacemos el mínimo movimiento para salir de la camioneta. Sigo con los ojos cerrados, pero, cuando oigo que se desabrocha el cinturón, los abro para mirarlo.

Carson se gira hacia mí y lo que veo hace que me dé un vuelco el corazón. Su mirada está torturada. Sus ojos azules, desesperados.

Atrapa mi cara con ambas manos y apoya su frente en la mía. Puedo notar un estremecimiento que me recorre el cuerpo ante su cercanía, ante su contacto.

—Estás aquí, conmigo —susurra más para él que para mí.

—Sí, estoy aquí.

Le acaricio la mejilla, su barba de dos días me rasca los dedos.

—Me he asustado muchísimo, Huracán.

—Lo siento de veras —consigo decir, a pesar del nudo que se acaba de formar en mi garganta.

—No te disculpes jamás por este motivo, Olivia; nunca pidas perdón por llamarme. Te juro que no volveré a dejarte sola con esto. No mientras me quieras a tu lado.

Me besa la frente y lo único que sé es que deseo que no me suelte nunca.

—Te quiero a mi lado, Carson.

Alzo la cara para poder mirarlo a los ojos. Nuestros labios están increíblemente cerca, puedo percibir su respiración en mi mejilla. Mi corazón late con fuerza; lo necesito.

—No sabes lo que estás diciendo —farfulla apretando la mandíbula y dirigiéndome esa mirada torturada.

—Eso no es cierto, sé perfectamente lo que digo. Te necesito, Carson.

Parece que algo cambia dentro de él al oír esas palabras. Me acaricia la mejilla y me seca una lágrima que no me había dado cuenta de que se había escapado. Acerca sus labios a los míos y susurra:

—¿Qué me has hecho, Huracán?

Y, entonces, me besa. Es un beso profundo, lento, anhelado. Sus labios acarician los míos con el movimiento y, cuando su lengua pide permiso para entrar, se lo concedo. Su beso me absorbe, todo él. No puedo pensar, solo sentir, y lo que siento es que esto es lo correcto.

El beso termina demasiado pronto cuando Carson se separa de mí y apoya su frente en la mía de nuevo, su mano todavía sujetándome por la nuca.

Puedo ver una lágrima deslizarse por su mejilla, y esta vez soy yo quien la atrapa, pero con un beso suave.

—¿Estás bien? —le pregunto en un murmullo, notando la lágrima salada en mis labios.

—No. Yo... —inspira hondo antes de continuar—, esto no es fácil para mí.

—Lo sé. —Es cierto, aunque no llego a comprender del todo por lo que está pasando, porque besar a alguien por primera vez

después del fallecimiento de tu gran amor debe de ser francamente complicado—. No tenemos por qué hacerlo otra vez...

—Demasiado tarde para eso; no sé si voy a poder parar, aunque me duela.

Me acerco a él de nuevo y le doy un ligero beso en los labios.

—Despacio, entonces; a nuestro ritmo.

—A nuestro ritmo —responde contra mi boca.

—Solo nuestro.

Capítulo 43



Carson

Hoy he sentido terror en estado puro por primera vez en tres años. Pensaba que nunca volvería a sentir algo así, pero, cuando he oído los llantos de Olivia al teléfono, el miedo a perderla ha sido tan devastador que me ha sorprendido a mí mismo.

La he besado. Debería sentirme mal por ello, lo sé. Pero en este momento, con la mano de Olivia entrelazada con la mía mientras subimos las escaleras, lo único en lo que puedo pensar es en volver a hacerlo. En volver a sentirla sana y salva entre mis brazos; en volver a sentir sus labios sobre los míos; en recorrer su cuerpo con los dedos; en memorizar cada milímetro de su cuerpo y grabarlo a fuego en mi mente.

Una parte de mí me está odiando, diciéndome que soy despreciable, un traidor. Pero no logro hacerle caso a esa parte, no cuando tengo a Olivia tan cerca, tan presente.

Oli entra en mi habitación y yo la sigo, incapaz de apartar los ojos de ella. Es preciosa y está aquí conmigo, ilesa. Sé que está bien, pero, entonces, ¿por qué no consigo calmar los restos de pánico que se han instalado en lo más hondo de mi ser?

Olivia suelta mi mano.

—¿Puedo quedarme aquí contigo? —pregunta mirando el suelo.

Ella no es consciente de cómo me siento; desconoce que el miedo sigue incrustado en mis huesos, y que siento la imperiosa necesidad

de tenerla hoy a mi lado, de no perderla de vista, porque tengo la sensación de que, si lo hago, desaparecerá.

—No quiero que estés en ningún otro sitio que no sea aquí conmigo.

Alza la vista y clava sus ojos en los míos. Veo cómo se le empiezan a llenar de lágrimas de nuevo y ya no puedo controlarlo más. La abrazo con todo lo que tengo y ella vuelve a llorar contra mi pecho.

—No me sueltes, por favor. —Su voz suena débil, temblorosa.

—No te suelto, te lo prometo.

Pero mi abrazo no es suficiente, no parece apaciguar su sensación de inseguridad, porque se aprieta todavía contra mí. La levanto y rodea mi cintura con las piernas, aumentando el contacto entre su cuerpo y el mío. No sé qué le ha ocurrido esta noche, pero solo quiero que esté bien, protegerla, quitarle el dolor.

Al cabo de unos minutos, cuando sus sollozos parecen haberse calmado algo, se separa y me enmarca la cara con las manos.

—¿Puedo besarte otra vez?

No tendría que preguntarme porque no hay nada que pudiera negarle ahora mismo; no hay nada que pueda ni quiera negarle.

Poso mi mirada en sus labios empapados por las lágrimas. Me imagino su sabor salado, su suavidad y delicadeza, así que no le contesto, pero alzo la barbilla y voy a buscar lo que quiero que sea mío, por mucho que en el fondo de mi alma sepa que no puede ser para siempre.

Cuanto más la beso, más difícil se me hace separarme de ella y más quiero. Nuestro beso, que ha empezado con timidez, con dudas, con precaución, ha pasado a ser intenso, hambriento, desesperado. Olivia aprieta las piernas con fuerza a mi alrededor y yo la aprieto contra mí incluso más.

Cuando nos separamos ambos jadeamos, esforzándonos por recuperar el aire. Le acaricio el rostro, pasando mis dedos por su piel suave y tersa.

—Eres preciosa, Olivia.

Eso la hace sonreír con timidez, una sonrisa que me encantaría ver todos los días.

—Juraría que ahora mismo no estoy en mi mejor momento.

Río por lo absurda que me parece esa frase. ¿Es que no se da cuenta?

—Discrepo.

Sí, tiene el maquillaje corrido, la nariz roja y los ojos hinchados e irritados por todas las lágrimas. Pero, por primera vez, veo cómo su mirada brilla cuando se encuentra con la mía, con algo muy parecido a la esperanza. Y la esperanza le sienta bien, pero que muy bien.

Ríe de nuevo y me besa con dulzura antes de que se le escape un bostezo.

—¿Vamos a dormir? —le pregunto apartándole el pelo de la cara con cuidado y colocándoselo detrás de la oreja.

Veo cómo se debate internamente, pero el sueño acaba ganando la partida. Asiente y desenreda sus piernas para volver al suelo. En lugar de soltarla ya, la aprieto contra mi pecho una vez más, disfrutando de su contacto y de la seguridad que me produce tenerla cerca.

Se separa de mí y se da la vuelta.

—¿Me ayudas? —me pide señalándome la cremallera de su vestido granate.

Me acerco y le doy un ligero beso justo debajo de la oreja derecha, notando el escalofrío que le produce.

—Claro.

Le bajo la cremallera lentamente, admirando cada centímetro de su espalda que va quedando descubierta. Cuando termino, mis manos vuelven a su cuello, acariciándolo hasta llegar a los hombros, ayudándola a bajar los tirantes y dejando caer al suelo la prenda. No lleva sujetador, así que, cuando se gira hacia mí, puedo verla casi por completo desnuda. Poso mi mano en su mejilla y la beso de nuevo con delicadeza.

—¿Ves lo que te decía antes? Preciosa.

Olivia sonríe contra mi boca y me ayuda a quitarme la camiseta. Recorre mi pecho con sus dedos y baja por mi abdomen, provocando que se me erice la piel. Cierro los ojos, disfrutando de sus caricias.

Me acerco al armario a por una de mis camisetas y se la pongo a Olivia con dulzura. Aunque me encantaría recorrer cada centímetro de su cuerpo con los dedos, tengo claro que hoy no es ese día; tampoco quiero que lo sea.

La cojo en brazos y la meto en la cama. Me quito el pantalón bajo la mirada de Olivia, que me observa detenidamente con una sonrisa adormilada.

—¿Hoy dormirás también encima de las sábanas?

Como respuesta, aparto las de mi lado, me meto en la cama y la atraigo hacia mí. Ella suspira tranquila, como si mi contacto fuera todo lo que necesitara para estar bien, y la abrazo con ganas. Nuestros cuerpos encajan a la perfección, como si hubiesen sido hechos el uno para el otro. Dos mitades de un corazón roto.

—Siento mucho no haber ido ayer a tu habitación cuando te despertaron las pesadillas.

—No importa, estás aquí ahora.

—Y no me voy a ninguna parte.

Le beso la cabeza y percibo cómo su cuerpo se relaja cuando el sueño se la lleva.

Capítulo 44



Carson

No puedo dormir. Ahora que Olivia está tranquila y a salvo a mi lado, mis pensamientos me atormentan. Me levanto con cuidado de no despertarla y me siento en la silla de mi escritorio.

Miro a Olivia, duerme plácidamente. Su pelo negro esparcido por la almohada blanca, sus mejillas sonrosadas, su pecho ascendiendo y descendiendo con suavidad, señal de una respiración profunda y sosegada.

Al ver a Oli en mi cama, imágenes de Julie aparecen en mi mente sin que me lo proponga. Tan diferente e igual de perfecta. Con su pelo rubio corto, su piel pálida y su delicado cuerpo descansando tan en calma como el de Olivia. Pero en esta ocasión su recuerdo no me produce ni pena ni dolor; por primera vez me produce enfado.

¿Por qué estoy enfadado?

Porque su recuerdo no me está dejando disfrutar de Olivia, deduzco. La culpa vuelve, por el pensamiento de que el recuerdo de Julie es una molestia. Pero no puedo pararlo... Me siento egoísta, quiero que desaparezca.

No quiero ver a Julie cuando miro a Olivia. Y esa verdad me asusta muchísimo. ¿Cuándo ha ocurrido esto? ¿Estaba condenado desde el momento en que Olivia se presentó en el rancho? Sí, claro que sí. Pero ¿cómo no iba a estarlo? Es perfecta y la quiero aquí conmigo.

¿Es eso egoísta por mi parte? Olivia no está bien y está claro que yo tampoco. No quiero hacerle más daño, pero, cuando antes ha dicho que me necesitaba, no he podido resistirme más. Porque yo sí que la necesito, hace ya tiempo que lo sé. Porque dudo que, en el momento en que se marche y vuelva a dejarme solo en este rancho, pueda salir de mi tormento.

Llevo semanas intentando resistirme a la necesidad de tenerla, de conocerla de verdad, de disfrutarla, pero ahora no puedo pensar en otra cosa y sé que, si nos quedamos aquí, el recuerdo constante de Julie no me permitirá hacerlo.

Miro a Olivia de nuevo, asegurándome de que está completamente dormida, y saco la caja de madera de debajo de la cama.

Querida Julie:

Lo siento muchísimo. Te quiero, sabes que te amo, pero debo intentarlo. Quiero que sepas que, en este momento, alejarme de ti me está doliendo tanto como cuando te fuiste, porque siento como si te estuviera perdiendo de nuevo. Pero esta vez no estoy solo y eso me hace tener esperanza, la misma que he visto hoy en los ojos de Olivia.

Te escribiré cuando vuelva.

Carson

Capítulo 45



Olivia

Cuando abro los ojos y me acuerdo de lo que pasó anoche, no puedo evitar sonreír. Carson, su cariño, sus caricias, sentirme más feliz de lo que recordaba que podía ser.

Y entonces la realidad me abofetea: hoy es el cumpleaños de mi hermano.

Es en ese momento cuando noto su ausencia. Porque no me ha sonado la alarma temprano para llegar a casa de mis padres antes de que se despierte Ian para prepararle su sorpresa. Porque este año no voy a hacerle pasar vergüenza cantándole en medio de un restaurante mientras le traen el pastel más hortera que haya podido encontrar. No abrirá regalos que le habríamos comprado con emoción y amor, no me iré a dormir con el corazón lleno, y mucho menos entero, nunca más.

Me giro para ver si encuentro a un Carson plácidamente dormido, pero eso no ocurre, por supuesto. Conociéndolo, ya debe de llevar unas horas trabajando. Abrazo su almohada, intentando encontrar el confort que me transmite él cuando está a mi lado. Inspiro su aroma y noto que ese simple hecho poco a poco apacigua los latidos de mi corazón alterado y para las lágrimas antes de que se derramen por mis mejillas. Pasan unos minutos hasta que me siento preparada para levantarme de la cama.

Cuando salgo al pasillo, me llega el olor a tortitas. Frunzo el ceño, extrañada. No me esperaba que estuviera en casa.

Cuando entro en la cocina me topo con una imagen que es digna de enmarcar. Carson está de espaldas a mí, en calzoncillos, cocinando. Me detengo un momento en el marco de la puerta para observarlo a placer. Está completamente despeinado y su cuerpo musculado me da los buenos días. Dios, está increíble.

—Buenos días —digo para que sepa que estoy aquí.

Cuando veo cómo sus ojos se iluminan al verme y una sonrisa se dibuja en su rostro, dejo salir el aire que no me había dado cuenta de que estaba aguantando, aliviada. No tenía ni idea de cómo iba a recibirme esta mañana.

Carson me tiende la mano y yo se la cojo. Me atrae hacia él y me rodea la cintura con un brazo.

—Buenos días.

Se inclina y me besa levemente en los labios, provocando que mi corazón dé un vuelco.

—Te queda muy bien mi camiseta —comenta contra mis labios.

—¿Mejor que a ti?

—Desde luego —responde antes de darme otro beso en la frente y dirigir la atención a la sartén—. Esto casi está. ¿Por qué no te sientas y ahora te las llevo a la mesa?

No puedo evitar abrazarlo por detrás y darle un beso en la espalda, provocándole un escalofrío.

—Iré haciendo los cafés.

Pienso en lo extraño que debe de ser todo esto para Carson, la importancia de lo que hicimos anoche. Para mí fue justo lo que necesitaba, pero para él... Me da miedo que se arrepienta de estar conmigo. La imagen de sus lágrimas en el coche me viene a la mente, cómo su pena luchaba contra sus deseos.

No soy ilusa, no pretendo que me diga que soy la mujer de su vida, que ya no piensa en su esposa, que solo quiere estar conmigo..., pero, en el fondo, es lo que más me gustaría oír. Quizá no soy una ilusa, pero sí un poco tonta.

—Carson, lo de anoche... —Las palabras se me atragantan en la garganta y tengo que hacer un esfuerzo por sacarlas—. Quiero decir,

¿tú estás bien?

Él deja los dos platos con tortitas en la mesa, se acerca a mí y posa las manos en mis caderas, acercándome a él.

—¿Me estás preguntando si lamento lo de anoche?

Pasa el pulgar por mi labio inferior antes de inclinarse y besarme de nuevo, esta vez suavemente al principio y con un poco más de intensidad al final. No puedo evitar pasar los brazos por su cuello y devolvérselo; mis preocupaciones se evaporan por un momento.

Carson apoya su frente en la mía y me acaricia la mejilla con el pulgar.

—¿Cómo no me iba a parecer bien, Huracán? —plantea separándose un poco de mí—. No voy a decirte que esté siendo fácil y, desde luego, no sé cómo hacer esto. Pero sí puedo asegurarte que no me arrepiento.

—Yo tampoco —respondo con un suspiro—, pero quiero que estés seguro. En el coche...

—Recuerdo lo que pasó en el coche —me corta, todavía sin soltarme— y es posible que vuelva a pasarme, no quiero mentirte. Pero tampoco quiero echarme atrás. Es la primera vez desde hace años que me levanto de la cama con ganas de empezar el día, que siento que hay algo más que dolor para mí.

Cierra los ojos, como si estuviera meditando bien sus siguientes palabras.

—La de ayer fue una noche complicada. No sé lo que te ocurrió, Olivia, pero para mí fue muy confuso y esclarecedor al mismo tiempo. Cuando me llamaste, sentí puro terror. —Frunce el ceño ligeramente en un gesto de preocupación y tristeza y no puedo evitar acariciarle la mejilla—. Cuando al rato te tuve ilesa en mi camioneta, sentí alivio, desconcierto, culpa. Y cuando después te tuve en mi cama, supe que te quería allí para siempre y que no deseaba que volviera a estar vacía; que no deseaba soltarte jamás; que te quería sana y salva a mi lado.

Ahora soy yo la que lo besa con todo lo que tengo. Estoy tan agradecida, tan agradecida de que Emma me enviara aquí, de haberlo aceptado, de haberlo encontrado...

Carson me devuelve el beso con hambre, mordiéndome el labio inferior. Un gemido escapa de mis labios y él me rodea por completo con los brazos y me aprieta contra sí. No quiero que termine..., pero termina. El sonido del timbre nos sobresalta a los dos.

—Ignóralo —le suplico antes de volver a reclamar sus labios.

El timbre suena de nuevo, dos veces en esta ocasión. Nos separamos, frustrados.

—¿Esperas a alguien? —Suspiro.

Carson está mirando hacia la puerta con el ceño fruncido.

—No, la verdad es que lo he anulado todo durante los próximos tres días.

«¿Tres días?»

—Quédate aquí, ahora vuelvo —me dice tras darme un beso rápido que me sabe a poco.

No puedo evitar la sonrisa bobalicona que aparece en mi rostro mientras miro cómo anda hacia la puerta tras ponerse un pantalón de chándal gris que no había visto que estaba en el respaldo de una de las sillas.

Las ganas de que vuelva para poder continuar lo que hemos empezado se esfuman en cuanto Carson habla tras abrir la puerta.

—Lárgate de aquí si no quieres que te eche yo, Wallace.

Capítulo 46



Carson

Unos segundos antes estaba justo donde quería con Olivia y ahora estoy tirando de toda mi fuerza de voluntad para no echar a Nick Wallace a patadas de mi propiedad. Su cara ha cambiado al verme y casi se le cae la caja de bombones que lleva en la mano. Si piensa que va a volver a salir con Olivia, lo lleva claro.

—Solo quiero saber que está bien, tío...

Antes de que pueda responderle que eso no es problema suyo, que, en cuanto tuve que ir a buscarla porque estaba llorando en medio de un fuerte ataque de ansiedad en plena calle mientras se suponía que estaba con él, perdió todo el derecho a siquiera mirar en su dirección, Olivia se cuela por debajo de mi brazo.

—Hola, Nick —lo saluda dirigiéndome una mirada que parece decir «Cállate, yo me encargo»—. Estoy bien, gracias por pasarte.

Yo no me muevo ni un milímetro para que Wallace entienda que, como se atreva a rozarla siquiera, le partiré la cara.

Nick la mira de arriba abajo y puedo ver cómo de pronto lo entiende todo; eso indican sus ojos. Olivia sigue con mi camiseta puesta, el pelo enmarañado y los labios ligeramente hinchados por mis besos. Doy gracias a que mi camiseta es lo bastante larga, pero aun así tengo que resistir el impulso de esconderla detrás de mí, donde él no pueda verla.

—Comprendo —farfulla con un carraspeo antes de ofrecerle la caja de bombones a Olivia—. Solo quería disculparme una vez más, y asegurarme de que estabas bien.

Oli da un paso hacia él y acepta los bombones con una sonrisa cálida.

—No fue culpa tuya, Nick, tú fuiste maravilloso.

¿Perdón?

—Simplemente no lo entiendo —responde Wallace cogiéndole una mano a Olivia con delicadeza. Tengo que esforzarme para no apartársela de un manotazo. Sé que eso estaría del todo fuera de lugar—. La noche estaba yendo genial, pensaba que te estabas divirtiendo, que estábamos bien...

—Y lo estábamos, de verdad. Lo que ocurre es que hay muchas cosas de mí que no puedo contarte. Y, aunque creo que eres una persona increíble, ahora estoy convencida de que no hubiéramos funcionado.

Pues claro que no habrían funcionado, Nick es un idiota y Olivia es perfecta.

—De acuerdo, pero me hubiese gustado saber que esto es lo que pensabas antes de haberme hecho ilusiones contigo.

No estoy más tenso porque físicamente es imposible.

—Tienes toda la razón. Tendría que haberlo cortado antes. Estoy hecha un lío y fue egoísta por mi parte involucrarte a ti en él. Lo siento muchísimo, Nick.

Wallace suspira y se mesa el pelo.

—No pasa nada, al menos te gané al billar.

—Y me llevaste al mejor restaurante del pueblo —añade Olivia con una sonrisa sincera.

—Siempre cumplo mis promesas —comenta él correspondiendo a su sonrisa—. Lo estaba pasando genial contigo, Olivia. Ya sabes, antes de que todo se fuera a la mierda.

—Yo también, y, aunque las cosas no salieron como podrían haber salido, quiero que sepas que sigues estando muy alto en el *ranking* de mis personas favoritas de Wyoming y que lo que sucedió no tiene nada que ver contigo, no fue culpa tuya.

¿*Ranking* de personas favoritas de Wyoming? Espero que después de lo de anoche, esta mañana y todo lo que tengo planeado para ella en el futuro me coloque en el número uno. No pienso aceptar ningún otro puesto, y mucho menos estar por debajo de Wallace.

Este sonríe con tristeza.

—Te dije que estaba muy seguro de mis posibilidades.

—Tenías razón —responde Olivia con calidez.

No abro la boca, pero no me gusta un pelo esta conversación. ¿Estuvo a punto de pasar algo entre ellos en la cita de ayer? Necesito averiguar exactamente qué sucedió anoche entre Nick y ella, saber por qué la encontré destrozada en el suelo.

—Bueno, será mejor que me vaya —dice Wallace echando un vistazo a su camioneta.

—¿Nos veremos por aquí? —le pregunta Olivia con esperanza.

—Pues claro que sí.

Ella le da un abrazo y lo ve marcharse, luego vuelve a pasar por debajo de mi brazo y yo cierro la puerta.

—¿Qué pasó ayer, Olivia?

Me apoyo contra la puerta, mi mirada fija en sus ojos llenos de una tristeza que no puede ocultarme.

—¿No podemos hablar de eso luego? —me pide pasando los brazos por detrás de mi cuello y besándome la mandíbula.

Aunque sus besos, su olor y su piel suave bajo mis manos casi me distraen, mi cabeza no puede dejar de preocuparse por lo que acaba de ocurrir, así que deshago su abrazo con delicadeza pero no le suelto las manos.

—Lo he anulado todo durante los próximos tres días y quería saber si te apetecería subir conmigo a la cabaña para alejarnos de todo.

Sus ojos se abren con sorpresa y puedo ver emoción en ellos.

—¿La cabaña a la que solo se puede llegar andando? ¿La que me enseñó tu madre cuando llegué, aunque no pudimos entrar?

—Esa misma —contesto atrayéndola hacia mí y besándola levemente—. Qué me dices, ¿te escapas del mundo conmigo durante tres días?

Su sonrisa de felicidad podría iluminar todo el valle.

—No hay nada que desee más que escaparme contigo.

—Perfecto, porque ya he preparado los caballos. En cuanto nos comamos el desayuno y hagas tu bolsa, salimos.

No le digo que quiero irme con ella a la cabaña para huir del recuerdo de Julie; que quiero ir a un sitio en el que ella nunca estuvo para poder centrarme en Olivia; que, por mucho que no me arrepienta de lo que ha pasado entre nosotros, todavía hay una parte de mí que me atormenta.

No se lo digo porque soy egoísta; porque su sonrisa me gusta demasiado y no quiero que desaparezca; porque no me gustaría que Julie la preocupara; porque deseo conocerla sin estar condicionado.

¿Es esto un error? Puede ser, pero nunca había visto a una persona comer tan rápido unas tortitas con la idea de desaparecer del mundo conmigo lo antes posible y, cuando lo veo, siento que algunos de los pedazos de mi corazón roto empiezan a encajar de nuevo.

Capítulo 47



Olivia

Carson lo tiene todo preparado, como siempre. Ha ensillado a *Whisky* y a *Jax* para el camino y ya ha empaquetado toda la comida que vamos a necesitar. Cuando le planteo la idea de llevarnos a *Spirit* también, me dice que Savannah y Luke van a encargarse del rancho durante los tres días que estemos fuera. Eso me tranquiliza, pero, por otro lado, odio dejar a *Spirit* aquí. Desde que llegó no ha habido ni un solo día que no hayamos pasado tiempo juntos, trabajando su miedo. Cada vez se acerca más a Carson, pero sigue confiando solo en mí, así que me preocupa cómo estará los próximos días.

—Estará perfectamente —me asegura Carson leyéndome la mente—. Savannah y Luke tienen experiencia, siempre me han ayudado con los rescates. Además, le irá bien para ver que puede tratar con personas que no seamos tú y yo.

—Ya lo sé, pero... es que me da mucha pena dejarlo, se pondrá triste sin nosotros.

—Puede ser, pero también se pondrá muy contento cuando regresemos y así aprenderá que, aunque nos vayamos, siempre volveremos.

Ambos sabemos que eso no es cierto, que en cinco días llega Emma y que en menos de dos semanas vuelvo a España. Sin

embargo, parece que ambos hemos hecho el pacto silencioso de ignorar ese dato, para no estropear el tiempo que nos queda juntos. Al menos, yo he decidido ignorarlo; pensar en dejarlos atrás me parte en dos. He empezado a considerar a esta gente como mi familia y eso no puede ser. Mi familia está en Barcelona y debo volver a ellos. Tal como me dijo Emma el día que me convenció para venir: «Vive y trae historias que contarles», esa era la idea..., pero Carson no entraba en mis planes. Ni en un millón de años me hubiese imaginado que esto podía pasarme.

Desecho ese pensamiento y me fijo en cómo Carson acaba de atar las bolsas a la silla de *Whisky*.

—¿Estás lista?

¿Estoy lista para ignorar la realidad e irme tres días a disfrutar de Carson olvidándome del mundo y de nuestras preocupaciones? Desde luego. ¿Estoy preparada para las consecuencias? En absoluto, pero eso no supera las ganas que tengo de irme con él.

—Estoy lista, jefe.

—¿Vas a seguir llamándome así?

—¿Sigues siendo mi jefe?

Carson se acerca a mí y me rodea la cintura con ambos brazos, pensativo.

—Por supuesto.

Yo le rodeo el cuello con los míos y le doy un beso rápido y dulce.

—Entonces, sí —respondo resuelta con una sonrisa que me corresponde al momento.

Suspira, fingiendo decepción.

—Está bien, Huracán, llámame como quieras.

Reprimo el impulso de decirle que lo que quiero llamarlo es «mío» porque sé que es imposible. Una cosa es que ignore la realidad en mi cabeza y otra muy distinta que haga de mi fantasía algo más palpable con palabras. Porque eso es lo que es, una fantasía. Sigo creyendo que, por mucho que Carson diga que no se arrepiente de lo que está pasando entre nosotros, Julie continúa teniendo un peso importante en nuestra relación y siempre la tendrá. Es algo que comprendo y acepto, pero, teniendo en cuenta lo poco que me queda aquí, no quiero pensar en ello.

Todo el camino a la cabaña es de ensueño. Nos tomamos nuestro tiempo para admirar el paisaje, el verde de los campos, las imponentes montañas levantándose alrededor, un aire tan puro que solo existe aquí. Haber perdido el miedo a montar es algo por lo que le estaré siempre agradecida a Carson; eso me ha ayudado a volver a conectar con una parte de mí que había creído perdida para siempre. Y, si he podido recuperar algo así, siento que es cuestión de tiempo que siga recuperando esos pedazos que se perdieron con mi familia, o como mínimo tengo la esperanza de crear otros que me ayuden a reconstruir todo lo que sigue roto.

Juraría que Carson no es consciente de lo mucho que me está ayudando. Vuelvo a tener ganas de despertarme por las mañanas, he perdido el miedo a dormir y enfrentarme a mis pesadillas sola. Carson se está convirtiendo en una pieza clave de mi vida; una pieza sin la que tendré que aprender a vivir, por mucho que me duela. Puede que él me esté ayudando a levantarme, pero debo ser yo la que avance por mi cuenta de nuevo. Lo sé, sé que es lo correcto, pero eso no lo hace más sencillo.

La parte racional que hay en mí me ha dicho, tras la propuesta de Carson de venir aquí, que no aceptara pasar estos días en la cabaña con él, que tenía que alejarme para que volver a casa no fuera tan doloroso. Pero cuando lo tengo delante, tan bueno, tan perfecto, no consigo oír a esa parte racional. Se me da genial acallarla, por desgracia.

Carson, que va delante con *Whisky*, se gira hacia mí.

—¡Ya llegamos!

Me inclino hacia un lado para poder ver qué hay delante de él... y ahí está, la cabaña de madera que no veía desde mi primer día en el rancho, cuando lo último que podía imaginar era que acabaría aquí de nuevo para pasar tiempo a solas con Carson.

Capítulo 48



Olivia

El interior de la cabaña es más nuevo de lo que imaginaba. Nada más entrar nos recibe un salón con chimenea de piedra, estanterías repletas de libros y figuritas de madera y una mesa rústica que separa este espacio de la cocina. Al fondo hay dos puertas, una que da a un pequeño baño y la otra, a un dormitorio ocupado casi por completo por una cama de matrimonio.

Me giro hacia la puerta cuando oigo entrar a Carson, que había ido a dejar a los caballos en un cercado que hay detrás de la casa.

—Es preciosa y está en muy buenas condiciones. Me la esperaba mucho más vieja.

Carson deja las bolsas de comida en la mesa del comedor.

—La restauré cuando Julie falleció, necesitaba distraerme. Este fue mi proyecto durante varios meses.

Ante la mención de Julie y el duelo de Carson, la emoción que había en mi pecho se apaga ligeramente.

—Vaya, no lo sabía... Lo siento.

Él me abraza y yo reposo la cabeza en su pecho.

—No lo sientas. Este sitio es mío, me mantuvo cuerdo. Me encanta esta cabaña.

—En ese caso, me alegro de que hayas querido compartirlo conmigo —respondo inspirando su aroma.

—Quería tener algo tuyo y mío, algo nuestro —susurra en mi pelo.

—Pues me entusiasma la idea —respondo poniéndome de puntillas para besarlo justo debajo de la oreja.

Carson baja las manos a mi culo y yo subo las mías a su cuello en el momento en que se agacha para besarme. Sabe tan bien...

—¿Estás seguro de que estamos haciendo lo correcto? —le planteo entre besos.

—En absoluto —contesta arrimándome más a él—, pero no sé cómo parar.

—Yo tampoco.

Este hombre está aquí, delante de mí, sus manos agarrándome con deseo, protección y posesión. ¿Cómo voy a poder apartarme cuando lo único que quiero es estar así para siempre?

Sin embargo, mi estómago no opina lo mismo porque, cuando Carson me está robando otro beso, ruge inoportuno.

—Bueno, parece que alguien necesita reponer fuerzas. —Carson ríe contra mi boca.

—Parece que sí —admito riendo yo también, algo avergonzada.

—¿Qué te parece si almorzamos fuera? Tengo una manta grande y la comida está ya hecha.

Mi corazón parece que vaya a explotar de felicidad.

—Me parece perfecto.

Capítulo 49



Carson

Llevamos cerca de una hora tumbados en la manta, en silencio, disfrutando de la paz y la tranquilidad de las montañas en una tarde estival. Olivia está apoyada en mi pecho y yo acaricio su espalda pausadamente. Cierro los ojos de nuevo, gozando de la perfección de este momento en el que parece que nada importe excepto este mágico paraje con una mujer increíble al lado.

No recuerdo la última vez que me invadió esta paz. Había olvidado lo que era estar así de feliz, en armonía; no me sentía de este modo desde antes del fatal diagnóstico de Julie. Pensé que jamás volvería a disfrutar de una maravillosa tarde de verano con una mujer, que era algo imposible. Pero entonces llegó Olivia y, aunque maldije su aparición durante muchos días, ahora puedo decir que ha sido la suerte de mi vida.

Me inclino para besarle el pelo y ella alza el rostro para besarme en los labios.

—Me quedaría así para siempre —susurra medio dormida.

—Yo también —respondo besándola de nuevo—, aunque entonces nos perderíamos otras cosas que también me encantaría hacer contigo.

Olivia ríe y el sonido de su risa me llena. He descubierto que es uno de mis sonidos preferidos, igual que también sé que el sonido

de su llanto es de lo que más detesto. De pronto recuerdo cuando la encontré anoche en el callejón y un escalofrío recorre mi espalda.

Ella debe de notar el cambio en mí porque pregunta mientras acaricia mi pecho por encima de la camiseta:

—¿A dónde has ido?

—A anoche en el callejón, lo siento.

—No te disculpes —contesta incorporándose un poco y sosteniéndose en los codos para mirarme a los ojos.

Poso una mano en su mejilla y ella se apoya más en ella; ese sencillo gesto hace que se me encoja el corazón.

—¿Qué pasó, Olivia?

Aparta sus ojos de los míos para mirar el suelo y veo que empieza a arrancar la hierba con una mano con nerviosismo. Le sujeto la barbilla con dos dedos y le levanto ligeramente la cabeza para que vuelva a mirarme.

—No tienes que contármelo si no quieres.

Traga saliva y veo cómo se le humedecen los ojos. Me odio por haber arruinado este momento, no tendría que haber sacado este tema.

—Quiero contártelo, es solo que... —hace un esfuerzo por contener el llanto— me avergüenzo mucho de lo que pasó, de lo que he hecho.

—No tienes de qué avergonzarte conmigo, Oli. Te lo prometo.

Asiente y una lágrima escapa de su control, pero yo la atrapo antes de que baje por su cuello.

—Hoy es... —Su voz se rompe antes de continuar—. Hoy sería el cumpleaños de mi hermano.

Le acaricio la mejilla, tan suave, tan perfecta. Recuerdo el primer cumpleaños de Julie después de su muerte. Me emborraché y Savannah me encontró lleno de vómito en el suelo de la cocina al día siguiente. No me acuerdo mucho de esa noche, pero sí del dolor indescriptible que sentí al darme cuenta de que jamás volveríamos a celebrar un año de vida con ella, un año de vida juntos.

—Lo siento mucho.

Olivia solloza de tal manera que me parte el alma.

—Eso no es lo peor...

Ha arrancado a llorar con fuerza, así que le cojo las manos y dibujo círculos en su palma con mi pulgar, intentando que se calme.

—Chist, está bien, tranquila. Seguro que podemos arreglarlo.

—No, no podemos. Solo he recordado su cumpleaños porque ayer a las doce, cuando estaba con Nick en el bar, me llegó la notificación del calendario del móvil.

—Entiendo... —Le coloco un mechón suelto detrás de la oreja con delicadeza—. ¿Y te sientes mal por ello?

Su mirada se endurece y se aparta de mí con brusquedad.

—¿Cómo no me voy a sentir mal por ello? —Está respirando muy rápido y veo como se clava las uñas en las palmas de las manos enérgicamente—. ¡Olvidé el cumpleaños de Ian porque estaba demasiado ocupada en un bar!

Me acerco a Olivia de nuevo y vuelvo a cogerle las manos, abriéndolas con cuidado para que deje de clavarse las uñas.

—Lo olvidaste porque estabas demasiado ocupada intentando vivir, Olivia. Evidentemente no conocí a Ian, pero estoy seguro de que no le habría molestado.

—No importa el porqué, la cuestión es que no me acordé. Me costó muchísimo decidirme a venir, dejarlos atrás, salir de mi casa. He pasado los últimos meses solo con mi familia en la cabeza, recordando cada detalle, cada momento y, en cuanto he pasado unas pocas semanas aquí, he olvidado una de las fechas más importantes del año.

No la interrumpo, consciente de que necesita desahogarse.

—Y, sí, ya lo sé, ya sé lo que vas a decirme tú y lo que me diría Emma. Que esto es parte de sanar, de volver a querer disfrutar la vida, que estoy haciendo justo lo que vine buscando, que lo estoy consiguiendo. Pero, entonces, ¿por qué me siento tan mal? ¿Por qué siento que les estoy fallando cuando sé de sobra que esto es precisamente lo que querrían de mí? ¡¿Por qué no puedo deshacerme de la culpa?!

Sus últimas palabras me atraviesan.

«¿Por qué no puedo deshacerme de la culpa?»

La entiendo a la perfección. Julie también querría esto para mí, estoy seguro, y, sin embargo, no puedo dejar de culparme.

—Creo... —empiezo a decir dubitativo— creo que nos sentimos culpables porque no nos fuimos con ellos. ¿Tiene eso sentido?

Me mira con esos ojos marrones que me quitan el aliento y puedo ver como lo considera.

—Sí, tiene sentido. —Olivia me abraza con fuerza y cierro los ojos mientras el olor floral de su pelo me embriaga—. Me alegro mucho de haberte encontrado, de que puedas entenderme.

Le beso la cabeza y le devuelvo el abrazo. Ojalá pudiera responderle lo mismo, decirle que ella es de lo mejor que me ha pasado, que siento que soy feliz de haberla encontrado. Pero no puedo, porque no somos lo mismo. Ambos lloramos nuestras pérdidas y yo puedo estar ahí para ella, pero, para mí, Olivia representa dejar atrás lo que perdí, dejar marchar a Julie. Y no estoy preparado, no sé si lo estaré alguna vez.

—En nuestro cumpleaños siempre soplábamos una vela clavada en una magdalena de chocolate por las mañanas. Más tarde, en la fiesta, siempre sacábamos un pastel para celebrarlo con los demás, la magdalena era solo para nosotros cuatro..., para mamá, papá, Ian y yo. Era nuestro y, aunque parezca una tontería, es lo que más echo de menos.

—No es una tontería y me alegro mucho de que me lo hayas contado. ¿Por qué no entras en la cocina y echas un vistazo dentro de la bolsa de comida?

Cuando ayer Olivia mencionó por teléfono algo de una magdalena en pleno ataque, no la entendí, pero me alegro de haber seguido mi intuición y haber ido esta mañana al pueblo a por una antes de que Oli se despertara.

Se separa de mí bruscamente y me mira en silencio sorprendida mientras le sonrío.

—¿Has comprado una magdalena?

—¿Por qué no vas a mirarlo y lo averiguas?

—No has comprado una magdalena —dice sin dar crédito.

—Que vayas a mirar, te digo —respondo riendo ante su incredulidad.

Olivia suelta un chillido, me besa la mejilla y entra en la cabaña a toda prisa. Yo la sigo más despacio y, cuando me reúno con ella en

la cocina, abro uno de los armarios mientras Oli rebusca en la bolsa de plástico hasta encontrar una caja con un *cupcake* de chocolate. Se la cojo de las manos, la abro y le muestro el contenido.

—No tengo velas, pero sí cerillas —comento dejando la caja en la encimera y abriendo uno de los cajones.

Cuando me giro hacia ella, la encuentro con la caja en la mano, los ojos llenos de lágrimas y una sonrisa en los labios.

—Las cerillas servirán —responde con una risa nerviosa mientras una lágrima le corre por la mejilla—. Muchísimas gracias, no sabes cuánto significa esto para mí.

—Sí, sí que lo sé.

Esa misma noche soplamos la vela por Ian, y por todos a los que hemos perdido, bajo las estrellas de Wyoming, y me doy cuenta nítidamente de que no hay ningún otro sitio en el mundo en el que preferiría estar que aquí junto a Olivia el día del cumpleaños de su hermano.

Capítulo 50



Olivia

—No creo que sea buena idea —dice Carson mirando la cuerda con los brazos cruzados y el ceño fruncido.

Ayer pasamos toda la noche compartiendo historias hasta quedarnos dormidos. Hasta entonces conocíamos nuestros presentes, ahora estamos empezando a conocer nuestros pasados, y estoy más segura que nunca de que quiero saberlo todo de Carson. Esta mañana, mientras desayunábamos, me ha propuesto ir a un lago que está a unos diez minutos a caballo y, cuando después he visto una cuerda en uno de los baúles de la cabaña, la idea de colgarla de algún árbol para poder tirarnos desde ella al agua ha surgido en mi mente como algo inevitable. Cualquier persona que haya visto la película de Hannah Montana habría llegado a la misma conclusión que yo. Tengo a mi vaquero sexy, mi cuerda y mi laguito, y dos más dos son cuatro.

—Venga, jefe, será divertido.

—Y peligroso.

—¿Peligroso? ¿Cómo va a ser peligroso? ¿Te parece bien montar a caballo, un animal que en cualquier momento puede asustarse y tirarte al suelo, pero no lanzarte al agua con una cuerda bien atada a un árbol?

—Los caballos son fieles, las cuerdas pueden romperse.

—Sí, y también me puede caer un rayo en plena tormenta. Venga ya, la pruebas tú primero si quieres y, cuando veas que no pasa nada, me tiro yo.

—Vaya, vaya, ¿no estabas tan convencida de que es fiable? Si tan segura estás de que aguantará, tírate tú antes.

—Qué poco caballeroso.

—Te equivocas, es confianza en ti —replica con una sonrisa socarrona.

Ahora soy yo la que frunce el ceño.

—Está bien, yo me tiraré primero.

Carson me agarra para cargarme sobre su hombro en un movimiento rápido, provocando que ría nerviosa.

—¡Suéltame!

Intento sonar enfadada, pero no me sale muy bien.

—Solo si prometes no volver a fruncir el ceño —contesta cogiendo la cuerda con la otra mano y cargándola al otro hombro.

—Pues no te hagas el listo conmigo y no lo frunciré.

—No me hago el listo, soy listo.

Me encanta esta versión desenfadada, divertida y feliz de Carson. No paro de descubrir versiones de él y me gustan mucho todas.

—Vale, vale, lo que tú digas, jefe, pero suéltame, por favor.

—Suplícame un poco.

—Yo solo suplico con las piernas abiertas.

Carson para de golpe y el brazo que me sostiene se tensa.

No puedo evitar sonreír de oreja a oreja antes de añadir:

—Estás debatiéndote entre si volver dentro, concretamente a la cama, o seguir andando hacia los caballos, ¿verdad?

Tarda un segundo antes de contestar con voz un tanto ronca:

—Sí.

Creo que esta vez mi carcajada llega al otro lado de la montaña.

—Serás muy listo, pero también muy predecible, jefe.

Carson me da un cachete con la mano abierta en todo el culo.

—Esto no va a quedar así —dice antes de volver a retomar el camino en dirección a los caballos.

—Por supuesto que no —respondo mordiéndole el cuello.

—¡Huracán!

—Perdón, perdón, ya paro. ¡Vamos al lago!

Capítulo 51



Carson

Le doy el último tirón al nudo de la cuerda, asegurándome de que está bien atada. Esto sigue sin parecerme buena idea, pero últimamente me cuesta cada vez más llevarle la contraria a Olivia. Qué lástima, con lo bien que se me daba al principio...

—¿Cómo la ves? —pregunta con las manos en las caderas, resuelta—. A mí me parece que está perfecta. Buen trabajo.

—Muchas gracias.

He hecho un nudo en el extremo libre de la cuerda para poder apoyar los pies y Olivia lo ha aprobado, comportándose ella más como la jefa que yo.

Olivia se saca el *short* tejano y la camiseta de tirantes y se queda con un bikini rojo que hace que me pasen mil ideas por la cabeza, más de la mitad con Olivia suplicando. Aquí, alejados del mundo, no puedo parar de pensar en tocar cada centímetro de su cuerpo, en imaginar cómo debe de saber. Verla prácticamente sin ropa no me está ayudando a mantener mi mente bajo control y, después de tres años sin estar con ninguna mujer, por primera vez se me está haciendo casi insoportable. Olivia me quita la cuerda de las manos, con los ojos brillantes de emoción.

—Muy bien, ¡ha llegado el momento!

Verla tan decidida, tan animada, hace que mi corazón se llene y me entren ganas de abrazarla y besarla sin parar. Le arrebato la

cuerda de un tirón.

—Va a ser que no. Me tiro yo primero. —Me quito la camiseta rápidamente, aguantando la cuerda entre las rodillas para que no me la robe y se tire a lo kamikaze.

—Pensaba que confiabas en mí —dice fingiendo indignación, aunque puedo ver alivio en sus ojos.

Reprimo una sonrisa.

—Confío en ti; en quien no confío es en mí y en esta cuerda —respondo.

Lo digo en tono ligero, pero en el fondo es cierto. No confío en mí en absoluto; quiero hacerlo, quiero estar seguro de que no le haré daño jamás, de que nunca llorará por mí, pero no lo estoy. Pero eso no se lo explico, soy demasiado cobarde para explotar su burbuja de felicidad, una burbuja que yo mismo he creado trayéndola a la cabaña estos días.

Vuelvo a darle un par de tirones a la cuerda, inseguro.

—Muy bien, allá voy.

—Intenta que parezca que te lo estás pasando de fábula. Estás muy serio, jefe.

—No es verdad.

—Sí es verdad.

—Que no, y te lo voy a demostrar.

Cojo la cuerda con fuerza y, sin pensarlo más, salto hacia el pequeño lago pegando un grito de diversión. Cuando aterrizo en el agua noto que está congelada y siento como si me apuñalaran por todo el cuerpo.

Salgo enseguida a por aire, acostumbrándome poco a poco a la temperatura. Olivia está aplaudiendo, pegando saltitos y riendo como una niña pequeña. Dios mío, haré cualquier cosa por verla así siempre, es posible que sea mi imagen de Olivia favorita. Bueno, esta y la de Olivia en la cama conmigo, por supuesto.

«Dios, pero ¿qué me pasa?»

—¡Venga, tu turno! —chillo para que me oiga—. El agua está buenísima. —Mentira. Me estoy helando.

—¿Seguro?

—No me digas que no te vas a tirar...

Coge la cuerda y me mira con algo de miedo.

—No sé..., quizá no era tan buena idea y tú tenías razón...

—Oh, Dios mío, te estás echando atrás de verdad. ¡No seas cobarde!

—¡No soy cobarde, soy prudente!

—Y como buena prudente que eres me has dejado probarlo a mí primero. Ahora te toca a ti, Huracán.

—Bueno, está bien... —susurra colocándose la cuerda entre las piernas y cogiéndola con fuerza—, pero si me hago daño y me quedo tetrapléjica será culpa tuya.

—Si te quedas tetrapléjica, yo te cuidaré, no te preocupes.

La oigo mascullar algo parecido a «Claro, porque eso me hace sentir mejor», y a continuación salta pegando el chillido más agudo que he oído en mi vida.

Cuando emerge del agua, vuelve a chillar.

—Está congelada, ¡me has engañado!

—Ven, yo te daré calor —respondo abriendo los brazos para que venga a mí.

Pero evidentemente no lo hace. En vez de abrazarme, me salpica e intenta ahogarme. Digo «intenta» porque, aunque hace mucha fuerza contra mi cabeza y mis hombros, no me hundo ni un milímetro.

—Grrrrr... —gruñe por el esfuerzo.

—¿Vas a rendirte ya?

—Humm, no —niega mientras sigue haciendo fuerza.

La cojo por la cintura y, antes de hacerle una ahogadilla, un gritito de sorpresa rasga el aire. La saco enseguida y la atraigo hacia mí. Olivia me rodea la cintura con las piernas.

—Eres idiota —murmura.

—Y tú estás muy guapa cuando te enfadas.

—¿Por eso me haces enfadar tanto?

—Por supuesto.

—Vaya, ojalá me lo hubieses dicho cuando llegué al rancho, me habrías caído mejor.

Rozo su nariz con la mía.

—Si te lo hubiera dicho, no te habrías enfadado tanto y no me habrías dirigido esa mirada tan sexy que pones.

—¿Esta? —replica haciendo una mueca horrible.

—Esta misma. —Río antes de besarla.

Y, por enésima vez desde que besé a Olivia en la camioneta hace dos días, desearía poder congelar el tiempo.

Capítulo 52



Olivia

Lo peor de la ansiedad es que, por mucho que creas que la tienes bajo control porque llevas unos días, unos meses o unos años buenos, siempre acaba volviendo. Y yo no soy una excepción. Había pasado un día maravilloso con un hombre maravilloso, había empezado a hablar de mi pasado, a compartir mis penas y mi sufrimiento, había sentido tranquilidad e incluso felicidad después de mucho tiempo y, aun así, vuelvo a despertarme en mitad de la noche con un ataque.

No soy consciente de que no estoy en mi habitación, sino en la cama de la cabaña. Los recuerdos felices del día anterior son completamente eclipsados por la visión de los ojos sin vida de Ian, el sonido del coche debido al impacto, el movimiento de los cuerpos inertes de mis padres mientras damos vueltas de campana... Lucho por conseguir aire; siento que no puedo respirar, que no puedo pensar. Me muevo intentando salir de mi propia piel, me esfuerzo por rasgarla con mis uñas pero algo lo impide. Oigo una voz que trata de traerme de vuelta.

—Olivia... —Es una voz tenue, dulce, calmada. Es todo lo contrario de cómo me siento—. Olivia —repite.

Quiero llegar a esa voz, quiero salir de aquí. No puedo respirar, no puedo respirar, no puedo respirar...

—Dime algo que puedas ver —me pide la voz.

Pero no veo nada. No puedo respirar, no puedo respirar, no puedo respirar.

—Dime algo que puedas ver, Huracán —insiste.

Huracán. Esa palabra me transmite paz, protección. Quiero responder a esa voz. Procuro concentrarme... Mi visión, hasta ahora borrosa e inestable, empieza a centrarse.

—Veo unas figuras de madera tallada.

—Muy bien. ¿Qué representan?

—Hay un caballo, un oso, un ciervo y un pájaro.

Percibo una caricia en la mejilla y no puedo evitar inclinarme hacia ella.

—Ahora dime algo que puedas oír. Pero antes inspira profundamente y espira despacio.

Hago lo que me indica.

—Puedo oír los grillos fuera.

—Sí, yo también. ¿Te gustan?

—Sí, me gustan mucho.

—Vuelve a inspirar y a espirar; concéntrate mucho en tu respiración.

Le hago caso, poniendo todo mi empeño en sus instrucciones..., y poco a poco puedo notar cómo el ritmo de mi corazón se va ralentizando.

—Dime algo que puedas tocar.

Bajo la vista hacia mis manos y las encuentro entrelazadas con otras fuertes que las sujetan con delicadeza. Alzo la mirada hacia el dueño de esas manos, hacia esos ojos azules, esa mandíbula marcada, ese pelo oscuro enmarañado por el sueño.

—A ti.

Carson traga saliva y fija su mirada en la mía.

—¿Y te gusta?

Una sonrisa asoma en mis labios y mi corazón vuelve a coger ritmo, pero esta vez por un motivo muy distinto. Cuando miro a Carson no soy capaz de controlar mis sentimientos; estoy hecha un lío, sí, pero lo que siento es tan intenso que todo lo demás

desaparece. Me seco las lágrimas y me siento en su regazo despacio, rodeándole la cintura con mis piernas.

—Me gusta mucho —le respondo acariciándole el pelo—. Gracias por ayudarme a volver.

—Siempre te ayudaré a volver, hasta que no te vayas más.

Sus brazos rodean la parte baja de mi espalda y alza la mirada para encontrarse con la mía. Pero yo le miro los labios; los quiero sobre los míos, así que los tomo. Carson me devuelve el beso con delicadeza y me aprieta contra él mientras yo paso las manos por su pelo. Mis sentimientos siguen hechos un lío, explosivos e incontrolables, pero lo que sí sé es que ahora mismo están todos dirigidos a él. Lo quiero más cerca; quiero su piel sobre la mía, quiero su olor, su sabor en mi boca. Profundizo el beso y Carson me corresponde con un gruñido de placer. Quedamos en que iríamos despacio, a nuestro ritmo, pero en este momento me cuesta recordar por qué.

—Oli...

—No pares de besarme —prácticamente le suplico.

—Olivia —beso—, acabas de tener —beso— un ataque.

Lo beso de nuevo.

—¿Quieres que pare? —Deseo con todas mis fuerzas que me diga que no.

Carson me mira, primero a los ojos con profundidad y luego a mis labios mientras me agarra la cadera.

—A la mierda —dice antes de abalanzarse sobre mí.

Me besa con un deseo y una intensidad casi animales, los mismos con los que le correspondo. Mis dedos no recorren lo bastante rápido su torso desnudo; mis labios no capturan los de Carson con suficiente velocidad. Más, quiero más. Él debe de sentir lo mismo porque pasa el brazo por mi cintura y me da la vuelta para tumbarme boca arriba en la cama. Se coloca encima de mí y comienza a trazar un camino de besos desde mi oreja hasta mi esternón, justo entre mis pechos, por encima de mi camiseta. La quiero fuera. Me incorporo y me apoyo en el cabezal de la cama para poder sacármela mientras Carson me observa con devoción.

—Llevo pensando en esto desde que llegamos aquí —comenta mientras cojo el bajo de la prenda para quitármela, pero Carson pone sus manos sobre las mías para evitarlo—, en cómo te sacaría la ropa lentamente.

Empieza a subir la camiseta muy despacio.

—En cómo te iría descubriendo centímetro a centímetro. —Se acerca para besarme detrás de la oreja mientras sus manos se deslizan hacia arriba por mi vientre. Alzo los brazos y, por fin, hace desaparecer la prenda. Carson me besa y yo me pierdo en él de nuevo, en su olor a cuero y bosque, en su sabor dulce y perfecto, pero se separa muy pronto—. En cómo mi boca conquistaría todo tu cuerpo.

Carson vuelve a realizar el mismo camino con los labios, esta vez sobre mi piel, y, cuando llega a mis pechos y se mete mi pezón derecho en la boca, no puedo evitar arquear la espalda y gemir. Lo quiero en todas partes.

—Sabía que tus gemidos se convertirían en uno de mis sonidos favoritos.

Sus palabras y sus dedos deslizándose por debajo de mis bragas hacen que casi me incendie de deseo y, cuando acaricia mi clítoris, un gemido escapa de mí todavía con más fuerza. Carson se apodera de él con un beso y nuestras lenguas se entrelazan mientras uno de sus dedos se introduce en mi interior, tanteándome.

Entretanto, su otra mano acaricia mi muslo; el contacto me eriza la piel. La forma en que me besa, como si mis besos fueran lo más preciado en este mundo para él, como si no hubiese respirado tranquilo hasta encontrarlos, como si no existiera nada más allá de nosotros y esta cabaña, provoca que sienta que realmente somos lo único que importa. Pero, de repente, noto que se pone rígido y se aparta un poco.

—¿Estás bien? —le pregunto al tiempo que le paso una mano por el pelo. Me mira con los ojos brillantes, con duda e inseguridad.

—Nunca he estado con alguien que no fuera Julie.

Lo beso ligeramente en los labios.

—¿Quieres que paremos?

—No, no es eso..., es que quiero hacerte lo que a ti te guste, Oli.

Su vulnerabilidad consigue que mi corazón se estremezca. Le acaricio la mejilla.

—Ibas muy pero que muy bien. Yo te iré diciendo lo que me gusta y tú debes hacer lo mismo por mí.

Vuelvo a guiar su mano entre mis piernas y él acaricia mi punto más sensible, haciendo que mi deseo crezca todavía más.

—Dios, estás tan lista para mí...

—Te he dicho que ibas muy bien —respondo con un gemido ahogado. Me inclino para besarlo de nuevo, intentando transmitirle seguridad. Elevo las caderas para presionar más contra su mano y él me atrae todavía más hacia él, lo que hace que nuestros pechos entren en contacto.

—Te estaba esperando y ni siquiera lo sabía, Huracán.

La sonrisa que se apodera de mi rostro es una de las más genuinas de mi vida. Porque Carson, nosotros, es justo lo que necesitaba, porque yo lo estaba buscando y tampoco lo sabía. La pasión con la que siento a su alrededor parecía haberla olvidado, perdido, y haberla recuperado hace que no quiera soltarla nunca más.

—Ya te he encontrado —contesto con la emoción palpable en mi voz—. Me has encontrado.

Carson atrae de nuevo mi rostro al suyo y me besa como si fuéramos dos piezas que por fin encajan a la perfección, dos piezas que, sin saberlo, siempre se han necesitado y que por fin están en casa. Cuando Carson y yo nos unimos en esta cabaña en medio de la nada, además de un placer como ningún otro siento que puedo con esto, que quiero recibir todo lo que la vida me tiene preparado, y que quiero hacerlo a su lado.

Capítulo 53



Carson

Nada más abrir los ojos, busco a Olivia. Está tumbada boca abajo a mi lado abrazando su almohada. La sábana le llega solo hasta la cintura. Le aparto la melena negra de la espalda y la acaricio con dulzura. Es tan suave, tan perfecta...

—Humm...

—Buenos días.

Le doy un suave beso en la nuca.

—Humm... —vuelve a remolonear.

Es la primera vez que la veo tan tranquila y relajada por la mañana; no hay signos de ansiedad ni malestar, así que decido dejarla dormir un poco más.

—Voy a hacer el desayuno, tú quédate aquí.

Pero cuando aparto la sábana para levantarme, Olivia se gira rápidamente y me atrapa, pasando un brazo y una pierna por encima de mí.

—Todavía no —murmura sin abrir los ojos aún.

No puedo evitar sonreír y acariciarle el pelo.

—Pero tengo hambre.

—Me da igual. Siempre te levantas corriendo para trabajar, hoy podemos quedarnos aquí los dos...

No hace falta que diga nada más para convencerme. La rodeo con ambos brazos y suspiro. Nunca pensé que volvería a experimentar

primeras veces, siempre creí que mis únicas primeras veces serían con Julie porque éramos para siempre. Sin embargo, Oli ha llegado a mi vida y la ha puesto patas arriba. Pienso en cómo me sentí ayer, enterrado en ella por primera vez. En lo diferente que fue, en la libertad que sentí, en cómo pensé que quería ser libre con ella. Y lo más extraño es que sigo esperando la ola de culpabilidad y dolor, de todos estos sentimientos que me han estado asfixiando las últimas semanas. Pero no llega, y me alegro. Esto es lo que quería conseguir viniendo aquí, disfrutar de Olivia sin sentir a Julie a cada momento. Espero poder seguir haciéndolo cuando volvamos porque esta cabaña es una burbuja en la que no podemos quedarnos a vivir. De todos modos, aunque soy consciente de ello, intento no darle demasiadas vueltas porque por primera vez en mucho tiempo tengo esperanza.



El día acaba siendo todo lo que necesitamos. Después de pasar gran parte de la mañana remoloneando juntos en la cama y luego salir a dar una vuelta por los alrededores, ahora volvemos a estar tumbados en el césped, como el día que llegamos. Oli me cuenta historias sobre su familia, sobre su hermano, sobre cómo es su vida en Barcelona. De este modo descubro que es profesora, algo que me sorprende; que su color favorito es el verde oscuro; que prefiere ver el atardecer al amanecer, y que la comida que más le chifla son los espaguetis con tomate y mantequilla, pero no por su sabor, sino por los recuerdos que le traen. Su abuelo se los hacía para cenar siempre que ella e Ian se quedaban a dormir en su casa, así que le recuerdan su infancia y esa inocente felicidad. En cierta manera la transportan a una época en la que todo era perfecto. También me cuenta cómo pasó su veintiocho cumpleaños metida en su piso sin darse cuenta de qué día era, al menos hasta que su mejor amiga, Emma, irrumpió en su casa con un pastel y una bolsa llena de regalos.

—¿Por qué no me hablas de Emma? Al fin y al cabo, esta chica se ha autoinvitado a pasar una semana en mi rancho y te ha traído a ti de más uno —digo con tono divertido, esperando animarla, ya que la conversación la ha ido entristeciendo.

Parece que funciona porque, aunque sus ojos están cargados de lágrimas que se permite llorar, empieza a esbozar una sonrisa.

—Y qué más uno tan increíble mandó, ¿eh? —responde dándome un codazo juguetón.

—La mejor.

Le coloco el brazo por debajo de la cintura y la levanto hasta colocarla a horcajadas encima de mí. Le seco las pocas lágrimas que todavía le quedan en la mejilla y ella me besa la mano.

—Emma y yo somos muy distintas, somos todo lo contrario. Mi amiga es fuerte, decidida, tiene las ideas muy claras y nunca permite que nadie se aproveche de ella. Es buena, fiel, inteligente y guapa.

—Pues no entiendo dónde ves tú la diferencia entre ambas —comento realmente confuso—. Yo veo en ti todas esas cualidades y, a medida que te voy conociendo, incluso alargaría esa lista.

Sus mejillas se tiñen de rojo y baja la mirada avergonzada.

—Yo no soy tan fuerte como Emma. Ella ha pasado por cosas que nadie debería pasar.

—Tú también.

—Sí, pero no es lo mismo. Ella no se habría tirado casi un año sin salir de casa, no tendría los ataques que tengo yo ni se pasaría el día llorando.

¿Así ha sido la vida de Oli antes de llegar al rancho? No puedo evitar pensar en lo mal que la traté cuando apareció y me odio por ello. Porque Olivia se merece todo el cariño y la comprensión que pueda darle. Tal vez hasta ahora no haya sabido cuál era su color favorito o su profesión, pero sé que lucha todos los días para seguir adelante, igual que yo; que siempre que está enfadada se le hincha una vena de la frente de tal forma que parece que va a estallar o que es tan considerada y generosa que siempre me da el último trozo de comida de su plato. Sé cómo me siento al hacerla reír, lo adictivo que es, y cómo es besarla y no querer parar jamás..., y es

posible que también empiece a saber lo que es querer a Olivia, por mucho que me aterre siquiera pensarlo.

—Mira, no sé qué puede haberle pasado a Emma para que hables así de ella, pero eso ahora mismo no me importa. Que ella procese el dolor a su manera no significa que sea mejor o peor que la tuya, Oli. Yo creo que eres una de las personas más fuertes y con más ganas de vivir que conozco. —Le doy un beso en la nariz—. Te recuerdo que has viajado a la otra punta del planeta porque no te has dado por vencida, yo sí lo hice. Hasta que no te presentaste en mi puerta y te negaste a irte, no fui capaz de mirar más allá de mi dolor.

—Bueno, me obligaron a venir.

—Eso no es cierto: te dieron la opción y tú fuiste lo suficientemente valiente como para aceptarla.

Pasa una mano por mi frente y mi mejilla. La calidez de su gesto, el cariño que lo acompaña, provocan que se me acelere el corazón. Siento la necesidad de tocarla, de transmitirle todo lo que me hace sentir, lo importante que es para mí.

La atraigo y la beso; las ansias de tenerla cerca son casi insoportables. Pienso cosas que no tengo derecho a pensar, como que es mía, ahora y siempre; que nadie más la tendrá como la tengo yo; que estará aquí para siempre. Que estaré a su lado día tras día para protegerla, para quererla, porque es mía y solo mía. Me lo digo a mí mismo mientras le quito la ropa con desespero; mientras noto sus uñas clavándose en mi carne; mientras le agarro las caderas, el pecho, el culo; mientras recorro cada centímetro de su cuerpo con las yemas de los dedos para no olvidarlo jamás; mientras la beso con ímpetu, mordiendo, lamiendo y succionando, para sentirla por todas partes porque nunca será lo bastante cerca. Más, quiero más.

La cojo por la espalda y la tumbo sobre la manta, colocándome encima de ella, ya del todo desnuda para mí. La miro un segundo de arriba abajo; es tan bonita, tan perfecta... No sé qué haré después de ella, pero ahora mismo no me importa.

Le beso el cuello repetidamente y desciendo hasta llegar a sus pechos. Me meto uno en la boca y le muerdo un poco el pezón al tiempo que le separo las piernas con la otra mano y voy directo

hacia donde más le gusta. Olivia eleva la pelvis para presionar mi mano y arquea la espalda para estar más cerca de mí. Me encanta verla disfrutar así y saber que soy la causa de su placer.

Está tan mojada que no puedo evitar bajar a probarla.

Capítulo 54



Olivia

Carson es como mi cura definitiva. Cuando estoy con él nada me preocupa, nada me atormenta. Puedo estar sumida en mis pensamientos más oscuros que, cuando él viene y me toca, desaparecen como por arte de magia.

Me agarra las caderas y me prueba, y el placer es tan intenso que de inmediato echo la cabeza hacia atrás y gimo. Me devora como si hubiese estado muriéndose de hambre durante años, y yo lo dejo hacer encantada. Enredo las manos en su pelo y grito su nombre, con las montañas como único testigo. Cuando por fin noto cómo se forma mi orgasmo, Carson aumenta la presión y entonces me pierdo en el éxtasis que recorre mi cuerpo, electrizante.

Carson sube para besarme y me coloco encima de él, su erección llenándome por fin.

—No sabes cuánto te necesito —jadea contra mi boca, volviéndome loca.

Muevo las caderas, controlando el ritmo mientras él muerde mi hombro, mis pechos, mis labios; mientras agarra mi culo con manos firmes. No me detengo hasta que ambos llegamos al final..., agotados, felices, juntos.

Capítulo 55



Olivia

Estoy cortando el huevo duro para la ensalada de pasta mientras Carson desensilla los caballos después de la excursión de esta mañana. La ventana está abierta, la brisa veraniega me aparta el pelo húmedo de la cara y el canto de los pájaros me hace compañía. Me he puesto una camiseta de Carson para estar más cómoda.

Soy feliz. Aquí y ahora, soy feliz. No sé en qué momento me he dado cuenta, si cuando Carson me ha hecho suya en la orilla del lago después de bañarnos otro día más, cuando hemos vuelto los dos juntos a lomos de *Whisky* porque no queríamos montar separados o cuando lo he visto andar con los caballos hacia el cercado sabiendo que ahora volvería a mí y comeríamos tranquilamente apartados de todo. Solos él y yo. No sé cuándo ha sido, pero, una vez que me he dado cuenta, me ha invadido el miedo; miedo por perder esta felicidad tan frágil. La gente da por sentada la felicidad cuando la ha tenido siempre, y es en el momento en que la pierde cuando valora su rareza, su escasez a lo largo de la vida. Y yo la he encontrado con Carson y no quiero soltarla.

Pongo el huevo partido en el bol y empiezo a cortar la cebolla. En ese instante Carson entra en la cabaña y me ve llorar.

—Huracán, ¿qué pasa?

Se acerca preocupado y me abraza por detrás.

—Que estoy cortando cebolla. —Río y lloro.

—¡Oh...! —exclama aliviado—. Puedo encargarme yo si quieres.

—No te preocupes, no hace falta que lloremos los dos. —Cojo la segunda mitad para acabar cuanto antes—. Ojalá tuviera aquí mis gafas de piscina.

—¿Tus gafas de piscina?

Su confusión es adorable.

—Claro, me las pongo para cortar cebolla y evitar llorar. Es un truco que me enseñó mi padre, era un genio.

—Eso es...

—¡Carson, Olivia!

La voz de Savannah nos sobresalta y yo dejo el cuchillo en la encimera de golpe.

—Pero ¿qué...? —Carson me suelta y ambos corremos a la puerta.

Savannah está bajando de uno de los caballos del rancho y parece muy estresada. Se acerca corriendo a nosotros.

—Han *rabadao ajsprit* —jadea incomprensiblemente.

Carson pone las manos en los hombros de su prima.

—Cálmate, respira y luego habla, porque no he entendido nada de lo que acabas de decir.

Savannah coge aire un par de veces, tiene los ojos húmedos.

—Alguien ha robado a *Spirit* esta noche. Cuando he ido a darle de comer esta mañana, no estaba. Luke está en el rancho ahora, hemos llamado a la policía.

Como he dicho antes, la felicidad es algo muy frágil que puede esfumarse en un segundo.

Capítulo 56



Olivia

Paso los siguientes dos días algo disociada. Estamos haciendo todo lo posible por recuperar a *Spirit*.

Savannah, Carson y yo bajamos de la montaña lo más rápido que pudimos y nos pasamos todo el día buscando, igual que Luke, quien finalmente lo encontró en la propiedad de los Moore, la familia de la que fue rescatado en un principio. Resulta que el hijo más joven, que tendrá unos veinticinco años y que no tiene antecedentes, no está en la cárcel y, cuando la familia se enteró de que *Spirit* estaba en el rancho, lo enviaron a buscarlo. Ahora se niegan a devolverlo, alegando que es suyo. Carson me ha dicho que no me preocupe, que en menos tiempo del que creo conseguirá traerlo a casa.

Espero que tenga razón porque solo con imaginarme a *Spirit* allí, siendo maltratado de nuevo, me entran ganas de llorar, gritar y pegar a todos esos desgraciados de la rabia que siento. Mi caballo, al que le dan miedo los hombres por su culpa, al que le ha costado cerca de dos meses acostumbrarse a nosotros y sacar su personalidad más cariñosa, está encerrado con las personas que le provocaron sus traumas y problemas de conducta.

De todos modos, Emma llega hoy y Carson me ha dicho que debo centrarme en eso mientras él se encarga de *Spirit*, así que estoy en

el porche esperando a que aparezca Savannah para ir juntas al aeropuerto a recoger a mi amiga.

Cierro los ojos con fuerza, transportándome al lago con Carson, a la cocina, a sus brazos alrededor de mi cintura..., mi sitio ideal.

Un claxon me saca de mis pensamientos. Savannah me saluda desde el asiento del conductor. Cojo la pancarta que hice ayer corriendo para Emma, en la que pone BIENVENIDA A WYOMING, y me dirijo a la camioneta.

—¡Me muero de ganas de conocer a Emma! —grita Savannah a modo de saludo cuando entro en el vehículo.

Me siento algo culpable porque, con todo lo que ha ocurrido, por mucho que me haga ilusión ver a mi mejor amiga, no estoy demasiado animada, pues ahora mismo mi mente está puesta en las negociaciones entre Carson y los Moore. Bueno, por eso y porque que Emma esté aquí significa que se inicia la cuenta atrás para volver a Barcelona; de repente mi regreso es muy real, y está más cerca de lo que puedo procesar.

—Estoy segura de que os llevaréis genial —respondo mientras me abrocho el cinturón.

Intento sonar contenta, pero tengo la sensación de que no lo logro porque Savannah añade:

—Carson conseguirá recuperar a *Spirit*, ya verás.

—Lo sé.

—Entonces ¿qué te tiene tan apagada?

—Todo. *Spirit*, Carson... Él y yo por fin estábamos conectando, pero, desde que subiste ayer a avisarnos de la desaparición del caballo, está un poco frío conmigo.

—No es nada personal... Mi primo no sabe compartir su sufrimiento, así que, cuando algo lo estresa, lo preocupa o lo entristece, se encierra en sí mismo para no afectar a los demás. Estoy segura de que, en cuanto se solucione el tema de *Spirit*, volverá a estar igual que antes de que se lo llevaran.

—Puede ser —digo con un suspiro—, aunque me gustaría que compartiera su angustia conmigo en vez de apartarme. Carson está ahí para mí cuando yo lo paso mal y lo justo sería que me dejara hacer lo mismo por él.

—Lo entiendo, y sé que al final lo conseguirás, pero las malas costumbres no cambian de un día para otro. Solo necesitas algo de tiempo.

Pero no tenemos tiempo y eso es algo de lo que, a pesar de que me aterra, tendremos que hablar pronto.

Capítulo 57



Carson

Liam Moore, el más joven de esta familia de desalmados, me mira con chulería. Recuerdo que solía ir a clase con Violet hasta que abandonó el instituto para dedicarse al «negocio» familiar.

Sus ojos verdes me retan con soberbia, igual que esa postura prepotente, con sus brazos tatuados cruzados sobre el pecho de manera perezosa. Lleva una gorra puesta hacia atrás que le tapa casi por completo su pelo negro corto. Puedo adivinar la forma de una pistola bajo su pantalón, pero eso no me resulta sorprendente; no cuando sé perfectamente con qué clase de calaña estoy tratando.

—Ya te lo he dicho, Dallas, voy a vender el caballo —suelta masticando chicle.

—Y yo ya te he dicho que me lo vendas a mí.

—No puedes pagarlo —responde con una risa socarrona.

—Eso lo decidiré yo, dame un precio.

Tengo que recuperar a ese caballo como sea, ya no solo porque no puedo soportar el maltrato animal, sino también por Olivia. Oli y *Spirit* tienen una conexión especial y voy a hacer lo que sea por llevármelo de nuevo a casa.

Cuando Liam nos dice el precio, Luke, quien se ha empeñado en acompañarme, me dirige una mirada significativa. No tenemos ese dinero, no después de la operación a corazón abierto de mi padre. Podríamos reunir la mitad, pero no más..., a no ser que añada a esa

suma lo único que poseo de valor, y entregar eso significaría entregar parte de mí, y no me lo perdonaría jamás.

Capítulo 58



Olivia

Cuando entramos en el aeropuerto, lo primero que veo es a Emma como pez fuera del agua. De pronto me acuerdo de lo rápido que me reconoció Eleanor cuando vino a recogerme; debía de desentonar tanto como mi amiga. Enfundada en un chándal gris de marca, agarra el asa de su maleta Louis Vuitton con una mano mientras sujeta el móvil contra la oreja con la otra. Su mirada se esconde tras unas gafas de sol anchas, aunque, a medida que se acerca, voy descubriendo sus muecas de molestia mientras mantiene una conversación que parece poco agradable.

Como no está prestando atención, cuando Savannah la embiste con un abrazo no está preparada.

—¡Joder! —grita sorprendida en español.

—¡Hola, soy Savannah! —exclama la chica mientras sigue achuchándola. Emma se queda tiesa como un palo con cara de susto —. Me alegro muchísimo de conocerte, Oli no para de hablar de ti.

Eso parece sacar a Emma de su estupor y mira hacia mí directamente, aliviada al verme. Le da un par de palmaditas incómodas a Savannah en la cabeza. Emma mide un metro setenta y cinco, Savannah apenas le llega al pecho.

—Encantada de conocerte —responde Emma ya en inglés, con una sonrisa algo forzada.

No puedo evitar reír porque sé muy bien lo mucho que Emma evita el contacto físico. Lo evita hasta conmigo, que soy su mejor amiga desde que éramos pequeñas.

Llego a su lado y aparto un poco a Savannah de Emma para liberarla.

—Vale, vale, me toca a mí, Savannah.

—¡Uy! Claro, claro, perdón —contesta moviéndose rápidamente—. Me he emocionado.

—Esto es para ti —le digo en español, aunque le pido que hablemos en inglés a partir de este momento porque no hacerlo sería de mala educación de cara a Savannah. Le enseño la pancarta a Emma con una sonrisa—. Lástima que tu vuelo ha llegado con antelación y ni siquiera nos ha dado tiempo a desplegarla.

—Un poco cutre, ¿no, tía? —comenta examinándola con una ceja alzada.

—Un poco.

Me la quita de las manos y me pasa el otro brazo por los hombros.

—Me encanta —añade mientras me aprieta ligeramente contra ella—. Te he echado de menos, Oli.

—Lo mismo digo. —Paso un brazo por la parte baja de su espalda con una sonrisa.

En este momento soy muy consciente de lo mucho que la he añorado y de todo lo que tengo que contarle y sobre lo que quiero pedirle su opinión; también de cuánto necesito tener por fin a alguien que me conozca más que Carson por aquí. Será mi compañera y confidente en tierra extraña.

Bueno, en realidad eso último es mentira; esta no es una tierra extraña para mí, ya no.

—Oye, ¿y ahora qué? —pregunta Emma resuelta, como siempre.

—¡Ahora vamos al rancho y te lo enseñamos! —vuelve a gritar Savannah demasiado emocionada.

—Exacto. ¿Quieres ver a dónde me enviaste a pasar tres meses?

—Por supuesto, llevo esperando esta semana todo el verano. ¿Por qué crees que te mandé aquí? —Coge la maleta del asa y

empezamos a andar hacia la camioneta—. Evidentemente, para tener una excusa para visitar Wyoming.

—Pues claro, ¿por qué otra razón ibas a hacerlo si no?

—Exacto.

—¿Hablas en serio? —pregunta Savannah sin dar crédito.

Emma y yo nos miramos, tentadas de tomarle el pelo, pero esta chica es demasiado adorable como para hacerle eso.

—Claro que no, las vacaciones aquí son solo un plus.

Cuando llegamos a la camioneta cargo la maleta de Emma atrás y emprendemos el mismo camino que hice yo con Eleanor el primer día que pisé este país. Hasta que llegamos al rancho, Savannah se encarga de ir explicándole a Emma todo lo que vemos por la ventanilla con la mayor felicidad del mundo mientras ella le hace un montón de preguntas al respecto. Se llevarán de maravilla. Estaba segura de que iba a ser así, pero confirmarlo me resulta un alivio. Mi mente, mientras ellas hablan, está con Carson y *Spirit*. Me muero de ganas de ver qué ha pasado.

Capítulo 59



Olivia

Cuando llegamos al rancho, las furgonetas de Carson y de Luke están aparcadas en la entrada.

—Ve a buscarlos —me susurra Savannah—, yo ayudaré a Emma a instalarse.

Cojo sus manos entre las mías.

—Muchas gracias. —A continuación me giro hacia Emma—: Vendré lo antes posible. Savannah te va a acompañar, luego te cuento.

No me quedo para oír su respuesta y salgo corriendo hacia los establos, pues Luke y Carson estarán allí seguro.

Los encuentro sentados en la valla, tomándose una cerveza. No me ven ni me oyen acercarme, pues están sumidos en su conversación.

—Has hecho bien —le está diciendo Luke.

Carson no responde y su amigo le da una palmada reconfortante en la espalda. Carraspeo para que se den cuenta de que estoy aquí.

—¿Qué ha pasado? —pregunto ansiosa—. ¿Lo habéis conseguido?

Bajan de la valla y puedo ver lo que se ocultaba detrás de ellos: *Spirit* pastando tranquilamente.

Se me escapan unas lágrimas de alivio y alegría y entonces Carson me abraza y las atrapa con el dedo.

—Está sano y salvo. Cuando lo hemos traído estaba bastante inquieto, pero parece que ya está más calmado —dice mientras me acaricia la espalda, serenándome.

—¿De verdad dudabas de nosotros, Oli? —me plantea Luke con una sonrisa de oreja a oreja—. Qué poca fe, mujer.

Río y lloro a la vez, nerviosa.

—¿Cómo lo habéis hecho?

Me parece notar que Carson se tensa levemente durante un segundo, pero no sé si son imaginaciones mías.

—No te preocupes por eso, lo importante es que está aquí. —Antes de que pueda indagar más, continúa—: ¿No quieres ir a saludarlo?

—Sí, sí, claro.

Tan pronto como salto la valla, *Spirit* viene directamente hacia mí y no se detiene hasta pararse a mi lado. En cuanto le acaricio el cuello y compruebo que está bien, respiro tranquila.

—Ya estás en casa, pequeño —susurro.

Y aunque estoy feliz y aliviada por él, siento un poco de envidia por no poder llamar «casa» al rancho yo también.

Capítulo 60



Olivia

Estoy acariciando a *Spirit* cuando oigo la voz de Emma.

—¡Tía, parece salido de tu taza!

Le doy una última palmadita al animal en el cuello.

—Mañana vuelvo, te lo prometo. Tú, mientras tanto, disfruta del campo con *Whisky* y *Jax*, ya nadie te sacará de aquí, bonito.

Salto la valla en la que Carson ha vuelto a sentarse mirando hacia *Spirit* y dándole la espalda a Emma. Luke, sin embargo, casi se cae al girarse para mirar a Emma de arriba abajo. Pega un salto y la intercepta, tendiéndole la mano.

—Soy Luke y tú, señorita, eres preciosa. —Mientras pronuncia eso le dedica a Emma una de sus sonrisas más deslumbrantes.

—Dios santo... —oigo murmurar a Carson.

Mi amiga se queda observando la mano de Luke y luego le dedica el semblante que denota más aburrimiento de su repertorio.

—Guau, muchas gracias por tu opinión no solicitada y, por supuesto, irrelevante.

Reprimo una sonrisa; Luke no sabe dónde se está metiendo.

—¿Has oído eso, Dallas? —vuelve a hablar aquel sin apartar los ojos de Emma—. Parece que la chica muerde, me gusta.

Le guiña un ojo y ella pone los ojos en blanco.

—Emma, este es Luke, el mejor amigo de Carson. Es buen tío, lo prometo.

—Seguro que sí —dice pasando al lado de este e ignorando por completo su mano tendida.

Por un momento pienso que viene hacia mí, pero luego me doy cuenta de que estoy equivocada. Emma se apoya en la valla junto a Carson y le ofrece la mano.

—Emma, encantada de conocerte.

Carson se queda mirando su mano y se la estrecha.

—Un placer, Olivia me ha hablado mucho de ti.

Emma ríe satisfecha.

—Estoy segura de que sí. A mí me ha hablado mucho de ti también, vaquero sexy.

Pasan tres cosas a la vez. A Carson se le desencaja la mandíbula de la sorpresa, Luke rompe en una carcajada que parece no poder parar y a mí me entran ganas de asesinar a mi mejor amiga.

—¡Emma!

—Tío, entre «osito de peluche» y «vaquero sexy», estas dos mujeres me están dando munición contra ti de por vida.

—Cállate, Luke —decimos Carson y yo al mismo tiempo, yo riendo y Carson refunfuñando.

—Bueno, yo creo que hoy tendríamos que salir a celebrar que Emma ha llegado a Wyoming y que *Spirit* está en casa —sugiere Savannah muy animada apareciendo de la nada.

—Estoy muy de acuerdo contigo —secunda Luke.

—Tengo algo de *jet lag*, pero me encantaría pasar una noche en el bar del que me hablaste, Oli.

A pesar de estar muy cansada a nivel emocional después de estos últimos días y de querer desesperadamente estar a solas con Carson, acepto salir.

—Yo me quedaré aquí, hay que prepararlo todo para mañana. Volvemos al horario de siempre.

—Venga ya, Carson, no seas muermo. Ven aunque sea solo un rato —le insiste Luke al tiempo que le da un leve puñetazo en el hombro.

Le cojo la mano a Carson; no quiero ir sin él y creo que, si se relaja un poco, quizá volvamos a acercarnos como antes de regresar de la cabaña.

—Ven un rato, nunca he ido a ese bar contigo y puede ser divertido —le pido.

Carson me mira a los ojos y puedo ver que algo no va bien, pero me acaricia la mejilla y acaba accediendo con una sonrisa dulce que no le llega a los ojos.

—De acuerdo, pero solo un rato corto.

—¡Genial! —celebra Luke saltando sobre la espalda de Carson y haciendo que este dé un traspié.

—Suéltame —gruñe Carson muy en su estilo.

—Estos dos son polos opuestos —me susurra al oído Emma después de acercarse a mí.

—Lo sé, pero, por extraño que parezca, son el dúo perfecto.

Capítulo 61



Carson

Observo a Luke desde la barra; está jugando una partida de billar con Emma y se ha acercado a ella para enseñarle, pero la chica le dirige una mirada que sin duda dice «Apártate». No sé por qué, pero tengo la sensación de que esos dos pronto se llevarán mejor.

Unos brazos rodean mi cintura y alguien apoya la cabeza en mi espalda.

—¿Cómo estás?

—Eso debería preguntártelo yo. —Me giro y la abrazo, y Olivia apoya la cara en mi pecho—. La última vez que estuviste aquí, no hace mucho, pasó lo que pasó.

—Sí, pero la última vez no te tenía a ti. —Esa frase me hace sentir como una mierda, sobre todo desde que le di mi bien más preciado a Moore a cambio de *Spirit*. Eso me ha afectado y ha hecho que sienta la necesidad de apartarme de Olivia de nuevo—. Ni a Luke, ni a Savannah y, desde luego, no tenía a Emma. —Hace una pequeña pausa pensativa antes de añadir—: Aunque al menos estaba Nick.

No puedo evitar soltar un bufido de disconformidad.

—Carson, ¿por qué detestas tanto a Nick? —pregunta separándose de mí ligeramente para mirarme a los ojos—. Y no me digas que es por nuestra cita porque le tienes manía desde mucho antes de que yo llegara.

—Es por Savannah.

—¿Savannah? —Olivia alza las cejas denotando asombro—. Pero si es su mejor amigo...

—Ese es el problema. Savannah lleva años enamorada de Nick.

—¡¿Qué?! —Oli se separa de mí del todo—. ¿Y por qué no me avisaste? Si lo hubiese sabido, no habría salido con él.

—Porque Savannah lo niega. Se acostaron una vez cuando éramos muy jóvenes, fueron la primera vez de cada uno.

—Te mato. Yo te mato. ¡Eso es un dato muy importante!

—La cuestión es que Wallace hizo ver como que no había ocurrido y empezó a ser el ligón rompecorazones que conoces. Savannah lo pasó fatal, pero decidió imitarlo y simular que no había sucedido nada para poder continuar su amistad con él. Desde entonces dice que lo ha superado, pero yo sé que le duele ver como Nick se va con otras. Por eso odio que siga por aquí.

Olivia me está mirando boquiabierta, pero con los ojos llenos de ira.

—¡¿Por qué no me has contado esto antes?!

—Porque no me lo habías preguntado.

—¡Mira...!

Coge aire y lo suelta lentamente, esforzándose por calmarse, con la vena de su frente bien hinchada, y yo intento no reír.

—De acuerdo, no pasa nada, todo está bien. Voy a ir a disculparme con Savannah.

La cojo de la muñeca antes de que pueda dar un solo paso.

—Ni se te ocurra, Huracán. Esto no se lo puedes decir a nadie. Si Savannah se entera de que te lo he explicado, se cabreará conmigo.

—Bueno, vale. ¿Hay algo más que deba saber?

«Sí.»

—No.

—¿Me lo prometes?

—Te lo prometo.

Sello mi mentira con un beso que me devuelve, hambrienta. Odio lo mucho que la deseo y lo mucho que me confunde, especialmente después de lo que ha pasado hoy. Necesito espacio, necesito pensar, y al mismo tiempo tengo que obligarme a despegarme de ella

porque me encantaría volver a notar su lengua entrelazada con la mía, mis manos recorriendo sus muslos, su culo...

Finalizo el beso y le doy otro en la frente.

—Voy a ir tirando ya para casa, mañana tengo mucho que hacer.

—¿Quieres que vaya contigo? Si hay mucho que preparar...

—No, no —me apresuro a contestar—. Parece que Emma se lo está pasando bien y, además, mañana es su primer día completo aquí, deberíais disfrutarlo. Cógete el día libre, no te preocupes.

La beso rápidamente y me doy la vuelta para marcharme, seguro de que, si no lo hago ahora, me quedaré con ella..., y no puedo hacer eso, debo ordenar mis ideas.

—Nos vemos mañana, Luke os llevará a casa.

—Vale...

Sé que no está del todo convencida, que nota que algo ha cambiado, pero sigo siendo un cobarde y no me atrevo a contárselo.

Capítulo 62



Carson

Me tomo más tiempo del habitual para llegar al rancho, conduciendo tranquilo por esta carretera desierta de noche.

Dejo divagar mi mente, intentando centrarme en la mujer de mi vida. Algo que debería ser sencillo, automático, se ha convertido en casi un imposible. Hay momentos en los que la imagen de Julie me viene a la cabeza nítida, real, prácticamente como si la hubiese visto ese mismo día. Pero hay otros, cada vez más frecuentes, en los que Olivia ocupa todos mis pensamientos.

Sigo sin creerme que haya sido capaz de haber pagado ese precio solo para que Olivia se reuniera con un caballo al que dejará atrás en menos de una semana, igual que a mí. No puedo creer que haya traicionado a Julie de esta forma.

Cuando Olivia y yo subimos a la cabaña, hubo un momento en el que creí que sería capaz, que podría pasar página con ella, que solo necesitaba tiempo..., pero entonces llegó Savannah y me devolvió a la realidad de un plumazo. Porque no tenemos tiempo; la vida no se detiene, por mucho que queramos. Nada ha cambiado. Olivia se va, yo me quedo y ambos estamos rotos. He sido un imbécil por siquiera considerar que podría ser de otra manera, que todo podía cambiar.

En cuanto llego a mi habitación, saco la caja de debajo de la cama y me pongo a escribir, porque escribir a Julie ha sido lo que me ha mantenido cuerdo hasta ahora.

Capítulo 63



Olivia

Lo veo salir del bar y no puedo quitarme de encima la sensación de que algo va mal. Quiero pensar que es debido al estrés de estos dos últimos días con el problema de *Spirit*, la llegada de Emma, el hecho de que nos hayan visto juntos todos nuestros amigos... En todo caso, sea lo que sea, vamos a tener que hablarlo, me niego a estar sin saber qué le ocurre.

Si soy sincera conmigo misma, yo también estoy enormemente alterada. Ya no solo por lo que ha pasado hace poco, sino también por lo que sucederá en breve. Tengo que volver a casa, tengo que volver a mi vida, y la ansiedad me ahoga de tal manera cada vez que pienso en ello que llevo días aparcando la realidad. Pero que la aparque no significa que no exista, que no deba retomar una vida en la que mi familia ya no está. Tengo que regresar a mi apartamento, al que sé que nunca más llamarán mis padres o nunca más vendrá mi hermano a pasar un fin de semana cuando necesite algo de libertad. Tengo que regresar al trabajo sabiendo que nunca más podré pedirle consejo a mi madre sobre alguno de mis alumnos. También volveré a mi cafetería habitual, donde nunca más tomaré un café con mi padre para hablar de nuestras cosas..., y un millón de etcéteras que se han convertido en un tormento constante.

Porque siempre me preguntaré por qué ellos sí y yo no. Por qué no morí con ellos, por qué me he visto obligada a quedarme aquí sola.

Pero no estoy sola. Tengo a Emma y, aunque haya sido por poco tiempo, también a Carson, Savannah, Luke y Nick.

—¿Dónde está tu vaquero?

Mi amiga me sorprende pasando un brazo por mis hombros, claramente borracha.

—Se ha ido a casa, mañana hay mucho lío en el rancho.

—Humm.

—¿Qué ocurre?

—Nada.

—Mentira, dime qué piensas.

—Simplemente me asombra que estés con alguien tan serio.

—No es serio, es... Bueno, vale, es serio, pero también una persona increíble. Ha pasado por muchas cosas, eso es todo.

—Pero tú también, Oli. —Me abraza del todo—. Solo quiero que te asegures de que es lo que te conviene. Estoy convencida de que es buen tío, pero me preocupo por ti.

—Y te quiero por eso, Ems —respondo devolviéndole el abrazo—. Pase lo que pase, estaré bien.

—¿Estás segura?

Lo pienso con detenimiento antes de contestar, pero, cuando lo hago, es con toda la verdad.

—Sí. Puede que tarde un poco, pero voy a estar bien. Ahora lo sé.

—Yo siempre lo supe, eres la persona más fuerte que conozco, Oli.

—Te he echado mucho de menos, Ems.

—Yo muchísimo más. Barcelona es una mierda sin ti, estoy deseando que vuelvas.

No soy capaz de decirle que yo me muero de ganas de regresar porque, hace muchísimos años, Emma y yo prometimos no mentirnos nunca y jamás he roto ni romperé esa promesa.

Cuando dos horas después Savannah estaciona en la entrada del rancho porque Luke ha acabado demasiado bebido para conducir, ya tengo ganas de irme a acostar.

—Dormiré en el sofá —balbucea Luke.

—¿Te vas a quedar aquí? —pregunta Emma, horrorizada.

—¿Algún problema?

—Nadie me dijo que ibas a estar con nosotros permanentemente.

—Pues haberte informado mejor, cariño. Donde está Carson, estoy yo, y donde está Olivia, está Carson.

No me queda energía ni para disfrutar de sus rifirrafes, así que, desabrochándome el cinturón y abriendo la puerta, me despido de ellos.

—Haced lo que queráis, yo me voy a dormir, chicos. Hasta mañana. —Me giro para darle un abrazo a Savannah—. Gracias por traernos, y mándame un mensaje cuando llegues a casa para saber que lo has hecho sana y salva.

—Claro. Buenas noches, Oli.

Cuando subo las escaleras dudo un segundo delante de la puerta de la habitación de Carson. Lo que realmente me apetece es entrar y meterme en la cama con él, que me rodee con los brazos, respirar su aroma..., pero es la primera noche de Emma aquí y quiero que pueda venir a buscarme a mi cuarto si necesita cualquier cosa sin molestar a Carson. Por eso, al final me decanto por meterme en mi propio dormitorio, en mi propia cama.

En cuanto me tumbo y me tapo con las sábanas, el alcohol que he bebido hace que me suma en un sueño profundo hasta la mañana siguiente.

Capítulo 64



Olivia

Cuando me despierto por la mañana, un brazo me rodea la cintura e inmediatamente sé que no es Carson. Emma está dormida con la boca abierta y babeando sobre mi almohada.

Me duele la cabeza y la boca me sabe a mierda, así que me tambaleo hasta el baño, donde me lavo la cara con agua bien fría para intentar despejarme y luego me lavo los dientes.

Al salir busco mi móvil y me encuentro con un mensaje de Carson.

> Pasaré todo el día fuera liado con rutas.
> No te preocupes por mí y pásalo muy bien con Emma. He dejado a Jax en el rancho por si os apetece salir a cabalgar. Te veo por la noche, Huracán.

Suspiro decepcionada al constatar que no lo veré hasta dentro de muchas horas.

Decido darme una ducha, pues el olor a bar y a alcohol me marea. Tras coger ropa limpia y meterme en el baño, me tomo mi tiempo bajo el agua, intentando relajar mis músculos agarrotados por la tensión de los últimos días.

Cuando regreso Emma sigue completamente dormida, así que decido dejarla descansar un rato más y bajo a desayunar. No me

sorprende encontrar café hecho y una tanda de tortitas preparadas junto a una nota.

> Que aproveche, pasad un buen día. Me he llevado a Luke para que estéis tranquilas. Un beso.
>
> Carson

No puedo evitar sonreír al leer sus palabras. Puede que no vaya a coincidir con él hasta la noche, pero está claro que Carson sabe hacerse notar..., o hacerse querer.

Mientras desayuno pienso en el comentario que me hizo anoche Emma. Es lógico que se preocupe por mí, pero creo que no entiende lo mucho que me ha ayudado Carson con mi recuperación. Es cierto que él también ha pasado por mucho dolor, pero, de alguna manera, nuestras penas nos han hecho compatibles, nos hacen estar mejor..., o, al menos, eso es lo que creo. No puedo hablar por Carson, pero, basándome especialmente en esta última semana, aunque también en muchas anteriores a esta —en las que durmió conmigo cada vez que yo sufría un ataque, en las que poco a poco me fue hablando de Julie, en las que ambos nos fuimos abriendo sin darnos cuenta al principio y sin poder parar al final—, diría que el sentimiento es mutuo.

Al terminar las tortitas salgo a hacer mi visita diaria a *Spirit*, ahora también para asegurarme de que sigue ahí. Estoy acariciándolo cuando oigo un coche que se acerca por el camino de tierra principal. Sé que es Savannah porque ayer quedamos en pasar el día las tres juntas por el pueblo y enseñárselo todo a Emma con la luz del día, así que me despido del caballo y voy a encontrarme con la prima de Carson para ir a por Emma.

—No recuerdo la última vez que vi dormir a alguien tan profundamente —suelta Savannah mientras mira con detenimiento a mi amiga, que ahora está ocupando por completo mi cama, abierta cual estrella de mar, y sigue babeando con la boca abierta—. ¿Qué hacemos? ¿La despertamos?

—Claro, no ha venido a Wyoming para esto.

—Ya, pero entre la noche de ayer y el *jet lag*...

—Lleva durmiendo un montón de horas, creo que ya es suficiente. Además, seguro que no es nada que un buen café no pueda arreglar. —Me siento en el borde de la cama y le doy unas palmaditas suaves en el brazo—. Emma, despierta, es hora de levantarse.

Un ronquido es su única respuesta. Frunzo el ceño, consciente de lo que viene: un caso de despertar difícil. Emma es la peor persona a la que despertar, siempre cuesta y se pone de muy mal humor.

—No parece que haya funcionado... —observa Savannah.

Lo pruebo de nuevo, pero con más fuerza.

Esta vez recibo un gruñido adormilado y cabreado, y un empujón.

«Está bien. ¿Es esto lo que quieres, Emma? Tú te lo has buscado.»

Cojo la botella vacía de mi mesilla y la lleno de agua en el baño.

—¿Le vas a tirar el agua encima? —susurra Savannah horrorizada.

—Sí. Tranquila, no es la primera vez.

—¿No se va a enfadar?

—Oh, claro que sí —contesto mientras vacío el contenido de la botella en la cara de mi amiga.

—¡Olivia, eres una desgraciada! —grita Emma en español mientras se incorpora de golpe—. ¡Pero ¿tú de qué vas?!

—No sé qué te ha dicho, pero ya te he avisado de que se enfadaría... —murmura Savannah mientras se esconde detrás de mí.

—Buenos días, bella durmiente —suelto yo también en español esbozando una sonrisa—. ¿Te duchas y nos vamos?

—Irnos, ¿a dónde? —farfulla frotándose los ojos desconcertada.

—Al pueblo, así quedamos ayer con Savannah. ¿No te acuerdas?

Es en ese momento cuando parece darse cuenta de la presencia de la chica y de dónde estamos. Nos mira a las dos y suspira.

—Me duele la cabeza —lloriquea ya en inglés.

—Por suerte para ti, tenemos aspirinas, café y tortitas en la cocina.

Suspira de nuevo y se pasa las manos por la cara.

—Vale, vale... Dadme media hora.

Capítulo 65



Olivia

Una vez que Emma se ha duchado y desayunado, nos dirigimos a Jackson. Nuestra primera parada es en la sombrerería de Roy, donde Emma decide comprarse un sombrero vaquero... y tarda casi dos horas en decidirse. Luego hacemos una parada rápida en la cafetería de Sarah para reponer fuerzas y, por la tarde, nos recorremos todas las tiendecitas del pueblo tranquilamente. Cuando llegamos al rancho ya de noche, para mi desgracia Carson se ha acostado, así que decido no molestarlo.

Al día siguiente me despierto temprano a propósito para coincidir con él por la mañana, pero cuando bajo a la cocina me encuentro otras tortitas y otra nota. Ya se ha marchado. Empiezo a preocuparme... Mi vuelo es en apenas cinco días y no consigo verlo, y, lo que es peor, a Carson no parece importarle.

Esa tarde, mientras tomamos un té helado en el porche, se lo comento a Savannah y a Emma.

—No entiendo qué le pasa... No sé qué hacer.

—Yo lo esperaría hoy en su habitación y lo hablaría con él —comenta Emma.

—Estoy de acuerdo —coincide Savannah antes de darle un trago a su té—. Quiero a mi primo, pero a veces le daría un tortazo. Se autosabotea demasiado.

—Tampoco sé exactamente qué quiero decirle...

—Sea lo que sea, siempre será mucho mejor que no hablar las cosas y regresar a casa sin saber qué podría haber pasado.

—Yo no quiero que vuelvas a casa —susurra Savannah con voz tristona.

Paso un brazo por sus hombros.

—Si te digo la verdad, me duele mucho dejaros aquí.

Emma enmudece de golpe.

—Espera, ¿te estás planteando quedarte?

—Eh... ¿No? —Siento cómo mis mejillas se tiñen de rubor y empiezan a arderme—. Bueno, se me ha pasado por la cabeza, pero sé que es una estupidez.

—¡Claro que no es una estupidez!

—¡Es la estupidez más grande que has dicho desde que llegué!

Savannah y Emma lo sueltan a la vez.

—A ver... —interviene Emma apretándose el puente de la nariz y cerrando los ojos—. Entiendo que puedas sentir que quieres quedarte aquí, pero vamos a analizar la situación. Conoces a este hombre desde hace apenas tres meses, os habéis acostado por primera vez hace menos de una semana y ahora parece que te evite como si fueras la peste, no te ofendas.

—No me ofendo... —Aunque sí me ha dolido un poquito.

—A pesar de que no dudo de que lo que sientes por él es real y te veo mucho mejor que cuando te fuiste de Barcelona, me preocupa que estés pensando en abandonar toda tu vida por quedarte aquí.

—Pero, si se quieren de verdad, encontrarán la manera —replica Savannah.

—Mira, creo que eres adorable, pero siento decirte que el amor no lo puede todo. —Emma habla tremendamente seria—. Créeme, puedes querer mucho a una persona y que, aun así, no funcione por mil y una razones distintas.

Sé muy bien a qué se refiere Emma, sin duda está pensando en su pasado y entiendo su punto de vista.

—No puedo decirte qué debes hacer —continúa hablando mi amiga—, pero lo que resulta evidente es que debes hablar con él y sopesar seriamente si esto es lo que quieres o si te arrepentirás de

dejarlo todo atrás. Quizá Carson era lo que necesitabas para levantarte, pero ahora te toque avanzar sola.

—O puede que no tengáis que avanzar solos ninguno de los dos nunca más —repone Savannah con un hilo de voz—. Tal vez los dos habéis sufrido ya suficiente y habéis encontrado a alguien con quien compartir el resto del camino.

—Puede ser —contesto abrazando a Savannah más fuerte—, pero, sea lo que sea, necesito pensar y hablarlo con él. Muchas gracias por la ayuda, a las dos.

Savannah me devuelve el abrazo con lágrimas en los ojos y Emma se termina el té de un trago con preocupación en los suyos.

—Por cierto, ya que creo que es un buen momento para cambiar de tema... Me he tirado a Luke —suelta Emma como si nada.

Y, aunque estoy de preocupación hasta las cejas, no puedo evitar reírme porque lo peor es que no me sorprende en absoluto.

Capítulo 66



Olivia

Cuando volvemos de cenar en el pueblo, decido ir a la habitación de Carson para hablar con él. Llamo a la puerta un par de veces, pero no obtengo respuesta. Estoy a punto de dar media vuelta y regresar a mi cuarto, pero me armo de valor y entreabro a pesar de su silencio; no quiero seguir posponiendo esto.

Entro en el dormitorio y echo un vistazo. Nada.

—¿Carson?

Miro en el baño, tampoco está.

Sopeso mis opciones. ¿Me voy a mi dormitorio o espero hasta que regrese? Antes de decidirme, veo la caja de madera encima de la cama. Es la misma que vi cuando Carson descubrió que sufría ataques de ansiedad y dormí en su cama. Aquella vez me sentí tentada de abrirla, pero no lo hice, para respetar su intimidad. Esta vez tengo que hacer lo mismo.

Sin embargo..., me está evitando. Si simplemente diera la cara y habláramos las cosas, no me estaría montando cientos de historias en la cabeza.

Mi sentido común me indica que no debo mirar lo que hay dentro, aunque mis manos van por libre y ya están abriendo la caja. No sé qué imaginaba que podía haber dentro, pero, desde luego, no que fueran cartas.

Dudo de nuevo, consciente de que no debo hacerlo, no está bien..., pero, una vez más, mis manos actúan solas y ya han rasgado el sobre y están sacando el papel.

Querida Julie:

Mi corazón deja de latir. ¿Julie? ¿De cuándo es esto? Ya no hay vuelta atrás, mis ojos devoran la carta.

Estaba equivocado, muy equivocado. Por un momento creí que podría seguir sin ti, que podría querer a Olivia como se merece, que podría rehacer mi vida, juntar mis pedazos. Pero, si de verdad hubiese estado preparado para ello, vender tu anillo de pedida para poder recuperar a Spirit *no sería algo de lo que me arrepentiría. Y me arrepiento. Siento que he perdido una parte de mí que ya creía perdida. Es como si, el hecho de haber tenido que renunciar a tu anillo, el símbolo de nuestro amor, compromiso y futuro, hubiese sido como perderte una vez más.*

Desde que llegó Olivia he sido más desdichado. Antes de que llegara, mi vida era estable, triste pero estable. Con ella, sin embargo, los momentos buenos son realmente maravillosos, pero los malos me hunden en la miseria. Hacen que sufra tu pérdida una y otra vez, que sienta culpabilidad, que me sienta un traidor, que me dé asco a mí mismo.

Ella no se merece eso, Julie. Sé que si la conocieras estarías de acuerdo conmigo. Es preciosa, buena, fuerte, inteligente..., pero también está rota. Quizá no de la misma forma que yo, pero rota de todos modos. No se merece a alguien como yo, no a estas alturas de su vida, no cuando he visto la luz volver poco a poco a sus ojos durante estos tres meses.

Por eso quise que regresara a su casa de inmediato, pues en cuanto la vi supe que esto era una idea nefasta. Me ha acabado de destrozar, Julie. Tendría que haber insistido más, tendría que haber mantenido las distancias, tendría que haber guardado mis sentimientos y deseos bajo llave. Pero ya es tarde para eso, ahora lo único que puedo hacer es dejarla ir. No, no es lo único que puedo hacer, es lo que debo hacer.

Gracias por escucharme siempre,

Carson

Me quedo mirando la carta hasta que el sonido de la puerta llama mi atención.

—Olivia...

Carson ha entrado en la estancia y su mirada es la de alguien que está a punto de romperte el corazón.

Capítulo 67



Carson

Sus ojos están llenos de lágrimas cuando los dirige hacia mí, la carta delata el temblor de sus manos. Lucho con todas mis fuerzas contra la urgencia de abrazarla, de decirle que todo va a ir bien.

—Olivia, yo...

—¿Eres más desdichado desde que llegué y te he hundido en la miseria?

No puedo seguir ocultándoselo, sé perfectamente qué carta ha leído. Pero, aunque no lo hubiera hecho, tiene derecho a oírlo.

—En parte, sí. Siempre supe que no soy lo que necesitas.

—Eso lo decidiré yo.

—No, Olivia. No puedo estar aquí para ti, ¿lo entiendes?

Sus lágrimas corren libres por sus mejillas y detesto ser la causa.

—No puedo estar contigo cuando todavía me persigue el recuerdo de mi mujer.

Se seca las lágrimas con una mano.

—Pero eso podemos trabajarlo con el tiempo. Puedo quedarme si de verdad te importo.

—Me importas, y por eso debes marcharte, para ser feliz en Barcelona. —El profundo dolor en sus ojos me hace dudar—. No sé cómo hacer esto, Olivia. No te esperaba, no esperaba conocerte, no imaginaba que pondrías mi mundo patas arriba. No estoy listo para

esto. No paro de culparme y torturarme por querer estar contigo y eso no es justo.

Me mira fijamente unos segundos, respirando hondo. Hacer esto me está destrozando. Es durísimo querer abrazarla, mantenerla aquí conmigo, y al mismo tiempo saber que no estoy listo para ello.

—No puedo culparte por no estar preparado —dice metiendo la carta en el sobre y guardándola de nuevo en la caja—, lo único que sí puedo decirte es que me habría gustado que, en vez de evitarme a toda costa, hubieses tenido la decencia de hablar conmigo directamente. ¿Qué habría pasado si no hubiese venido aquí hoy y no hubiese encontrado esta carta? ¿Me habrías evitado hasta que me fuera? ¿Me habrías dejado partir sin ningún tipo de despedida o de explicación? —Cierra la caja con un golpe seco—. Mejor no respondas, no sirve de nada. Ya sé todo lo que necesito.

Es verdad, lo he hecho mal; soy un desastre, no consigo hacer nada bien, aunque eso no es excusa..., yo no tengo excusa.

—Lo siento muchísimo.

—Yo también lo siento. Siento que escojas seguir guiándote por el dolor de tu pasado en vez de intentar luchar por la felicidad de tu futuro, conmigo o sin mí.

Doy un paso hacia ella, pero Olivia levanta una mano, indicándome que no me acerque más.

—Tienes razón en algo. —Su mirada es tan intensa que tengo que forzarme para no apartar los ojos de ella—. No estoy en un momento en el que deba suplicar a nadie por su atención ni por su cariño. Debo estar sola o con alguien que me muestre que quiere estar conmigo, por muy rota que esté. Alguien dispuesto a avanzar paso a paso porque así va a ser mi vida a partir de ahora, o al menos durante un tiempo: una vida que viviré día a día recomponiéndome. —Se seca las lágrimas con una manga—. Pero lo que más me duele es que hayas dejado que yo me apoyara en ti y tú no hayas sido capaz, al menos, de intentar hacer lo mismo conmigo.

—No es lo mismo.

—¡¿Por qué no?! ¿Por qué no puedes confiar en mí como yo lo he hecho en ti?

Pensé que un corazón roto no podía volver a romperse; estaba equivocado. Porque la agonía que siento mientras noto cómo se quiebra en pedazos en mi pecho solo la he sentido una vez antes.

—¡Porque quererte significa olvidarla! —Las lágrimas corren por mis mejillas, no consigo pararlas—. Porque quererte no debería dolerme tanto como me duele.

Olivia me mira como si mis palabras la hubieran abofeteado y a mí me cuesta respirar cada vez más, pero hago uno de los esfuerzos más grandes que he hecho jamás e intento mantener la compostura.

—Saber que quererme te duele tanto cuando quererte ha sido mi mayor felicidad en mucho tiempo... Lo siento.

Pasa por mi lado y yo me aparto para que pueda salir de la habitación, por mucho que cada célula de mi cuerpo esté luchando por no alargar el brazo e impedírselo, atraerla hacia mí, besarla, decirle que me he equivocado, que la quiero aquí conmigo, que no se vaya.

—Emma y yo nos instalaremos con Savannah hasta el día de nuestro vuelo —comenta sin mirarme—. Seguramente le pediré que me traiga al rancho estos días para despedirme de *Spirit*, pero no te preocupes, será en horas en las que tú estés fuera. Adiós, Carson Dallas.

Olivia desaparece de mi vista y, en cuanto lo hace, caigo de rodillas al suelo. Ha ocurrido, por fin ha ocurrido. Mi corazón se ha destruido del todo, estoy seguro porque ya no siento nada.

—Adiós, Huracán.

Capítulo 68



Olivia

Savannah no hace ninguna pregunta cuando la llamo para que venga a recogernos y Emma tampoco cuando le explico que nos vamos del rancho esa misma noche.

No puedo quedarme ni un minuto más bajo el mismo techo que Carson, no cuando no sé si llorar, gritar o suplicarle que lo reconsidere.

Siento que me ha partido el corazón, provocándome un dolor terrible que amenaza con coger el control de mi consciencia. Lo bueno de haber tenido tantos ataques de ansiedad es que poco a poco he conseguido hacer que no se noten. Destrozada por dentro, serena por fuera.

Estoy tremendamente triste, pero también muy enfadada por cómo ha llevado la situación. Sin embargo, no lo culpo por lo que siente; si tan solo me lo hubiese contado antes... Me siento estúpida porque, mientras yo me abría en canal compartiendo con él mis sentimientos y pensamientos más personales e íntimos, él me hacía creer que estaba todo bien en vez de ser sincero conmigo. Desde que conocí a Carson tuve la sensación de que, por muy duro que fuera, podía confiar en él..., y en parte tenía razón. He podido confiar en su ayuda, pero fui una estúpida por llegar a considerar que podía confiar en su corazón.

Los siguientes días dormimos en un colchón hinchable en el salón de Savannah rodeadas de sus fotografías y su arte. Savannah me lleva todas las mañanas a ver a *Spirit*, el único que me ve llorar todos los días. Ojalá pudiera venir conmigo a casa, pero, como evidentemente no va a poder ser, me reconforta que esté con Carson; sé que él no le fallará nunca. Por las tardes Emma y yo recorremos el pueblo, gastamos más dinero del que deberíamos, nos atiborramos a comida basura y hacemos excursiones preciosas.

En nuestra última noche en Wyoming nos organizan una cena sorpresa de despedida en Sarah's Café. Vienen Nick, Luke, Savannah, Eleanor, Kevin e incluso las gemelas, Jess y Blair, con las que apenas he tenido trato. Carson no aparece en toda la velada. Y me decepciono conmigo misma por mirar la puerta cada vez que entra alguien en el local con la esperanza de que sea él, de que venga para retractarse y pedirme que me quede. Es toda una fantasía que, aunque en el fondo de mi corazón siempre supe que era imposible, una parte prohibida de mí mantenía viva.

No es hasta que estamos en el aeropuerto esperando a embarcar en el primero de los vuelos que nos llevarán a casa, a España, que Emma se atreve a mencionar a Carson.

—¿Estás segura de esto?

Tengo la cabeza apoyada en su regazo y me está acariciando el pelo mientras las lágrimas humedecen mis mejillas.

—Tú misma me dijiste que no creías que quedarme fuera buena idea.

—Y lo sigo pensando, especialmente después de lo que te dijo Carson. Pero saber que algo es lo correcto no lo convierte en fácil. Solo quiero asegurarme de que vas a estar bien.

—Creo que sí. —Reflexiono un poco antes de continuar—. Antes de venir aquí pensaba que nunca podría recuperarme de ese accidente y sus consecuencias y deseaba que mi vida hubiese terminado ese día, junto a toda mi familia. Ahora, aunque de vez en cuando ese pensamiento sigue resurgiendo en mis peores momentos, ya no es así. Nunca volveré a ser la de antes, pero sí que volveré a estar bien.

Noto como Emma me besa la cabeza.

—Estoy muy orgullosa de ti, Olivia. Eres más fuerte de lo que crees.

—No sé cómo lo habría hecho sin ti.

«Y sin Carson.»

—Bueno, eso es algo que no tendrás que averiguar jamás. Porque tú y yo somos para siempre, amiga mía.

—Doy gracias por eso.

Capítulo 69



Carson

Han pasado tres semanas desde que Olivia se marchó y estoy peor que nunca. Sigo viendo a Julie por todas partes, pero ahora también veo, oigo, huelo e incluso siento a Olivia en todos los rincones.

Está presente cada vez que voy a ver a *Spirit* y Oli no está con él; la imagino en la cocina cuando preparo solo una taza de café, o cuando me meto en la cama y está fría y vacía sin ella.

No le he escrito ninguna carta a Julie desde que Olivia se fue; estoy demasiado confundido y me siento demasiado culpable como para enfrentarme a ella.

Savannah está muy enfadada conmigo por haber dejado marchar a Olivia y Luke se ha ido de gira de nuevo. La cantidad de turistas ha disminuido drásticamente y ya apenas tengo rutas agendadas. El verano ha terminado, pero mi sufrimiento perdura.

¿Qué estará haciendo Olivia? ¿Se encontrará bien? ¿Tomé la decisión correcta? Son preguntas que me hago todos los días desde que se marchó. Me imagino acariciando su pelo negro, besando sus labios, abrazándola, durmiendo con el calor de su cuerpo al lado. La echo tanto de menos que el dolor que me produce su ausencia hace que siga sintiéndome culpable porque eclipsa mis pensamientos de Julie.

Olivia ha cambiado muchas cosas, y la mayor de ellas es que ha provocado que ya no esté cómodo en mi luto, en mi sufrimiento.

Antes de que llegara no tenía motivación para nada, dejaba los años pasar con la idea de seguir haciéndolo hasta poder reunirme con el amor de mi vida porque... ¿qué sentido tenía la vida sin mi mujer? Ahora, sin embargo, tras tres semanas de intentar recuperar mi estilo de vida anterior, mi luto, me siento incómodo en él. Ahora pienso constantemente en la vida que podría tener y que no estoy teniendo por mi propia culpa. Ahora pienso constantemente en alguien que existe, que está en este mundo. Y que he alejado de mí para siempre.

La puerta principal se abre de repente, sacándome de mis cavilaciones.

—¡Hola, hijo!

—¿Papá?

—Hola, cariño.

—¿Mamá? ¿Qué hacéis aquí?

Llegan cargados con bolsas y se dirigen directamente a la cocina.

—Hemos traído cena. Se nos ha ocurrido que quizá querrías compañía.

Es lo último que quiero en estos momentos, pero no voy a decírselo.

—Además, llevamos semanas sin verte. No entiendo por qué te cuesta tanto bajar a hacernos una visita, vivimos solo a quince minutos —añade mi padre, y ella asiente.

—He estado muy liado.

—Carson Dallas, no mientas a tu madre —responde molesta mientras saca los recipientes de comida de las bolsas—. No olvides que el rancho es nuestro, sabemos que a estas alturas ya casi no hay rutas.

—Chico, no seas tonto —me advierte mi padre mientras se acerca a mí—. Yo aprendí hace muchísimos años que tu madre lo sabe todo.

—Así es, me casé con un hombre inteligente.

—Y guapo —agrega él.

—Guapísimo —afirma ella.

Pongo los ojos en blanco, pero no puedo evitar sonreír ante la relación de mis padres. No es perfecta, desde luego, pero su manera

de tratarse, la forma en la que se hablan y se quieren, es maravillosa.

Ayudo a mi madre a poner toda la comida en platos, aparto una de las sillas de la mesa para que pueda ponerse ahí mi padre con su silla de ruedas y nos sentamos a cenar.

—¿Cómo estás, cariño? —pregunta ella al cabo de unos segundos de silencio.

—Bien.

—¿Qué te he dicho yo de mentir a tu madre? —interviene mi padre—. Ni lo intentes, muchacho.

—Estoy bien, de verdad —sigo mintiendo.

—¿Y Olivia? ¿Sabes algo de ella? —me plantea mi padre—. Qué chica tan simpática y bonita, me hubiese gustado conocerla más.

—Es realmente fantástica —coincide mi madre.

—Supongo que estará bien, no he hablado con ella desde que se marchó.

Lo único que sé es que le manda dinero a Savannah para ayudar con los gastos de *Spirit*. Mi prima cree que no me he dado cuenta, pero soy del todo consciente de ello. Intento ignorar el pinchazo de dolor en el corazón debido a la añoranza que me produce pensar en ella.

—Qué lástima. ¿Por qué habéis perdido el contacto? —Mi madre sigue con el tema con su falsa inocencia de siempre.

—Has hablado con Savannah y la tía Sarah, ¿verdad? —señalo cargado de sospechas.

—No sé a qué te refieres.

—Mamá, no cuela. Soy hijo tuyo y puedo detectar tus mentiras tan bien como tú las mías.

—Pues, hijo, si tan bien se te da detectar mentiras serán las de los demás, porque mentirte a ti mismo se te da genial —suelta mi padre justo antes de meterse una patata frita en la boca.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sabes muy bien lo que quiero decir.

Dejo el tenedor en el plato de un golpe, frustrado por sus insinuaciones, algo cabreado y emocionalmente cansado.

—No, no sé qué quieres decir.

—Hijo, Olivia te gustaba, y tú a ella. Se os veía muy felices a los dos aquí —comenta mi madre.

—¡La has dejado escapar, chico!

—Basta, los dos. Sabéis perfectamente por qué la he dejado marchar. No estoy preparado.

—¿Estás seguro de eso? —pregunta con dulzura mi madre mientras coloca una mano sobre la mía—. Cariño, si no hubieras estado preparado, no habrías permitido que se quedara aquí los tres meses, y no habrías llegado tan lejos con ella y lo sabes. Puede que estés convencido de que no estás preparado para dar ese paso, y puede que no lo estés del todo, pero estás en el buen camino. No vuelvas hacia atrás, Carson, allí no hay nada para ti.

—Lo único que se interpone entre tú y la felicidad eres tú mismo, hijo —sentencia mi padre—. Te hemos visto morir en vida estos últimos tres años. Sabíamos que era muy difícil sacarte del pozo en el que te habías metido y todos lo entendíamos, pero Olivia logró que empezaras a escalar para salir de él. Creemos que, cuando llegaste a la superficie, te asustaste al ver todo lo que la vida podía ofrecerte e intentaste volver a esconderte..., y ahí sigues. Dime, ¿tenemos razón?

—No quiero hacer daño a Olivia con mi pasado.

—Ella también tiene el suyo, Carson. Si optas por no ir a por ella que sea porque no la quieres, no porque decidas por ella lo que es capaz de aceptar y lo que no, esa es su decisión.

—Le estoy ahorrando problemas.

—Le estás robando la oportunidad de ser querida por el hombre más increíble del mundo y de quererte en igual medida. Te estás robando a ti mismo la oportunidad de seguir adelante.

—Yo no he dicho que la quiera.

Mi padre ríe con ganas.

—Chico, ¿es que no escuchas? No hace falta que digas nada, tu madre lo sabe todo.

—Gracias, querido —interviene ella sonriendo a su marido.

—De nada, mi amor. —Mi padre le coge la otra mano y se la besa.

—Carson, Julie era maravillosa y la querremos siempre; nadie dice que querer a Olivia signifique querer menos a Julie. Es algo que

debes aprender de una vez.

Mi madre se levanta y va hasta la entrada; cuando vuelve lo hace con un sobre en la mano.

—Toma, léela cuando nos marchemos. Espero que te haga entrar en razón.

Capítulo 70



Olivia

Han pasado tres meses desde que volví de Wyoming y en Barcelona ya se respira la Navidad, por las luces y los escaparates. Estoy segura de que el rancho estará lleno de nieve. Aquí, sin embargo, voy tan solo con un jersey y una chaqueta finos. Echo de menos el rancho, a *Spirit*, Luke, Savannah y, sobre todo, a Carson.

Lo primero que hice al llegar fue limpiar mi apartamento, abrir las ventanas y dejar que la vida entrara a raudales de nuevo en mi casa. Lo segundo fue pedir hora con una psicóloga que me recomendó Emma.

Dentro de dos días hará un año del accidente y creo que estoy preparada para ello, o al menos el máximo de preparada que se puede estar para algo así. Estoy intentando recuperar mi rutina de antes de que mi vida cambiara de forma tan drástica, aunque con algunas alteraciones. Ahora voy a terapia una vez a la semana y soy voluntaria en una hípica en la que rescatan caballos los fines de semana.

También intento no pensar en Carson, pero no siempre tengo éxito. Me pregunto qué estará haciendo, si ha vuelto a encerrarse en sí mismo o si está mejor. Pero luego me recuerdo que no es mi problema ni mi responsabilidad, que fue él quien me pidió que me marchara y que en lugar de preocuparme por él he de centrarme en

mí, que yo ya tengo bastante. No obstante, a veces se me hace muy difícil no coger el teléfono y mandarle un mensaje o no preguntarle a Savannah cómo está cuando hacemos nuestras videollamadas semanales.

He estado pensando en mudarme a un lugar más tranquilo, a algún pueblo de los alrededores de la Ciudad Condal. Me he dado cuenta de que nada me ata a esta gran urbe y que, una vez que me acostumbré a la tranquilidad de Wyoming, el ruido y el ritmo trepidante de Barcelona me generan un poco de malestar. Echo de menos los cafés en el porche disfrutando de las vistas de la montaña y las mañanas con *Spirit*.

Con el tiempo, las pesadillas del accidente han desaparecido del todo y han sido sustituidas por un sueño en el que Carson y yo estamos en la cabaña. Siempre es lo mismo: me despierto con el sol colándose por la ventana y me estiro en la cama, feliz. Entonces Carson me abraza medio dormido y me besa la frente. La siguiente imagen es de ambos juntos en el lago, mis piernas alrededor de su cintura, mi pelo mojado pegado a mi espalda y sus labios sobre los míos, suaves y dulces.

Cada vez que me despierto de este sueño me inunda la tristeza, pero no me dejo aplastar. He aprendido a pedir ayuda. Cuando veo que algo me supera llamo a Emma o a mi psicóloga y, poco a poco, los ataques de ansiedad han ido remitiendo también.

No puedo decir que sea del todo feliz, pero sí que voy por el buen camino y estoy muy orgullosa de mí misma por eso.



Recojo mis cosas de la mesa y me despido del resto de los profesores que están en la sala acabando su trabajo antes de marcharse a casa. Es viernes y he quedado con Emma en nuestra cafetería preferida para merendar, y luego ir a su casa a pasar el fin de semana porque no quiero estar sola el domingo. Lo tenemos todo planeado: compraremos comida para llevar y un *pack* de cervezas,

elegiremos las flores más caras de la floristería e iremos a ver a mi familia. Después, lo más probable es que nos emborrachemos.

Cuando entro en la cafetería me extraña no ver a Emma en nuestra mesa de siempre, y eso que llego unos diez minutos tarde. Le escribo un mensaje para asegurarme de que está de camino. Recibo su respuesta enseguida, pero no la entiendo en absoluto.

> Te quiero, no me mates, es por tu bien. Me ha llamado y no he sabido decirle que no, es muy convincente.

Frunzo el ceño mirando el teléfono. ¿Quién es muy convincente? ¿Qué es por mi bien? ¿Ha empezado a beber sin mí?

—Huracán.

Me quedo congelada mirando la pantalla del móvil, con miedo de alzar la vista. No puede ser, no puede ser, no puede ser... esa voz.

—Olivia...

Cuando consigo levantar la mirada, ahí está Carson..., tan guapo, tan perfecto, tan real. Lleva el pelo ligeramente más largo y un poco enmarañado, su piel está algo menos morena y sus ojos me observan con cautela. Carson no pega en absoluto en una cafetería de barrio de Barcelona, igual que yo no encajaba en medio de Wyoming nada más llegar, y, sin embargo, no puedo evitar que la sensación de seguridad y de pertenencia me invadan porque, por mucho que haya luchado contra su recuerdo estos últimos meses, por mucho que haya intentado mirar hacia delante, la idea de que Carson y yo encajamos a la perfección con nuestras imperfecciones nunca me ha abandonado.

—Te he echado de menos, Olivia.

Puedo percibir el anhelo en su voz, el mismo que siento yo. Ha venido a España, me está diciendo lo que llevo meses soñando que me diga y, sin embargo, no puedo evitar sentirme enfadada.

—Pero tú ¿de qué vas? ¿Crees que puedes decirme todo lo que me dijiste en esa habitación, ignorarme durante meses y presentarte aquí sin avisar?

Alza las cejas con sorpresa y se rasca la nuca, avergonzado. La necesidad de abrazarlo, tocarlo, besarlo es casi insoportable y, a la

vez, no logro moverme de la silla. Porque me dejó marchar, me dijo que no quería estar conmigo, que quererme le dolía demasiado.

—Lo siento mucho. Sé que debería haberte llamado, pero es que no quería decirte por teléfono lo que vengo a decirte.

—¿Y qué es eso que quieres decirme?

Carson duda un segundo. No puedo parar de mirarlo. Lo he extrañado tanto que he de esforzarme muchísimo para no llorar de alivio por tenerlo delante.

—¿Puedo sentarme?

Lo miro con intensidad, haciéndome la difícil cuando, en realidad, sé perfectamente que le voy a decir que sí. Me dejó marchar y ni siquiera me ha llamado ni una vez todos estos meses, incluso sabiendo que yo sigo enviando dinero para *Spirit* cada mes.

—Adelante.

—Gracias —responde con una sonrisa que delata que sabe al dedillo lo que estoy pensando.

Se saca un papel del bolsillo y me lo da.

—Quiero que lo leas.

—¿Una carta, en serio? —Cruzo los brazos sobre el pecho—. No estamos en una película romántica de los domingos, Carson. No creas que una carta en la que me profesas todo tu amor hará que borre de mi memoria nuestro último encuentro.

—No es nada de eso, te lo prometo. Léela, por favor.

Alargo el brazo y cojo la carta.

—Está bien, espero que valga la pena.

Capítulo 71

Julie

Querida Eleanor:

Ahora que Carson se ha ido a comprar algunas cosas voy a escribirte esta carta. Las dos sabemos que no me queda mucho tiempo. A Carson, sin embargo, le queda toda una vida sin mí y quiero que la aproveche. Quiero que viva, que ría, que quiera, que llore, que haga todo lo que yo jamás podré hacer. Quiero que entienda que su vida no termina junto a la mía.

Sé que tú eres la persona ideal para esto porque ambas amamos a Carson más que a nada en el mundo y a las dos se nos da muy bien salirnos con la nuestra, ¿verdad, suegra?

Dale dos años a Carson para levantarse cuando me vaya. Uno para procesar mi muerte y otro para que aprenda a dejarla atrás. Si pasado ese tiempo Carson sigue encerrado en sí mismo (cosa que me temo que es lo que pasará), tendremos que intervenir.

Ambas lo conocemos muy bien y sabemos que Carson va a estar demasiado anclado al pasado como para ver un futuro, así que se lo tendremos que poner ante sus narices. Y se me ha ocurrido la forma de hacerlo si es necesario. En caso de que Carson no haya rehecho su vida ni lo haya empezado a hacer, actuaremos. Vamos a buscar a alguien para que eche una mano en el rancho: cama y comida a cambio de unos meses de trabajo. Ya lo tengo escrito, así que lo único que tendrás que hacer será publicarlo en la página web que Luke te indicará.

Me parece que introducir a una persona en la vida de Carson que no me haya conocido hará que él comience a despertar y,

¿quién sabe?, quizá encuentres a un alma que necesite tanto un cambio como él.

Te quiero, mamá oso. Te estaré esperando al otro lado, pero, por favor, tómate tu tiempo y cuídalos a todos.

Con amor,

Julie

Capítulo 72



Olivia

Me quedo mirando la carta unos pocos segundos más después de terminarla. Julie... ¿Todo esto se lo debo a Julie? Durante esos tres meses que estuve en el rancho nunca me paré a pensar en ella, no como persona. Sí pensaba en lo que Julie había sido para Carson, en lo que seguía siendo, pero nunca fui más allá, nunca intenté conocer a la que fue el amor de su vida. Sí, sé cómo se conocieron, su lugar favorito, la causa de su muerte. Pero estuve tan centrada en mi propio dolor y en mi historia con Carson que no me importó todo lo demás, y ahora me doy cuenta de que no sé nada de su vida anterior, más allá de que quería a Julie. ¿Qué hacían los sábados por la mañana? ¿Carson habría cogido la responsabilidad del rancho si Julie no hubiese muerto? No sé nada de eso. He sido una egoísta y no he hecho las preguntas importantes, por eso Carson había estado escribiendo a Julie las respuestas.

Cierro los ojos con fuerza, esforzándome por asimilarlo todo.

—Julie parece maravillosa. —Los abro y alzo la vista hacia Carson mientras dejo la carta en la mesa.

Traga saliva y sonríe.

—Lo era.

—Siento no haberte preguntado más por ella, me encantaría conocerla mejor.

Carson atrapa mis manos con las suyas y dibuja círculos en mis nudillos con sus pulgares.

—Me encantará hablarte de ella en algún momento, pero no estoy aquí por eso, Oli. Estoy aquí por ti, porque te escojo. Porque te escojo ahora y te seguiré escogiendo mientras me correspondas. No puedo decirte que lo he dejado todo atrás, que lo he superado todo, porque no es así; no creo que la muerte de Julie sea algo que pueda olvidar porque forma parte de mí. Yo tengo un pasado y tú tienes el tuyo, pero si hay algo en lo que me equivoqué por miedo fue en dar por hecho que nuestros pedazos rotos nos hacían una historia imposible cuando, en realidad, encajan a la perfección y nos hacen quienes somos. Y yo, Olivia, quiero conocer todos tus pedazos, especialmente los rotos.

No sé en qué momento han empezado a caer mis lágrimas, pero Carson las atrapa con los dedos y de pronto soy consciente de lo mucho que había echado de menos ese gesto.

—No puedo irme a Wyoming así como así.

—No pretendo que lo hagas. Mi hermana ha vuelto al rancho y le he pedido que se encargue de él una temporada.

Lo miro confundida.

—¿Vas a quedarte aquí?

—Solo si quieres que me quede. No creo que debas dejarlo todo por mí, Olivia. Simplemente quiero pasar tiempo en tu país y tu cultura mientras vemos cómo podemos hacer las cosas.

—Día a día.

Carson besa mi mano.

—Exacto, día a día.

—A nuestro ritmo —susurro.

—Solo nuestro —responde antes de tomar mis labios con los suyos.

Por fin estoy en casa.

Capítulo 73



Carson

Querida Julie:

No puedo creerme que hayas estado compinchada con mi madre incluso tras tu muerte...

¿Qué estoy diciendo? Claro que me lo creo, es típico de ti, y por esto y por mil razones más te quiero tanto.

Nosotros siempre funcionamos, no solo por el amor que nos teníamos, sino porque también se nos daba bien escucharnos. Y hoy voy a escucharte, Julie, porque, como de costumbre, tienes razón. Siempre he creído que eres el amor de mi vida y, aunque eso es cierto, gracias a ti me he dado cuenta de que una persona puede tener más de un amor.

Esta noche mi madre me ha dicho que querer a Olivia no significa quererte menos y seguramente, si eso me lo hubiera dicho hace meses, no la habría escuchado. Sin embargo, eso es justo lo que necesitaba escuchar hoy para ir a por Olivia, para perseguir mi felicidad de nuevo. Porque llevo meses echándola de menos, pensando en que la dejé marchar.

Esta será mi última carta. Te voy a querer hasta mi último aliento, pero ha llegado el momento de decirte adiós. Siento haber tardado un año más del que le pusiste a mi madre como límite, sabes que soy muy cabezota.

Tú me diste mi pasado y me has ayudado a conseguir mi futuro, Julie.

Descansa tranquila, hoy emprendo el camino hacia mi felicidad y dejo de mirar atrás.

Gracias por todo, siempre.

Carson

Epílogo



Carson

Hace un día perfecto, el sol brilla con intensidad y el aire fresco del invierno nos acaricia el rostro. Abrazo a Olivia mientras Emma le cuenta a la familia de Oli su viaje a Wyoming y hace hincapié en el «idiota» que conoció allí.

—Y tú, señorita, eres preciosa —dice imitando la voz de Luke—. ¿Os lo podéis creer? ¿Quién habla así? —Le da un trago a su cerveza antes de continuar—. Ian, tú te habrías reído de él conmigo, estoy segurísima.

—Claro que se habría reído contigo —comenta Olivia con una sonrisa.

Cuando decidí venir a Barcelona a buscar a Olivia no sabía que lo hacía justo en la fecha del accidente, pero me alegro de que haya sido así. Me alegro de estar aquí con ella; de sujetarla cuando flaquea; de apretar su mano cuando necesita mi apoyo; de besar sus lágrimas cuando se derraman. Simplemente soy feliz de estar aquí.

—Por no hablar del toro mecánico —continúa Emma—. Te juro que se me dio mejor que a cualquiera de esos.

—Te caíste en los primeros tres segundos... —le recuerda Olivia con un hilo de voz.

—Porque había bebido, te aseguro que lo hago estando sobria y habría destrozado todos los récords.

—A Luke no le hubiera gustado. —Ante la mirada confundida de Emma, añado—: Él es el que ostenta el récord, lleva sin ser superado cinco años.

Veo como la mirada de Emma se endurece y no puedo evitar sonreír.

—Ian, te juro aquí y ahora que volveré a ese bar y destrozaré la puntuación del vaquero más idiota que he conocido jamás.

—Has conocido muy pocos. —Olivia ríe.

—Bueno, aunque hubiese conocido a más, no creo que lo superara ninguno.

—Eh, Luke Lawson tiene un corazón que no le cabe en el pecho. —Me acabo viendo en la obligación de defender a mi mejor amigo; por mucho que sepa que a veces sí puede ser un poco idiota, esa no es la cuestión.

Emma resopla, pero acepta mis palabras sin rechistar.

Noto como Olivia tiembla ligeramente a mi lado.

—¿Tienes frío? —La abrazo con un poco más de intensidad para procurar transmitirle algo de calor.

—Un poco. Empiezo a estar bastante cansada.

Hemos pasado toda la mañana en el cementerio y ha sido emocionalmente muy duro para ella. Hemos compartido historias, pero también ha habido mucho llanto y dolor. Es normal que esté agotada.

—¿Quieres que nos marchemos ya?

Olivia vuelve a secarse las lágrimas.

—Supongo que sí, aunque no quiero decirles adiós.

Deshago mi abrazo para que Emma me sustituya.

—No es un adiós —dice ella pasando el brazo por los hombros de Olivia—, es un hasta luego. Recuerda que volveremos cada año para contarles las historias que habremos vivido mientras ellos nos cuidan desde arriba.

Olivia se besa las yemas de los dedos y apoya una mano en la lápida.

—Os quiero, os echo mucho de menos. Pronto os traeré más historias, lo prometo.

Su amiga la abraza y comienzan a caminar hacia la salida.

—Ahora os alcanzo.

Oli parece dudar unos segundos, pero Emma le susurra algo al oído y acaba accediendo a marcharse. Cuando las pierdo de vista, vuelvo a dirigir la mirada hacia la lápida.

Me fijo en la fotografía que Olivia les ha dejado. Salen los cuatro, sonrientes. Puedo ver los ojos de Olivia en su padre y su sonrisa en su madre, e Ian es increíblemente parecido a Oli. Su pelo negro le llega hasta debajo de las orejas. El chico esboza una sonrisa cálida y cómplice con la de Oli mientras ambos les ponen cuernos con una mano a sus padres. Todo arrebatado en un segundo, no puedo ni llegar a imaginarlo. Al menos yo pude despedirme de Julie.

—Olivia ha sido la suerte de mi vida. Cuando la conocí pensaba que estaba allí como una especie de castigo para mí; no podía estar más equivocado. —Suspiro, intentando ordenar mis pensamientos—. Saber que nunca podré conoceros es algo que lamentaré siempre, pero puedo prometeros que Oli jamás volverá a estar sola. Mientras me quiera a su lado, no me iré a ninguna parte. Me aseguraré de que su vida esté llena de amor, de felicidad, de vivencias para que podamos venir a contároslas. Vosotros sois los únicos pedazos del corazón de Olivia que nunca podré ver, pero espero poder conoceros a través de sus relatos y que podáis conocerme a través de los que ella os cuente de nosotros.

Me paso una mano por el pelo, no me esperaba que venir aquí fuera a ser duro también para mí. Estaba preparado para ser el apoyo de Olivia, pero ver por primera vez el vacío tan grande que han dejado en su vida está haciendo que me cueste pronunciar las palabras.

—Lo que quiero decir es que su corazón está en buenas manos y que no dejaré que vuelva a romperse. Gracias por haberla guiado hasta mí, yo me encargo a partir de ahora.

Me despido en silencio de ellos antes de dirigirme a la puerta donde me esperan Olivia y Emma.

Resulta que, de dos mitades de un corazón roto, sí puede salir uno por el que valga la pena luchar.

Agradecimientos

El proceso de escritura de *Y entonces, tú* ha estado repleto de retos, y no podría haberlo hecho sin vosotros.

Antes de nada, quiero dar las gracias a Sergi, mi pareja y compañero de vida. Sin ti esta historia no habría sido contada. Gracias por tu apoyo, tu confianza y tus sacrificios para ayudarme a sacarla adelante. Gracias por confiar en mí siempre, por convertirme en tu escritora favorita.

Gracias a mis padres, por emocionarse tanto por la publicación de la novela y encargarse personalmente de que lo sepan todos los vecinos y compañeros de trabajo. Gracias a mi hermano, por su opinión sincera y por asegurarse de que nunca pierda mi humildad (como todo buen hermano). Gracias a mis abuelos, por preguntarme siempre por la historia y demostrarme cada día lo orgullosos que están de mí.

Quiero dar las gracias a Tamara Molina, por el tiempo que le ha dedicado a mi novela, por sus sugerencias, su paciencia y por todos los ánimos que me ha dado durante todo este proceso. Conocerla como compañera, amiga y escritora es todo un placer por el que doy gracias siempre.

Gracias a Shula Li. Por emocionarse tanto con mi novela, por vivirla al máximo y por todo el cariño que le ha dado. Gracias por haber sido mi apoyo cuando más lo necesitaba.

A Carla Martí, porque se ofreció a ayudarme cuando apenas nos conocíamos. Gracias por haberle dedicado tiempo a *Y entonces, tú* incluso cuando tenía tantas cosas entre manos y por haberme animado desde el primer día.

Por supuesto, gracias a Esther, mi editora, por darme la oportunidad de contar esta historia y por convertirme en autora publicada.

Gracias a todo el equipo de MatchStories por el trabajo que ha hecho con mi manuscrito.

Y, finalmente, gracias a ti, lectora. Gracias por darle una oportunidad a mi historia, a mis personajes y a mi pluma; espero que disfrutes mucho leyendo *Y entonces, tú*.

Banda sonora

You Found Me, ℗ 2009 Sony Music Entertainment, interpretada por The Fray.

Pink Skies, ℗ 2024 Belting Bronco Records bajo licencia exclusiva de Warner Records Inc., interpretada por Zach Bryan.

The Night We Met, ℗ 2015 IAMSOUND Records, interpretada por Lord Huron.

Scared to Start, ℗ 2024 Michael Marcagi, bajo licencia exclusiva de Warner Records Inc., interpretada por Michael Marcagi.

Home, ℗ 2024 Some Action / Neon Gold / Avenue A, interpretada por Good Neighbours.

The View Between Villages, ℗ 2022 Mercury Records/Republic Records, una división de UMG Recordings, Inc., interpretada por Noah Kahan.

The Roads, ℗ 2023 Arista Records, una división de Sony Music Entertainment, bajo licencia exclusiva de Jonah Kagen, interpretada por Jonah Kagen.

I Love You, I'm Sorry, ℗ 2024 Gracie Abrams, bajo licencia exclusiva de Interscope Records, interpretada por Gracie Abrams.

Missing Piece, ℗ 2022 Atlantic Recording Corporation, interpretada por Vance Joy.

Rather Have a Nightmare, ℗ 2023 Fugitive Recordings, interpretada por Max McNown.

I Am Not Who I Was, ℗ 2023 Chance Peña, interpretada por Chance Peña.

Far Away (2020 remaster), ℗ 2005, 2006, 2007 The All Blacks B.V., interpretada por Nickelback.

Iris, ℗ 1998 Warner Records Inc., interpretada por Goo Goo Dolls.

Something in the Orange, ℗ 2022 Belting Bronco Records bajo licencia exclusiva de Warner Records Inc., interpretada por Zach Bryan.

I Remember Everything, ℗ 2024 Belting Bronco Records bajo licencia exclusiva de Warner Records Inc., interpretada por Zach Bryan con la colaboración de Kacey Musgraves.

This Is Me Trying, ℗ 2020 Taylor Swift, interpretada por Taylor Swift.

Every Rose Has Its Thorn, ℗ 2006 Capitol Records Inc., interpretada por Poison.

The River, ℗ 1980 Bruce Springsteen, interpretada por Bruce Springsteen.

Biografía

Eva López nació en Barcelona en 1996 y desde temprana edad cultivó una profunda pasión por la escritura. Durante años trabajó como profesora de idiomas tanto en España como en el extranjero, pero su deseo de escribir nunca la abandonó.

Ahora presenta su primera novela, en la que muestra a los lectores que siempre hay otro camino, que nunca está todo perdido.

Encontrarás más información de la autora en:

Instagram y TikTok: @eva.logon

MatchStories es una colección de Esencia Editorial

Y entonces, tú
Eva López

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este ebook estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor. Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas reproducir algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47. Queda expresamente prohibida la utilización o reproducción de este libro o de cualquiera de sus partes con el propósito de entrenar o alimentar sistemas o tecnologías de inteligencia artificial.

© Diseño e ilustración de la cubierta: Alba Serrano
© Fotografía de la autora: Paul Levit

© Ilustraciones del interior: Shutterstock

© Eva López, 2025

© Editorial Planeta, S. A., 2025
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Primera edición en libro electrónico (epub): marzo de 2025

ISBN: 978-84-08-30193-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

¡Encuentra aquí tu próxima lectura!



¡Síguenos en redes sociales!


cover